

• SHIRIN KLAUS •

♥
BAILANDO

ESPERO

AL HOMBRE

QUE YO

♥
QUIERO



zafiro♥

Bailando espero al hombre que yo quiero

Shirin Klaus

2018

Editorial Planeta, S. A., 2018

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-08-18123-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L.,

SINOPSIS

Manu es el culpable de que mi novio me haya dejado. Lo sé. Ese juerguista mujeriego ha conseguido que Javi quiera más mujeres en su vida. Maldito Manu, que disfruta no siendo más que un trozo de carne y haciendo que la temperatura de la sala suba en cuanto empieza con sus clases de Zumba. Pero si eso es lo que a él le gusta, ser deseado y disfrutar del sexo, no tiene nada de malo que yo me aproveche. ¡El papel de clavo que saca otro clavo le va que ni pintado! Que quede claro que yo jamás saldría con él, que no lo quiero de novio ni borracha, pero... a nadie le hace daño un baile. Ya sea en la pista o en la cama.

1

Que tu novio te deje es una mierda.

Que tu novio, poco después de dejarte, te cuelgue el teléfono cuando lo llamas es aún peor.

Pero ya el colmo de los colmos es que alardee de todas las tías con las que se ha acostado mientras estaba contigo.

Algunos dirán que me busqué que me dijera todas esas cosas crueles y quizá tengan razón. La verdad es que ¿quién me mandaría a mí llamarlo dos semanas después de nuestra ruptura para pedirle explicaciones por aquellas fotos?

En esas imágenes salía sobando a otra, metiéndole la lengua hasta la yugular, tocándole el culo. Y todo eso en Facebook, a la vista de todo el mundo, ¡quince días después de nuestra ruptura!

Maldito hijo de la gran...

Todavía me llevan los demonios sólo de pensarlo. Y la conversación telefónica con él... ¡buenoooo! Dadme un cuchillo aquí y ahora, y os juro que lo próximo que sabréis de mi ex es lo que leeréis en la sección de sucesos.

La conversación fue tal que así:

—¿Sí?

—Javi, soy yo.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? Yo, Nuria.

Tantos años juntos, ¿y ya se había olvidado de cómo sonaba mi voz? Dos putas semanas habían pasado.

—Ah, sí.

—¿Ah, sí?

—¿Qué quieres?

Me tragué la bilis que trepaba a mi garganta.

—Necesito hablar contigo.

—Pues habla.

—Preferiría hacerlo en persona.

—En persona no puedo.

—Pero...

—Habla, sólo tengo unos minutos, he quedado.

—¿Con quién?

—Pues con gente.

—¿Con quién?

—Ya no tienes derecho a hacerme esa pregunta.

Su tono hastiado hizo que la poca contención que me quedaba se hiciera añicos. Y mira que tenía poca: ni tan siquiera había podido evitar preguntarle con desesperación con quién iba a verse.

—¿Ya te estás acostando con otra? —interrogué en un grito.

Oí un suspiro al otro lado de la línea.

—Voy a colgar.

—No te atreverás. Me debes una explicación, Javi, ¡me la debes!

De nuevo, un suspiro que hizo que me hirviera la sangre y que a la vez asomaran lágrimas a mis ojos. Llevaba unos días muy veleta.

—¿Javi? —demandé con ansiedad al creer que había cortado la comunicación.

—¿Quieres que te diga por qué rompí contigo?

Su tono serio, distante, me puso los pelos de punta y no fui capaz de contestar, así que, tras unos segundos, él inquirió:

—¿Nuria?

—Sí, sí.

—Rompí contigo porque lo nuestro se acabó.

—No, no se ha acabado. Yo te quiero.

—Pero yo no.

Su afirmación cayó sobre mí como una losa. ¿No me quería? ¿Nada? ¿Ni un poquito?

—No puede ser, llevamos juntos desde siempre.

—Quizá ése sea el problema.

—¡No! Han sido los mejores quince años de nuestras vidas.

—Yo ya no te quiero, Nuria.

Oír mi nombre de sus labios tras esa frase me hizo sollozar.

—¿Estás llorando?

—Yo sí te quiero, Javi.

—Si lloras, te cuelgo.

—Hemos estado quince años juntos, Javi, ¿no me tienes ni un poco de

cariño? ¿Por qué eres tan cruel conmigo? Tú nunca has sido así.

—Mira, voy a cortar la llamada, esto no tiene sentido.

—No, no, por favor. Dejo de llorar, te lo prometo. —Me limpié las lágrimas y me soné los mocos ruidosamente. Qué sexy, qué glamurosa; si quería que se enamorase de nuevo de mí, iba lista—. Sólo necesito entenderlo. ¿Es por algo que he hecho?

—Nuria, mira, te voy a ser muy claro: yo quería más.

—¿Más? Más, ¿de qué, si te lo he dado todo?

—Más de la vida.

—¿Más... de la vida? —repetí; no entendía absolutamente nada—. Si me dices lo que deseas, yo puedo dártelo. Lo que sea, yo te lo daré.

—Quiero exactamente lo que tengo ahora mismo.

—¿Y qué es?

—Libertad.

—Puedo darte más espacio, si lo necesitas —me arrastré.

—Sexo.

—De eso siempre hemos tenido.

—Sexo con más mujeres.

De nuevo, volví a arrastrarme.

—Si quieres, tal vez podríamos probar...

Me interrumpió con voz hastiada.

—Nuria, piensas que estoy siendo malo, pero lo cierto es que estoy intentando no serlo. No me obligues a comportarme como un capullo.

—¿Peor de lo que ya estás siendo? No me explicas nada, no me quieres dar otra oportunidad, no...

—Me gusta follar, Nuria. Me encanta el sexo. Con muchas mujeres, con desconocidas, cada día con una. Tú no puedes darme eso. Quiero ser libre y tú me atas, me intentas poner cadenas. Deseo disfrutar. Somos jóvenes, no nuestros padres. Tengo mucha vida por delante como para atarme a ti.

—La chica de Facebook. Te has acostado con ella, ¿verdad?

—Voy a colgar, Nuria.

—Te has acostado con ella, ¿¡verdad!? ¡¡¡Dímelo!!!

—Me he acostado con ella... y con la camarera, y con otras en ese bar. Me he acostado con una amiga tuya. Me la han comido en el baño de una discoteca. Me han hecho una paja en un coche. He hecho un trío. Te hice un favor dejándote, Nuria.

No presté atención a lo último, creo que ni lo procesé. Estaba impactada por todo lo de antes.

—Sólo han pasado dos semanas —murmuré.

—No he dicho que lo haya hecho durante estas dos semanas.

—¿Có-cómo?

—Adiós.

Y me colgó.

2

—¿Te has tirado a mi novio?

—¿Cómo dices?

Dejé a Míriam convertida en estatua de piedra frente a mi puerta.

—Si te has acostado con Javi.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo me preguntas algo así?

Me eché a llorar y me cubrí la cara con las manos.

—Eh, no, no, no llores. Ven aquí. —Míriam, mi mejor amiga, me atrajo hacia ella y me abrazó—. No llores.

—Se ha acostado con todo el mundo. ¡Con todo! —balbucí, y creo que Míriam no fue capaz de entender lo que le había dicho, pero aun así siguió abrazándome y frotándome la espalda.

Cuando conseguí calmarme un poco, cerró la puerta mientras yo me dirigía al sofá, donde me dejé caer entre el millón de clínex usados que había sobre la tapicería.

—He traído algo que te gustará —dijo Míriam, y mi respuesta fue soltarle un gruñido con la cabeza hundida entre mis brazos, los cojines, los pañuelos y mi maraña de pelos.

—Helaadooo.

Aquello me hizo alzar un poco la cara y pude ver cómo sacaba una tarrina enorme de la bolsa que cargaba. Hice un ruidito de aprobación, pero ella negó con la cabeza.

—No; si lo quieres, vas a tener que demostrármelo sentándote como una persona en el sofá y hacerme un hueco.

Repté sobre el asiento hasta alcanzar un lateral del mueble, que era enorme, y me senté en la esquina.

—Que hagas el bicho bola tampoco me vale. Sentada.

Su última palabra sonó a orden, así que le hice caso y me enderecé un poco, aunque dije:

—La verdad es que ni tan siquiera me apetece el helado.

—¿En serio? Bueno, no pasa nada; yo como mientras tú me cuentas las últimas novedades. Por si acaso, dejo aquí tu cuchara.

Destapó la tarrina y se acomodó en el hueco que le había hecho. Se la veía radiante, con su maquillaje, su pelo bien arreglado, su ropa sin arrugas... Yo, en cambio, sabía que tenía pinta de pordiosera. Llevaba sin ducharme y sin cambiarme de ropa dos días, aprovechando que no había tenido que trabajar, así que mi pijama empezaba a cantar. Mi pelo era un desastre y mi cara... ¡en fin!

—Mmmm, qué rico está —exclamó tras llevarse una cucharada a la boca.

Por lo que podía ver, había comprado una tarrina de chocolate con cookies. ¡Cómo me conocía! Cogí mi cuchara, me acerqué y hundí el metal hasta conseguir una buena porción de helado, que me metí entera en la boca. Cerré los ojos y, mientras el dulce se derretía sobre mi lengua, me dio otro ataque de llanto que hizo que mis hombros se sacudieran.

—No puedes comer helado y llorar a la vez.

—Sí puedo.

—¡Y, por Dios, no hables con la boca llena de chocolate! Parece que tengas los dientes podridos. Qué asco.

Engullí todo lo que tenía en la boca, con tan mala suerte que me atraganté y comencé a toser de forma exagerada.

—Madre mía, qué cruz —protestó Míriam limpiándose la camiseta tras mi ataque de tos.

—Sólo son unas gotitas —repuse yo, hundiendo de nuevo la cuchara en el helado.

—Unas gotitas de chocolate en una camiseta blanca. Peor que si fuese sangre.

—¿Y por qué has elegido el blanco sabiendo que venías a una sesión de mocos? ¡Y más trayendo tú el chocolate!

—Tenía la esperanza de que estuvieras mejor.

—¿¡Mejor!? ¡¡Pero si te he mandado un SOS!! ¿Cómo voy a estar mejor?

—Yo qué sé, a lo mejor era un SOS en plan «he descubierto al verdadero amor de mi vida».

—¡Calla! No quiero saber nada más de los hombres.

—No importa, el verdadero amor de tu vida podría ser una mujer.

Me eché a llorar de nuevo al pensar en las mujeres con las que había estado Javi.

—He hablado con él —lloriqueé, con la boca llena de helado.

—¿Y? —preguntó con miedo.

—Ya sé por qué me ha dejado.

—¿Y...?

—Se ha estado acostando con otras.

—¡Valiente cabrón! ¿Por eso me has preguntado si yo me había liado con él? ¡Sabes perfectamente que nunca haría algo así!

—Pues alguna lo ha hecho. Me dijo que se había acostado con una de mis amigas, además de con otras muchas mujeres.

—No me lo creo. ¡Imposible! ¿Quién iba a hacer algo así? Seguro que te ha mentido para hacerte daño.

—Tuve que sacárselo a la fuerza, no quería decirme por qué no quería estar conmigo. Ya no me quiere y ha estado acostándose con otras a mis espaldas. ¡Tengo más cuernos que el padre de Bambi! Y todo por mi culpa.

—¿Cómo va a ser por tu culpa? Ése, lo que pasa, es que es un salido y ya está.

—No lo hacíamos lo suficiente y...

—¡No es culpa tuya que te haya engañado!

—Que sí.

—Que no.

—Que sí; yo casi nunca quería hacerlo y, cuando nos acostábamos, tampoco es que fuese la bomba precisamente.

—Come y calla, anda. Come y calla.

Como fui a protestar, me metió su cucharada de helado en la boca, manchándome la cara en el proceso.

—Antes de engañarte con otras, debería haberte dicho que deseaba más, que necesitaba más. ¿Lo hizo?

Negué con la cabeza.

—Tendría que haber buscado soluciones en lugar de encontrar excusas, haber propuesto nuevas cosas, para ver si volvía a avivar el deseo. ¿Lo hizo?

—No, pero...

—No hay peros.

—Sí, escucha... La verdad es que todas esas cosas nuevas que dices que podríamos haber probado, no son realmente *nuevas*.

—¿Eso qué quiere decir? No me digas que has probado cosas como el sado, los tríos y demás.

—Sado, un poco; las tres típicas chorradas. Tríos, no. Pero llevamos... llevábamos más de quince años juntos. Hemos probado muchas cosas, aunque sólo fuera por tontería.

—¿Como qué?

—No me hagas recordarlo.

—Vamos, siento curiosidad.

—¡No me ayudas a superar lo que me está pasando!

—Vale, vale —claudicó Míriam—. No me confieses tus sucios secretos, aunque ya te vale no haberme contado nada hasta ahora, pero hazme caso y no te culpes. Si él quería serte infiel, lo habría sido de una manera o de otra.

—Pero si yo lo hubiera tenido satisfecho...

Míriam puso los ojos en blanco.

—He estado pensando —me apresuré a decir para no darle tiempo a ella a hablar—. Quizá ha sido la píldora. Dicen que disminuye el apetito sexual, ¿no?

—Ni idea. Pero hay otras posibilidades.

—¿Cuáles?

—Llevabais muchos años juntos, ¿y si, simplemente... se acabó el deseo?

—Yo sigo queriéndolo.

—Pero no como antes, no con pasión y lujuria. Lo quieres como quien quiere a un hermano.

—¡No!

—¿Seguro?

—Pues claro. No lo quiero como a un hermano.

—Pero ya no hay mariposas en el estómago ni...

—Las mariposas murieron hace mucho tiempo, Míriam. Las mariposas sólo están durante el enamoramiento, después la relación es otra cosa. Crece a otro nivel: cariño, respeto...

—Pues él no te ha tenido mucho respeto.

—¡No ayudas una mierda! —lloriqueé.

—Oye, al menos he traído helado.

—Menos mal.

Durante varios minutos estuvimos calladas, yo llorando en silencio y ambas dando buena cuenta del chocolate. Ya quedaba menos de media tarrina.

—Voy a dejar de comer —se retiró Míriam a la vez que dejaba a un lado la cuchara—. No tengo una ruptura a la que culpar de los kilos de más.

—¿Quieres decir que me estoy poniendo gorda? —interrogué con tono lastimero, mirando mi cuerpo fondón. La verdad es que ir en pijama no ayudó a subirme la autoestima.

—Estoy diciendo que, si como más helado, yo me pondré gorda. Tú estás

genial.

—Ya... —Sintiéndome patética, hundí de nuevo la cuchara en la tarrina. Me conocía y sabía que no iba a ser capaz de parar hasta ver el fondo del envase—. ¿Quién crees que ha sido?

—Quién ha sido, ¿qué?

—La que se ha acostado con Javi.

—¿De nuestro grupo?

—Sí.

—Ni idea. Lo cierto es que no me cabe en la cabeza que alguien haga algo así.

—Seguro que se trata de Julieta, siempre ha sido un poco puta.

—¡Nuria!

—¿Qué? Sabes perfectamente que todavía estábamos en el instituto cuando quedaba con tíos mayores a través de Internet para montárselo en sus coches.

—Pero eso no significa que...

—Seguro que ha sido ella.

—Ni se te ocurra hacer nada —me advirtió al oír la rabia con la que hablaba.

—¿Cómo que no? Como haya sido ella, la voy a coger por los pelos y la voy a...

—¿Y cómo vas a saber si ha sido Julieta? No creo que te lo vaya a confesar.

Cogí la cuchara como si fuera un cuchillo y la clavé en el helado.

—Quiero matar a alguien.

—¿Y si te compro un muñeco de vudú? Podrías ponerle algo de Javi y clavarle agujas en sus partes nobles. Así tal vez te sentirías mejor. ¿Qué pasa? —preguntó al ver mi cara.

—Me duele hasta oír su nombre —contesté frotándome el pecho.

—Bueno, eso pasará; ya verás como pronto estarás bastante recuperada.

Negué con la cabeza, sin poder creerme sus palabras. ¿Cómo iba a sentirme mejor? Después de quince años con él, en ese momento me sentía sola, y perdida, y desorientada, y...

—Él no era así —murmuré.

—Todos cambiamos.

—No, en serio, él no era así. El chico del que me enamoré nunca habría hecho algo de este estilo.

—Todos cambiamos —insistió Míriam—. Ni tú eres como eras hace quince años, ni él es como quince años atrás.

—No, no, él ha cambiado mucho de un tiempo a esta parte, desde que...

—Otra vez no, ya hablamos de esto hace dos semanas.

—¡Pero es que ahora todo cobra sentido!

—Que comenzase a juntarse con Manu no es el motivo por el que rompió contigo, ya lo dejamos claro.

—¡Pero hoy tenemos información que antes no teníamos! —Me puse de pie, emocionada—. No me dejó porque empezase a salir con Manu, me dejó porque, al hacerlo, éste lo pervirtió y lo convenció de estar con otras mujeres.

Miriam quiso decir algo, pero no se lo permití.

—Manu es un ligón, un mujeriego, un chulo. Él lo llevó por el mal camino.

—Nuria, yo creo que...

De nuevo, no la dejé hablar y, tras alzar la cuchara hacia el techo, exclamé como quien grita eureka:

—¡La culpa es de Manu!

3

—Esto es una mala idea.

—Ya lo has dicho antes.

—Pero es que, en serio, es una idea pésima.

—No lo es —refuté mientras caminaba con brío—, es la mejor idea del mundo.

Míriam negó con la cabeza mientras me seguía.

—¿Y cómo has conseguido su dirección?

—Por su abuela.

—¿Y cómo la has localizado?

—Sigue viviendo en la misma casa que yo recordaba. De hecho, esperaba encontrar a Manu allí; ya sabes que ahora los tíos no se van de casa de sus padres hasta que son más viejos que Matusalén, pero resulta que nuestro querido amigo tiene su propio piso. Supongo que necesitaba conseguirse un picadero con urgencia. Con todo lo que liga, tendrá los amortiguadores del coche destrozados.

—Nuria, no sabes nada de él, igual estás totalmente equivocada.

—Claro que sé cosas de él. Aquí todo dios se conoce y habla. Manu consiguió su fama de ligón cuando todavía iba al colegio y ha seguido alimentándola desde entonces. Creo que es en ese portal de ahí.

Aceleré el paso, dispuesta a hundir mi dedo en el telefonillo en cuanto diera con el botón del segundo izquierda, pero Míriam se interpuso en mi camino.

—Estás muy alterada, debes calmarte.

—¿Calmarme? ¿Para qué? Lo que tendría que haber hecho era tomarme cinco Red Bull, a ver si me daban fuerza suficiente como para pegarle una torta a este tío y mandarlo a la luna. Y ahora déjame que llame.

—Nuria —me dijo Míriam cogiéndome por los hombros con fuerza—, nadie hace nada si no quiere. Manu puede que sea un libertino y un mujeriego, pero no obligó a Javi a hacer nada, ¿de acuerdo?

—No digas su nombre.

—Javi.

—Shhhh.

—Javi.

—Te odio.

—Es a él al que tienes que odiar, no a mí, ni a Manu. Ha sido él quien te ha traicionado, él y sólo él, ¿lo entiendes?

Tenía razón y lo sabía. En la teoría todo estaba clarísimo, lo que ocurre es que, de lo que dice la cabeza a lo que dice el corazón, hay un abismo. Así que, en cuanto Míriam bajó la guardia, aproveché para estirar el brazo y llamar al telefonillo. Ni tan siquiera vi a qué piso estaba tocando, pero, cuando contestó una voz de mujer, simplemente solté:

—Vengo a ver a Manu; su interfono no funciona, ¿podría abrirme?

Y, como por arte de magia, me franquearon el paso.

—¿Ves? —le comenté de forma desafiante a Míriam—. Aquí están tan acostumbrados a que Manu reciba visitas femeninas que ya ni siquiera hacen preguntas.

—¿Y a ti qué más te da si recibe visitas femeninas, masculinas o alienígenas? —me replicó ella en voz baja, pero dejando ver que estaba cabreada—. Él no te debe ninguna explicación. Nuria, vámonos de aquí.

—Si lo llego a saber, no te aviso.

—¡Cabrona, si no lo has hecho! Te he interceptado a medio camino.

—Entonces, si estás aquí es porque quieres, así que apóyame o vete —alegué sin dejar de subir escalones.

El edificio era viejo y las escaleras, empinadas y oscuras. Llegué al rellano del segundo falta de aliento, pero, antes de que Míriam pudiera volver al ataque con su charla, toqué el timbre. O, más bien, hundí mi dedo en él y Míriam tuvo que despejarlo tras unos buenos diez segundos de hacerlo sonar de forma ininterrumpida.

—¿Por qué no me dejas hablar a mí?

—Porque necesito ser yo la que le arranque una confesión —sentenció a la vez que gesticulaba con las manos como si estuviera estrangulando a alguien.

—Has venido a hablar, ¿verdad, Nuria?

—Claro, claro, a hablar.

—Nu...

No tuvo oportunidad de terminar de decir mi nombre, pues la puerta se abrió justo en ese instante.

—¿Sí?

—Tú no eres Manu —solté.

—Me temo que no. ¿Lo buscáis a él?

—Obviamente —le espeté al desconocido.

Miriam carraspeó para llamar la atención del tipo, que me miraba con desconfianza, y nos presentó.

—Hola, ¿qué tal? Soy Miriam y ella es mi amiga Nuria. Buscamos a Manu, ¿vive aquí?

—Sí, esperad. Manuuuuuu —gritó el chico que nos había abierto, a la vez que se giraba hacia el interior de la casa—, te buscan.

—Si es el cartero, firma tú —contestó el susodicho desde algún lugar indeterminado de la casa, también a grito pelado.

—No es el cartero. Son unas chicas.

Se oyó una puerta y seguidamente unos pasos y... ¡ahí estaba! El culpable de todos mis males apareció en el recibidor vestido de *sport*, con una camiseta negra ajustada, unos pantalones de chándal grises y el pelo moreno totalmente despeinado. Era guapo a rabiar incluso yendo de deporte, con su barbita cuidada, su sexy sonrisa que apareció en cuanto me vio y sus intensos ojos marrones, que se agrandaron al reconocermelo.

—¿Nuria?

Manu y yo nos conocíamos del colegio. Él tenía un año más, pero había repetido un curso y al final acabamos en la misma clase. Javi y él habían sido buenos amigos hasta que empezó a salir conmigo y se distanciaron, pero el destino quiso unirlos de nuevo hacía unos meses.

—Así que me reconoces.

—Claro —sonrió—, ¿cómo no voy a reconocerte? Anda, dame dos besos.

Se agachó para besarme en la mejilla, pero yo retrocedí un paso con los puños cerrados. Él, sorprendido, me miró a mí y después a Miriam, reevaluando la situación.

—¿Pasa algo?

Yo sentía tanta rabia que no podía ni hablar. Me lo quedé mirando, deseando que mis ojos emitieran rayos láser. Respiraba con dificultad y las manos me dolían de tanto apretarlas.

Miriam, aprovechando mi mutismo, intervino.

—Queríamos preguntarte algo.

—Claro, decidme.

—¿Tú...?

—¿Por qué? —interrumpí a Miriam.

—Por qué, ¿qué?

—¡No finjas que no sabes lo que me has hecho!

—¿De qué estás hablando, Nuria?

—De Javi.

—¿Qué pasa con él?

—¡Tú eres el culpable de todo!

—Pero ¿de qué estás hablando?

—¡Lo sabes perfectamente! Por tu culpa Javi ha decidido que ya no soy suficiente para él, por tu culpa ha decidido que quiere más, ¡por tu culpa me ha dejado!

Dejando salir mi rabia, le lancé un puñetazo, aunque era tan alto para mi metro sesenta y cinco que no apunté a su cara, sino a su barriga. Había oído que, si sorprendes a alguien con aire en el estómago cuando le arreas un trompazo en el abdomen, puede ser un golpe maestro. Pero él tuvo los reflejos de retroceder a tiempo. Frustrada, di un paso hacia delante y lancé otro derechazo. Éste sí le atinó en el pecho, aunque tan sólo un segundo después sus manos me cogieron por las muñecas.

—¡Suéltame, imbécil!

Tiré de mis brazos, pero no me liberó.

—¡Que me suelteeee!

—¡Cálmate!

Según Míriam me contó después, en aquel momento parecía poseída, sacudiéndome como una loca para intentar liberarme, emitiendo berridos y con el pelo revuelto por la fuerza de mis tirones.

—¡Que me sueeelteeeeees! —grité y, consciente de que sus manos eran demasiado grandes y fuertes como para poder zafarme de ellas sin su colaboración, no se me ocurrió otra cosa que propinarle un rodillazo en la entrepierna.

De nuevo, fue más rápido que yo y, no sé muy bien cómo, se vio venir el ataque, así que pudo cerrar las piernas a tiempo y echar hacia atrás el culo de tal forma que acabé dándole en el estómago y no en sus partes.

Desquiciada por la rabia y la frustración, tuve otra idea genial e hice algo que, al fin, no se vio venir. Aunque, claro, yo tampoco me esperaba las consecuencias que iba a tener. Le pegué un cabezazo y, oye, funcionó a las mil maravillas: me soltó al momento para llevarse las manos a la cara; no obstante, algo no salió como yo pensaba. En las películas, el que daba el cabezazo se quedaba tan pancho... Pero joder, ¡cómo dolía en la vida real!

Ambos nos encogimos, con las manos cubriéndonos la zona donde nuestros cráneos habían impactado. Yo sentía el dolor atravesándome hasta la mitad del cerebro.

—¿Estás bien? —Noté a Míriam rodeándome con sus brazos—. Pero ¿qué has hecho, animal?

—¡Ha sido ella! —protestó Manu desde donde estaba.

—¡Ya lo sé, si se lo decía a ella! ¿Estás chiflada o qué?

Dicho esto, me obligó a apartar las manos de mi cara para ver si había daños graves mientras seguía insultándome.

—Parece que no te has roto nada, pero habrá que ponerte hielo. Manu, ¿tienes hielo?

—¡No os voy a dejar entrar en mi casa ni de coña!

Pero Míriam no lo escuchó y, cogiéndome del brazo, me arrastró dentro. El amigo de Manu, el que nos había abierto la puerta, estaba allí, probablemente atraído por los gritos, y fue a él a quien le preguntó dónde estaba la cocina. Sin esperar invitación, abrió el congelador, cogió lo primero que vio en él, lo lio en un paño que colgaba cerca de la vitrocerámica y me lo estampó en la cara. Y sí, digo bien lo de *estampó*, pues muy fina no fue y solté un quejido. Supongo que, en su opinión, me lo merecía. Después volvió al congelador y sacó otra bolsa para Manu.

—Ya podéis empezar a explicarme qué cojones pasa aquí, si no queréis que os eche de mi casa —exigió él de malos modos, aceptando el hielo que Míriam le pasó.

Fui a abrir la boca, pero mi amiga me acalló.

—¡Chitón! Ni se te ocurra hablar. Mira la que has liado en un momento. Manu, siéntate.

Lo dijo en un tono tan autoritario que él la miró desafiante durante unos segundos, con una protesta en la punta de la lengua, pero entonces se lo pensó mejor y, tras lanzarme una mirada asesina, se sentó en la silla que tenía más cerca y que quedaba al otro lado de la mesa. Sin duda era bueno que guardáramos una distancia de seguridad.

—Hablad —exigió.

—Yo lo haré —se me adelantó Míriam—. Estamos aquí por Javi.

—¿Y? —interrogó Manu al ver que mi amiga no explicaba más.

—Lo conoces, ¿verdad?

—Javi Morote, ¿no? Sí, lo conozco. Fuimos juntos al colegio. ¿Por qué?

—Eráis amigos en el colegio y también lo sois ahora, ¿no?

Él no contestó y en su lugar preguntó:

—¿Vas a seguir interrogándome o vas a contarme qué cojones pasa aquí?

—Verás, aquí mi amiga —me señaló— cree que...

—¡Sé!

—Bueno, creer, saber... es relativo. Ella... —buscó otra palabra— considera que tú tienes la culpa de que Javi se haya acostado con otras mujeres.

Manu soltó un resoplido.

—Claro que sí, a punta de pistola lo he obligado a tirarse a la chica que me gustaba, ¿no?

—¿Qué?

—Javi no sólo te la ha jugado a ti, a mí también me ha dado *por culo*, y bien. Pero supongo que no tenías ni idea de que se acostó con mi chica.

—Te está bien empleado —le espeté—, por haberlo llevado por el mal camino.

—¿Y cómo se supone que he hecho eso? ¿Por tomarme unas cervezas con él? ¡Anda ya!

—No me mientas, sé que quedasteis muchas veces para salir, tomar algo e ir por ahí.

—¿Por qué, porque te lo ha dicho él? Pues encima de infiel, es un mentiroso. Quedar hemos quedado sólo un par de veces, para recordar viejos tiempos. Y sí que hemos coincidido en algunas ocasiones por ahí, pero, vamos, unas cervezas, unas risas, una partida de billar como mucho y santas pascuas, no más.

Negué con la cabeza, sin tragármelo, y Manu me respondió con un:

—¿No me crees? Pues ve a preguntarle a él.

—Como si fuera tan fácil —resoplé.

—¿No quiere hablar contigo? Pues tira su puerta abajo de un cabezazo. Ya tienes práctica.

Nos quedamos callados, ambos con los trapos congelados en la frente y con Míriam y el amigo de Manu mirándonos por si tenían que volver a hacer de intermediarios. Sin embargo, mi rabia se había desinflado y ahora me carcomía la duda: ¿sería verdad lo que decía Manu?, ¿me habría mentado Javi sobre con quién salía y qué hacía cuando se iba con sus amigos de fiesta?

Mi familia era propietaria de un hotel y yo trabajaba en él junto con mi hermana y mi madre. Teníamos que hacer turnos en la recepción y muchos fines de semana me tocaba o bien hacer el turno nocturno (de diez de la noche a ocho

de la mañana, pudiendo dormir a partir de las doce si todos los huéspedes estaban dentro, pero siempre lista para saltar del sofá cama ante cualquier problema o necesidad de los clientes) o el de primera hora de la mañana (que empezaba a las siete), por lo que era frecuente que no saliese o, si lo hacía, me recogiese pronto. Que Javi se fuera de fiesta mientras yo dormía o trabajaba se había convertido en algo más que normal.

Nunca había dudado de él, soy así de ingenua, pero es que yo hubiese sido incapaz de traicionarlo de esa forma y tenía fe ciega en que él también lo sería, ¡y toma ya! Menudo pastel me había encontrado al atreverme a hurgar en qué hacía sin mí.

Miré a Manu, que seguía sosteniéndose sobre la frente la bolsa que Míriam le había dado. Una parte de mí seguía culpándolo. Seguro que Javi había aprendido de él. Puede que Manu no le hubiese enseñado queriendo, pero, cuando los hombres ven a alguien mujeriego y vive la vida, le tienen envidia e interiormente desean parecerse a él. Eso es lo que había pasado. Javi me había traicionado porque había querido parecerse a aquel espécimen humano que tenía delante.

Os pongo en situación: Manuel Oliver Esparza, siempre el chico más guapo de la clase, y no precisamente el más brillante. Se llevaba a las chicas de calle, pero los exámenes siempre los pasaba por los pelos y solía ir a recuperación en muchas de las asignaturas. Fue el precursor en mi clase del juego el conejo de la suerte, donde niños y niñas tenían que formar un círculo y la vez se iba pasando a base de palmadas mientras se cantaba «el conejo de la suerte ha salido esta mañana a la hora de dormir. Pum, ya está aquí, haciendo reverencia con cara de vergüenza. Tú besarás al chico o a la chica que te guste más», y quien en ese momento estuviera recibiendo la palmada, podía elegir libremente a quién besar de los que conforman el corro. Los besos se daban en la mejilla, porque todavía éramos unos críos, pero, después del conejo de la suerte, llegó, como no podía ser de otra forma, el juego de la botella. No estoy segura de si Manu fue el que introdujo ese entretenimiento en mi círculo de amigos, pero tiene toda la pinta por su forma de ser. Él fue mi primer beso en la boca por aquel dichoso juegucito.

Y desde esa época infantil y prejuvenil, las cosas no podían hacer más que despegar. Creo que salió con todas mis compañeras de instituto durante los últimos cursos de la ESO, y las pocas que se habían escapado fueron cayendo durante los años siguientes, pues los de la clase seguíamos coincidiendo años después y nunca es tarde para un buen magreo con una persona como Manu,

quien, admitámoslo, ha mejorado con los años. Y mira que parecía difícil, pues ya era el más atractivo de todos con sólo catorce años.

Lo que os estaréis preguntando, obviamente, es por qué yo no me encuentro en su infinita lista de ligues. Salvo aquellos besos en el juego de la botella (sí, hubo más de uno), no ha habido nunca nada entre nosotros. El porqué es fácil: yo siempre he sido demasiado exigente y Manu nunca ha sido mi hombre ideal. Era guapo, sí, pero que fuese tan ligón le quitaba todos los puntos que ganaba por su aspecto físico. Las hay que se pelean por los hombres más deseados, que consideran la atracción de otras como un punto a favor (sucede lo mismo con los objetos: cuanto más interés suscita una cosa, más probabilidad hay de que otras personas se fijen en ella; de ahí que el consumismo está tan al alza), pero personalmente, saber que el interés que podía sentir por mí lo había sentido por otra la semana pasada, y por otra la anterior, me molestaba bastante. También era gracioso, no lo vamos a negar, e incluso me atrevería a decir que era listo, pero no era estudioso y, por lo tanto, a mí no me parecía ni inteligente ni interesante. No quiero un cateto en mi vida.

Luego entró en mi vida Javi y ahí ya se acabaron los motivos para no estar con Manu. Tenía novio y no necesitaba a nadie más, así que Manu salió totalmente de la ecuación, si es que en algún fugaz momento de mi adolescencia lo había barajado como pareja.

Cuando Javi y yo comenzamos a salir, sinceramente creí que sería un amor para toda la vida. De hecho, hasta hacía pocas semanas estaba convencida de que seguía siendo uno de esos amores que duran para siempre. ¡Qué patética soy!

Todos los hombres tienen a un Manu dentro. Un ligón empedernido, una vocecita que les dice que la felicidad se encuentra en una cama distinta cada noche, que lo mejor para sentirse guapo, joven y poderoso es conquistar a una cada día. Hay hombres que lo sacan en la juventud, como Manu, y otros que se encuentran con esa parte de sí mismos más adelante, como Javi. Quizá fuese sólo algo temporal. Yo me había preguntado más de una vez cómo sería estar con otro hombre, hacer el amor con alguien que no fuera Javi, besar unos labios que no fuesen los suyos. Y si yo me lo había preguntado, él lo habría hecho un millón de veces más. Tal vez sólo necesitaba unos meses de descubrimiento para darse cuenta de que la felicidad no estaba en las piernas abiertas de muchas desconocidas, sino en mis calurosos y amantes brazos.

¡Pero me había puesto los cuernos! Si me hubiese pedido un tiempo, no lo habría entendido y probablemente me habría cabreado igual, pero es que ni a

pedirme un tiempo se había dignado. ¡Directamente había traicionado mi confianza acostándose con un montón de mujeres! ¡Incluso con una amiga mía!

Cabreada, tiré sobre la mesa el paño helado y me levanté. Todos dieron un saltito y Manu se puso en tensión, quizá temiéndose que fuese a lanzarme de nuevo contra él, pero lo que hice fue simplemente decirle a mi amiga:

—Vámonos.

Al día siguiente volví a ser yo misma, al menos en apariencia. No me habríais reconocido de verme por la calle. De una andrajosa con boceras de chocolate, pelo grasiento por no ducharme en dos días y restos de moco en la nariz (bueno, quizá esté exagerando un poquito) pasé a ser la sofisticada copropietaria del hotel que siempre había sido.

Mi negocio familiar no es muy grande, pero el hotel ocupa una casona emblemática de mi ciudad y sus instalaciones son excelentes: habitaciones amplias, un vestíbulo de mármol blanco, espaciosa escalera doble, un patio central... ¡Un auténtico lujo! No dormiréis en mi hotel por menos de sesenta euros, y eso en la habitación más chiquita. Para una pequeña urbe como la mía, está muy pero que muy bien. Nuestra puntuación en TripAdvisor es de nueve coma tres, ¡toma ya! ¿Os lo he vendido bien? ¿Voy reservando ya una *suite* para vosotros?

El caso es que, como resulta evidente, mi yo posruptura no podía aparecer por el hotel, así que a la mañana siguiente me peiné y maquillé como es debido, me puse un elegante vestido de diario y fui a trabajar. La verdad es que resultó un alivio poder concentrarme en algo que no fuera mi dolor y Javi, y mirarme al espejo y no ver un monstruo también me ayudó bastante a no sentirme como una mierda.

Aun así, no resultó fácil. Para nada. Tenía que obligarme a sonreír a los clientes porque la sonrisa no salía sola. La colonia que llevaba el de la trescientos cuatro casi me hizo llorar, porque era la misma que le había regalado a Javi por su cumpleaños. ¡Y qué rabia! Me hizo recordar que, un mes antes de que me dejara, me había gastado sesenta pavos en aquel perfume con el que ahora seducía a otras a través del olfato. Cuando la pareja que se alojaba en la ciento ocho me pidió la cerveza que siempre elegía mi ex, la mano me tembló al cogerla... En fin, una gran mierda.

Pero sin duda trabajar era lo mejor, porque, cuando al fin llegué a mi casa, ¿sabéis lo que hice? Me metí en la cama y me puse a llorar. Ni tan siquiera me di cuenta de que me saltaba la cena.

El día siguiente fue peor en el trabajo, pues había pocos clientes y me pasé el

día con la mente puesta en la ruptura, pero al menos la noche fue mejor: parecía que mi lago de lágrimas se había secado y ya no tenía ganas de llorar. Me tragué una película a la vez que me escribía con Míriam y otras amigas en un grupo de WhatsApp.

El viernes fue distinto. Ese día tenía turno de noche, que suele ser muy tranquilo una vez que los huéspedes se han acostado. No había soltado ni una lágrima en todo el día, pero, en cuanto vi pasar al último huésped que quedaba fuera del hotel y cerré el portón de entrada, sentí que me temblaba el labio, señal inequívoca de que iba a empezar a llorar en nada. ¿Y por qué? ¡Si ni tan siquiera estaba pensando en Javi! Mierda, ya había pensado en él, ahora iba a llorar sí o sí.

Mi teléfono comenzó a sonar y pude oírlo con nitidez en el silencio sepulcral que reinaba en el ambiente. Mis zapatos chirriaron sobre el suelo. ¡Arg! La nueva limpiadora había usado un producto que, si bien dejaba las baldosas superbrillantes, después al andar parecía que estuvieran arañando una pizarra. Ñiiiiiiii, ñiiiiiiii, ñiiiiiiii.

Llegué a la recepción y me incliné sobre el lustroso mueble de madera antigua. Era un número desconocido, así que descolgué sin saber quién me molestaba a las doce y cuatro minutos.

—¿Sí, dígame?

—Nuria, soy Manu.

Me quedé paralizada, con el móvil en la mano.

—¿Hola? —interrogó al no obtener respuesta.

—¿Cómo has conseguido mi número?

—Me lo ha dado María.

—¿Qué María?

—María Rodríguez, nuestra compañera de clase. Bajita, con gafas... ¿te acuerdas de ella?

—Sí. —Claro que me acordaba, todavía salía con ella de vez en cuando. Una vez al año o así, para no perder la relación—. ¿Qué quieres?

—¿Puedes venir al Bora Bora?

—¿El pub?

—Sí.

—¿Para qué?

—Javi está aquí.

El corazón se me revolucionó en el pecho y apreté el teléfono con fuerza.

—¿Qué hace?

—Disfrutar de que la noche es joven.

Me rechinaron los dientes y creo que Manu lo oyó, porque me dijo:

—¿No querías pedirle explicaciones? ¿No decías que no te resultaba sencillo pillarlo para hablar? Te lo sirvo en bandeja.

—¿Y qué se supone que quieres que haga, que vaya y me ponga a gritarle ahí en medio?

—Es una idea, aunque yo me decanto más porque tú le pegues a la chica con la que está y yo mientras lo zurro a él.

—¡Sí, hombre!

—Es la chica que antes estaba conmigo, la que te dije que él me había «robado». ¿Sabes cómo me enteré? Los pillé en el coche de él, con la cabeza de ella hundida en su entrepierna. Los jadeos se oían desde...

—¡Vete a la mierda, Manu!

—Yo me voy a la mierda, ¿y tú vienes para acá?

Me sorprendí soltando:

—Sí.

Nada más colgar, llamé a mi hermana.

—Lena, ¿puedes cubrirme, *porfa*?

—Son las doce de la noche.

—Por favor.

—¿Te ha entrado un apretón y necesitas ir al baño? Conecta la centralita al manos libres y ya está.

—Que no, es otro tipo de urgencia, necesito ir a un sitio. Te prometo que será un momento.

—¡Podrías haberme avisado y habríamos cambiado el turno!

—Es que acabo de enterarme.

—Pero ¿es importante?

—Si no lo fuera, no te lo pediría.

—¿Ha pasado algo?

—Sí y no. Baja, por favor, que tengo que apresurarme. Luego te cuento.

—¡Y encima me vienes con prisas! Ya voy, pero me deberás una.

Cinco minutos después, tocaba a la puerta. Al abrir, me di cuenta de que se había vestido, pero debajo debía de llevar el pijama, pues aquellos pantalones nunca le habían quedado tan apretados.

—Te quiero —le dije a la vez que le di un sonoro beso en la mejilla y luego

salí corriendo.

—Pero ¿adónde vas así de loca? —me gritó en medio de la calle desierta, y preferí no contestar.

Cogí mi moto, que estaba aparcada delante del portal, y en un santiamén me planté en la puerta del Bora Bora, un pub que a esas horas de la noche estaba bastante animado, con mucha gente fumando en la entrada.

Me acerqué al grupo buscando con ansiedad a Javi, pero no lo encontré. En cambio, Manu me agarró por el brazo. Se había dejado el chándal en casa, pero seguía llevando un *look* deportivo, con unos vaqueros oscuros y una sudadera gris.

—Ya estás aquí, bien.

—¿Dónde está? —planteé con un deje de desesperación.

—Están dentro, echándose una partida al billar. Vamos.

Lo seguí al interior del local. La zona de las mesas tenía muy poca luz, por lo que al fondo resplandecía la mesa de billar, iluminada desde arriba para que los jugadores pudieran realizar buenos tiros. No vi a Javi en un primer momento, porque estaba entre las sombras, hablando muy acaramelado con una chica. Al reconocerlo, apreté los puños con tanta fuerza que me clavé las uñas en las palmas.

—Ahí lo tienes. Y te presento a Lola —me dijo en referencia a la acompañante de Javi.

—Tiene nombre de puta.

—Oye, que es el diminutivo de Dolores. Muy erótico festivo no es.

Durante unos segundos nos quedamos callados, mirando a la parejita feliz al fondo del establecimiento. La música sonaba a nuestro alrededor y la gente bebía, hablaba y reía, como si nada malo pasase entre aquellas paredes.

—Bueno, ¿y qué hacemos? —me preguntó Manu.

—Qué hacemos, ¿de qué?

—¿No te apetece arrancarle el pelo a Lola?

—La verdad es que no, no soy tan violenta.

—¿Disculpa? El otro día me pegaste un cabezazo en plena cara después de intentar propinarme varios puñetazos. ¡E incluso intentaste darme un rodillazo en mis partes! ¿No eres violenta?

—Sólo contigo.

—Qué honor. Entonces, ¿has venido para verlos enrollarse?

Y, justo cuando decía eso, vi cómo Javi y aquella zorra se besaban de forma

escandalosa, con la boca abierta y enseñando lengua en medio de un lugar público como aquél. Vamos, eso no lo hacía yo ni en la edad del pavo.

Me ardió tanto la sangre que, olvidándome de Manu, eché a andar hacia ellos sin saber muy bien qué iba a hacer. Separarlos, seguro. La cuestión era cómo.

Sin embargo, no tuve que perfilar mi plan, pues, antes de que llegara al fondo del pub, dejaron de morrearse y Javi se dirigió hacia la barra para pedir algo. Se encontró conmigo y tuvo la decencia de parecer un poco avergonzado, pues miró por encima del hombro para observar a su acompañante, seguro que preguntándose si los había visto metidos en faena.

—Nuria, ¿cómo tú por aquí?

—Ésta también es mi ciudad, creo que puedo salir por donde me dé la gana.

—Claro que sí, pero tenía entendido que no te gustaba el Bora Bora.

—Y está claro por qué: hay mucha fresca suelta —dije, lanzando una significativa mirada a Lola—. ¿Es tu nueva chica?

—Es sólo una amiga. No planeo tener *chicas*.

—Qué bien: tú ya no hablas ni siquiera de novias, sino de chicas, y no quieres ni eso. ¿Tan mal fue tu última experiencia?

—Nuria, si has venido a hablar de eso, creo que ya lo dejé todo claro en la última llamada.

—Clarísimo, desde luego. ¡Me pusiste los cuernos! ¿Creías que no iba a venir a pedirte explicaciones después de que me soltases algo como eso? ¿Pensabas que me iba a quedar cruzada de brazos? ¡Pues me conoces muy poco!

—Igual de poco que me conoces tú a mí. Ambos hemos cambiado. Hemos pasado unos años muy buenos, pero ahora es momento de cambiar. El amor se terminó y...

—Para mí el amor no se terminó.

—¿Ni aún después de todo lo que te he contado?

—No, yo... —Sentí que los sentimientos me hacían un nudo en la garganta y tuve que tragar con fuerza—. Podría perdonarte, Javi. Si tú quieres, lo olvidaré todo y...

—Nuria, supéralo.

Y con aquello, me esquivó y siguió su camino hacia la barra. Yo me quedé allí de pie, al borde de las lágrimas y sin poder reaccionar. Lo bien que me habría venido el mal genio con el que me enfrenté a Manu, pero es que Javi me tocaba demasiado el corazón y me convertía en una persona estúpida y débil. «Supéralo», había dicho, como si una relación como la nuestra pudiese superarse

así de fácil.

—¿Qué ha pasado? —preguntó de pronto Manu, apareciendo por mi derecha.

—Me voy —anuncié a la vez que me limpiaba varias lágrimas que habían caído por mi mejilla—. No debería haber venido.

—¿Estás llorando? Pero ¿qué te ha dicho?

—Nada —respondí, y me giré para marcharme, pero él me sujetó.

—¿Conmigo te hinchas a hostias y con él te quedas aquí como un pasmarote, llorando? ¡Ataca!

—No soy un perro —le contesté con mala leche, tirando del brazo para que me soltara.

—Pues si tú no haces nada, yo sí que pienso quedarme a gusto.

Y antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, alzó un puño. ¡Iba a pegarme un puñetazo y yo lo miraba alucinada, sin poder hacer nada! Lo vi venir hacia mi cara como a cámara lenta y por mi mente cruzaron un millón de pensamientos, pero no me moví ni un centímetro. Menuda guerrera estoy yo hecha. Pero, entendedme, estaba tan sorprendida...

Por suerte, su puño no llegó a tocarme, sino que se fue desviando y después pasó a un palmo de mi cara a toda velocidad, haciéndome aire. El rostro contra el que impactó fue el de Javi, que volvía ya de la barra y justo pasaba por mi lado, como si mi presencia no le afectase lo más mínimo.

El puño de Manu sí que le afectó, sin duda. Lo tiró al suelo de espaldas, arrastrando un taburete por el camino, y en seguida estalló el caos en el pub. Javi iba con un amigo y éste le pegó un empujón a Manu para apartarlo.

—Pero ¿qué haces, imbécil?

—Darle lo que se merece. Javi, hijo de puta, te lo debía. Ya desde la adolescencia apuntabas maneras y no has hecho más que empeorar.

—Serás desgraciado —replicó éste desde el suelo, con la mano en el pómulo, allí donde Manu le había dado.

El amigo de Javi lo estaba ayudando a levantarse y a nuestro alrededor se había formado un corrillo con el que me fusioné de forma involuntaria, pues todos estaban atentos a lo que pasaba entre ellos dos y nadie parecía saber que yo tenía algo que ver en aquella pelea. Porque, ¿tenía algo que ver? No es que se estuvieran peleando por mí ni nada de eso, pero sin duda parte de la fuerza con la que Manu le había pegado a Javi llevaba mi nombre.

—¿Te gusta ir por ahí quitando chicas? Pues es hora de que aprendas lo que

puede pasarte.

—Yo no quito chicas —respondió Javi—. Si ellas vienen a mí, es porque tú y otros no les dais lo que quieren.

—Manu, por favor —pidió de pronto una voz femenina, irrumpiendo en el corrillo que se había creado en torno a ellos—. No le pegues. Fue culpa mía y lo siento. Yo... le quiero.

Era Lola, la que se había estado magreando hasta hacía unos minutos con Javi. Se querían, ¿no era bonito? Preciosísimo, vamos.

Su confesión de amor consiguió sacar mis demonios y, si cuando Javi me había pisoteado con sus palabras sólo había sido capaz de quedarme parada y llorar, en ese momento me poseyó una furia incontrolable y me lancé contra aquella pelandusca que decía querer a Javi. A mi Javi.

Nadie se esperaba que una nueva pareja de concursantes, en este caso un par de gatas, saltasen al ring, así que nadie me frenó cuando cubrí los pocos pasos que nos separaban y la agarré del pelo.

—¡Serás zorra! —le grité—. Tú me lo has quitado.

La muy estúpida no se defendió y, en lugar de eso, simplemente se agarró del pelo para intentar que yo no tirase tanto de él. Ante su indefensión, me crecí y tiré más todavía de su melena.

—En un coche, maldita guarra —vociferé acordándome de lo que me había dicho Manu.

Pero entonces ella me cogió del brazo, pegando mi mano a su cabeza, e hizo un giro con el que me retorció la muñeca y el codo. Grité y ella me dio un golpe en las costillas en una clara llave de defensa personal. ¡Qué hija de puta! Me enrabeté todavía más y me lancé de nuevo contra ella en cuanto me soltó y me recuperé del golpe, y ahí sí que no se quedó como una tonta sujetándose el pelo. Nos enzarzamos en una auténtica pelea de chicas, con arañazos, tirones de pelo, puntapiés, bocados...

A nuestro alrededor nos jaleaban y todo, como si fuéramos el *show* especial de esa noche. Y lo cierto es que di un bochornoso espectáculo. Bueno, lo dimos, pues fuimos ambas las que acabamos revolcándonos por el suelo en una pelea que me dejaría como recuerdo varios moratones, arañazos en los brazos y la cara, y algún que otro mechón menos.

Al final, Manu me arrancó de los brazos de aquella energúmena que, he de confesar, estaba ganando la partida. Aunque, bueno, es normal, yo no voy por ahí quitando novios, así que nunca había tenido que defenderme de otra chica.

Aquella zorra seguro que tenía mucha experiencia.

Manu me sujetó entre sus brazos mientras yo intentaba soltarme para volver al ataque. Para hundirme todavía más, Javi agarraba a Lola, que comenzó a llorar contra su pecho en una teatrera búsqueda de cariño.

—Creo que deberíamos irnos —propuso Manu, pero ya me arrastraba hacia la entrada del pub.

A nuestro paso la gente fue haciéndose a un lado para dejarnos salir. Me sentí un poco como Moisés abriendo las aguas del Mar Rojo.

Una vez fuera, Manu y yo nos quedamos callados durante casi un minuto, intentando tranquilizarnos. Tuvimos que alejarnos unos metros de la puerta, pues la gente seguía mirándonos y murmurando.

—Bueno, al final no ha estado tan mal.

—¿Que no ha estado tan mal? Van a hablar de mí y de esto durante meses, y todo por tu culpa.

—¿Culpa mía? Yo no te he obligado a que le saltases encima a Lola.

—Me lo has sugerido y me has animado.

—Y sé que te sientes mejor ahora —dijo sonriéndome.

—La verdad es que no; me escuecen los arañosos y mañana intuyo que estaré llena de moratones.

—Sí, la verdad es que a mí también me vendría bien una copa.

—Yo no he dicho nada de una copa.

—Pero soy muy listo y sé que te vendría de perlas.

Nos quedamos callados otro minuto. Empezó a dolerme la cabeza y los arañosos cada vez me picaban más. La idea de tomarme algo comenzó a seducirme.

—Venga, te invito a beber algo en un sitio tranquilo —le dije.

Él no preguntó dónde lo llevaba, simplemente se montó en mi moto y me agarró por la cintura. Le comenté que prefería que se sujetase a la moto porque me dolían el abdomen y la espalda, pero lo cierto era que sus fuertes brazos alrededor de mi cintura me molestaban por otros motivos mucho menos físicos.

Aparqué en la misma puerta de la hospedería.

—¿A qué venimos aquí? —demandó él al ver el cartel—. Pensaba que íbamos a tomar algo, no a echar un polvo en un hotel.

—Cállate —solté sacando la llave—. No vamos a echar un polvo. Trabajo aquí y te voy a invitar a algo en nuestro bar. Si no quieres, puedes largarte.

—Yo nunca le digo que no a una copa gratis.

Mientras abría la puerta, me arrepentía de haberlo llevado allí. ¿Por qué se me había ocurrido? Pues porque yo también quería tomarme algo fuerte y no quería hacerlo delante de nadie. Pero ¿por qué lo había invitado a él? Podría haber vuelto sola al hotel, haberme servido una copa y haberme metido en el sofá cama para lamerme las heridas sin estar en compañía de aquel tío cuya primera idea al darse cuenta de que lo había llevado a la hospedería era que íbamos a enrollarnos.

—Vaya, qué bien está esto —comentó al entrar y ver el recibidor, con elegantes muebles y techos altos—. Nunca había estado aquí.

No respondí nada y cerré la puerta tras él, echando la llave pese a que mi hermana tendría que volver a abrirla en seguida.

—Espera aquí —le pedí, y me dirigí a la sala donde hacíamos la guardia.

Lena dormía plácidamente, con la pequeña tele que teníamos allí encendida. Le toqué el hombro y al momento abrió los ojos, acostumbrada como estaba a estar atenta al sonido del teléfono o a cualquier aparición de los huéspedes.

—¿Ya estás aquí? —parpadeó y, cuando sus ojos me enfocaron bien, frunció el ceño—. ¿Qué te ha pasado?

No sabía qué aspecto tenía, pero le había bastado un vistazo para percatarse de que algo había ocurrido. Me metí un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Me he peleado con una chica —murmuré, deseosa de confesarme.

—¿Que te has quéééé? —Se sentó rápidamente en la cama—. ¿Por qué? ¿Adónde has ido?

—Me habían dicho que Javi estaba en el Bora Bora y he ido y... Estaba con ella, morreándola. ¡La tía ha dicho que lo quería, Lena! No he podido contenerme al oír aquello. ¡Que lo quiere!

—Pobre ingenua. Seguro que Javi le da la patada esta misma noche.

—Sabiendo cómo es ahora, le dará la patada después de acostarse con ella una última vez — dije en un susurro, más un pensamiento en alto que una frase dirigida a mi hermana.

—Si es así de cerdo ahora, estás mejor lejos de él.

—Ya... pero es que yo le quiero.

—Le querías.

—Le quiero.

Me abracé a ella y sollocé en su pecho.

—Tranquila, eh, tranquila. No pasa nada. Ya verás como, antes de que te des cuenta, estarás de maravilla.

—No sé...

—Ya verás como sí. Tú nunca has pasado por una ruptura, pero yo sí, y te digo que, aunque ahora mismo lo veas todo negro, cuando menos te lo esperes, mejorará. Vamos, te invito a asaltar la caja de chocolatinas de la cafetería.

—Lo cierto... —Miré hacia la puerta, aunque desde allí no se podía ver a Manu—. No he venido sola.

—¿Con quién estás?

—Pues con un chico.

—¿Qué dices?

Mi hermana, emocionada, se puso en pie de un salto, fue corriendo hacia la puerta y se asomó. Supe el momento exacto en el que vio a Manu, pues retrocedió rápidamente para que él no la descubriese. Poco a poco, volvió a sacar la cabeza para tener una mejor visión.

—Qué guarrona eres —soltó, girándose hacia mí con una sonrisa—. ¿Te lo has traído para que te quite las penas? Parece un gigoló. Está todo bueno.

—¡No! Es Manu, del colegio —repliqué, e interiormente pensé que, si quisiera, podría serlo—. Y no está aquí para quitarme las penas ni para nada de todas las cosas sucias que estás imaginando. Javi le robó a su novia y también se han peleado ellos dos.

—Vaya, vaya, guerra por equipos.

—Ha sido horrible, Lena. Manu ha podido fácil con Javi, pero yo... la tipa sabía karate o algo por el estilo, porque me ha hecho varias llaves. Todavía me duele el codo.

Me froté la zona, pero mi hermana parecía más interesada en mi invitado y volvió a espiarlo.

—¡Uy! Me ha visto. Bueno, pues entonces tengo que salir a presentarme, ¿no te parece?

—No, espera.

Pero antes de que me hubiera levantado de la cama, ella había desaparecido. Me apresuré tras ella y la alcancé cuando ya se estaba presentando.

—Hola, soy Lena, la hermana de Nuria.

—Yo soy Manu.

—Encantada de conocerte. —Se dieron dos besos y después se quedaron tan sólo una fracción de segundo en silencio antes de que mi querida hermana soltase—: Así que le has pegado a Javi, ¿eres mi héroe!

—Lena —la censuré.

—Es un cabrón —me respondió ella—. No me gusta la violencia, pero no negaré que me alegro de que alguien le haya dado una paliza.

—Ha sido sólo un puñetazo —contestó Manu—. A mí tampoco es que me guste mucho la violencia.

Al oírme resoplar, ambos me miraron.

—¿Qué? —preguntó él.

—Me animaste a que le pegase a Lola y yo diría que entraste en el bar dispuesto a pegarle a Javi. No hubo provocación ni nada, le arreaste porque te vino en gana.

—Es que el otro día, en mi casa, fuiste toda una inspiración. Además, hay diferencias que sólo se pueden solucionar de una manera. ¿O querías que hablásemos Javi y yo civilizadamente de cómo se ligó a la chica con la que yo estaba saliendo?

No contesté, pero me dirigí al salón, que estaba enfrente de la recepción. Era un espacio abierto que daba directamente al vestíbulo y donde servíamos el desayuno cada mañana. Por las tardes y las noches también hacía de bar para aquellos que quisiesen beber algo.

Sin preguntarle qué quería beber, le serví un whisky. Él cogió el vaso y lo olió.

—¡Vaya! Apuestas fuerte —dijo, pero, al percatarse de que sólo le había servido a él, interrogó—: ¿Tú no tomas nada?

Había llegado al hotel con la intención de tomarme algo que me dejara K.O., pero había cambiado de opinión. No me tentaba la idea de emborracharme, sino más bien de atiborrarme de chocolate.

—Sí, mi hermana me ha dado permiso para asaltar la caja de chocolatinas —respondí, sacando de debajo de la barra la caja en la que nos llegaban las pequeñas porciones de chocolate con las que acompañábamos el café.

—¿A mí whisky y a ti chocolate? Pues vaya.

—Quiere emborracharte para violarte —bromeó Lena, y yo le lancé una mirada de las que matan.

Manu no volvió a protestar por mi elección de bebida para él y, de un trago, se bebió todo el whisky que le había servido. Su cara fue todo un poema mientras el líquido le quemaba la boca y la garganta y después pasaba a asentarse en su estómago.

Posó el vaso sobre la barra y lo empujó hacia mí.

—¿Quieres otro? —pregunté.

—Si no te importa, prefiero una Coca-Cola.

Mientras sacaba del arcón congelador la bebida que me había pedido, lo vi metiendo la mano en la caja de las chokolatinas. Le abrí el refresco y se lo puse delante.

Como ninguno de los dos habló, mi hermana, que estaba parada en un extremo de la barra mirándonos a ambos con curiosidad, rompió el silencio.

—Así que os conocéis del colegio.

Asentimos con la cabeza, pero ninguno dijo nada.

—Yo sigo saliendo con mis amigos del cole. No con todos, claro. A algunos los veo sólo de uvas a peras, pero con los buenos amigos salgo a menudo.

—Manu y yo hacía bastante tiempo que no nos veíamos. Hemos coincidido hace poco por el tema este de... ya sabes.

—El destino es lo que tiene.

¿Qué destino ni qué ocho cuartos? Le volví a lanzar una de esas miradas asesinas y ella explicó:

—Puedes no ver a una persona durante años y después coincidir con ella tres o cuatro veces en un mismo día.

—Hay algo que... —intervino de pronto Manu—. Antes has insinuado que toda la pelea ha sido culpa mía, que yo te he incitado y todo eso, como si las peleas no fueran contigo, pero yo doy fe de que tienes muy mala leche.

—¡Y que lo digas! Yo también doy fe —confirmó Lena.

—No soy una persona violenta. Lo del otro día en tu casa fue algo excepcional —me defendí, ignorando a mi hermana.

—No sólo me refiero a lo de mi casa. ¿Ves esta marca que tengo aquí en la ceja? —planteó pasándose el dedo por el puente de la ceja.

—No veo nada.

—En esta zona.

Me incliné para observarlo mejor y Lena hizo otro tanto. Me llevó varios segundos notar la pequeña marca que tenía en la parte de arriba de la ceja.

—Ya la veo, ¿qué le pasa a esa marca?

—Que me la hiciste tú.

—¡Sí, hombre!

—Teníamos cinco años, te cabreaste porque te quité un juguete y me empujaste contra un columpio.

—Claro, te vas a acordar de algo que pasó cuando teníamos cinco años. O, bueno, yo cuatro y tú cinco.

—Me acuerdo de muchas cosas de esa edad. Son como flashes, ¿a ti no te pasa?

—Pues no. Además, si en esa época no íbamos ni a la misma clase.

—Pero salíamos juntos al recreo.

—Vale, demos por supuesto que es cierto lo que dices: cualquier cosa que te hiciera, te la merecías por quitarme el juguete.

—¿Y ves esto de aquí? —Levantó la barbilla—. Una pequeña cicatriz por esta zona de aquí, no sé exactamente dónde si no me miro al espejo.

—¿También te la hice yo?

—Sí.

—Ya, claro.

—Que sí.

—Algo me harías tú a mi primero —repliqué con suficiencia.

—Juro que nada. Teníamos ocho años, viniste corriendo hacia mí y me pegaste un empujón. Me caí y me di con la barbilla en un bordillo.

—De eso sí me acuerdo.

—¿Ves como sí te acuerdas de cosas de tu infancia?

—Le habías dicho a Almudena que éramos novios.

—¿Por eso me empujaste con tanta saña? Sí que debió de horrorizarte la idea.

—En ese momento yo era novia de Luis y estaba delante cuando Almudena me dijo que tú habías dicho que eras mi novio. Luis se puso a llorar y se le cayeron los mocos. ¡Qué horror!, todavía tengo la imagen grabada en la memoria, creo que por eso me acuerdo de todo. Me cabreeé tanto que salí corriendo hacia ti, que estabas jugando con alguien a la pelota, y te pegué un empujón. No quería dártelo tan fuerte, pero saliste despedido contra ese bordillo y te golpeaste.

—Y por eso, cuando viste lo que habías hecho y que la sangre empezaba a salir a chorro de mi barbilla, en lugar de ayudarme, saliste corriendo.

—Me asusté.

—Espera, espera, espera —intervino mi hermana—. Me he perdido. ¿Desde cuándo has tenido tú un novio que se llame Luis?

—No era mi novio de verdad. Teníamos ocho años, bueno, yo siete. Cambiábamos de novio como quien cambia de calcetines. Era el típico «¿quieres ser mi novia?» y ambos tan contentos yendo por ahí diciendo que fulanito o menganito era nuestro novio. Tonterías de críos.

—Sí, y tu hermana en aquella época era novia de Luis, el tío más raro del colegio. Lo llamábamos Flubber, porque siempre tenía mocos viscosos y verdes colgándole de la nariz.

—Qué asco, cállate —protesté.

—¿Es verdad o no?

—¡Sí! Pero no me lo recuerdes, por Dios.

—¿Y por qué le dijiste a Flubber que sí querías ser su novia? —inquirió Lena.

—Por pena, supongo.

—Pues por lo que veo le cogiste cariño, porque mira que pegarle un empujón a Manu por mentir y decir que él era tu novio y no el tal Flubber...

—No fue por cariño a Luis, sino más bien por odio a Manu. Siempre nos llevamos mal.

—Mujer, mal, mal... —objetó él.

—¡Siempre eras malísimo conmigo!

—Eran cosas de niños.

—Yo doy fe de que Nuria tiene muy mala leche —comentó mi hermana al ver que Manu y yo nos habíamos quedado callados—. Ahora menos, porque ha aprendido a controlarse, pero cuenta mi madre que de pequeña le pegaba a las paredes de la rabia que sentía cuando la castigaban o se enfadaba, y que rompía cosas. Mamá tenía que encerrarte en tu cuarto hasta que se te pasaba la rabieta, ¿te acuerdas?

—Te agradecería que no contaras esas cosas delante de la gente —le pedí a mi hermana con tono educado, aunque quería estrangularla.

—¿Por qué? ¡Tú cuenta, Lena! Me encantaría saber más cosas sobre la mala hostia de Nuria.

—¡No!

—¿No? ¿Le vas a pegar si habla? —se guaseó Manu.

—No voy a pegar a nadie, pero no cuentes nada, Lena.

—¿Por qué? Si es muy divertido. Yo de cría pensaba que Nuria tenía un demonio dentro que la poseía, porque, cuando le entra el pronto ese del cabreo, los ojos se le transforman. Yo soy más pequeña que ella y más de una vez me ha zurrado.

—Te parecerá bonito —dijo Manu—, pegarle a tu hermana menor.

—Os odio a los dos —murmuré al darme cuenta de que se habían aliado contra mí—. Que sepas que se te está poniendo el ojo morado y no voy a darte

hielo.

—No importa, yo se lo doy. —Lena, risueña, se acercó al arcón donde guardábamos el hielo para las bebidas y sacó varios cubitos, que metió en una bolsa de plástico antes de liarlos en un paño de tela y entregárselo a Manu.

Vencida, rodeé la barra y me senté al otro lado, a un metro o así de Manu. Habían unido fuerzas contra mí y eran dos contra uno, así que preferí acomodarme en mi taburete y comer chocolatinas con trozos de avellanas mientras esos dos se reían de lo lindo a mi costa.

Y oye, que estuvieron criticándome durante un cuarto de hora. Y tenían mucho de qué hablar, pues no me dieron ni un segundo de tregua. En cambio, hubo muchas risas y muchas miradas que me lanzaban cargadas de mofa. Yo me defendía de vez en cuando, pero lo cierto era que todo lo que contaban había pasado, así que sólo podía decirles que eran unos «exagerados» o unos «cuentistas».

¿De verdad tenía tan mal pronto? Aunque creáis lo contrario después de lo que habéis leído, no soy una persona violenta: hasta estos últimos días nunca le había pegado a nadie y no voy por ahí pensando en meterle una torta a quien me lleve la contraria, pero es verdad que a veces me llevan los demonios y respondo de malas formas e incluso de forma agresiva. A Javi nunca le había atizado, pero en más de una ocasión había terminado una pelea con un portazo y después me había liado a golpes con la cama mientras gritaba.

—Bueno, pues ya que os lleváis tan bien —dije después de un buen rato, poniéndome de pie—, os dejó aquí despellejándome. Me voy a mi puesto de guardia, a ver si duermo un poco antes de que mamá venga a las siete.

—Oh, venga... si tú no estás delante, no será tan entretenido —protestó Manu.

—Por eso precisamente me voy. Pero vosotros seguid, que seguro que a mí empiezan a pitarme los oídos en cuanto cierre la puerta de la salita.

—Ohhh... —Manu se giró hacia Lena con cara triste—. Si tu hermana se va, esto pierde la gracia, así que creo que mejor me voy yo también. Gracias por el hielo, el whisky, la Coca-Cola y las chocolatinas.

—De nada —dijo ella, aunque la mitad de las cosas se las había servido yo—. Es un placer conocer a los amigos de mi hermana.

Se despidieron con dos besos dados por encima de la barra y después Manu se dirigió hacia mí. Al final me había quedado esperando a que se marchara.

—¿Me acompañas a la puerta? —demandó él, y yo, en lugar de asentir o

contestar, simplemente me giré y comencé a ir hacia la entrada—. Ha sido una noche... divertida —comentó mientras yo abría el portón.

—Diferente, sin duda. Pero ¿divertida?

—Claro, es que tú, la última parte, no la has disfrutado tanto como yo —se burló. Se inclinó hacia mí y me dio el par de besos de rigor, dejando tras de sí un agradable aroma—. Espero que no vuelvan a pasar tantos años hasta que volvamos a coincidir.

Le sonreí, pues no sabía qué contestarle. En esos momentos no es que me pareciera muy tentador volver a coincidir con él. Para ser sinceros, sólo quería acostarme y olvidar todo lo que había pasado esa noche. Y a ser posible, todo lo que había ocurrido desde que Javi me había dicho que me dejaba, pero eso iba a ser bastante más difícil.

—Buenas noches, Manu.

Tras atrancar la puerta, volví hacia el interior del hotel y mi hermana me salió al paso.

—¡Qué bombón!

—Sí, ya he visto que congeniáis de maravilla.

—Qué va, aquí la causante de que podamos hablar sin parar durante veinte minutos eres tú. Me gusta para ti.

—Lena, por Dios, no digas tonterías.

—Está de coge pan y moja. Podrías usarlo para olvidarte de Javi, ya sabes aquello de que un clavo saca otro clavo. Yo creo que a él le gustas; de hecho, algo me dice que le gustas desde que erais pequeñitos y que por eso se acuerda de todo lo que os hacíais. Es más, me parece que te hizo todo lo que te hizo precisamente porque le gustabas. Ya sabes que los niños pequeños muestran su interés de formas muy extrañas. El caso es que estoy segura de que, si se lo propones, no tendrá inconveniente en alegrarte un poco estos días tan tristes que estás pasando.

—Lena, tengo un sueño que me muero y no sueltas más que tonterías. Vete a casa y déjame dormir tranquila.

—¡Jo! Con lo despierta y activa que estoy yo ahora, ¡a ver quién duerme!

—Cuenta ovejitas.

—Cuando llegue a las mil y una ovejas, si aún no me he dormido, te llamaré para darte el tostón, que lo sepas.

Y se despidió de mí con un beso en la mejilla.

Durante los meses siguientes, fui la persona más veleta del mundo en lo que a emociones se refiere, aunque sí que puedo distinguir entre tres fases más o menos marcadas.

En la primera, en la que me conocisteis, sólo recordaba todo lo bueno de mi relación con Javi e iba llorando por las esquinas cada vez que oía, olía, palpaba o sentía algo que me recordara a él.

Después entré en otra fase, en la que sólo me acordaba de lo malo de nuestra relación: que era poco detallista, bastante celoso sin motivo alguno, que no le gustaba viajar, que parecía no saber para qué se usaba la escobilla del váter, que no era muy fan del cepillo de dientes... desde cosas muy importantes a las tonterías más absolutas. Todo un torrente de defectos que mi cerebro me escupía con rabia, haciendo que estuviera de mal humor y cabreada. Aun así, cuando lloraba, en la mayoría de los casos lo que deseaba no era olvidarlo, sino volver con él. Así de tonta soy.

La tercera fase supuso entrar en la parte final de mi «duelo» por la pérdida de mi pareja. No sólo veía las cosas buenas o malas, sino que lo veía todo: los recuerdos fantásticos y los momentos para el olvido; las risas y las lágrimas; los éxitos y los fracasos. Así, en su conjunto, daban forma a mi relación con Javi.

En esta tercera etapa seguía llorando, pero muy de tanto en tanto, cuando tenía un día malo. Creo que ya empezaba a superar lo que había pasado. Al menos, era capaz de no pensar en él el noventa y cinco por ciento de mi tiempo, por lo que mis días mejoraron bastante y lo echaba de menos exclusivamente cuando me quedaba sola. Porque sí, lo extrañaba, y mucho. Llegar a mi casa y encontrármela vacía y fría era una de las cosas más tristes que he sentido en mi vida.

Por ello pasaba bastante tiempo con mi madre y mi hermana. Ambas vivíamos en el mismo edificio, a pocos pasos del hotel; ellas, en el primero, y yo, en el segundo. Mi hermana tenía a su disposición la tercera planta, pues toda la casa era nuestra salvo por el ático, pero por el momento había preferido no volar del nido. Mi pobre madre seguía planchándole la ropa, haciéndole la compra, preparándole la comida y, por supuesto, limpiando la casa ella solita.

Según Lena, era algo que mamá iba a hacer estuviera ella o no, así que ¿por qué molestarse en mover siquiera un dedo? Al menos, me consta que se arreglaba la habitación. ¡Milagro!

Esos días, para no estar sola en mi casa, comía con ellas y me pasaba por el hotel mucho más que antes, pues me sentía bastante perdida. Por suerte, como os he dicho, mi vida parecía que, poco a poco, volvía a coger solidez.

Un día, mientras estaba en la recepción, entró una chica para preguntarme si podía dejarme unos cuantos folletos de una actividad que se iba a iniciar la semana siguiente en la localidad. Le contesté que sí, pensando que se trataría de algo turístico que podría interesar a nuestros clientes, pero, al darle la vuelta al impreso y leer lo que ponía, vi que anunciaban un cursillo de defensa personal femenina.

—Oye, no sé yo si a mis clientes les va a interesar esto —comenté en voz alta, y al ver la cara que me puso, se me ablandó un poco el corazón—. Déjame... no sé, cuatro o cinco, pero creo que lo mejor sería que los otros que pensabas darme los dejases en una cafetería, una librería... qué sé yo... Sitios donde vaya la gente de aquí. El caso es que en el hotel sólo hay personas que están de paso por trabajo o vacaciones; no creo que vayan a poder apuntarse a un curso de varias semanas.

—Son sólo los viernes por la tarde.

—Ya, pero... —¿En serio no veía dónde estaba el problema?— Venga, déjame una docena si quieres, lo que tú veas.

Al final me dio seis, que fue los que sacó sin contar del fajón que llevaba. Los puse junto al resto de folletos y panfletos turísticos que teníamos en una mesa situada junto a la recepción y me olvidé de ellos, porque justo en ese momento llegaba un huésped para hacer el *check-in*. Era Lucas, un cliente habitual; trabajaba como comercial de una empresa local en Madrid, y cada vez que tenía que visitar la central se alojaba en nuestro hotel.

—Muy buenos días, Lucas, ¿todo bien?

—Estupendamente. Y por aquí, ¿cómo vais? La última vez que te vi parecías enferma.

Pensaba que los huéspedes no habían llegado a notar los efectos de mi ruptura con Javi, pero supongo que hay cosas que no se pueden ocultar ni tras un kilo de maquillaje y la mejor sonrisa falsa.

—Todo bien, sólo estaba un poco constipada. ¡Pero tranquilo, que ya estoy curada y no te lo pegaré!

—Todo un alivio, aunque, si me pusiese malo, al menos podría cogermelos unos días libres.

—¿Mucho trabajo?

—Sí; voy detrás de un ascenso y me lo estoy currando muchísimo.

—Ojalá te lo den. —Le sonreí.

—¿Mañana puedes despertarme a la misma hora de siempre?

—Por supuesto, me lo anoto aquí.

Con los móviles, poca gente solicitaba ya el servicio de despertador, pero Lucas era una de esas personas que, cuando podía, prefería que lo despertara una voz humana y no un tono del teléfono.

Después de atenderlo, giré sobre mi silla y volví a leer con detenimiento el panfleto.

Desde que aquella chica me había hecho una llave en el bar cuando la agarré de los pelos, había pensado que me gustaría saber defenderme. No había barajado la posibilidad de inscribirme en un curso de defensa personal, y menos todavía en uno femenino, que suelen estar orientados a técnicas para evitar agresiones sexuales, pero ahora que tenía la oportunidad delante de las narices...

—Oye, Lena —le dije a mi hermana cuando se acercó al hotel para sustituirme—, ¿te apuntarías conmigo a un curso de defensa personal?

—A un, ¿qué?

—A un curso de defensa personal femenina —contesté, enseñándole la hojita.

—Vale.

—¿En serio? —me sorprendí de su buena disposición.

—Sí, claro. Siempre es útil saber cómo quitarse de encima a un borracho o a un imbécil.

—¡Qué bien! Pues ahora mismo voy a apuntarnos. Necesito tu DNI. ¿Crees que Míriam también se animaría?

—Probablemente.

—Pues voy a comentárselo ya mismo, a ver qué me dice.

Cuando la llamé, me comentó que estaba saliendo del gimnasio.

—¿Te has inscrito en un gimnasio?

—¡Sí, tía! Estoy haciendo zumba y es la bomba. ¡Tienes que apuntarte conmigo!

Hay algo que debéis saber de Míriam y es que es un culo de mal asiento en cuanto a aficiones se refiere. Empieza, mantiene el interés un mes (y eso con

suerte), se aburre y pasa a otra cosa. En su casa tiene raquetas de pádel, patines, puzzles inacabados, libritos de esos de colorear para adultos con sólo una cuarta parte rellena... y, como el mundo cibernético está tan de moda, también tiene un blog de cocina y otro de belleza dando tumbos por el ciberespacio.

Así que, si Míriam os dice «¡vamos a apuntarnos al gimnasio!», no le hagáis ni caso. O, si lo hacéis, probad sólo un mes. Antes de llegar a conocerla bien, conseguí un bono de seis meses. Ella fue las dos primeras semanas y después desapareció. Yo aguanté un poco más, pero no mucho. No podéis culparme: ¡yo me inscribí por ella!

Por eso, cuando me dijo que fuese con ella a zumba, pasé bastante del tema, aunque, cuando me reuní con ella minutos después (se había ofrecido a acompañarme al gimnasio donde se celebraba el curso para así matricularnos las tres a la vez), no dejó de darme la lata con el tema. Era muy entretenido, afirmaba, y después comentaba que no era capaz de seguir los pasos, pero que eso era lo más divertido de todo. Decía que el instructor era una maravilla, supermajo; que las chicas también eran geniales; que incluso había hombres, algo que no se había esperado, aunque tampoco era muy de extrañar, puesto que el monitor era también varón, y que las clases transmitían un buen rollo tremendo, con gritos y contoneos por todos lados.

Oye, lo bien que lo vendía, la tía. Parecía la fan número uno de zumba después de sólo una semana. Por suerte, la conocía y me hice la fuerte. No iba a dejarme arrastrar por sus ansias de hacer cosas nuevas para después abandonarlas. Yo era más de comprometerme con una única actividad y llevarla a cabo hasta el final.

A lo que sí que acabamos apuntadas las dos junto con mi hermana fue al curso de defensa personal. Como la chica me había dicho, se llevaría a cabo durante las semanas siguientes y se impartiría sólo los viernes, durante una hora y media.

—¿Me acompañas a casa y hacemos una pizza? —me propuso Míriam.

—Sí, aunque antes de cenar te pido, por favor, que te duches. Hueles a choto.

—Es por la zumba, tía. ¡Cómo se suda! Es ideal para perder peso y...

Y de nuevo empezó la perorata sobre lo fantásticas que eran sus clases de baile, aunque yo me mantuve fuerte y le dije que no me apuntaría a las clases. Bueno, tan fuerte no fui, pues tuve que añadir «por ahora».

El caso es que la zumba volvió a ser el temita central de conversación cuando nos encontramos de nuevo. Se presentó en el hotel y estaba

emocionadísima con no sé qué de una *masterclass*.

—Tienes que venir conmigo a la *masterclass*. Lo vamos a pasar genial, ya lo verás. ¡Va a ser alucinante!

—Pero ¿qué es una *masterclass*?

—Pues vamos a ir a bailar a una discoteca, sólo nosotros; será a media tarde y no dejarán que nadie más acceda al local. Seremos unas doscientas personas, porque el profesor va a reunir a todas sus clases. Va a venir gente de fuera y todo, ¡no te lo puedes perder!

—Pero es que no tengo ni idea de bailar, Míriam.

—¡Da igual! Yo tampoco. Las clases no consisten en hacerlo bien, sino en pasarlo genial.

—Pero...

—Si tú no vienes a mi *masterclass*, yo no iré a tu curso de defensa personal.

—No es mi curso de defensa personal y, además, ya estás inscrita.

—Me da igual estarlo. Si tú no vienes a lo mío, yo no voy a lo tuyo.

—¡Pues no vengas!

—¡Pues no voy!

Nuestra pelea tuvo que interrumpirse porque en aquel instante entró Lucas y Míriam sabía que, frente a los huéspedes, no debíamos alzar el tono bajo ningún concepto. El tiempo que tuvo que mantenerse callada le sirvió para replantearse su estrategia y, en lugar de seguir con nuestro enfrentamiento verbal, dijo:

—Venga, *porfa*, hazlo por mí. Quiero que vengas. Lo pasaremos bien, te lo prometo. Las clases son superdivertidas. A mí nunca me ha gustado bailar y ahora me he vuelto adicta. Por favor, por favor.

—No sé bailar —repliqué, aunque soy una blanda y ya casi me tenía en el bote.

—Nos pondremos al fondo, en una esquina, donde nadie nos vea.

—Pero es que...

—Por favor.

—Bueeeeno, vale.

—Sííííí, eres la mejor.

Se inclinó sobre el mostrador de recepción para darme un sonoro beso.

6

La clase de defensa personal del viernes fue bastante interesante. Todas las mujeres que nos habíamos apuntado nos pusimos en círculo en torno al profesor, un experto en artes marciales que trabajaba con la policía, y nos fue explicando las técnicas una por una. Después tuvimos que repetir las por parejas. Nosotras éramos tres, pero por suerte mi hermana conocía a otra de las asistentes, así que yo me puse con Míriam y Lena, con su amiga. Nos pegamos en broma, simplemente agarrándonos lo suficiente como para que la otra pudiera hacer la llave o el movimiento que el profesor había indicado. Sin embargo, el instructor dijo que debíamos hacerlo todo de verdad, con fuerza. Él fue paseándose por entre los grupos y no explicó otro movimiento hasta cerciorarse de que todas habíamos aprendido cómo había que salir de determinada situación. ¿Y cómo lo probaba? Poniéndonos en ella sin tanta delicadeza como nosotras. Nos agarraba de verdad del cuello o del brazo y nos daba unos sustos tremendos cuando nos atacaba por sorpresa por la espalda. No nos hacía daño, al menos no demasiado, pero sí que salimos de la clase con marcas rojas en las muñecas y en el cuello.

Y al día siguiente, sábado, tocaba la *masterclass* de zumba con la que Míriam llevaba dándome la paliza toda la semana. Yo, mujer precavida, me había metido en Internet para ver cómo se bailaba aquello. Había practicado varias canciones en mi casa, pero sinceramente me parecía imposible seguirle el ritmo a la gente de los vídeos. Y ya moverme como ellos... porque, vale, sí, yo también podía echar la pierna hacia la izquierda, pero ellos lo hacían con gracia, moviendo las caderas y la cintura de un modo sensual y fascinante. Yo, en cambio, me movía con menos ritmo que un inglés estirado. Sólo esperaba que Míriam cumpliera su promesa y nos pusiéramos en una esquina de la discoteca donde iba a celebrarse el evento.

Sin embargo, había algo más que la muy perra se había guardado para sí.

—No te gires —le dije, ya dentro de la disco—, pero Manu está aquí.

¿Y me hizo caso? Por supuesto que no, se volteó sin disimulo alguno.

—Oh, ya está aquí, ¡qué bien!

—¿Cómo que qué bien? ¿Sabías que iba a venir?

—Claro, es el monitor.

—¿Que es qué?

—Mi monitor de zumba, ¿no te lo había comentado?

—No, qué curioso que se te haya olvidado. Tú has hablado con mi hermana.

—¿De qué?

—De que un clavo saca otro clavo.

—¿Comolllll?

—Yo me largo.

Aquello había sido una encerrona en toda regla, estaba claro.

—Ni hablar. —Míriam me sujetó del brazo—. Tú no vas a ningún lado. ¿Qué más da que Manu sea el monitor?

—¡No voy a bailar!

—Por supuesto que sí. Nos vamos a ir a aquella esquinita de allí y vas a mover el esqueleto como nunca en tu vida.

—Me has tendido una trampa.

—No es una trampa, Nuria, pero, si te hubiese dicho que Manu era mi profe de zumba, jamás habrías venido ni ido al gimnasio.

—¡Así que admites que no ha sido un olvido!

—Sí, lo admito. No os lleváis bien y, si te hubiera comentado que él me daba clase, le habrías hecho la cruz a algo que realmente merece la pena. Y, ahora, ¿quieres dejar de comportarte como una cría? Te prometo que lo vamos a pasar genial.

Me di cuenta de que Manu venía en nuestra dirección, aunque todavía no nos había visto, así que cogí a Míriam de la mano y tiré de ella hasta que desaparecimos entre la gente. Me dirigí a la esquina que ella había mencionado, aunque al girarme me percaté de que Manu nos seguía. Oh, no, ¡nos había descubierto! Me moría de la vergüenza. No quería que me viese allí.

Respiré más tranquila al darme cuenta de que no sabía que estábamos allí, simplemente parecía que nos había seguido porque había ido a hablar con un grupo de mujeres que estaba en la dirección que yo había tomado. Llevaba un pantalón gris oscuro y una camiseta amarilla con el logotipo del club de zumba. El pelo, por supuesto, lo llevaba revuelto; probablemente ni se molestaba en peinarse antes de salir de casa. Demasiado esfuerzo, ya sabéis.

—¿Y desde cuándo éste baila? —le pregunté a Míriam, poniéndome de espaldas a donde estaba él.

—Ni idea, pero baila de fábula, ya lo verás.

Miré a mi alrededor. Había algún que otro hombre, pero la mayoría de los

presentes éramos mujeres. Mi mente hizo un cóctel con discoteca + música + baile + mujeres + Manu, y lo que salió fue la típica imagen de una despedida de soltera. Lo siento, pero es que sabía perfectamente que él era el hombre más ligón de la ciudad y no pude imaginarme que fuera un monitor decente de zumba. Seguro que había elegido ese trabajo para poder enrollarse con todas sus clientas. ¡Era la profesión perfecta para alguien como él!

Las luces se apagaron de pronto y la oscuridad se llenó de gritos de emoción. Míriam fue una de las que lanzó un gritito excitado. En el otro extremo de la sala, de pronto se encendió un foco que iluminó a Manu, que estaba estático sobre el escenario. Con un golpe de la música, movió una pierna y todas las mujeres de la sala gritaron. Otro «bum» y cambió de posición el brazo contrario. Algunas personas entre el público comenzaron a imitarlo y, para cuando la tercera explosión de sonido le hizo mover el otro brazo, ya casi todas estaban copiando su postura. Al fin, el cuarto golpe musical dio pie a la canción y toda la sala, casi al unísono, comenzó a moverse a un lado y a otro, paso a la derecha, paso a la izquierda, y todo acompañado con palmas al mismo ritmo. Míriam me empujó con la cadera al dar su primer paso a la izquierda, así que no me quedó más remedio que empezar a moverme.

—Esto es el calentamiento —me informó.

A lo largo de aquella canción, movimos todos los músculos del cuerpo de forma sincronizada y siguiendo unos pasos de baile tan básicos que hasta yo podía copiarlos con facilidad. Fue con la segunda canción cuando la cosa comenzó a desmadrarse y ya, de ahí, la *masterclass* fue *in crescendo* hasta que toda la discoteca estuvo bailando con un entusiasmo y una energía contagiosos. Incluso yo, que nunca había sido muy aficionada a bailar, me vi arrastrada por los ritmos latinos, los movimientos de cadera y los pasos rápidos. Todos los presentes parecían moverse al mismo ritmo y el efecto de las luces y la música creaba un entorno extraño y seductor. Casi diría que tuve una experiencia extrasensorial, viéndonos a todos bailar como si estuviéramos poseídos por el espíritu de la zumba.

Aunque mi experiencia extrasensorial se terminó abruptamente cuando sentí tal calentón en mis partes bajas que me sorprendí hasta yo. Hacía muchísimo tiempo que no experimentaba un ramalazo de deseo tan fuerte, que mis entrañas no se contraían de anhelo, que el calor que de pronto se apoderó de mi cuerpo no nacía en mi vagina.

Manu se estaba luciendo con unos movimientos de cadera que me dejaron

temblando de deseo. Y no fui la única, pues el resto de mujeres comenzaron a gritar como poseas a la vez que intentaban imitarlo con mayor o menor éxito. En mi caso, mi intento de hacer el mismo movimiento fue todo un fracaso, y es que me había quedado mirándolo embelesada, imaginándolo encima de mí en la cama, haciendo ese contoneo de caderas. Cuanto más me recreaba en la imagen, más se me secaba la garganta y más me palpitaba la vagina.

—¡Venga, baila!

Miriam logró sacarme de mi calenturienta ensoñación, aunque el resto de la sesión me la pasé con una excitación que hacía muchísimo que no recordaba haber sentido. Javi y yo llevábamos muchos años juntos y el deseo había dado paso a otro tipo de relación sexual más tranquila y serena. Y, de hecho, como le había confesado a Miriam hacía un tiempo, en los últimos meses o años de nuestra relación, el sexo había pasado a un segundo o tercer plano. Lo hacíamos esporádicamente y sin el desenfreno con el que lo habíamos hecho antes. Yo había culpado a la píldora por buscar una excusa, aunque en ese momento más que nunca me planteé si de verdad sería culpa de la pastilla anticonceptiva, pues era mucha casualidad que, dos meses después de haberla dejado, las entrañas volvieran a arderme de esa forma porque un tío se moviera como el mismísimo pecado. Quizá había sido la píldora la que había acabado con mi relación con Javi.

El caso es que, desde el momento en el que los movimientos de Manu despertaron mi lado más animal, comencé a verlo con otros ojos. Antes me parecía un gigoló, un creído y un ligón por el que las tías babeaban, pero en ese instante, cuanto más lo miraba, más sexy me parecía, más provocador, más sugerente, más deseable.

No soy, o no era, de las que están obsesionadas con los hombres. Tengo amigas que tienen el móvil y el Facebook lleno de tíos buenorros ligeros de ropa y que están en grupos de WhatsApp que son mil veces peores que los de los tíos (ya sabéis, fotos guarras a todas horas), pero ése no era mi estilo. No obstante, no podía dejar de mirar a Manu igual que lo harían mis colegas más salidas.

Todo lo que le había visto de malo (que no era muy inteligente, que era un conquistador, que se creía lo mejorcito del mundo...) empezó a parecerme hasta bueno y, para cuando la *masterclass* acabó, en mi mente revoloteaba una idea que hasta hacía tan sólo una hora me habría parecido una auténtica locura. Vamos, que si me hubieran dicho al entrar en la discoteca que sesenta minutos después estaría pensando en usar a Manu como mi propio juguete sexual, me

habría entrado la risa.

Veamos, enumeremos los motivos por los que mi antiguo compañero de clase era ideal para echar una cana al aire:

Resultaba que me ponía a mil.

Estaba más que acostumbrado a ser tratado como un trozo de carne. ¿Qué digo que estaba acostumbrado? ¡Le encantaba que las mujeres lo vieran así!

Después de lo que había visto en la pista de baile, tenía claro que sabía moverse de una forma que, sólo con pensar en lo que podría hacerme en la cama, se me mojaban las bragas. (Madre mía, yo diciendo esas cosas... ¡imaginaos cómo estaba la cosa!)

No habría problema en que la relación se mantuviese exclusivamente en el plano sexual, pues estaba más que acostumbrado a eso.

Era prácticamente imposible que me dijese que no, por lo que la posibilidad de sufrir un rechazo y el consiguiente golpe para mi autoestima resultaba casi inexistente. Él se acostaba con cualquier cosa que se menease... aunque, visto así, tampoco es que eso ayudase mucho a mi autoestima.

Jamás podría enamorarme de él porque *a)* era Manu; *b)* era un ligón, y *c)* no reunía ninguno de los requisitos de mi hombre ideal.

—¿Qué tal? —me preguntó Míriam girándose hacia mí en cuanto la clase finalizó.

A nuestro alrededor todo eran aplausos, vítores y silbidos.

—Pues muy bien, la verdad.

—¿Ves? Te dije que lo pasaríamos genial.

Me abrazó, todavía con la emoción a tope después de la divertida clase, y a ninguna de las dos nos importó ir sudadísimas.

—Bueno, ¿y qué? —me preguntó tras beber un poco de agua—. ¿Te animas a saludar a Manu o salimos de extranjis?

Él se encontraba en el centro de la discoteca, donde había terminado la canción bailando en medio de todos los presentes. Lo miré, atisbándolo ahora sí y ahora no entre las cabezas de los demás. Mi deseo me pedía ir hacia él y saludarlo, comenzar a urdir el plan que haría que acabase en mi cama, entre mis sábanas y haciéndome un pase privado de los movimientos de cadera que le había visto practicar sobre la pista. El resto de mí, en cambio, me pedía huir.

¿Y sabéis a quién le hizo caso?

A mi razón. Puede más el miedo que un buen perreo.

Después de la *masterclass*, Míriam y yo fuimos a tomarnos unas cervezas y

me mantuve bastante callada porque no dejaba de pensar en lo que había visto y, muy especialmente, en lo que había sentido. Os confesaré, aquí en *petit comité*, que seguía bastante cachonda y esa necesidad, porque sí, la llamaría *necesidad*, no se me pasó hasta que estuve en mi casa y me di una larga ducha.

Al salir del baño, mi cuerpo volvía a ser el de antes, pero mi mente no. Una vez que cambias la forma en que ves a una persona, es muy complicado volver a verla como antes. Usé mi ordenador para entrar en el perfil de Facebook de Manu. No lo tenía entre mis amigos, pero al introducir su nombre me salió rápidamente su perfil y era público. Lo primero que curioseé, obviamente, fueron las fotos. La mayoría de ellas eran de clases y fotos de grupo después de sesiones de zumba y *masterclasses* como la de aquella tarde. Varias mujeres ya habían subido fotos del baile de hacía tan sólo unas horas. También tenía fotos con muchas mujeres, en su mayoría compañeras suyas de profesión y alumnas. Todas aprovechaban para pegarse bien a él y agarrarle los marcados bíceps. Después de lo que había visto esa tarde y de lo que en ese instante observaba, tenía claro que yo no era la única que lo veía como una tentación con patas. Todas se morían por sus huesos.

Bueno, bueno, ¡yo no me moría por sus huesos! Yo sólo me planteaba muy seriamente calmar mis recién recuperadas ganas de sexo con alguien.

En toda mi vida, sólo había estado con Javi. Ni tan siquiera había besado (besar de verdad) a nadie más, sólo a él. ¿Cómo sería estar entre otros brazos, que otra persona te poseyera, que otros labios te arrancaran gemidos?

Mi calentón se había bajado con la ducha, pero mi mente seguía trabajando a toda velocidad intentando darle forma a aquello. Tenía mil interrogantes en la cabeza, pero la pregunta más relevante era, sin duda, si de verdad quería acostarme con él. Sería un acontecimiento muy importante en mi vida. El segundo hombre con el que mantendría relaciones sexuales.

Había vivido bastantes rupturas de mis amigas y de mi hermana como para saber que, después de dejarlo con un chico, es bastante común querer probar cosas, conocer a otros hombres.

Miento, primero está la fase de no querer ver a los hombres ni en pintura y después llegan las ganas de fiesta y de tonteo que acaban desembocando, con el paso de los meses, en una etapa en la que el corazón vuelve a estar dispuesto a apostar fuerte por el amor en relaciones serias.

Yo no me veía conociendo a muchos hombres, la verdad. Es más, si a mi madre le llegaba que cada semana me veían con un chico distinto,

probablemente le daría un ataque al corazón, pero lo cierto era que, cuanto más lo pensaba, más interesante veía la posibilidad de tomarme un KitKat... un lapsus en mi respetable vida que, además, estaría recubierto de delicioso chocolate. Una tentación en la que todas habían caído. Y cuando digo todas, me refiero a que un alto (altísimo) porcentaje de las mujeres de mi localidad se habían acostado con Manu. Si todas habían caído, ¿por qué yo no?

De alguna forma, en ese caso, saber que yo era una más me reconfortaba. Era una de las cosas que siempre había odiado de Manu... que era un ligón, que estaba con todas, pero para lo que ahora lo quería era el hombre perfecto, pues había dejado de verlo como una pareja para pensar en él simplemente como un trozo de carne, un juguete, una forma de desahogo.

Cuanto más lo meditaba, más me convencía la idea, y mira que pensaba que me pasaría todo lo contrario: que con la cabeza fría me daría cuenta de que aquello era una locura, que lo que había sentido en la *masterclass* era algo que había que guardar en un rincón oscuro de mi mente. Pero no, no podía ni quería olvidarlo. Quería a Manu en cuerpo y punto, nada de alma.

Antes de acostarme, le mandé a Míriam un mensaje preguntándole en qué gimnasio se daban las clases y en qué horario. Me contestó en seguida, muy contenta por mi interés, y me preguntó si iba a apuntarme. Le dije que sí, aunque me callé cuáles eran mis intenciones, pues, aunque estaba convencida de lo que quería, no me apetecía compartirlo todavía con nadie. De hecho, dudaba de que alguna vez fuera a querer confesarlo en voz alta.

Me tumbé en la cama y, por primera vez desde mi ruptura con Javi, no pensé en él al estar entre las sábanas del que había sido nuestro nido de amor. En cambio, recordé con deleite la *masterclass*. Volvieron a darme aquellos calores que no sentía desde hacía siglos y, tras dudarlo un momento, me llevé una mano a mi sexo y comencé a acariciarme haciendo pequeños círculos. Las imágenes de los movimientos de Manu se hicieron más nítidas en mi cabeza y me imaginé su fibroso y fuerte cuerpo sobre el mío, su cara irresistible dedicándome una sonrisa sexy. Me mordí el labio inferior a la vez que apretaba las piernas y cambiaba el movimiento de mi mano. Lo vi encima de mí, moviendo la cintura tal y como lo había hecho sobre la pista de baile, penetrándome con aquel vaivén de caderas que había despertado un incendio en mi interior. Me corrí al poco con un prolongado gemido.

El martes por la tarde fue mi primera clase de zumba y, al entrar y encontrar tanta gente, pensé que Manu no me vería, pero apenas si tardó unos segundos en darse cuenta de mi presencia. Lo sé porque lo busqué con nerviosismo con la mirada y nuestros ojos se encontraron. Puso cara de sorpresa y dejó de hablar con el grupo de mujeres con el que estaba para acercarse a mí.

—No puedo creer lo que ven mis ojos. ¿Has venido a bailar o te has equivocado de clase? *Kick boxing* se da en el aula de al lado.

—He venido a bailar.

—Sí, estuvo en la *masterclass* y le encantó —intervino Míriam con entusiasmo.

—¿Estuviste en la *masterclass*? —interrogó Manu con los ojos agrandados—. No te vi.

—Había mucha gente y estabas muy ocupado siendo la estrella del espectáculo. —Me reí.

—Es cierto, fue una locura. Pero podrías haberte acercado a decirme algo o haberte quedado a las cervezas de después. No os quedasteis, ¿verdad? —preguntó mirándonos a mí y a Míriam alternativamente.

—No, pero esa cerveza tenemos que recuperarla —solté para sorpresa tanto de él como de mi amiga.

—Eso está hecho —contestó Manu—. Cuando quieras.

Estoy segura de que no se imaginaba que me tomaría la invitación en serio, pero pensaba aprovecharme de aquella cerveza para invitarlo a tomar algo y que una cosa llevase a la otra. Antes de que nos diésemos cuenta, estaría en mi cama.

Me dio unas indicaciones para seguir la clase, pues al parecer marcaba los pasos con las manos antes de darlos y, en lugar de mirarle los pies para intentar imitarlo, debía estar atenta a sus gestos. Pensé que con aquel truco todo sería mucho más fácil, pero lo cierto es que seguirlo era misión imposible. Sí que marcaba derecha o izquierda, pero había mil formas de moverse hacia los lados, y yo no sólo no sabía cuáles eran los pasos que venían a continuación, sino que, además, una vez que le veía darlos, no sabía imitarlos.

Me sentí superpatosa, mucho más que en la *masterclass*, pues en la discoteca

había estado medio escondida y allí había decenas de ojos mirándome. Los de Manu, sin duda, eran los peores, pues no me perdían de vista y me sentía muy avergonzada, pero es que, además, el resto de la clase también podía verme. Me había puesto en las últimas filas en un intento de pasar desapercibida, pero las paredes de la clase estaban revestidas de espejos y, cuando me choqué contra la chica que tenía al lado en un paso en el que todas iban a la izquierda y yo a la derecha, toda la clase se dio cuenta y pude verlas esbozar sonrisas.

Durante una canción, Manu se colocó a mi lado para intentar enseñarme los pasos, aunque me puse tan nerviosa que lo hice todavía peor (y ya es decir) que cuando lo tenía a distancia. Pese a que lo hice fatal, me chocó las manos antes de volver a su puesto al frente de la clase. Todo mi cuerpo se revolucionó con la sonrisa que me dedicó.

Qué guapo era el *jodío*.

Sus movimientos volvieron a excitarme y, entre el calor que él me provocaba y el ejercicio físico que suponía la clase, acabé sudando a mares, con la mala suerte de que el maquillaje que me había aplicado para ir divina de la muerte comenzó a correrse por mi cara y se me metió en un ojo, provocándome un picor horrible. Me froté y, aunque sólo perdí de vista a Manu dos segundos, fue suficiente como para que cambiaran el movimiento y volviese a chocarme con la chica que tenía al lado.

Para cuando finalizaron los cuarenta y cinco minutos de clase, no estaba en condiciones de acercarme a Manu e invitarlo a salir. Me sentía torpe (y lo peor es que él había sido testigo de que tenía dos pies izquierdos), poco grácil y fea (no sólo porque el maquillaje se me había estropeado, sino porque estaba roja, sudorosa y despeinada), así que mi plan era salir corriendo y volver a probar suerte en otra ocasión. Sin embargo, él no tardó ni dos segundos en acercarse a mí después de detener la música.

—¿Qué tal? Fácil, ¿verdad?

—Facilísimo.

No fui yo la que contestó, sino que fueron dos mujeres de unos cuarenta y pico años las que respondieron aquello con un tonillo que daba a entender que no les parecía para nada sencillo. Manu se rio y me guiñó un ojo a la vez que alzaba ambas manos y volvía a chocarlas con las mías. Aquella vez, entrelazó nuestros dedos y me apretó las manos. Se me aceleró el corazón.

—Le cogerás el tranquillo, ya verás. Dentro de poco te adelantarás a los pasos. ¡Nos vemos el jueves! —se despidió de la clase a la vez que se separaba

de mí.

Seguí a Míriam hasta el vestuario, donde nos duchamos en cuanto conseguimos plaza, lo cual no fue fácil teniendo en cuenta que la clase de zumba reunía a casi treinta mujeres y sólo había seis duchas.

Mientras me peinaba frente al espejo, me miré detenidamente la cara. Estaba acostumbrada a llevar siempre maquillaje, porque, al trabajar de cara al público, debía tener buen aspecto. Al gimnasio, no obstante, estaba claro que tendría que ir con la cara limpia pese a que me causaba cierta inseguridad intentar ligar con mis pecas y pequeñas imperfecciones a la vista.

El jueves siguiente, la clase fue un poco mejor. No di pie con bola en los pasos, la verdad, pero al menos no me choqué con nadie ni el maquillaje me dejó ciega. Manu volvió a ponerse a mi lado en una de las canciones. Creo que intentaba que cogiera confianza, pero lo cierto era que me desconcentraba y acababa cometiendo más fallos todavía. Aquel día tampoco encontré el momento adecuado para invitarlo a tomar algo, pues, en cuanto terminó la clase, llamó a una de las chicas que estaba en primera fila para explicarle con más detenimiento unos pasos.

—¿Qué son, clases particulares? —le pregunté a Míriam.

—No sé, es la chica que se sube con él al escenario.

Al decirme eso supe por qué me sonaba la cara de aquella joven, y es que la había visto bailar con él en la *masterclass*. Gran parte de las canciones, Manu las bailaba solo, pero en algunas se había subido una joven para acompañarlo.

—¿Qué es, una bailarina profesional?

—No creo, quizá esté aprendido para monitora de zumba. Ni idea.

Al día siguiente, viernes, sustituimos la zumba por la clase de defensa personal. Míriam, antes de que empezara la sesión, bombardeó a mi hermana con lo maravillosa que era la zumba e intentó convencerla para que se apuntara. Puesto que Lena parecía reticente, me pidió que la ayudara «a llevarla al lado oscuro», como llamaba a viciarse con la zumba.

—No voy a convencerla, ¿no ves que, si se apunta, yo no podré ir?

—¿Por qué no? Vuestra madre puede cubriros a las dos una hora en el hotel.

—Pero no todos los martes y jueves. Tú, Lena, no le hagas caso y sigue siendo tan buena hermana de dejarme libres los martes y jueves por la tarde.

—Pues ahora que lo dices, me empieza a interesar lo de zumba.

¡Vaya por Dios! Suficiente era que le dijeras a mi hermana que por favor no hiciera algo como para que deseara hacerlo. Pero de corazón esperaba que no se

apuntara, pues, si ya me resultaba difícil pensar en cómo acercarme a Manu con Míriam y el resto de alumnas delante, sólo me hubiese faltado tener a mi hermana metida en todo aquello. Quitá, quitá.

Aquella idea, no obstante, me hizo darme cuenta de que la forma en que estaba abordando el tema de Manu era equivocada. Ir a sus clases no era un error, pues la libido me subía con tan sólo verlo moverse y sus pasos de baile alimentaban mi imaginación para después masturbarme en la soledad de mi casa, pero intentar usar sus clases para pedirle salir sí que era un problema de cálculo. Tenía su número de móvil en el listado de llamadas recibidas de mi teléfono, ¿por qué esperar el momento adecuado para hablar con él en clase cuando podía llamarlo en privado? Además, así nadie se enteraría de nada.

Antes de que el monitor de defensa personal me agarrara por la cintura y por sorpresa me levantara a peso, ya había decidido que esa misma noche llamaría a Manu.

—Hola, Manu, soy Nuria.

—Voy a llamar a «Cuarto milenio» en cuanto cuelgues. Ya van dos sucesos extraños esta semana y empieza a darme miedo. ¿Te han abducido los extraterrestres y por eso has venido a mis clases? ¿Te ha poseído un espíritu y por eso me llamas?

—No digas tonterías —contesté sin poder evitar reírme—. ¿No puedo llamar a un viejo amigo?

—En serio, me estás asustando. «Cuarto milenio» se queda corto, voy a llamar a los de «Expediente X».

—Mulder y Scully creo que ya estarán jubilados.

—Vaya, pues supongo que tendré que resolver este misterio yo solito, así que, a ver, déjame que empiece de nuevo. —Se aclaró la garganta—: ¡Hombre, Nuria, qué alegría oírte! ¿En qué puedo ayudarte?

—Pues estaba pensando en que quizá te apetecería que nos tomásemos esa cerveza que tenemos pendiente.

—En serio, esto es un caso de «Expediente X».

—¿No quieres quedar conmigo?

—Sí, sí, claro que quiero. Disculpa. —Volvió a aclararse la garganta de forma teatral—. ¡Me parece una idea estupenda lo de la cerveza, querida amiga Nuria!

Mis labios se curvaron al oír lo de «querida amiga Nuria».

Otro de los motivos por los que Manu nunca me había gustado para pareja era por su personalidad bromista. En pequeñas dosis era algo positivo, pues siempre es bueno tener un toque de humor en tu vida, pero yo no podría estar con alguien que parece incapaz de tomarse las cosas en serio. Pero, puesto que yo no lo quería como novio, sino como amante, tenía que preparar los músculos de mi cara para reírme y sonreír más de lo habitual.

—¿Cuándo te viene bien quedar? —pregunté.

—¿Qué te parece hoy?

—¿Esta noche? —me sorprendí.

—¿Es muy precipitado?

—Pues es que hoy me toca turno de noche y me pillas ya en el curro. ¿Mañana te vendría bien?

—Sí, dime hora y sitio y allí nos vemos tú, yo, Scully, Mulder e Iker Jiménez.

—Qué tonto. —Me reí—. Ahora te mando por WhatsApp a qué hora y dónde nos vemos, ¿vale? Tengo que confirmar una cosa.

Lo cierto es que tenía que pensar dónde quería quedar, pues no pensaba ir a un sitio donde hubiera muchos conocidos o pronto las malas lenguas empezarían a hablar sobre nosotros y no quería eso. Algo indispensable en mi plan era la discreción.

Acabé citándolo a las diez y media de la noche en un local al que nunca había ido pero que, según las reseñas que encontré en Internet, era bastante *cool*. Él me contestó simplemente con un «OK».

Hice turno doble, quedándome a dormir y atendiendo la recepción hasta las dos del mediodía, para tener libre la tarde y todo el día siguiente, así que esa tarde, después de comer, me dediqué a mí misma.

Empecé con un largo baño. Hacía siglos que no me daba uno, demasiado ocupada en mi día a día como para llenar la bañera en lugar de darme una ducha. Me quedé flotando en el agua hasta que se me arrugaron los dedos. Después, me embadurné el cuerpo con crema y, mientras ésta se absorbía, aproveché para echarme una mascarilla de arcilla en la cara. La siguiente parte del tratamiento fue mi pelo castaño. Me lo sequé sin muchos miramientos, puesto que después utilicé la plancha para hacerme unas bonitas ondas. Todos queremos lo que no tenemos, y yo, con mi pelo lacio, siempre que me iba de fiesta o tenía algún evento importante, quería rizármelo.

Ya con el cabello arreglado, llegó el momento de elegir ropa. Me pasé una hora delante del armario... y no exagero. La parte fácil fue elegir cuatro modelitos que ponerme entre todos los que tenía, lo difícil fue escoger un quinto cuando me di cuenta de que ninguno de los cuatro me quedaba bien. Me los puse todos varias veces, fijándome hasta en el más mínimo detalle. Uno se me había quedado estrecho del culo y se me marcaba cualquier braga que me pusiese. La solución habría sido usar tanga, pero me mata tener algo metido en el culo todo el rato. Otro, no sé por qué, no me ajustaba bien al pecho (¡Dios mío! ¿Habría ganado culo y perdido pecho a base de comer chocolate?) y otro tenía una quemadura de cigarrillo de la que no me había dado cuenta cuando lo guardé en el armario. Iba a matar a mi hermana, pues ese vestido se lo había prestado para

una fiesta que tuvo y sin duda había sido ella la que le había hecho aquella trastada. El cuarto tampoco terminaba de convencerme. No tenía ningún contra visible, pues se ajustaba bien a mi cuerpo, no tenía desperfectos... pero no me gustaba para esa noche. Me hacía demasiado seria e incluso un poco remilgada. Una ocasión como aquella me pedía algo diferente, algo más... arriesgado, rompedor, provocativo. Quería sorprender a Manu, ¿no? Esa noche no iba a ser mi yo de siempre, iba a ser otra yo, una más libre y desenfadada.

Volví a repasar los cuatro atuendos por los que en un principio me había decantado y que en ese instante me parecían imposibles. Al pasar por el vestido con la quemadura de cigarrillo, tuve una idea genial: asaltar el armario de mi hermana. Ella tenía un estilo diferente al mío y seguro que entre su ropa podía encontrar algo que me convenciera para esa velada, algo que me hiciese sentir más afín al estilo de Manu. Y lo mejor era que a Lena le tocaba trabajar, así que no tendría que explicarle por qué esa noche buscaba un *look* especial en su armario.

Entré en casa de mi madre con la llave que tenía y me sentí aliviada al ver que no había nadie. La habitación de Lena olía a limpio y al abrir su ropero vi todo un mundo de posibilidades. Un mundo caótico y desorganizado que parecía a punto de explotar. A mi hermana no le cabía allí ni una sola prenda más.

Por suerte, no tuve que rebuscar demasiado entre su ropa, pues fue amor a primera vista. En cuanto me crucé con sus pantalones de cuero, supe que eran los que quería llevar esa noche. Además, pegarían a las mil maravillas con una blusa blanca que yo tenía. Iría elegante y a la vez rompedora. La yo de siempre con la yo de ahora dándose la mano.

Pensé que me costaría bastante ponerme los pantalones. De hecho, había oído de gente que tenía que echarse polvos de talco para poder meterse en unos así, pero en mi caso entraron con facilidad, como unos pantalones de pitillo ajustados, pero nada del otro mundo. Me miré en el espejo de cuerpo entero que Lena tenía en la puerta del armario y di una vuelta sobre mí misma para comprobar cómo me quedaban. ¿Y sabéis qué? ¡Que me quedaban de lujo!

Enamorada de los pantalones y con un subidón que no veas, volví a mi casa y los combiné con unos tacones y la blusa blanca que tenía en mente. El resultado era magnífico. Hacía tiempo que no me sentía tan atractiva al mirarme al espejo. Sólo me faltaba maquillarme y me protegí la blusa con una toalla para no tener que cambiar de *look* a última hora por un poco de colorete extraviado.

Al salir de mi piso, me lancé un beso al espejo del recibidor, ¡así de

emocionada y positiva estaba! Y no era la única que pensaba que estaba sexy, las miradas que muchos me dedicaron por la calle me hicieron sentir como una *femme fatale*. Manu iba a caer rendido a mis pies.

Cuando llegué al local, no había ni rastro de él, aunque era algo a lo que estaba acostumbrada, porque soy una persona muy puntual y casi siempre llego la primera a los sitios. Me sentía un poco nerviosa, así que decidí acercarme a la barra y pedir algo para beber. El alcohol me ayudaría a relajarme y así tendría las manos ocupadas mientras lo esperaba.

El camarero me propuso que mirase la carta de cócteles y decidí darme un capricho. Pedí una piña colada en la barra y después busqué una mesa vacía. La encontré junto a unos cómodos sofás y, tras sentarme, miré mi móvil. Manu llegaba cinco minutos tarde.

Cuando el camarero me trajo mi bebida en un curioso vaso con sombrillita incluida, le di un sorbo a través de la pajita. Estaba riquísima y bebí otro poco, tras lo que me dediqué a mirar a mi alrededor con detenimiento. Era un establecimiento muy agradable y moderno, y la música que sonaba era buena. Había bastante gente, pero no daba la sensación de estar atestado. Y lo mejor de todo era que, por el momento, no conocía a nadie.

Cada poco miraba hacia la puerta para ver si Manu aparecía, pero nada. Quince minutos de retraso ya.

Otro motivo por el que no podría salir en serio con él: odio la impuntualidad. Cinco minutos de retraso los tolero porque ya me he acostumbrado, aunque tampoco es que me haga mucha ilusión en mi pareja. Pero ¿que la gente tenga tan poco respeto de llegar un cuarto de hora tarde sin ninguna excusa? ¡Arg!

—¿De qué te conozco? —me preguntó un chico a la vez que se sentaba a mi lado.

Lo miré con sorpresa, repasando rápidamente sus rasgos. Tendría treinta y pocos, era moreno y a mí su rostro no me sonaba de nada.

—Trabajo de cara al público, quizá sea eso.

—Puede ser —dijo él, haciendo memoria—. ¿Dónde trabajas?

—En un hotel. ¿Te has alojado en alguno hace poco?

—La verdad es que no. Quizá tengamos algún amigo en común o algo así. — Se acercó un poco más a mí, reduciendo el espacio que nos separaba a tan sólo medio asiento del sofá—. O quizá te haya soñado...

Aquella frase me hizo comprender que la conversación sólo había sido una forma de romper el hielo. Seguro que a él mi cara no le sonaba de nada, pero

había querido acercarse a mí y le había parecido que, entrarme así, era la mejor opción. Y sin duda lo había sido, pues, ingenua de mí, lo había creído.

—¿Estás sola? —preguntó.

—Sí y no. Lo estoy ahora mismo, pero espero a un amigo que se retrasa.

—Y se retrasa mucho, por lo que veo —comentó al ver que estaba apurando mi cóctel.

—Demasiado, sí.

—Te invito a otro —propuso.

Sonreí halagada. Sin duda había acertado de lleno con mi atuendo. No obstante, rechacé la oferta a medias.

—Me tomaré otro mientras charlamos tranquilamente, pero me lo pago yo, gracias.

Alcé la mano para llamar al camarero.

—Mujer, yo invito a estas copas y a las siguientes, tú.

Evalué su oferta, su apariencia y mi posible interés en él. No estaba mal, la verdad. Era un hombre guapo y atractivo. Tenía una sonrisa bonita. Si Manu no se presentaba, sin duda me haría buena compañía, aunque yo estaba preparada para atacar a Manu, no a aquel desconocido.

—Este cóctel me lo pago yo y, si mi amigo no llega en lo que tardo en bebérmelo, puedes invitarme al siguiente, ¿qué te parece?

—Trato hecho.

Y Manu no llegó en los veinte minutos siguientes, que fue el tiempo que me llevó beberme mi segunda piña colada y descubrir un montón de cosas sobre mi acompañante, quien no dejaba de hablar. Al menos, sí que recibí un mensaje de Manu en el que me avisaba de que iba a retrasarse. Lo habría mandado a la mierda teniendo en cuenta que me avisaba cuarenta minutos después de la hora a la que habíamos quedado, pero en el wasap me decía que el motivo de su demora era que había tenido que atender a su abuela, así que no podía cabrearme.

—Tu amigo no ha llegado —me dijo Enrique, que así se llamaba mi acompañante—. Me toca invitarte a otra.

—Me acaba de escribir para decirme que está llegando, así que mejor que no.

—¡Oh, vamos!

—De verdad.

—¡Camarero! —llamó al hombre de negro y blanco que pasaba a nuestro lado—. Tráiganos un duelo de chupitos.

—Enrique, no hace falta.

—Ya sé que no hace falta, pero me apetece. Si tu amigo viene mientras nos los estamos tomando, puede apuntarse. ¿Sí?

—Vale.

Lo cierto es que no me parecía mala idea que Manu entrara y viera lo bien que me lo estaba pasando con otra persona.

El camarero no tardó en traernos una bandeja con varias clases de chupitos. Al dejarlos sobre la mesa, nos explicó a Enrique y a mí qué eran cada uno: había un par de ron de miel cubiertos con nata y canela; otro par de tequila, que iban acompañados de limón y sal, y otros dos chupitos semáforo, con tres licores de distintas densidades y colores. Había dos parejas más de vasitos, pero no me quedé con sus nombres ni ingredientes.

—¿Por qué se llama duelo de chupitos? —le pregunté a Enrique mientras los miraba con curiosidad.

—Suele ser *duelo* porque se hacen carreras a ver quién se los termina antes, pero tú y yo vamos a tomarnos las cosas con calma, ¿te parece? Elige por qué chupito empezamos y nos tomamos los dos el mismo.

—Pues... ni idea, así que...

Cerré los ojos y dejé que mi dedo eligiera a ciegas el chupito que caería primero.

—¡El semáforo! Buena elección, así empezamos quitándonos de encima los límites y el control. ¿Preparada?

Cogí el vasito con tres dedos y asentí con la cabeza.

—Arriba, abajo, al centro ¡y para dentro!

Al tercer chupito ya me reía como si Enrique fuera la persona más graciosa del mundo y lo cierto era que aquello del duelo resultaba bastante divertido. Se había sentado delante de mí y, cada vez que tocaba tomar un nuevo chupito, me miraba como si de verdad estuviéramos retándonos. Me partí de risa cuando me dijo «que gane el mejor» y movió los dedos como hacen en las películas de pistoleros para calentar las falanges y tenerlas prestas para apretar el gatillo.

Para cuando terminamos la ronda, yo ya iba bastante mareada, pero no me di cuenta hasta que me puse en pie de un salto al ver aparecer a Manu por la puerta.

—¡Al fin!

—Oye, espera. —Enrique se levantó detrás de mí.

—Es mi amigo —le anuncié a la vez que señalaba a Manu—. Voy a decirle a ver si se quiere apuntar a otro duelo.

—¿Por qué no pasas de él? —me sugirió Enrique con una expresión tentadora—. Te ha dejado tirada casi una hora. No se merece que lo recibas con tanto entusiasmo.

—Probablemente tengas razón, pero...

Me giré sin intención de terminar la frase. Él, sin embargo, estiró el brazo y me agarró por el antebrazo con energía, haciéndome girar de nuevo.

—No te vayas todavía —me dijo con una sonrisa, pero su mano me apretaba con demasiada fuerza.

No lo pensé, mi cuerpo actuó solo en cuanto me di cuenta de que el monitor de defensa personal me había enseñado a soltarme de un agarre como ése. Era lo primero que nos había enseñado, porque resultaba un movimiento muy sencillo y útil. Giré el brazo hasta que, de un tirón, mi muñeca escapó por el punto más débil de su agarre: allí donde se unían su pulgar y el resto de dedos.

Me miró sorprendido y mi rechazo no debió de hacerle ninguna gracia, porque fue a agarrarme por los hombros. En cuanto lo vi acercándose a mí de forma amenazante, volví a no pensar y mi mano voló sola hasta su cara. No en una bofetada, ¡qué va! Le di en toda la nariz con la base de mi mano: hueso contra tabique nasal.

—¡Hija de puta! —gritó, llevándose las manos a la cara.

—¡Oh, Dios mío! ¿Te la he roto? Mi profesor nos advirtió de que así podíamos romper una nariz. ¿Estás bien?

Intenté acercarme a él, pero se apartó.

—¡No me toques!

—No parece que te salga sangre —dije tras estudiarle el rostro desde la distancia—, pero quizá deberías ir a que te viera un médico.

—¡Maldita loca!

—Nuria, ¿va todo bien?

Manu acababa de llegar a mi lado y Enrique salió corriendo como una rata. No me extraña, seguro que debió de pensar que, si una chica casi le había roto la nariz, a saber lo que le haría el amigo de ésta.

Me giré hacia Manu más feliz que una perdiz y lo abracé con entusiasmo, olvidándome al instante de que casi mando a un hombre al hospital de un solo movimiento. Bendito alcohol.

—Maaaauuuuu, qué bien que ya estés aquí.

—¿Quién era ése? —interrogó él, que seguía pendiente de Enrique, alertado de que algo raro había pasado entre nosotros por cómo había salido corriendo.

—Se llama Enrique, me ha estado haciendo compañía mientras te esperaba. ¡Porque mira que has tardado! —Hablaba a toda velocidad, emocionada—. Aunque me ha enseñado una cosa muy chula; mira, ven. —Lo cogí por el brazo y lo llevé hasta la barra—. Camarero, ¿nos pone un duelo de chupitos, por favor?

—Algo me dice que tú ya llevas un duelo de chupitos dentro, ¿verdad? —dijo Manu cuando el camarero fue a prepararnos el pedido.

—Eso y dos piñas coladas.

—Vaya, veo que te has mantenido ocupada.

—¡Es que has tardado un montón! —protesté.

La verdad es que, cuanto más me decía que había bebido mucho, más cuenta me daba de que tenía razón. No estaba acostumbrada a tomar alcohol, sólo alguna cerveza de vez en cuando o alguna copa de vino, y esa noche llevaba ya dos cócteles y seis chupitos. Sin embargo, todavía me encontraba bastante bien y me sentía eufórica y feliz.

—Sí, lo siento; como te he dicho en el mensaje, he tenido que ir a ver a mi abuela. Vive sola y lleva un pulsador de esos que, si se cae o algo así, aprieta y conecta con un sistema de teleasistencia que nos avisa a nosotros y, si no contestamos, a la policía. Se ha caído en el baño y no podía levantarse.

—Pero ¿está bien? —demandé preocupada—. Si tienes que quedarte con ella...

—No, no, tranquila, está perfectamente. Por suerte no se ha hecho daño al caerse, lo único es que no podía levantarse sola y por eso he tenido que ir. La he dejado acostada y durmiendo.

—Me quedo más tranquila.

El camarero nos colocó delante la bandeja con los chupitos y volvió a repetirnos los nombres e ingredientes de cada uno.

—Vaya —fue el veredicto de Manu.

—Yo he puesto esa misma cara antes, pero están todos muy ricos. Coge uno y brindemos por los dos.

Entrechocamos nuestros vasos a la vez que dijimos «por los viejos amigos». En el siguiente, yo brindé por «las nuevas amistades».

—¿Por qué brindamos ahora?

—Más tranquila, fiero. Tú quieres emborracharme y no sabes cómo, ¡qué forma de beber! —Se apartó un poco de la barra para poder quitarse la chaqueta que llevaba puesta—. ¿No tienes calor? El último me ha dado un calor en el pecho...

—La verdad es que sí, uff.

Me di aire con una mano y después, pensándomelo mejor, me desabroché un botón de la blusa mientras miraba fijamente a Manu. Se le agrandaron los ojos al verme el escote y yo me reí. No es que estuviera enseñándole una teta ni nada por el estilo, pero había elegido un sujetador *push up* que me hacía tener un escote de infarto y en ese momento lo lucía más que nunca.

—Vale, vamos a por el tercero —dijo él y apartó la mirada de mí para centrarse en los chupitos.

Cayeron el cuarto, el quinto y el sexto antes de que me preguntara:

—Y, bueno, ¿qué te cuentas? Mentiría si te dijera que no me sorprendió tu llamada.

—¿No puedo quedar con un viejo amigo? —interrogué, y me percaté de que me costaba hablar.

—Claro que sí, pero no me negarás que es extraño.

—Extraño, ¿por qué?

—Nunca te he caído bien.

—Claro que me caes bien, tonto. —Le di un golpe en el hombro a la vez que me reía—. Lo que pasa es que tenía novio y no iba a quedar contigo teniendo pareja. Habría sido muy raro. Un chico tan guapo como tú...

—Con una chica tan guapa como tú.

Me abaniqué con un posavasos a la vez que pensaba «es el momento, díselo». Mis labios se entreabrieron para lanzarle la propuesta, pero en lugar de hablarle a él, me dirigí al camarero:

—¡Oye, ponme otra piña colada! ¿Tú qué quieres, Manu?

—Una Coca-Cola. ¿Seguro que tú quieres otra piña colada? A ver si vas a tener que apuntarme tu dirección para que pueda llevarte luego a casa...

—Segurísima. Y, bueno, cuéntame, ¿cómo acabaste siendo monitor de zumba? Nunca, jamás, pero jamás de los jamases, te había visto bailar.

Él sonrió y se encogió de hombros. El camarero ya le había dado su bebida y estaba a pocos pasos de nosotros, preparando mi cóctel.

—Cosas que pasan y no sabes muy bien cómo. Una chica que me gustaba estaba enganchada a los programas de zumba que echaban por la tele y un día me encontré con que daban un curso básico para instructores, así que me apunté con idea de sorprenderla a ella y después resultó que me gustaba y que se me daba bien, por lo que seguí formándome.

—Así que todo empezó por una chica. Tú siempre tan ligón.

—No te creas.

—Oh, sí, sí que lo creo. A otras podrás engañarlas, pero a mí no. —El camarero me puso delante la piña colada y yo le di un sorbo—. He visto con estos ojitos cómo te ligabas a todas las chicas de Tercero A en un mes.

—No es verdad.

—Sí lo es.

—No, no lo es.

—Estoy borracha y los borrachos siempre dicen la verdad, así que...

—Así que estás diciéndome que ligué contigo.

—No, conmigo no.

—Entonces no ligué con todas las chicas de Tercero A.

—Conmigo lo intentaste, pero no te funcionó.

—Porque nunca te he caído bien.

—¡Porque lo intentaste conmigo después de haber estado con Mari, con Sofía, con Elisa, con Manuela, con...!

—Qué buena memoria.

—Con Claudia, con Beatriz, con Sara, con Ana, con...

—Vale, vale, yo también me acuerdo de los nombres de nuestras compañeras de clase, gracias.

—¿Era una competición o qué? Porque mira que intentar ligarte a toda la clase en un trimestre...

—La verdad es que sí.

—Sí, ¿qué?

—Que era una apuesta.

—¿En serio?

—Y perdí por tu culpa.

—¡Anda ya!

—Perdí un balón reglamentario de fútbol porque te negaste a darme un beso.

—¡Serás cabrón! —Me descojoné—. ¿Con quién apostaste?

—Con Miguel.

—Menudo par.

Nos reímos durante casi un minuto y de nuevo me dije que tenía que ponerme manos a la obra. No tenía que andarme por las ramas; cuanto más directa, mejor. ¿Por qué no lo besaba ahí y ahora? En lugar de hacerlo, cogí la pajita y me bebí del tirón lo que me quedaba de la piña colada, que era prácticamente todo.

—Nuria, ¿de verdad estás bien? —preguntó Manu, al que no le había pasado desapercibido el gesto.

—Manu —dije con voz solemne, girándome hacia él.

—Dime.

—Quiero que me folles.

Me desperté en casa de Manu, en su cama. ¿Que cómo sabía que era su habitación si nunca había estado en ella? ¡Pues porque lo tenía tumbado al lado! Dormía en una postura muy sexy, con el brazo derecho por encima de la cabeza, marcando bíceps, y la mano izquierda apoyada en su abdomen.

Lo miré embelesada durante unos segundos y sonreí al darme cuenta de que lo habíamos hecho. No obstante, mi bobalicona sonrisa se cortó a medias cuando mi nebulosa y alcoholizada memoria se aclaró un poquito y mi agudeza mental me hizo percatarme de que él llevaba un pijama puesto. Me miré a mí misma. Iba en sujetador, pero había perdido la blusa. Levanté las sábanas y vi que conservaba los pantalones, aunque los llevaba desabrochados. ¿Qué había pasado allí? Me incorporé un poco y sentí un pinchazo fortísimo en la cabeza que me hizo protestar. Me dejé caer de nuevo en la cama y el movimiento del colchón despertó a Manu, que abrió un poco los ojos y sonrió al verme.

—Hola, preciosa.

Vale, acababa de llamarme *preciosa*. Eso significaba que había pasado algo entre nosotros, ¿no? Lo miré, intentando recordar lo sucedido, y él se despezó a mi lado como un gato.

—¿Quieres un café? —me propuso.

—Sí, un café estaría bien.

—Vale, ahora lo hago.

Pero sus «ahora» no debían de significar «ya», pues se quedó tumbado en la cama con los ojos cerrados y, al poco, su respiración me hizo sospechar que se había quedado dormido otra vez.

—¿Manu? —llamé en voz lo suficientemente alta como para despertarlo.

—Dime.

—¿Cómo he llegado a tu cama?

Mi pregunta lo espabiló un poco y me miró, de nuevo sonriendo. Sus ojos achinados por los efectos del sueño le sentaban muy bien a aquella cara mañanera, la verdad.

—¿No te acuerdas?

—Pues... no lo tengo muy claro.

—¿Hasta dónde recuerdas?

—El duelo de chupitos.

—Pues luego te tomaste otra piña colada y, después de eso, la cosa se desmadró. Te pusiste a bailar encima de la barra.

—¿Que qué?

—Tuve que quitarte a varios babosos de encima, porque, chica, qué forma de moverte. Y como agradecimiento por mis servicios de guardaespaldas, me besaste y me arrastraste hasta los aseos. Nos enrollamos en el lavabo de señoras. ¿Te acuerdas de eso?

Negué con la cabeza.

—Qué pena, porque me dijiste que te ponía a mil saber que la mujer que orinaba al lado sabía que nos lo estábamos montando justo al lado.

Puse cara de asco. ¿Yo había dicho eso?

—Pero en los lavabos no había espacio suficiente como para estar cómodos, así que me pediste que nos fuéramos a mi coche. Según me dijiste, guardas muy buenos recuerdos del sexo en el asiento de atrás del coche de tu época adolescente. Lo hicimos en el...

—Espera, espera. Yo no dije eso.

—¿Ya te acuerdas?

—No, pero nunca lo he hecho en un coche, así que dudo que te dijera eso.

—¿¡Nunca lo has hecho en un coche!? ¡Imposible!

—Jamás. Cuando empecé con Javi, él tenía moto, no coche, y, para cuando consiguió su primer coche, ya teníamos más a mano las camas.

—Joder, todo el mundo guarda buenos recuerdos de su época de folleto en el coche. ¿Qué probabilidad había de que tú no?

—¡Te lo has inventado todo! —comprendí.

—Es que, si no, la historia habría sido muy aburrida.

—No te pedí una historia emocionante, quería saber qué pasó anoche.

—Pues que te emborrachaste de lo lindo y tuve que traerte a mi casa a dormir la mona porque ni tan siquiera eras capaz de decirme dónde vivías.

—¿Me quitaste tú la blusa?

—No, fuiste tú. Y creo que también llevas los pantalones desabrochados. Lo único que hice yo fue quitarte un zapato. El otro lo lanzaste hacia delante con una patada de kung fu y me lo dejaste incrustado en la pared.

Señaló hacia la derecha y yo me giré, creyendo que realmente encontraría mi zapato clavado como si fuera un cuadro. Por supuesto, allí donde señalaba no

había nada y Manu empezó a reírse a mi lado.

—Prometo que te lo quitaste con una patada de kung fu, pero habría sido un caso digno de estudio que consiguieras clavarlo en una pared de ladrillo.

—Entonces no pasó nada entre nosotros, ¿no?

—Nada.

—¿Y lo del baile sobre la barra?

—También broma. Tú ya tienes bastante bailando en mis clases.

—Por tanto, ¿no ha pasado nada entre tú y yo?

—Bueno...

—¿Qué?

—He de confesar que te metí un poco de mano, pero prometo que fui bueno y sólo te sobé lo estrictamente necesario para conseguir que subieras las escaleras hasta mi piso. Ya sabes que son empinadas y estrechas, y casi te caes rodando en más de una ocasión.

No sabía si me sentía aliviada o entristecida. Al despertarme y verme en la cama de Manu, había sonreído porque pensaba que había logrado lo que quería. Pero acostarme con él borracha perdida y no recordar absolutamente nada del encuentro no era lo que buscaba, la verdad. Saber que no había pasado nada cuando no era dueña de mí misma me dejaba más tranquila, pero a la vez me sentía mal porque tenía la sensación de que la oportunidad había pasado. Que no hubiera ocurrido nada tal vez fuese una señal de que no debía ocurrir nunca.

—Sí que dijiste algo que fue interesante —añadió Manu, y se giró en la cama para quedar de costado, con la cabeza apoyada sobre su mano.

—¿El qué?

—Pues, y utilizo tus palabras, no las mías, que querías que te follara.

Ese verbo me sonó sucio en su boca... violento como un taco. Una palabra malsonante, pero a la vez tentadora y prometedora.

—¿Yo dije eso? —pregunté haciéndome la longuis. Ahora que él lo mencionaba, sí tenía un vago recuerdo de eso.

—Sí, y fíjate que siempre pensé que tú serías de las que diría «hacer el amor» o «acostarse», pero no, me dijiste, textualmente, «quiero que me folles».

Tragué saliva. Era difícil aguantar su mirada cuando te soltaba algo así con aquellos profundos ojos clavados en los tuyos.

—Qué locura, ¿no es cierto? —exclamé nerviosa.

—Sí, era lo último que esperaba oír salir de tu boca. ¿Te acuerdas de eso?

—No mucho.

¿Por qué me escondía como una cobarde? Me había puesto en bandeja que le sacara el tema, que le contara que no había sido el alcohol el que había formulado esas palabras por mí, que de verdad quería acostarme con él. Pero lo único que era capaz de hacer era mirarlo con el corazón acelerado y agarrar las sábanas con fuerza como si fueran un escudo protector.

Manu me observó en silencio durante casi medio minuto. Podía sentir que quería decirme algo, igual que yo quería decirle algo a él, pero ambos nos mantuvimos callados.

—Bueno, voy a hacer el café —aseveró al fin.

Se dio la vuelta y al verlo marchar fue cuando reuní la valentía suficiente como para decir a toda velocidad:

—Sería una locura, ¿no crees?

—¿El qué? —interrogó volviéndose hacia mí.

—Tú y yo.

Tragó saliva y su nuez de Adán subió y bajó pesadamente.

—Tú y yo, ¿qué?

—Sabes a lo que me refiero.

—¿A que sería una locura que tú y yo nos tomáramos un café?

Negué con la cabeza, molesta porque estaba segura de que sabía qué quería decir... aunque era normal que quisiese cerciorarse, pues la idea que le planteaba estaba muy alejada de lo que nuestra relación había sido hasta entonces (si es que podía llamarse *relación* a ser excompañeros de clase).

—Tú y yo... follando.

Me costó decir la palabra sin estar borracha, pero sabía que era la que debía usar con él. Le gustaba y, además, describiría muy bien lo que pasaría entre nosotros. No haríamos el amor, simplemente echaríamos un polvo.

—No creo que fuese una locura —dijo él, hablando con cuidado—, sólo... raro.

—¿Raro?

—Novedoso. Inesperado.

Me miró a la espera de que yo añadiera algo más, pero fui incapaz de formular palabra alguna, así que Manu prosiguió con el mismo tono precavido de antes.

—¿Has estado pensando en esa posibilidad?

—Puede ser.

«¿Cómo que puede ser? ¡Dile que sí, huevona! Grita un “sí” enorme.

Confiésale que llevas varias noches masturbándote con su cuerpo en mente.» Una voz cabreada me gritaba en la cabeza, pero mi cuerpo lo único que hacía era temblar bajo las sábanas.

—¿Para castigar a Javi?

El nombre de mi ex en aquella conversación me hizo fruncir el ceño y removerme nerviosa.

—¿Castigarlo? No, no tiene nada que ver con él.

—Entonces, ¿por qué?

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué quieres acostarte conmigo?

—Porque sí.

—¿Me has ignorado durante años y ahora te interesa follar conmigo?

De nuevo el término me sonó como una palabra malsonante y me moví inquieta.

—Si no quieres... —dije haciendo un amago de sentarme en la cama, pero él me frenó.

—No estoy diciendo que no, sólo quiero saber por qué.

—¿Y qué más te da el porqué? ¿Acaso no soy lo bastante guapa para ti, no te pongo lo suficiente? Seguro que a las demás no les haces tantas preguntas.

—¿A qué «demás»?

—Pues a todas las tías con las que te acuestas día sí, día también. ¿A ellas también les preguntas por qué quieren acostarse contigo o simplemente te las tiras y ya está?

En un movimiento rapidísimo, Manu se me colocó encima, quedando nuestros cuerpos unidos del abdomen hasta los pies. Me apresó las manos cuando por instinto las llevé hacia él para apartarlo y me las colocó por encima de la cabeza. Su rodilla se situó entre mis piernas y me las separó, de tal forma que se creó el hueco perfecto para él entre mis piernas.

—¿Quieres que te folle? —me preguntó con voz ronca a pocos centímetros de mi cara.

Movió la cintura contra mi abdomen y lo noté duro como el acero. Se me nubló el pensamiento y no fui capaz de contestar.

—¡Dime! ¿Quieres que te folle? ¿Es esto lo que realmente quieres? —demandó, repitiendo el movimiento de su cintura.

—S-s-sí —tartamudeé.

—Pídemelo y lo haré. Sin preguntas. Pero dímelo en voz alta y clara. Dime

«fóllame» y me meteré dentro de ti, te poseeré y te lo haré hasta que te duela, hasta que grites. Pídemelo y no habrá vuelta atrás.

Mi pecho subía y bajaba con rapidez, sentía que me faltaba el aire. Sus palabras me habían provocado el mismo ardor en el sexo que cuando lo vi bailando, la misma necesidad, el mismo deseo. Mientras me hablaba, me había mirado fijamente a los ojos, pero en ese instante, mientras esperaba mi respuesta, su mirada se vio irremediabilmente atraída hacia mi pecho en sujetador, que daba fe de lo rápido que necesitaba respirar.

Sus ojos volvieron a posarse sobre los míos y fue entonces cuando no pude contenerme más y de mis labios escapó:

—Fóllame.

Lo tuve sobre mi boca en menos de un segundo, besándome con una voracidad que me hizo entrar en combustión. Aquello no era un beso, era como si intentara devorarme, y su necesidad activó la mía, haciendo que lo besara como no recuerdo haber besado nunca a Javi... con un ansia animal y salvaje, con rabia.

Para cuando se separó de mí, me ardían los labios y notaba las muñecas doloridas allí donde me había apretado de más sin darse cuenta. Se puso de rodillas entre mis piernas y me quitó el pantalón. Pensé que volvería a tumbarse sobre mí, pero se estiró para alcanzar la mesita del lado derecho y sacó una caja de condones. Se bajó el pantalón del pijama y yo miré con curiosidad, deseo y admiración su sexo. Siempre había creído que mi ex estaba bien equipado, pues con sus quince centímetros superaba la media española (sí, se la había medido, ya os he dicho que han sido muchos años con él, y había leído artículos sobre el tamaño medio del pene para saber si lo que tenía en casa era bueno o no), pero el de Manu era más grande y grueso. Por un momento, viéndolo allí parado, apuntando hacia delante como un soldado en posición de firmes, me sentí preocupada. ¿Y si el tamaño de Javi era el adecuado para mí? Aquella pregunta me hizo temblar, porque trajo consigo otras que hasta ese momento no me había parado a pensar... ¿Y si no disfrutaba con Manu?, ¿y si él no disfrutaba conmigo?, ¿y si no era buena en la cama? Sabía lo que le gustaba a mi ex, pero todos tenemos gustos diferentes. Quizá iba a quedar como una virgen novata que no sabía hacer nada en la cama.

Empecé a temblar más todavía y cerré las piernas. Las preguntas habían conseguido acobardarme.

—Quítate el sujetador y las bragas —ordenó Manu al ver que lo miraba sin

hacer nada.

No fui capaz de obedecerlo y, en lugar de eso, vi cómo rompía el envoltorio del preservativo, se lo colocaba en la punta y lo deslizaba sobre la suave y lisa piel de su pene. Volvió a ponerse entre mis piernas de rodillas, separándomelas una vez más, y yo me dejé hacer. Me quitó las bragas.

—El sujetador —me recordó.

Asentí con la cabeza y, con manos temblorosas, me incorporé un poco para deshacerme de él. Lo lancé al suelo y volví a tumbarme, aunque lo hice cubriéndome los pechos con las manos.

—¿Estás nerviosa?

Dije que sí con la cabeza. Notaba que me temblaba la mandíbula.

—No quiero que estés nerviosa —dijo él, y se inclinó hacia delante.

Me dio un besito en la rodilla que tenía doblada y después otro en el muslo.

—No tienes por qué estarlo.

Me besó junto al ombligo y luego sobre una costilla. Me apartó las manos poco a poco, dejando al aire mis pechos, y yo aparté la mirada, vergonzosa.

—Eres preciosa —afirmó, y capturó con su boca un pezón. Sorprendida, jadeé y me arqueé ligeramente—, deliciosa.

Pasó al otro pezón y su lengua dibujó un círculo sobre mi areola, lo que provocó que mi respiración volviera a agitarse.

—Sólo tienes que sentir y dejarte llevar.

Lo de dejarse llevar era fácil cuando no me dejaba tiempo para pensar, sólo para sentir. Mientras seguía lamiéndome los pezones, su mano buscó mi sexo y sus dedos me acariciaron en círculos. Me agarré a su brazo y él cambió el movimiento, arriba y abajo, rozando con los dedos mi entrada cada vez que bajaba.

—Mmmm...

—¿Así te gusta? —me preguntó a la vez que pasaba a mi cuello para besarme allí.

—Así es como lo hago yo cuando pienso en ti.

Oí un gruñido que hizo que me temblara el cuello y, cuando su dedo bajó en mi sexo, no se quedó en la entrada, sino que se deslizó dentro de mí. Le apreté más fuerte el brazo, clavándole las uñas a la vez que me arqueaba, y él me respondió mordiéndome en el cuello.

—¿Piensas en mí cuando te masturbas? —me ronroneó al oído.

No me había dado cuenta de la magnitud de lo que había confesado hasta que

lo oí repetido en su boca.

—Dime, ¿lo haces? —insistió al no obtener respuesta.

—Sí.

Apartó la mano de mi sexo y en su lugar posicionó su pene, que encontró la entrada a la primera. En cuanto sentí que empezaba a acceder, me puse tensa y él lo notó, así que me besó en la boca para distraerme. Consiguió que me relajase, pero no que dejase de pensar en cómo me penetraba. No había forma de obviar aquel trozo ardiente de carne que se abría paso dentro de mí. Y tampoco quería ignorarlo. Era una sensación absolutamente deliciosa en la que dolor y placer se daban la mano. Él debía de pensar algo parecido, pues contuvo la respiración mientras se adentraba en mi interior y después, cuando estuvo dentro, jadeó sobre mi boca.

—¿Estás bien? —preguntó.

Como respuesta moví la cintura debajo de él y Manu, de forma acertada, se tomó aquello como una invitación. Se deslizó suavemente fuera y volvió a entrar con lentitud, repitiendo el movimiento varias veces. Cuando nos acostumbramos a la fricción, le rodeé la cintura con las piernas y, aprovechando que volvía a hundirse en mí, le clavé el talón en el culo, haciendo que entrara más todavía. Ambos jadeamos. Volvió a deslizarse fuera y, en aquella ocasión, en lugar de esperar hasta el final para empujarlo con el pie, usé mis piernas para atraerlo hacia mis entrañas con rapidez y fuerza. El envite me provocó un quejido de placer.

—¿Es esto lo que quieres? —interrogó y, levantando el torso un poco para poder mover la cintura con más libertad, comenzó a penetrarme con envites rápidos.

Mi cuerpo estaba muy sensible, lo sentía absolutamente todo. Era maravilloso.

Eché hacia atrás la cabeza y cerré los ojos, disfrutando de la sensación.

Él gruñó y me puso la mano en la cintura. En seguida descubrí que era para mantenerme fija en mi sitio y que las penetraciones fueran mucho más profundas. Grité y creo que le arañé la espalda, aunque lo cierto es que no recuerdo mucho a partir de ahí. Una ola de placer surgió de mi vagina y se extendió por mi cuerpo de forma violenta, provocándome espasmos. Oí a Manu comenzar a gruñir con cada penetración que hacía y, al final, soltar un quejido que se mezcló con un suspiro. Después, se desplomó sobre mí.

Un minuto completo después, todavía me duraba la sonrisa en la cara. Manu y yo estábamos tumbados uno al lado del otro, sin decir nada, y me sentía completamente relajada y satisfecha.

—Entonces, ¿hago ese café?

La sonrisa fue disolviéndose poco a poco. Giré la cara hacia él y, al ver que me observaba, volví a mirar rápidamente hacia el techo.

—De hecho, creo que debería irme.

Me senté en la cama y cogí el sujetador que había tirado al suelo.

—No tienes por qué salir corriendo. Es sólo un café y dicen que lo preparo bastante bueno.

—Es por la hora —mentí a la vez que buscaba las bragas a mi alrededor.

—Pues a mí me parece una huida en toda regla. He protagonizado unas cuantas, así que sé de lo que hablo.

—Entonces sabrás lo agradecida que te estaré si me ahorras todo esto. ¿Has visto mis bragas? —pedí, agobiada.

No las encontraba y no quería levantarme desnuda de cintura para abajo.

—Si te digo dónde están, ¿me dejas llevarte a casa?

—Puedo ir sola, gracias.

—¿Alguna vez has hecho un paseo de la vergüenza?

—¿Un...? Calla y dime dónde están las bragas.

—Al menos sabes lo que es. Yo lo llamaría *paseo del triunfo*, pero sospecho que tú no te lo vas a tomar tan bien y, en honor a la amistad que nos une, te propongo ahorrarte el mal trago y me ofrezco a llevarte a casa.

—Puedo volver sola con mi moto, gracias.

—La moto la dejaste en el local, vinimos en mi coche.

—Pues iré andando a mi casa, no te preocupes. ¿Sabes dónde están mis bragas o no?

—Sí, pero no te lo voy a decir.

Molesta, me puse en pie y, de un tirón, arranqué las sábanas para poder envolverme de cintura para abajo con ellas. Mala idea, pues él quedó gloriosamente desnudo sobre la cama. Me giré para no verlo y pude oír cómo se

reía.

—Con lo tigrera que eres una vez metida en faena y luego lo vergonzosa que te vuelves.

Lo oí ponerse en pie mientras yo buscaba a mi alrededor la ropa. Las bragas aparecieron de pronto flotando delante de mis ojos cuando él las sostuvo frente a mi cara con dos dedos. Se las arrebaté con un movimiento rápido y me las enfundé sin llegar a deshacerme de las sábanas hasta que las tuve puestas. Entonces pude buscar con mayor confianza el resto de las prendas. Tanto el pantalón como la blusa, ésta hecha una pena debido a la cantidad de arrugas, estaban a los pies de la cama.

—Entonces, ¿no quieres que te lleve a casa? —preguntó él, que se había sentado sobre el colchón y se estaba poniendo unos calcetines.

—No.

—Pues que pases un buen día, yo voy a tomarme ese café.

Salió de la habitación y me dejó allí sola para que me recompusiera. Que dejara de insistir, me molestó, aunque era una tontería porque estaba decidida a no aceptar su ayuda. ¡Si no podía ni mirarlo a la cara más de dos segundos seguidos! Una vez que me puse toda la ropa, busqué un espejo en el que mirarme, pero en la habitación no había ninguno, así que me asomé al pasillo y, al no ver moros en la costa, salí y busqué el cuarto de baño. Por suerte, la puerta estaba abierta y pude localizarlo sin tener que abrir todas las habitaciones de la casa.

Mi aspecto era deplorable, aunque se podía mejorar rápidamente lavándome la cara y recogéndome el pelo en una coleta. Lo que no había manera de arreglar eran las arrugas de mi blusa. Por suerte, la jaqueca que había sentido al despertarme había desaparecido. El sexo cura todos los males.

En cuanto consideré que mi apariencia era todo lo buena que podía ser, salí del baño y me dirigí a la entrada. Estuve tentada de largarme sin despedirme, pero mi educación se impuso y me asomé a la cocina, donde ya se olía a café.

—Me marcho —anuncié sin poder fijar mi mirada en la suya.

—¿Seguro que no quieres un café?

—Seguro.

—¿Ni que te lleve?

—No.

—De acuerdo. Pues nos vemos pronto. Y recuerda: es el paseo del triunfo, no de la vergüenza.

Murmuré algo, aunque ni yo misma sé muy bien qué quise decir. Lo que sí que tengo claro es que, durante los siguientes veinte minutos, me arrepentí un millón de veces de haber sido tan estúpida y orgullosa. ¿Por qué había tenido que rechazar la amable propuesta de Manu de llevarme a casa?

Sabía que no iba a ir por la calle diciéndole a todo el mundo «¡acabo de tener un sexo espectacular!», pero tampoco me esperaba la sensación tan profunda de vergüenza que sentí cuando, en el mismo portal de Manu, me crucé con una vecina suya y ésta me miró de arriba abajo de forma descarada. O cuando un hombre en la calle se tomó la libertad de gritarme que, si me había quedado con ganas, él me daba más. ¿Es que llevaba escrito en la frente lo que acababa de hacer? Durante el resto del camino sólo me incomodaron las miradas que me lanzaban los viandantes; puede que fueran miradas inocentes, pero, después de la vecina y el salido, no pude más que pensar mal de todos aquellos con los que me crucé.

Había estado tan desesperada por huir de una situación incómoda que me había lanzado de cabeza a otra peor. Y lo malo era que yo solita había creado la situación incómoda de la que había huido. Manu había sido amable hasta el último momento y se había ofrecido a llevarme a casa. ¿Cuántos hombres en su misma situación habrían hecho lo mismo? Después de un buen revolcón, muchos se habrían dado media vuelta en la cama y que la mujer de turno se apañase sola.

Llegué a mi casa muy nerviosa. Los últimos doscientos metros habían sido los peores, puesto que en mi calle era donde con más probabilidad me encontraría con gente conocida, pero afortunadamente no me había cruzado con nadie.

Me duché nada más llegar, desayuné y después me metí de nuevo en la cama, donde me quedé dormida al poco rato y no desperté hasta un par de horas después, sobre las dos del mediodía, cuando mi hermana me llamó para preguntarme si bajaba a comer o no.

El martes no fui a zumba. La excusa que le di a Míriam fue que tenía que trabajar, y era cierto, pues mi madre me había pedido que la sustituyera porque tenía que ir a un entierro, pero si hubiera querido podría haber convencido a mi hermana de que hiciera el turno de la tarde para poder escaparme a clase. Pero no quise. No me arrepentía de lo que había pasado, ni mucho menos, pero no estaba preparada para mirar a Manu a la cara y fingir que no había ocurrido nada, para pretender que por las noches, al acostarme, no pensaba en lo que habíamos hecho, en cómo me había sentido, en el placer que me había provocado.

Llevaba desde el domingo reviviendo lo que había pasado entre nosotros. No recordaba la última vez que me había sentido así. Es más, me arriesgaría a decir que jamás había tenido un orgasmo como aquel, tan salvaje, tan apabullante. Cuando empecé con Javi, me costaba muchísimo alcanzar el clímax. De hecho, hasta que no llevábamos un año haciéndolo, no conseguí correrme por primera vez. Siempre estaba demasiado preocupada por la postura, por el movimiento, por saber lo que él quería, y no lograba dejarme llevar por las sensaciones. Por suerte, una vez que me sorprendió el primer orgasmo, volver a alcanzar el clímax fue más sencillo. Había oído decir que el sexo mejoraba con la edad y yo creía a pies juntillas que Javi y yo éramos la prueba de ello, pues, cuanto más tiempo pasábamos juntos, nuestras relaciones eran mejores. Durante los últimos meses de nuestra relación (casi un año, prácticamente), nuestra vida sexual empeoró un poco. Ahora lo veo como un empeoramiento, aunque cuando lo viví no fue así. Lo hacíamos menos, pero después yo lo pillaba con más ganas y el sexo era bueno. Para mí era suficiente y me consideraba una mujer feliz y satisfecha haciéndolo sólo una vez a la semana, pero Javi no, aunque eso ya lo sabéis.

El sexo con Manu, no obstante, había sido diferente. El orgasmo había sido brutal y me había llegado de forma inesperada. Normalmente tenía que pensar en él, buscarlo, concentrarme en mi cuerpo para encontrarlo, pero con Manu no. La sensación había aparecido de improviso y me había recorrido entera como un tsunami que lo arrasara todo a su paso. Había sido fantástico.

Así que, sí, llevaba desde el domingo pensando en ello, en si siempre sería

así y yo me lo había perdido por estar sólo con Javi. Dice la gente que uno no debe quedarse con su primer amor porque, si sólo tienes un novio, no puedes llegar a saber realmente lo que tienes, lo que quieres, lo que deseas. Yo pensaba que eran gilipolleces, pero en ese momento empezaba a plantearme que quizá aquella idea tenía su parte de razón.

El jueves hice que me resultara imposible ir a zumba cambiándole voluntariamente el turno a mi hermana.

—¿Tú no querías los jueves por la tarde para ti por la clase esa de baile? — me preguntó.

—Eso es cosa de Míriam, que se ha convertido en la loca de la zumba. A ver cuánto le dura. Si te pregunta, le dices que has sido tú la que me ha pedido cambiar el turno.

—Ah, no, a mí no me metas en tus líos, que además la vamos a ver mañana y en defensa personal. ¿Y si decide vengarse haciendo muy realistas los ataques?

—Bueno, pues le diré que ha sido cosa de mamá, que me ha pedido otra vez que la sustituyera.

—Sí, eso, que a mamá le tiene respeto.

Sin embargo, no podía huir de forma indefinida de Manu y tarde o temprano iba a cruzármelo de nuevo. Resultó ser más pronto que tarde, pues esa misma noche, poco después de que la clase de zumba terminase, se presentó en el hotel. Todavía iba vestido con el chándal y llevaba el macuto colgado al hombro. Lo vi entrar cuando estaba atendiendo a dos turistas ingleses y por un segundo se me trabó la lengua, pero me obligué a reponerme rápidamente y lo ignoré, centrándome en los huéspedes.

La pareja quería información sobre qué podían visitar en la zona al día siguiente, por lo que a Manu le tocó esperar acodado en el mostrador de madera antigua que presidía la recepción. Lo podía ver en la periferia de mi visión y, aunque intentaba no hacerle caso, las manos me temblaron visiblemente cuando garabateé sobre un mapa varias marcas con los lugares más interesantes.

Cuando la pareja se marchó, no me quedó otra que girarme hacia él.

—Manu, qué sorpresa —dije nerviosa y, tras lanzarle una rápida mirada, me puse a ordenar los folletos que habían sobrado de mi charla con los huéspedes.

—Qué bien hablas inglés.

—Gracias. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Quieres reservar una habitación para una fecha señalada? Aniversarios, cumpleaños...

—¿Pensabas que sería así?

Su pregunta, fuera de contexto, hizo que lo mirara a los ojos de forma fugaz.

—¿El qué?

—Cuando nos acostamos, ¿tu idea era no volver a mirarme a la cara nunca más?

Miré a mi alrededor con ansiedad por si alguien podía oírnos, pero no había nadie cerca.

—Baja la voz.

—La bajo, pero contéstame.

—Te estoy mirando a la cara —dije, y me obligué a fijar mis ojos en los suyos—. ¿Contento?

—No, han sido tres segundos de nada. Aguántame la mirada.

—No estoy para juegos, Manu, tengo mucho trabajo que hacer. Si no quieres nada importante...

—Aguántame la mirada un minuto y me iré.

—Qué tontería.

—¿No eres capaz?

Me crucé de brazos y, orgullosa, anclé mis ojos a los suyos, del color del chocolate puro. Él me miró con intensidad, sosteniéndome la mirada durante los sesenta segundos que duró la prueba.

—No soy tan feo como para que no puedas mirarme a la cara más de dos segundos seguidos, ¿no crees? —rompió el silencio cuando terminó el reto—. ¿O mi fealdad te ha dañado la retina?

—Mañana pido cita en el oftalmólogo y te digo.

Sonrió y dijo:

—Te he prometido que me iría después del desafío... pero no que lo haría inmediatamente después. ¿Puedo tomarme algo en vuestro bar o es sólo para los clientes?

Lo miré indecisa. ¿Quería darle pie a que hablásemos?

—Por favor —insistió.

—Vale —cedí al fin—. ¿Qué quieres tomar?

—Una Coca-Cola, por favor.

Me dirigí a la zona de bar y saqué del arcón la bebida que me había pedido.

—¿Quieres unas olivas o unas patatas fritas?

—Así está bien... aunque sí que quiero una cosa.

—¿Qué?

—¿Compañía? —planteó señalando el taburete que tenía al lado.

Dudé durante un instante y después rodeé la barra y me coloqué a su lado.

—Si viene alguien o suena el teléfono, tendré que atenderlo.

—Sí, sí, no te preocupes. Entonces, ¿ya no vas a venir más a zumba o es sólo que esta semana has tenido que trabajar por la tarde?

—Ha sido cosa del trabajo —mentí, y después, para cubrirme las espaldas por si la semana siguiente decidía no ir tampoco, añadí—: Aunque no te creas que me veo yo mucho en zumba, ¿eh? No doy pie con bola.

—¡Qué va! Lo haces genial. Todo el mundo empieza así, es normal. Con un par de clases más, verás cómo empiezas a cogerle el tranquillo. Hay muchos movimientos que se repiten, los mismos pasos se usan en muchas canciones, las repeticiones se predicen... Cuando lleves un mes, serás toda una profesional.

Lo dudaba seriamente, pero no contesté nada.

—No estuvo tan mal —dijo él después de unos segundos.

—¿La clase?

—No.

Pensé que añadiría algo más, pero no lo hizo y el silencio se cernió sobre nosotros. Tras casi medio minuto, no pude aguantarlo más y admití:

—No, no estuvo nada mal.

—Fue fantástico.

Lo miré sorprendida y me di cuenta de que él me observaba muy serio.

—¿No es siempre así?

Negó con la cabeza e interrogó:

—¿Para ti sí?

—No, pero pensaba que era porque sólo he estado con una persona en toda mi vida y no sabía ciertos trucos que se descubren con la experiencia y tras ver mundo.

—Preciosa, no has visto todavía ninguno de mis trucos.

Su voz ronca y la forma en que me miró lograron que el calor se extendiera entre mis piernas.

En aquel momento sonó el teléfono y sentí que me había librado por la campana. Me bajé de un salto del taburete y fui a paso rápido hasta el mostrador, donde descolgué y atendí a una mujer que quería hacer una reserva.

Para cuando terminé, se me había bajado bastante el calentón. Por su parte, a Manu le había dado tiempo a terminarse el refresco. Dejó el dinero sobre la barra del bar y se acercó hasta el mostrador tras el que yo me parapetaba. Pensé que volvería al ataque con sus insinuaciones y sus promesas veladas de placer, pero,

en lugar de eso, dijo:

—Bueno, me marchó ya.

Debería haberme sentido aliviada, pero una gran parte de mí se sintió decepcionada. Aun así, contesté:

—De acuerdo, nos vemos el martes que viene.

—De hecho, he estado pensando que te vendrían bien unas clases particulares de zumba. Ya has perdido dos clases y pronto Míriam te va a dar *pal* pelo. Podríamos quedar y practicar tú y yo solos.

—Yo...

—Será en el gimnasio. Y, tranquila, mujer, que no te cobro.

Tras dudarle un momento, me dejé vencer por la tentación. ¿No me había sentido decepcionada al saber que se marchaba? ¿No me había excitado la mera idea de que tuviera muchos trucos que enseñarme? Mi instinto era decir que no, siempre que no, pero lo cierto era que quería decir que sí. Pregunté:

—¿Cuándo?

—¿Mañana?

—Mañana tengo clase de defensa personal hasta las nueve.

—Pues nos vemos a las nueve y cuarto, ¿te parece?

—De acuerdo.

El corazón me latía a toda velocidad y no ayudó a frenar mi taquicardia que, al llegar junto a la puerta de salida, se girase y me guiñase un ojo.

Maldito Manu.

Librarme de mi hermana y de Míriam después de la clase de defensa personal resultó bastante difícil, pues querían ir a tomar algo y yo no podía decirles que había quedado con alguien porque harían un millón de preguntas, así que fingí que no me encontraba bien y me escabullí en cuanto pude camino del gimnasio donde Manu daba sus clases.

El centro estaba especializado en karate, pero impartía otras disciplinas, como zumba, *spinning* y pilates. A esas horas de un viernes pensaba que estaría cerrado al público, pero al entrar descubrí que había todavía bastante gente en las máquinas y que un grupo de adultos practicaba kárate en el tatami. Manu me saludó desde la sala insonorizada donde él impartía sus clases.

—Cuánta gente para lo tarde que es —comenté, aunque me callé que había creído que estaríamos solos en el gimnasio.

Lo cierto era que me había imaginado un millón de cosas sucias de aquel encuentro y me había pasado toda la mañana y parte de la tarde muy nerviosa. En mi mente calenturienta, Manu me recibía a solas y se comportaba como un *stripper*: seguro de sí mismo, seductor, provocador. Sobra decir que me arrancaba la ropa al poco de llegar.

Sí, eso era a lo que me había ofrecido voluntaria.

¿A una clase de zumba? No.

Pero fue eso con lo que me recibió y lo cierto es que consiguió que me relajara bastante. Acabé riéndome de mi poca destreza como bailarina y partiéndome de risa con las caras que ponía, pues durante las clases gesticulaba muchísimo y hacía muchos movimientos que llenaban de expresividad la canción.

El gimnasio cerraba a las diez, pero nosotros nos quedamos dentro, terminando la clase. El dueño pasó a despedirse y le dijo a Manu que, tal y como habían hablado, cuando quisiese salir lo avisase para que él pudiese controlar, de forma remota, las persianas y puertas y así no dejarnos encerrados.

Continuamos bailando durante diez minutos más y después, al terminar, Manu aplaudió como hacía al acabar cada clase. Yo le imité.

—Qué mal se me da. —Me reí.

—No te negaré que, de coordinación, vas un poco mal —se guaseó él a la vez que se acercaba al móvil desde el que emitía la música hasta unos potentes altavoces.

Sin saber muy bien qué hacer mientras esperaba a que me hiciese saber qué más tenía planeado, me sequé el rostro, el cuello y el pecho con la toalla. Lo espí a través del espejo, aprovechando que lo tenía de espaldas. Tenía un cuerpo muy bien formado por bailar, pero seguro que también a base de horas de gimnasio u otro deporte. No se tenían aquella espalda ni aquellos brazos marcados gracias a la zumba. Su culo también resultaba muy tentador, redondito y prieto.

—¿Te gusta lo que ves?

Me sobresalté al darme cuenta de que él estaba de espaldas, sí, pero podía verme perfectamente a través de los dichosos espejos que cubrían tres de las cuatro paredes de la clase.

—¿Haces algo más que zumba o sólo con bailar me pondré como tú?

—Como yo no te puedes poner, porque eres una chica, pero el baile es la actividad física más completa que hay y el que mejores cuerpos deja. ¿Has visto a las chicas latinas de baile?

—Sí, bueno, algo me dice que en eso tiene mucho que ver la genética.

Buscó algo en su móvil y por los altavoces comenzó a sonar una canción que no había escuchado hasta entonces en sus clases. Dejó el teléfono en su sitio y se dirigió hacia mí. Pensé que se pondría a mi lado para bailar, pero en su lugar me quitó la toalla, la lanzó a un lado y me sujetó ambas manos, colocándomelas en posición de baile. Uno frente a otro, comenzamos a bailar una canción agarrada.

—Un, dos, tres; un, dos tres.

—¿Y esto? —pregunté entre sus brazos, a la vez que le miraba los pies para intentar pillar el movimiento.

—Como te veo muy interesada en bailes latinos...

No sabía qué bailábamos, si salsa, bachata... seguro que hay un millón de diferencias entre ambos estilos, pero es que yo no tengo ni idea de ninguno de los dos. Todo me suena igual. Sólo sé que, al terminar el movimiento a la derecha, teníamos que rematar el paso con un movimiento de cadera.

—Un, dos, tres, cadera; un, dos, tres, cadera. Ya lo tienes.

—Controladísimo, sí.

Se me cortó la risa cuando él dio los pasos básicos por aprendidos y se juntó más a mí. Nuestros pechos se rozaban y su pierna acabó entre las mías. Así,

pegada a él, fue más fácil dejarme llevar; era como si fuéramos un solo bailarín, un único cuerpo. No me sentía torpe, ni ridícula, como me ocurría siempre que bailaba. Al contrario, me sentía sexy y seductora. ¡Y sólo por bailar adherida a un experto!

La canción se alargó bastante, aunque a mí me pareció que duraba muy poco. Me sentí a gusto entre sus brazos, y su cuello, que quedaba justo a la altura de mis ojos, me llamaba de forma hipnótica. Estaba brillante por el sudor de la clase y, aunque nunca me habían puesto especialmente los hombres sudorosos, en aquel momento no podía apartar la mirada. Me acerqué más a él hasta que pudo sentir mi aliento sobre su piel y entonces, poco a poco, saqué la lengua y probé su cuello. El sabor salado me hormigueó en la punta de la lengua y Manu falló el paso que venía a continuación. Me sentí poderosa al saber que un gesto tan pequeño como el mío podía echar al traste la concentración de alguien tan profesional como él. Mi lengua volvió a rozarle el cuello y en aquella ocasión seguí el reguero de sal hasta su oreja, donde le mordí el lóbulo. Oí su respiración entrecortada cerca de mi oído y, sólo con aquel sonido, se me incendiaron las entrañas.

Su mano, grande, pesada y masculina, se deslizó por mi espalda, dejando a su paso un camino de fuego. Cuando alcanzó mi culo, se llenó la mano con él y pegó nuestros cuerpos. Se movió en un paso de baile nuevo para mí, muy sensual y serpenteante, que electrificó mi cuerpo allí donde hacía fricción con el suyo, que era prácticamente en todas partes.

Entonces fui yo la que soltó el aliento de forma entrecortada y él buscó mi boca para beberse mi suspiro. De nuevo lo hizo de forma voraz, como sólo él me había besado, y no tardamos en empezar a perder ropa. Nos sobraba todo aquello que se interpusiera entre nosotros.

Sus manos me recorrieron avariciosas y se demoró especialmente en mis pechos y mi trasero. Me empujó hacia atrás, haciendo que retrocediera hasta que chocamos contra uno de los espejos. La superficie fría contra mi espalda me sobresaltó y él se rio. Se agachó entonces y buscó algo en la bolsa de deporte que había a nuestros pies. Sacó un preservativo y en seguida volvió a besarme.

—¿Cómo estás?

Pensé que se preocupaba por mí y la pregunta me pilló por sorpresa, pero entonces su mano se coló entre mis piernas y palpó con los dedos la entrada de mi vagina. Al notarla húmeda, metió un dedo dentro.

—Perfecta —murmuró a la vez que yo me agarraba a sus hombros para no

caerme. Las rodillas habían empezado a temblarme.

Al notar que me gustaba lo que me hacía, me dedicó una sonrisa de lo más sexy y probó a meter dos dedos en lugar de uno.

Abrí la boca, boqueando por falta de aire.

—Eres tan expresiva —murmuró, y recuperó su mano para romper con los dientes el envoltorio del preservativo y ponérselo con urgencia—. Enróscate en mí.

No entendí lo que quería que hiciera, pero entonces me agarró por el culo y me impulsó hacia arriba. Le rodeé la cintura con las piernas y, al descolgarme un poco, noté su pene buscando mi entrada, anhelándola. Con las manos en mis caderas, él me guio en la postura hasta que su miembro se deslizó en mi interior, provocando un gemido por parte de ambos. Repetimos el movimiento un par de veces; mi vagina se dilataba, recibéndolo con más facilidad. Cuando la penetración se hizo cómoda, él dio un paso adelante y mi espalda entera volvió a chocar contra el espejo. Me arqueé por la sensación helada, pero entonces él me penetró con fuerza y el ardor que sentí contrarrestó al momento el resto de sensaciones. Al compartir parte de mi peso con la superficie, pudo moverse con mayor facilidad y sus movimientos de cintura me volvieron loca.

Deseé que pudiéramos terminar así, aunque la postura era demasiado exigente para él y, cuando no aguantó más, nos giró y, todavía dentro de mí, se hincó de rodillas en el suelo. Me tumbó en el suelo de espaldas y lo hicimos en la postura del misionero. Su ritmo era rápido, ansioso, y lo sentía cerca del clímax, pero la espalda contra el suelo duro me estaba matando.

—Necesito cambiar de postura —pedí—. La espalda...

Tiró de mí a la vez que se ponía de rodillas, montándome sobre su regazo.

—Cabálgame.

Nunca lo había hecho así, mi pareja de rodillas y yo de cuclillas, pero lo obedecí al momento. Él me agarraba fuertemente por la espalda y yo hice otro tanto para mantenernos en equilibrio.

—Joder —murmuré por lo potente de la postura, que permitía la fricción más íntima y deliciosa entre nuestros cuerpos.

Además, tenía el espejo delante de mí, que me devolvía el reflejo de lo que estábamos haciendo. Mis manos clavadas en la espalda de Manu eran una de las imágenes más eróticas que había visto hasta ese instante. La morbosa visión me acercó al orgasmo en segundos y, con sólo dos cabalgadas más, noté que llegaba. Grité y arañé la fuerte y bien formada espalda de Manu, dejándole varias líneas

rojas en la piel. La espectacular sensación no había desaparecido todavía cuando noté que él me agarraba por los hombros y me hincaba contra su erección a la vez que hacía fuerza hacia arriba con sus glúteos y sus muslos. Otra inesperada ola de placer me sobrevino mientras lo oía gruñir contra mi pecho, como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano. Mi mente se quedó en blanco ante el nuevo tsunami de placer, agotada.

Para Manu también había sido demasiado y me tumbó de nuevo de espaldas contra el suelo, pero en lugar de dejarme a mí debajo, giró y ocupó mi lugar, sirviéndome de cómodo colchón. Sus brazos cayeron como muertos hacia los lados. Nuestras respiraciones fueron acompañándose poco a poco. Con la cabeza apoyada sobre su pecho, pude oír cómo el galope de su corazón se iba ralentizando poco a poco. Cuando finalmente me recuperé, me separé de su cuerpo, notando frío allí donde él dejaba de estar.

Fui a buscar en mi bolsa el paquete de pañuelos que había echado dentro y, cuando me di la vuelta, él ya se había sentado y se había quitado el preservativo.

—¿Quieres un pañuelo?

—Sí, por favor.

Me vestí en silencio a la vez que le lanzaba miradas de reojo. Manu, en cuanto se hubo limpiado, también comenzó a ponerse la ropa.

—Te preguntaría si quieres seguir bailando, pero me tiemblan las piernas del esfuerzo —dijo.

Se echó a reír y yo hice lo mismo. A mí también me temblaban las piernas de debilidad.

—Esto está mejor que el otro día —dijo mirándome a la cara—, te ríes conmigo en lugar de salir huyendo. A ver... —se inclinó hasta que nuestras caras quedaron a la misma altura y frunció el ceño—... ¿eres capaz de aguantarme la mirada esta vez?

Conteniendo la risa por su expresión, fijé mis ojos en los suyos. Pasados unos segundos, los agrandé, poniendo una cara fea, y él se carcajeó.

—Bien, prueba superada —aceptó—. ¿Te apetece que tomemos algo?

—¿Viernes por la noche y con estas pintas?

—Podemos ir al bar que hay aquí al lado, no creo que nos digan nada por nuestro aspecto.

Dudé y él lo notó.

—Venga, mujer, ¿qué te preocupa? Sólo seremos dos amigos tomándonos una cerveza.

Dos amigos del sexo opuesto tomándose una cerveza poco después de que la chica haya roto con su pareja. Por menos han ardidido reputaciones.

—¿Te parece de buena persona cabalgarme como lo has hecho y después darme la patada?— presionó él—. Voy a sentirme utilizado. Y, oye, que yo me dejo utilizar encantado, pero al menos los diez minutos posteriores trátame como a una persona.

¿Era eso lo que hacía, usarlo y después tratarlo mal, darle la patada? Como a un perro, como se suele decir; aunque en mi caso no vale la expresión, porque yo quiero mucho a todos los animales.

—Venga, vale —acepté al darme cuenta de que sí, de que mi forma de huir de Manu después de acostarme con él era bastante mezquina—. Tomémonos esa cerveza.

Antes de marcharnos, nos dimos una ducha y limpió los espejos contra los que nos habíamos apoyado y que, entre otras marcas, tenían la forma de mi culo grabada en sudor. También fregó rápidamente el suelo y, una vez que se aseguró de que todo estaba decente, llamó a su amigo para que nos abriera la puerta del gimnasio.

—Te llevas muy bien con el dueño, ¿no? Si te deja usar el gimnasio para esto...

—Hombre, no le he dicho que era para esto.

—Si no es tonto, y creo que no, se lo habrá olido.

—A veces le he pedido lo mismo para bailar con Blanca, así que no tiene por qué dar por supuesto nada.

—¿Quién es Blanca?

—La conoces de clase, se pone justo detrás de mí y muchos días se queda después de clase a que le enseñe algunos pasos.

Ya, la que se subía al escenario con él. ¿También se acostaba con ella? No le pregunté, pues no creí que tuviese derecho a hacerlo y, la verdad, no quería que me dijese que estaba con otras a la vez que conmigo. Yo ya lo sabía, no necesitaba que me lo confirmara. Mejor relegar aquel dato a algún recóndito lugar de mi mente.

No nos sentamos en una mesa, sino que nos tomamos la cerveza en la barra.

—Oye, ya sé lo que quiero a cambio de lo de hoy.

—¿A cambio de...?

Lo miré como si estuviera loco e incluso me ofendí. ¿Me pedía algo a cambio del sexo? ¡Sí, hombre!

—A cambio de la clase de baile. ¿De qué creías que hablaba, pervertida?
Lo fulminé con la mirada, pero no respondí a su pregunta.

—Te ofreciste voluntariamente a darme la clase, y especificaste que era gratis.

—Sí, bueno, pero ese «gratis» es a precio de amigo. Yo hago algo por ti y tú haces algo por mí, es la moneda de la amistad.

—¿Ah, sí? No lo sabía.

—Es lo que hay —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Y qué quieres a cambio, si puede saberse?

—Tengo que preparar un vídeo en inglés para mis jefazos de zumba y mis conocimientos son... digamos que como los de un niño de Primaria.

—Lo dudo.

—En serio, mi nivel es bastante malo.

—No, ya, si lo digo porque los niños de Primaria ahora dan clases bilingües.

—¡Qué mala! —Se rio—. Entonces, ¿podemos quedar para que me ayudes a redactar lo que tengo que decir y después me enseñas a decirlo?

—¿Sólo eso?

—Tienes razón, mi clase de zumba es mucho más valiosa que eso; también quiero que, mientras me enseñas, me abaniques con un...

—Vale, vale, acepto.

—¿A abanicarme? Mira que aún no te he dicho con qué lo harás ni cómo tendrás que ir vestida.

—A ayudarte en la redacción y con el *speaking*.

—¿Con el qué? —Puso cara de no entender absolutamente nada.

—Oh, Dios mío, va a ser horrible.

—¡Que no, mujer! Que sé qué significa *ispikin*.

—¿Ah, sí? ¿Qué significa?

—Pues *ispikin*, de *is*, del verbo ser, y...

—¿Y...? —interrogué, curiosa por ver qué se inventaba.

—Mira que no saberlo... Y *pikin*, del verbo *piki, piki, piki*.

Y se puso a cantar el tema de *Picky*, de Joey Montana.

Me reí sin poder evitarlo y él, animado, acompañó la canción con un bailoteo.

—Sabes que esa canción es de un tío acosador, ¿verdad? —pregunté poniéndome seria.

—¡Qué dices!

—¿Has escuchado lo que dice la canción?

—¿Hola? Soy monitor de zumba. Tengo los éxitos latinos más oídos que la voz de mi abuela. Lo raro es que la hayas escuchado tú; no pensaba que te gustase ese tipo de música.

—Y no me gusta, pero suena por todos lados. Y esa canción ha dado que hablar. «Dice que tiene novio, pero yo no la creo», eso es claramente una chica que quiere quitárselo de encima con la excusa típica de que tiene pareja y, aun así, él no la deja en paz. Después sigue con algo así como que «quiero bailar con ella, pero no puedo porque me dice “no quiero”». ¿Se da entonces por aludido? ¡No! Y sigue: «si yo le salgo por la izquierda, ella se va *pa'* la derecha» y creo que dice lo mismo para el otro lado. «No sé lo que le pasa, conmigo ella no quiere bailar». ¿Pues qué va a pasarle? ¡Que no quiere nada contigo! Déjala en paz, ¡leches!

—Vaya, sí que te sabes la canción y sí que le tienes manía.

—Es que la mitad de las canciones que suenan últimamente en la radio... en fin.

—Y yo que pensaba ponerla en clase.

—¿En serio?

—Sí, ya tenía la mitad de la coreografía ideada.

—Pues ponla. Si total, tienes cada tema...

—¿Qué les pasa a mis temas?

—Que son tan profundos y feministas... Por ejemplo, esa que dice que la chica sólo está con él porque la lleva a cenar, la pasea en sus yates y no sé qué más. ¿Y esa que dice «tris, tras, ajá»? ¿Cómo se te ocurre acompañarla con esos movimientos de cintura tan explícitos!?

—No, si ahora voy a tener que censurar mis clases porque ha llegado la Santa Inquisición, digo... la santa Nuria.

—Sólo digo que las canciones que eliges...

—¿Y cuáles escogerías tú?

—No sé.

—Ah, no, no seas de esas que critica sin ofrecer soluciones. Si afirmas que mis canciones son una mierda, proponme tú otras.

—No digo que sean una mierda, sólo que hay algunas que vaya tela. Y la de *Picky* no la pongas, por favor.

—No la pondré si tú vas a mis clases. Si dejas de ir, la pondré y les daré un mal ejemplo a todas mis alumnas.

Me encogí de hombros.

—¿Te da igual que las pervierta y las vuelva machistas?

—Seguro que les encanta la canción.

—Segurísimo. *Piki, piki, piki.*

Me reí al verlo bailotear y le di otro trago a mi cerveza.

—¿Qué música escuchas tú? —preguntó.

—Ningunaailable, me temo.

—Dime un ejemplo.

—Puf, no sé. El pop en general.

Como me insistió, le di algunos nombres de canciones y artistas.

—No puedes hablar mal de mí, tú también escuchas música comercial —me dijo.

—Si yo no hablo mal de ti.

—Pero sí de mi elección musical.

—Mira, pon *Picky* y lo que te dé la gana en tus clases, que para algo son tuyas.

—Cómo se cabrea la niña —se burló.

—Mira que eres tonto.

—¡Claro que soy tonto! Tengo la cabeza machacada a base de reguetón, salsa, cumbia, samba... ¿Qué puede esperarse de alguien así? ¡*Piki, piki, piki!*

Puse los ojos en blanco, me terminé la cerveza y le pedí al camarero la cuenta. La risa de Manu hacía las veces de música de fondo.

Otro de los motivos por los que estaba convencida de que Javi y yo estaríamos juntos para toda la vida era que nuestras familias eran íntimas. Sé que es una tontería, que no porque nuestras madres se llevaran bien íbamos a querernos más ni nada por el estilo, pero yo me sentía una más de su familia después de haber formado parte de ella durante más de una década. Su madre siempre había sido buena conmigo y no había tenido que sufrir a una suegra cruel, como sí han tenido que soportar algunas amigas.

Al día siguiente de que Javi rompiera conmigo, cuando todavía no me creía que aquello estuviera sucediendo de verdad, su madre me llamó para preguntarme si íbamos a ir a comer con ellos al día siguiente, como solíamos hacer al menos un sábado de cada mes. Le contesté que sí, incapaz de compartir con ella que su hijo, la noche anterior, me había partido el corazón. Lo cierto era que todavía no acababa de creermelo que no seguíamos juntos. Llamé a Javi, pero me ignoró. Por mucho que lo intenté, no conseguí localizarlo y al final me planté yo sola en casa de sus padres. Creía que él también se presentaría. Tenía fe ciega.

—¿Javi está aparcando? —me preguntó su madre al verme llegar sin él.

Me temblaba la voz cuando contesté:

—No, él venía por su cuenta. Hemos tenido unos días un poco ajetreados y no nos hemos visto mucho. Ya sabes, con las guardias en el hotel...

—Sí, sí, claro. ¡Si es que no deberías trabajar tanto! Voy a llamarlo a ver qué le queda, no te preocupes. Pasa y siéntate. Manolo está en el salón.

Manolo era el padre de Javi y no era especialmente hablador, así que me senté en el salón y me quedé mirando la tele, aunque tenía el oído puesto en lo que ocurría en la habitación de al lado, donde Carmen hablaba con su hijo. Por supuesto, la voz de Javi no llegué a oírla, pero conseguí captar algunas de las palabras de su madre hasta que ésta cerró la puerta de golpe. Por lo que había pillado hasta ese momento, la charla no presagiaba nada bueno.

Cuando finalmente salió de la habitación, un buen rato después, sólo dijo:

—Me ha comentado que no puede venir, que creía que te lo había dicho. Este hijo mío, nunca sabe dónde tiene la cabeza. ¿Tienes hambre? Como sólo somos nosotros tres, podemos empezar cuando quieras.

—Sí, estoy hambrienta —mentí.

Tenía el estómago cerrado y, durante la hora que duró la comida y la sobremesa, fui incapaz de tomar más de dos cucharadas de cada cosa.

Carmen no hizo ni un solo comentario sobre lo que su hijo le había explicado, ni preguntó qué había ocurrido entre nosotros. Guardaba las apariencias incluso allí, en familia. Porque para mí todavía eran mi familia.

Sólo dio muestras de saber lo que estaba ocurriendo cuando, al despedirse de mí, me abrazó fuerte y me susurró:

—Lo vais a arreglar, ya verás. Todo va a ir bien.

No había vuelto a verla desde entonces, porque las cosas no se habían arreglado. Su hijo no había querido ni intentarlo, muy feliz con su vida de picaflor.

Así que, cuando la vi entrar en el hotel con mi madre, me eché a temblar. Verla de nuevo me causó una gran impresión y me trajo a la mente muchos pensamientos que había procurado mantener apartados, ocultos. Intentar olvidar mi vida pasada, incluida mi suegra, era lo que necesitaba en ese momento de mi ruptura para poder avanzar.

—Mírate, qué guapa estás —dijo Carmen, y me dio dos besos con cariño—. Me alegro muchísimo de verte.

—Yo también me alegro de verte —contesté sin mentir, pues una parte de mí seguía queriéndola—. ¿Qué tal va todo?

—Bien, como siempre. Intentando adaptarnos a la nueva situación como podemos.

—Para todos ha sido duro —intervino mi madre, dándole unas palmaditas en el brazo.

Y entonces empezaron a hablar las dos como si yo no estuviera delante.

—Sí, pero tú al menos aún ves a tu hija. A Javi ahora mismo no hay manera de pillarlo, ha perdido el norte. Nuria siempre lo ha llevado por el buen camino y ahora...

—Bueno, ya arreglarán las cosas.

Miré a mi madre con sorpresa. No había dicho «ya se arreglarán las cosas» sino «ya arreglarán las cosas». ¿Qué se suponía que íbamos a arreglar Javi y yo? Nuestra relación, desde luego, no.

Él no había intentado ponerse en contacto conmigo ni una sola vez. Ni una.

Lo poco que sabía de su vida desde entonces estaba relacionado con fiestas y tías.

Para mí, Javi no existía. Había conseguido reunir los recuerdos buenos y malos de nuestra relación, pero, una vez que los tuve todos juntos, los metí en una caja y los enterré en mi memoria. De vez en cuando intentaban salir, cual zombis sedientos de comerse mi corazón y mi mente, pero yo conseguía mantenerlos a raya.

Ya me había arrastrado lo suficiente al poco de romper, incluso me había planteado la posibilidad de perdonarle su traición si él estaba dispuesto a intentarlo de nuevo... ¡Qué patética! Menos mal que en ese momento, meses después, había dejado de arrastrarme y ni se me pasaba por la cabeza volver con él. Todavía no caminaba erguida, pero sin duda ya no me arrastraba entre la mierda que Javi había dejado a su paso. Y mi clavo particular, Manu, estaba ayudando muchísimo a sacar la estaca (porque lo de clavo se quedaba corto) que Javi había dejado clavada en mis recuerdos.

Mientras mi mente giraba a toda velocidad con esos pensamientos, mi madre y Carmen seguían a lo suyo.

—Hacen tan buena pareja... No sé en qué está pensando mi hijo, nunca encontraré a nadie como ella.

Mi mente formuló un «tu hijo piensa en chochos y tetas», pero no lo expresé en voz alta porque *a)* soy una señorita, *b)* le tengo respeto a Carmen y *c)* aquella afirmación se habría transformado en una hostia voladora por parte de mi madre.

Bueno, he de admitir que la opción *c* era poco probable. Mi madre no me habría pegado, al menos no delante de Carmen, y supongo que tampoco lo habría hecho por mi edad, pues ya no soy una cría, pero sin duda un comentario tan vulgar como el que mi mente había puesto en la punta de mi lengua se habría merecido una buena reprimenda por muy cierto que fuera.

Aguanté estoicamente la conversación. No dije ni mu, aunque en varias ocasiones tuve que morderme la lengua. Total, me dije, ¿de qué habría servido que interviniera? A mi madre y a Carmen parecía no importarles lo que yo tuviera que decir. En ningún momento me preguntaron si quería volver con Javi, sólo se limitaron a hacer comentarios que intenté que no llegaran a mi cerebro: «que buena pareja hacían» (también estaba la versión en presente, «es que hacen tan buena pareja»), «mi hijo entrará en razón», «si son el uno para el otro», «ya verás como todo se arregla».

Cuando Carmen finalmente se fue, mi madre se quedó en el hotel conmigo. La conocía lo suficiente como para saber que quería decirme algo, pero, como sospechaba que tendría que ver con Javi, no le di pie y seguí a lo mío, revisando

la agenda de eventos de la ciudad para los próximos meses para ver si había alguna posibilidad de negocio para el hotel.

—¿Qué haces esta noche? —me preguntó de pronto.

—Nada, ¿por qué?

—¿Podrías llamar a Alba y preguntarle si le viene bien quedarse ella de guardia?

Alba se encargaba de varios turnos a la semana en la recepción del hotel. Llevaba trabajando con nosotros ya varios años y hasta hacía diez meses echaba muchas más horas, pero entonces a Lena se le acabó el contrato de media jornada que le habían hecho en el centro en el que trabajaba y decidimos quitarle horas a Alba y dárselas a mi hermana. La santa de Alba no se había quejado, pero yo temía que en cualquier momento encontrara algo a jornada completa y nos dijera adiós. Con lo bien que trabajaba y la confianza que teníamos en ella...

—¿Por qué? —le pregunté a mi madre—. ¿Lena no puede quedarse esta noche?

—Me gustaría que fuéramos a un sitio las tres juntas.

—¿Adónde?

—A cenar fuera.

—¿Qué celebramos?

—Nada especial. ¿No puede una madre querer cenar con sus hijas?

—Claro que sí —respondí, aunque sabía que algo estaba tramando. Es lo que tiene conocer a alguien de toda la vida.

Y no me equivocaba. A las nueve llegué a casa de mi madre para reunirnos las tres e irnos a cenar y, en cuanto crucé la puerta, me vi venir corriendo a Lena. Iba dando saltitos como si fuera Heidi por las montañas.

—¡Vamos a ver nuestro futuro! ¿No te parece emocionante? —Y soltó un gritito de excitación.

—¡Mamá!

—Elena, mira que eres chivata —protestó mi madre desde su habitación.

—¿Es que acaso era un secreto?

—A tu hermana no le gustan este tipo de cosas, ya lo sabes.

Pero Lena parecía no saberlo, porque se giró hacia mí con cara de sorpresa y preguntó:

—¿Por quéééé? Si es muy divertidooooo.

Divertidísimo, vamos. Ella no tuvo que sufrir de pequeña las constantes visitas a la mujer que quitaba el mal de ojo. Según mi madre, cuando yo era un

bebé, no dejaba de caer enferma sin motivo aparente. Me llevó a una señora mayor que quitaba el mal de ojo y en seguida desaparecieron todos mis males. Pero debía de haber mucha gente en el mundo que nos tenía envidia, porque a lo largo de mi niñez volvió a llevarme varias veces a esa mujer y, cuando ésta falleció, a otras. Y el problema llegó con las otras.

La anciana que siempre me había quitado el mal de ojo parecía una mujer normal, la abuelita encantadora de alguien, pero después nos recomendaron a cada bicho raro... Una de ellas me obligó a escupir en un vaso y después bebérmelo. ¡Todavía tengo pesadillas! Mi madre dice que no es verdad, que lo he soñado. Según ella, sí que escupí en un vaso, pero después, el agua con saliva, se tiró. Sólo valía para saber si tenía mal de ojo o no. Pero, si es cierto lo que dice, también es muy cierto que después yo tuve un sueño muy pero que muy real con que sí que me bebía mi escupitajo.

—¿A qué chiflada embaucadora vamos a ver? —pregunté.

Sé que las mujeres que quitan el mal de ojo no son brujas, ni tan siquiera curanderas, pero en mi mente estaban en el mismo grupo de gente a la que prefiero no acercarme. Todas en un mismo saco, juntas y revueltas. La que me hizo beberme el escupitajo estaba mano a mano con la médium a la que mi madre acudió meses después de la muerte de mi padre. Porque sí, mi madre también es de médiums. Si el mundo sobrenatural fuera como la droga, mi madre le daría a todo.

—No es una chiflada embaucadora, es una mujer de la que me han hablado muy bien, ya veréis —dijo a la vez que, con porte orgulloso, se ponía sus pendientes de perlas.

—Le preguntaré por mi trabajo —intervino Lena, emocionada—. Y tú podrías preguntarle por tu futuro amoroso, ahora que está tan negro.

—Prefiero preguntarle cómo de lenta y dolorosa será la muerte de Javi. Mi intuición me dice que morirá de sida, pero...

—¡Nuria! —se horrorizó mi madre.

La imagen que todos tenemos en mente de una bruja o vidente es la de una señora sentada detrás de una mesa circular con cosas muy esotéricas a su alrededor, como una bola de cristal, olor a incienso e incluso alguna figurita mística. El atuendo, cuanto más ancho y colorido, mejor. ¿Algo puesto en la cabeza? Sí, por favor, así seguro que su cerebro conecta mejor con el más allá. ¿Me falta algo? Ah, sí, pulseras, muchas pulseras. Cuantas más pulseras lleve la espiritista, mejor.

El caso es que la vidente que le habían recomendado a mi madre no cumplía ni una sola de esas condiciones. Mi hermana y mi madre estaban un poco decepcionadas por la falta de despliegue brujil, pues el salón en el que estábamos era lo más normal del mundo, incluso moderno, y a la mujer que teníamos delante te la podrías haber cruzado sin problemas en cualquier supermercado. Iba vestida de calle, con vaqueros y una camiseta estampada con el dibujo de una chica.

Como he dicho, Lena y mi madre se sentían defraudadas. ¿Y yo?, yo estaba asustada.

Había llamado «chifladas embaucadoras» a las videntes y médiums, pero no porque no creyera en el más allá y en que hay gente que ve espíritus. Sí creo en eso, en que hay personas capaces de sentir y percibir cosas que los demás no notamos, pero quienes tienen poderes de verdad no se anuncian en televisión ni montan un circo en torno a sus poderes. Quien no tiene nada que ofrecer, necesita aparentar, mientras que, quien tiene, demuestra.

Y esta mujer no aparentaba nada, así que, si se la habían recomendado a mi madre, es que realmente era capaz de demostrar su poder. ¿Vería mi futuro?

Nos miró a las tres muy seria y, tras un buen rato, dijo:

—Os veo preocupadas por el trabajo, la salud y el amor.

¡Toma ya! Lo había dicho mirándonos a cada una con una palabra: con trabajo, miró a Lena; con salud, miró a mi madre, y con amor, me miró a mí.

—Yo no estoy preocupada por el amor —negué—. Es mi madre la que se preocupa por mi vida amorosa.

—Shhhh —me chistó mamá.

La bruja sonrió y nos tendió la mano. No entendí qué quería, pero Lena sí supo reaccionar y le dio la suya con la palma hacia arriba. La mujer estudió su piel con minuciosidad, emitiendo sonidos de vez en cuando, y después, sin decir nada, pasó a la de mi madre, sometiéndola al mismo examen. Cuando llegó a la mía, se la tendí también.

—Estás sudando —dijo la vidente—. ¿Estás nerviosa? No lo estés. No hay que temer al futuro.

Tragué saliva mientras ella se sumergía en el estudio de las líneas de la palma de mi mano. Por el rabillo del ojo, vi que mi hermana sonreía emocionada; parecía que aquello comenzaba a gustarle más.

—Bien, bien —dijo la bruja después de haber analizado todas nuestras manos, aunque no había dicho nada sobre lo que había visto—. ¿Con quién

queréis que empiece?

—¡Conmigo! —se ofreció voluntaria Lena—. Quiero saber cómo ves mi futuro laboral.

—Perfecto.

Dorothy, que así se hacía llamar (porque, vamos, digo yo que sus padres no le pondrían Dorothy de verdad, salvo que su madre estuviera muy obsesionada con *El mago de Oz*), sacó de debajo de la mesa una tela y, al desplegarla, vi que ésta contenía un mazo de cartas. Eran enormes y viejas, con dibujos muy trabajados. De todas las médiums, espiritistas y brujas a las que había acudido con mi madre, Dorothy, sin duda, era la que tenía mejores naipes.

—Eran de mi madre —anunció y, cuando alcé los ojos, vi que me estaba mirando a mí.

Sufrió un escalofrío y me pregunté si leería la mente. Como seguía observándome, me concentré en preguntarle mentalmente «¿lees la mente?». Por suerte no me contestó ni demostró haberme oído, y digo «por suerte» porque me habría cagado viva de obtener respuesta.

—Toma, baraja.

—¿De algún modo en especial?

—Como si estuvieras jugando al chinchón.

—Lo cierto es que no sé cómo se juega al chinchón —se rio mi hermana, y después bromeó— : ¿El *strip poker* también sirve?

—¿Desde cuándo tu hermana juega al póquer? —me preguntó mi madre por lo bajini; menos mal que no sabía inglés ni era muy entendida en juegos de carta guarros.

—Ya está —anunció Lena, y le pasó el mazo barajado.

Dorothy lo cogió y se lo colocó delante. Empezó a voltear las cartas, poniéndolas boca arriba. Nosotras observamos las figuras que iban saliendo, pero, al menos para mí, podían significar cualquier cosa. Cuando hubo sacado ocho, se detuvo y las estudió con detenimiento.

—¿Qué ves? —inquirió mi hermana con ansiedad.

—Veo cambios en tu trabajo... cambios a mejor.

—¿Ascenderá? —interrogué yo con toda la intención del mundo.

Sabía que todas las brujas de pacotilla sólo decían lo que uno quería oír y daban respuestas vagas, dejando que fuese la persona interesada la que guiase la sesión a través de sus preguntas. Con aquel «¿ascenderá?», le había dado pie a que pensase que tenía posibilidad de un ascenso, que habíamos ido hasta allí

para descubrir antes de tiempo si finalmente la promoción que esperaba iba a llegar o no.

Pero Dorothy no cayó en la trampa. Muy al contrario, contestó algo que me dejó muda.

—No, no veo un ascenso. Veo un cambio radical de trabajo. Ahora no trabajas en lo tuyo, ¿verdad?

—Ya no...

—Te dedicas a ayudar a la gente, ¿verdad? ¿Eres enfermera?

—Sí.

—Pues trabajarás en eso a jornada completa muy pronto.

Lena nos miró a mi madre y a mí muy ilusionada y yo le devolví la sonrisa, aunque estaba flipando en colores. ¿Cómo había sabido que era enfermera? Quizá mi madre se había ido de la lengua cuando llamó para concertar la cita; era la única explicación, pues nada en el atuendo de mi hermana permitía intuir qué había estudiado.

—Y se te dará muy bien. Te gustará mucho tu trabajo y los compañeros que tendrás.

—Qué alegría.

Dorothy le sonrió y después se giró hacia mi madre y hacia mí.

—¿Quién de vosotras es la siguiente?

—Mi hi...

Me adelanté a mamá y dije:

—Ella, que quiero saber qué preguntas tiene sobre su salud.

Si la bruja había acertado con que Lena iba allí por trabajo y yo por amor (más o menos), también habría atinado al decir que mi madre tenía preocupaciones sobre su estado de salud.

—¿Hay algo que no nos hayas contado, mamá? —quiso saber mi hermana al ver que mi madre no respondía nada.

—Es una prueba que me ha mandado hacer el médico, pero no pasa nada. Se trata sólo de una mamografía...

—¿Una mamografía rutinaria?

Ella negó con la cabeza, pero, antes de que pudiéramos acribillarla a preguntas, Dorothy intervino.

—No necesito que barajes las cartas para esto, María. No tienes que preocuparte por nada, pues sé que estás sana y que la prueba saldrá bien. Fue sólo una sombra en la anterior mamografía.

—¿De verdad? No sabes lo feliz que me has hecho.

—Estás como una rosa —afirmó con una sonrisa—, así que pasemos a tu segunda gran preocupación, tu hija Nuria.

Iba a protestar, pues quería seguir hablando sobre las pruebas médicas de mi madre. No me quedaría tranquila hasta que llegasen los resultados, por mucho que la vidente hubiera dicho que saldrían limpios. No obstante, al darme cuenta de que tres pares de ojos se habían clavado en mí, me removí inquieta y no me atreví a decir nada.

—Baraja las cartas, cariño —me pidió Dorothy.

Cogí el mazo y la obedecí con ciertas dificultades, debido al tamaño de los naipes. Lo barajé bastante, no fuera a mezclarse mi futuro con el de Lena, y también por si había alguna trampa en las cartas, aunque, con los símbolos tan raros que tenían, lo cierto era que, si Dorothy tenía una historia preparada para mí, podría contarla le salieran las cartas que le salieran.

Le devolví el mazo y se repitió el mismo procedimiento: fue sacando cartas en absoluto silencio hasta que tuvo ocho boca arriba sobre la mesa. Después las observó detenidamente y dijo:

—Te han traicionado hace poco y aún estás muy dolida, aunque veo que las heridas ya han empezado a cicatrizar.

Hizo una pausa y ninguna de las tres nos atrevimos siquiera a respirar.

—Veo que pronto tu corazón sanará con un viejo nuevo amor.

—¿Un viejo nuevo amor? —interrogué.

—Sí. Un amor que viene de lejos, pero que a la vez es nuevo. Ha existido mucho tiempo y ahora cambia.

—¿Quizá una reconciliación? —planteó mi madre.

—Mmmm... Puede ser, no sé. Es confuso y no lo tengo claro. Sólo sé que este viejo nuevo amor te hará muy feliz y creará un vínculo fuerte y duradero.

—¿Sabes cómo se llamará el afortunado?

De nuevo, era mi madre la que preguntaba.

—Podríamos descubrir la inicial de su nombre, ¿queréis saberla?

Lena y mamá asintieron con la cabeza, entusiasmadas.

—De acuerdo, pues entonces necesitaremos...

Y sacó de debajo de la mesa una güija. Mi madre, al verla, se santiguó.

—Uy, uy, uy, no. A los muertos dejémoslos en paz.

—No te preocupes, María, esto no molestará la paz de tu marido.

En serio, en cuanto saliésemos de allí, iba a obligar a mi madre a que me

contara con pelos y señales qué habían hablado por teléfono al concertar la cita, porque estaba segura de que mi madre no había mencionado durante la sesión que mi padre estaba muerto.

—¿Seguro? —inquirió mi madre.

—Por supuesto, confía en mí.

Y a aquellas alturas de la sesión, mi madre ya tenía una fe ciega en aquella mujer que le había dicho que no estaba enferma y que mi hermana encontraría trabajo en lo suyo pronto.

Colocó el tablero de güija delante de nosotras y puso sobre él un bonito vaso de cristal boca abajo.

—Poned dos dedos sobre el vaso. El índice y el corazón, por favor.

La obedecemos y esperamos unos segundos, pero no ocurrió nada.

—Quizá si encendemos una vela... —propuso mi hermana.

¡Es verdad! Otra cosa que le pega a las médiums, videntes, brujas, curanderas y blablablá son las velas. Cirios de los grandes, para que se vean bien.

—No hacen falta velas —replicó Dorothy a la vez que miraba fijamente el vaso—. Sólo se requiere concentración. Pensad en lo que queremos saber.

Y de pronto el vaso se desplazó un centímetro hacia la derecha.

Del susto, mi hermana y yo retiramos las manos, ella riéndose como una histérica.

—Por favor, volved a poner las manos. No os asustéis, no va a pasar nada malo. Concentraos de nuevo en la pregunta.

El vasito comenzó a moverse, de forma lenta pero constante esta vez. Iba en línea recta hacia abajo a la derecha.

Miré a mi madre, a mi hermana y a Dorothy, intentando descubrir quién empujaba el vaso, pero Lena lo miraba todo absolutamente alucinada y la mano de Dorothy parecía relajada. La única que quizá estaba demasiado concentrada y además tenía la mano tensa era mi madre. ¿Lo estaría moviendo ella? No podía estar segura...

Miré al tablero y ¡la madre que la parió! Claro que era ella quien lo estaba moviendo, ¡si el vaso iba derechito hacia la jota de Javi!

Sin pensármelo siquiera, empujé el vasito para desviar la trayectoria, dirigiéndolo hacia la letra ka. Noté que el vaso se resistía y quería volver hacia la jota.

—Concentraos, estamos cerca —dijo Dorothy con voz tensa.

Volví a empujar hacia la ka y de nuevo mi madre intentó que el vaso volviera hacia la jota. Hice más fuerza, ganándole terreno, aunque era complicado porque no quería que se hiciera evidente que lo estaba dirigiendo yo. La mano de mi madre tampoco parecía estar haciendo fuerza ninguna y, por un instante, cuando no conseguía mover el vaso ni un poquito, me planteé si no sería de verdad la güija la que estaba intentando marcar la jota. Ante aquel pensamiento, mi empuje flaqueó y se redujo la distancia con la dichosa letra.

Y fue entonces cuando pille movimiento en la mano de mi madre. Fue sólo un momento, pero se le notó que estaba ejerciendo fuerza, así que, sin pensármelo, empujé con ganas el vaso. Fui un poco bestia, la verdad, y mi hermana soltó un gritito por el susto. Cuando paré, lo hice tan en seco que Dorothy pensó que la güija había dejado de hablar y apartó los dedos para ver cuál había sido el resultado. Todas la imitamos.

El vaso se había quedado a medio camino entre la ele y la eme.

—¿Ele y eme? ¿Dos letras quieren decir dos hombres? ¿Van a hacer un trío? —se rio mi hermana, y mi madre le lanzó una mirada de las que matan.

—Podría ser un nombre compuesto —replicó mamá—. Luis Miguel.

—Claro, como tu cantante favorito —se burló ella.

—La güija no se equivoca —sentenció Dorothy, muy seria, y a Lena se le cortó la risa.

—¿Entonces buscamos a un Luis Miguel?

—Puede que sí, puede que no. Quizá tu hermana tenga que elegir entre dos hombres.

Yo, ¿elegir entre dos hombres? ¿Y uno de ellos estaba destinado a hacerme muy feliz y a crear un vínculo fuerte y duradero conmigo?

Miré de nuevo las letras de la güija y di un respingo.

—¿Te sugieren algo esas letras? —preguntó Dorothy, muy avispada ella.

—No, no, ¡qué va!

Mentía, obviamente. Acababa de darme cuenta de que Manu empezaba por eme.

El martes siguiente no fui a zumba y en aquella ocasión ni tan siquiera busqué una excusa para mí misma. Normalmente habría convencido a mi hermana o a mi madre de que tenía que hacer el turno que me coincidía con las clases, pero esta vez no. Después del encuentro con Dorothy, había decidido que lo que fuera que estaba teniendo con Manu debía terminar.

¿Qué hacía yo teniendo sexo sin compromiso con un hombre? No era mi estilo y no me sentía cómoda con la situación.

Además, ¿y si el hombre de mi vida, ese hombre que, como había dicho la bruja, me haría muy feliz y crearía un vínculo conmigo «fuerte y duradero», pasaba de largo porque estaba distraída con Manu?

Aunque tampoco podía hacerle mucho caso a Dorothy, porque había predicho que sería un viejo nuevo amor y yo no es que tuviera precisamente muchos ex entre los que elegir, salvo que la ele fuera de Luis, el tal Flubber, que aseguraba ser mi novio en el patio del colegio mientras se le caía el moquito. Me eché a temblar sólo con la idea.

También me había planteado que ese viejo nuevo amor fuera Manu, por la inicial y porque nos conocíamos de toda la vida. Además, ¿no había dicho Lena cuando lo conoció que creía que yo a él le gustaba desde que éramos pequeños por todas las cosas que me hacía? Quizá él estaba enamorado de mí en secreto desde parvulitos y de ahí lo de viejo nuevo amor.

Me dio un ataque de risa sólo con pensarlo. Manu, el picaflor, el seductor, el ligón, el *beso-a-todas-por-una-apuesta*, ¿enamorado de mí? Imposible. Y en caso de que fuera cierto, yo tampoco quería ese tipo de amor, un amor que no es capaz de esperar, de no pensar en otras... De no tener sus partes quietas, vamos.

Así que, sí, tenía que terminar lo que fuera que estaba teniendo con Manu, porque una relación como la nuestra no era para nada de mi estilo y porque debía tener la puerta abierta para ese amor fuerte, feliz y duradero que estaba en camino. No es que quisiese lanzarme ya a una relación seria, pero la verdad es que no me veía confesándole a mi futuro marido que hasta el día antes de estar con él había estado acostándome con otro sólo por diversión. Soy un poco antigua, lo sé, pero es que a mí tampoco me haría ilusión que él me contara algo

parecido.

Por lo tanto, corté por lo sano y dejé de ir a zumba. Míriam, que milagrosamente seguía con esa actividad, me preguntó por qué no iba y le dije que no acababan de gustarme las clases, que encima no se me daba bien y que prefería dejarlo. Intentó convencerme de que cambiara de opinión; me prometió que, si seguía una semana más, me engancharía, pero me mantuve firme en mi decisión.

Manu, por su parte, no pareció echarme de menos y yo me alegré de no saber nada de él.

El jueves por la noche, no obstante, alguien llamó a mi interfono y, al contestar, su voz me acarició el oído.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabes dónde vivo?

—Pregunté por ahí dónde vivías por si volvía a ocurrirte lo de la amnesia borrachil. Vengo a que me ayudes con el inglés, como hablamos.

—No te dije que vinieras a mi casa para lo del inglés.

—No, pero sí que me ayudarías, y si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña. ¿Me abres?

—La verdad es que ahora me viene un poco mal...

—Bueno, pues permíteme subir y al menos te dejo la redacción con lo que quiero decir, para que vayas pensando cómo traducirla.

Reticente, pulsé el botón que abría abajo. Supuse que era mejor tenerlo allí, en mi piso, que en la puerta de la calle, a tan sólo unos metros del hotel, donde tanto mi madre como mi hermana podrían verlo en cualquier momento.

—Hola —saludó, y me dio dos besos antes de entrar con decisión en mi casa.

Fui a protestar, ¿no se suponía que sólo iba a entregarme la redacción?, pero entonces decidí que lo mejor era acabar con aquello cuanto antes. Le había prometido ayudarlo con la traducción, así que lo haría y estaríamos en paz. Si no, lo veía capaz de seguir insistiendo hasta el infinito y más allá.

—Que casa tan bonita —comentó al entrar en mi moderno salón.

—Gracias. ¿Me dejas ver lo que has escrito?

—Sí, claro; toma.

Llevaba su bolsa de deporte colgada del hombro. Por la hora, deduje que había venido directamente desde el gimnasio, aunque parecía haberse duchado, pues en lugar de pantalones de chándal llevaba unos vaqueros que le hacían unas piernas de lo más sugerentes, y la camiseta se le ajustaba a los...

«No pienses en eso», me ordené al darme cuenta de cómo se habían desviado

mis pensamientos. Si es que Manu era una mala influencia.

Sacó una libreta de la bolsa y, tras abrirla por la mitad y buscar la página correcta, me la tendió. Había escrito cara y media con una letra horrible que me costaba leer.

—¡Madre mía!, ahora entiendo a don José cuando decía que corregir tus exámenes era un suplicio.

—Iba para médico —se rio Manu—. ¿Necesitas que te la lea?

—Me temo que sí.

—Dame.

Cogió la libreta y después, con toda la familiaridad del mundo, se sentó en el amplio sofá.

—Veamos... ¿qué ponía aquí?

—Ni tú mismo entiendes tu letra —suspiré a la vez que me sentaba yo también.

—Ah, ya. —Y empezó a leer de forma más o menos fluida, deteniéndose un instante allí donde no entendía lo que había escrito—. Igual quieres transcribirla si te la vas a quedar.

—He pensado que mejor lo hacemos ya aquí juntos y así nos lo quitamos de encima.

—Me parece bien, aunque pensaba que estabas ocupada.

—No te preocupes.

Saqué mi portátil y, conforme él me iba leyendo, yo iba pasándolo al inglés en un archivo de texto. Por suerte, lo que quería decir no era muy complicado.

—¿Dónde aprendiste a hablar inglés tan bien? —me preguntó.

—Mi madre me apuntó a una academia cuando tenía seis años, así que se puede decir que lo aprendí aquí. En la carrera, además, me fui de Erasmus a Inglaterra, así que...

—¿Qué estudiaste?

—Hice el doble grado de ADE y derecho.

—Derecho sé lo que es, pero ADE, no.

—Administración y dirección de empresas.

—Vaya, qué impresionante. Y seguro que con las mejores notas, como en el colegio, que siempre fuiste una empollona.

—Si tú hubieras clavado más los codos en ese entonces, quizá sabrías más inglés del que sabes y no tendríamos que estar aquí ahora.

—No sabría nada de inglés porque mi abuela se empeñó en que yo diese

francés, como ella. Decía que seguiría siendo la lengua más hablada durante mucho tiempo.

—El francés nunca ha sido la lengua más hablada, lo que pasa es que se solía usar en la diplomacia, así que las cosas internacionales eran en francés. Pero ahora, de francés, nada de nada, salvo que tengas tíos que emigraron y ahora tus primos franceses vengan a verte. Deberías estudiar inglés.

—Lo sé. Si de hecho estoy estudiando. Tengo un curso en el ordenador y también cintas de esas que te pones en el coche.

—¿Tu coche sigue usando cintas? Pensaba que eso ya ni existía. ¿No has visto en Facebook las adivinanzas que ponen para jóvenes donde sale la imagen de una cinta de casete y un bolígrafo, a ver si pueden acertar cómo se combinan las dos cosas?

—Sí, lo he visto. —Manu se rio—. Y no, mi coche por suerte no es tan viejo. Llevo un *pendrive* con las clases, pero he dicho que escuchaba cintas porque eran unas cintas que yo pasé a digital.

—¿Y no has pensado en buscarte un curso más moderno? Las técnicas de aprendizaje han cambiado mucho. Además, ¿tú para qué quieres el inglés?

—Pues para hacer cosas como ésta, presentarme, hablar con gente extranjera... El año que viene me voy a un crucero por el Caribe, un *zumba cruise*, y la lengua oficial es el inglés, aunque por fortuna se hablará mucho español.

—¿Un *zumba cruise*? ¿Eso existe? ¿Y qué estáis, todo el rato bailando?

—Básicamente. —Volvió a reírse, esta vez por mi cara—. A mí me han invitado como monitor, tengo que dar varias clases allí.

—¿Qué pasada!

—¿Verdad? Lo que estamos preparando es para eso. Tengo que grabarme diciendo ese texto, subirlo a la web oficial y que la gente pueda conocerme un poco más antes del crucero.

—¿Y no has pensado en hacer un curso exprés de inglés? Te preguntaba antes que para qué quieres hablar inglés, y es que, si lo que quieres es hablarlo para relacionarte con la gente cuanto antes, quizá lo que a ti te interesa es un curso de esos de «habla inglés con mil palabras».

—Sí, claro.

—¿Qué pasa?

—Mil palabras.

—¿Te parecen muchas para memorizar?

—¡Me parecen muy pocas! ¿Qué quieres, que hable como Tarzán?

—Te puedo asegurar que tú, en español, no usas más de mil palabras al día.

—¿Me estás llamando tonto?

—No, lo digo muy en serio. No sé dónde leí que un hablante normal no usa más de trescientas palabras al día.

—Porque no han oído a mis vecinas cotorrear...

—Palabras distintas —especifiqué—. Una persona culta, unas quinientas, mientras que periodistas, escritores y demás ya subían a unas tres mil o por ahí, creo. Pero, piénsalo, ¿cuántas palabras distintas al día usas? Con aprender mil palabras de un idioma y saber cómo unir las, serías el rey del crucero, hablarías con todo el mundo.

—Pues oye, me has intrigado... voy a investigar en cuanto llegue a mi casa.

Seguimos con la traducción y, cuando al fin la tuve lista, le pasé el portátil para que la leyera.

—¿En voz alta? —preguntó con inseguridad.

—Sí, claro. Necesitas grabarte, ¿no? Eso, que yo sepa, se hace hablando en voz alta, salvo que quieras hacerlo con cartelitos.

Se aclaró la garganta y comenzó a leer. Sólo pude aguantar dos líneas callada, y esas dos líneas me las pasé mirándolo fijamente, pensando que me estaba gastando una broma. ¡Pero qué mal pronunciaba el inglés! Tan tan mal, que parecía que lo estuviera haciendo aposta.

—Creo que mejor primero lo leo yo y después tú me imitas.

—Vale.

Así la cosa mejoró un poco, pero aún seguía hablando como si tuviese algo metido en la boca.

—¿Es en serio? —interrogué.

—¿El qué?

—Que pronuncias así, ¿o me estás tomando el pelo?

—¿Tan mal lo hago?

Preferí no contestar y en lugar de eso dije:

—Mira, lo que vamos a hacer es que yo me grabo leyéndolo en voz alta y tú me escuchas cuando puedas, imitándome.

—¡Qué bien, una nueva cinta para el coche!

—No te emociones tanto, que te voy a cobrar derechos de voz. Dame tu móvil. ¿Tienes grabadora?

—Sí, toma.

Leí de forma pausada y clara toda la redacción, con el móvil muy cerca de mi boca. Si aquello no funcionaba, nada lo haría.

Cuando le devolví el teléfono, me dijo:

—Espera, quería enseñarte algo.

Cargó un vídeo y supe lo que era en cuanto la música comenzó a sonar.

—Serás...

—Te dije que, si no ibas a clase, pondría la canción del *Picky*.

En la pantalla se podía ver la clase de zumba desde una esquina. Todos bailaban muy entregados el pegadizo ritmo de aquella odiosa canción.

—Les ha encantado —soltó Manu, riéndose.

—Te dije que les encantaría.

—¡Me dijiste que la odiarían!

—No, te dije que yo la odiaba, pero que a ellas seguro que les encantaba porque les da absolutamente igual lo que diga la letra. De hecho, cuanto más fea, más les gusta.

—Por cierto, ¿qué significa *picky*?

—Es una de esas palabras que no necesitas añadir a tu vocabulario de mil palabras —respondí a la vez que me ponía de pie.

—Venga, dímelo. Precisamente esa palabra me resultará muy fácil de aprender porque sale en una canción.

—¡Oye, podrías hacer eso!

—¿El qué?

Volví a sentarme en el sofá, olvidándome de que me había levantado para intentar que se marchara ya.

—Aprender vocabulario a través de las canciones que escuchas.

—Es una idea estupenda. Empecemos por *picky*, ¿qué significa?

—Qué pesado... exigente, quisquilloso, aunque no creo que vayas a usarla para nada. ¡Pero a lo mejor sí que usas *pick*. ¿Sabes lo que es? Coger, escoger.

—Ésta no se me olvida seguro. ¿Qué más?

Volví a encender el portátil y abrí Spotify, donde tecleé «zumba». La búsqueda recuperó muchísimas canciones, pero en su mayoría eran en español.

—Éstas no nos sirven.

—Algunas tienen trozos en inglés —replicó Manu—. Ésta, por ejemplo.

La reproduce y nos tragamos todo un tema de reguetón para que lo único que dijera en inglés fuese «I need you».

—Significa «te necesito» —lo informé, y él lo repitió soltando un gallo.

—¿Y lo de *jeimama, jeimama*?

—*Hey, mamma*, no *jeimama*. Pero no creo que eso sea especialmente interesante.

—¿Seguro? Lo de *picky* era interesante y no querías decírmelo.

—Es «ey, mamá», aunque supongo que lo usarán como «hola, nena». Al estilo de «hola, mamita».

—¿Y dices que eso no es interesante? Las palabrotas y las formas de llamar a una mujer son las primeras cosas que se deberían aprender de un idioma — bromeó.

O eso creo, que bromeaba, aunque no puedo estar segura, porque después me soltó un «Hey, mamma» a la vez que me miraba provocador.

—Si sólo quieres aprender inglés para lo del crucero, quizá sería más eficaz que me dijeras las cosas que quieres aprender a decir.

—¿Por qué cierras el portátil?

—Porque, si tenemos que escucharnos cien canciones de reguetón para sacar veinte palabras en inglés, vamos listos.

—También me gustan otros estilos de música que sí tienen canciones enteras en inglés. Has sido tú la que ha buscado zumba. Puedes buscar AC/DC.

—¿Te gusta AC/DC?

—Sé que no compartimos gustos musicales, pero...

—No, me gusta AC/DC.

—¿En serio?

—Sí, ¿a quién no le gusta?

—*Jaiweichujel!*

No pude evitar partirme de la risa al darme cuenta de lo que intentaba decir.

—*Highway to hell*. Autopista al infierno.

—Qué bien, ya sé cómo se dice autopista e infierno.

—Infierno quizá te valga para el crucero, pero ¿autopista? ¡Vas en barco!

—Mujer, digo yo que en algún momento me bajaré. Imagina que tengo que decirle al taxista, «maifrién, jaiwei no, eh, maifrién».

—Pues creo que te miraría con la misma cara que se me ha quedado a mí. ¿Qué se supone que has querido decir?

—Mujer, con lo claro que he hablado. «Amigo, por la autopista no, eh, amigo».

—Ah, claro. *Maifrién*, «mi amigo». ¿Y por qué ibas a decirle eso al taxista?

—Porque seguro que, como sospecha que soy extranjero, querrá llevarme

por la ruta larga para cobrar más *moni*. Y con *moni* quiero decir dinero, que tonto del *to* no soy.

—Me dejas impresionada. Sabes cómo se dice *friend* y cómo se dice *money*. No sé para qué me necesitas.

—Yo tampoco lo sé, porque sólo te has puesto a enseñarme guarradas como *jeimama*.

—Has dicho que las guarradas son lo que más te interesa aprender.

—Yo no he dicho eso.

—Claro que sí; has dicho que las palabrotas y las formas de ligar son lo que cualquier persona debería aprender primero. Así que mejor nos dejamos de canciones y, para tu supervivencia en el crucero, te enseño diez palabras que te cambiarán la vida.

—Pensaba que necesitaba mil.

—Atento. La primera es *condom*.

—¿Condón?

—El sexo seguro es importante. Segunda: *fuck*.

—¿Joder?

—Estás si te las sabes, ¿eh? Pero *fuck* no sólo se usa como palabrota. También es... ya sabes... follar.

Me seguía costando pronunciar aquella palabra con naturalidad, pues me sonaba a palabrota.

—Vale, quedan otras ocho —dijo Manu, animándome a seguir.

—Creo que esas dos son las más importantes, pero, si quieres ser educado, también necesitarás saber decir *hello* y *goodbye*. Ya van cuatro. La quinta sería *baby*. Las puedes llamar así a todas y te aseguras de no equivocarte de nombre.

—¿Y la sexta?

—Déjame pensar... Oh, sí, algo que seguro te interesa mucho. *Blowjob*.

—¿Eso qué significa?

—Lo descubrirás cuando se lo pidas a una *baby*.

—¿No me quieres decir la traducción? Entonces seguro que es interesante. ¿Cómo has dicho que era? Déjame que lo grabe, que el nivel ya se empieza a complicar.

Me puso el móvil delante y repetí la palabra. Me sentía un poco niña mala al estar diciéndole una palabra como esa sin que él se estuviera enterando de nada. No creo que hubiese podido decírsela en español tan tranquila como se la había soltado en inglés, pero entonces, para mi horror, en la pantalla del móvil

aparecieron imágenes de felaciones.

—Pero ¿quéééé?

—El reconocimiento de voz de Google —dijo Manu a la vez que se carcajeaba al ver mi cara—. Qué interesantes las palabras que me sugieres, ¿eh? Aunque quizá de esto necesite un ejemplo práctico, porque no me queda muy claro qué significa.

—En tus sueños.

—Desde luego.

Me dio la razón y yo sentí cómo me subían los colores al darme cuenta de lo que quería decir. ¿Soñaría Manu conmigo? ¿En su mente nos imaginaría haciendo cosas que todavía no habíamos hecho? Sentí que me sofocaba y después intenté imponerme cordura riñéndome a mí misma por haber pensado aquel «todavía». Todavía implicaba que aún no lo habíamos hecho, pero que lo haríamos en el futuro, y yo ya me había convencido a mí misma de que lo mío con Manu había terminado.

Intenté salir de aquel berenjenal en el que yo solita me había metido.

—Quizá también te interese saber decir *food*, *I'm hungry* y *nice to meet you*. Esto último por si quieres parecer educado.

—*Food* sé que es comida. Lo otro es... ¿tengo hambre?

—Muy bien.

—¿Y lo último que has dicho?

—*Nice to meet you*, encantado de conocerte.

—*Naischumitchu*.

—Más o menos —dije, aunque él seguía pronunciando fatal.

—¿El martes que viene te espero en zumba? —preguntó de pronto, cambiando totalmente de tema.

Me quedé un momento parada. Mi primer instinto fue mentirle, decirle que sí, aunque realmente no fuera a ir. Sin embargo, cambié de opinión y fui sincera.

—Creo que no.

—¿Por qué?

—Manu... —Suspiré—. No creo que debamos seguir con esto.

—¿Con esto?

—Ya sabes, viéndonos.

—¿Tan mal alumno soy? Sé que pronuncio mal, pero...

—Sabes que no hablo de eso.

—¿No te lo pasas bien conmigo? —preguntó, un poco más serio.

—Sí, pero yo no soy así.

—Así, ¿cómo?

Lo miré molesta. ¿De verdad me iba a hacer explicárselo todo como si fuera un niño?

—De las que van por ahí acostándose con la gente, de las que tienen sexo sin compromiso.

—Ya sé que no eres así, me sorprendería que lo fueras.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Convertirme? ¿Que me pase al lado oscuro?

—El lado oscuro siempre es más entretenido —dijo con una sonrisa ladeada—, pero no, simplemente quiero que te diviertas. No eres de las que va por ahí acostándose con desconocidos. Bien, yo no soy un desconocido. Somos amigos. Y puedes decirme que no hablas sólo de hacerlo con desconocidos, sino también de hacerlo con cualquiera que no sea tu pareja estable... Y lo entiendo perfectamente. Empezaste a salir con una persona a los quince y hasta hace poco estabas con esa misma persona. Consideras todas las relaciones como eso, como algo serio, formal. Conocer a los padres del otro, anunciar a bombo y platillo que estáis juntos, hacer planes de futuro... Pero ¿de verdad quieres que tu siguiente relación, después de estar con alguien tantos años, sea así? Hasta ahora no has tenido la oportunidad de disfrutar libremente, de perder la cabeza, de descubrirte, a ti y a tu cuerpo, pero ahora es el momento, Nuria. Estás soltera y en la mejor edad; eres libre, independiente, las hormonas no te jugarán una mala pasada, como a tantas chicas en la adolescencia... Es tu momento.

—Pero...

—¿Cuál es tu plan, esperar sentada y aburrida a que llegue el hombre de tus sueños? Tu regalo para tu príncipe azul será una vagina llena de telarañas.

—Qué burro que eres. Y no tengo por qué estar aburrida, hay un millón de cosas que puedo hacer.

—Efectivamente, darle alegría a tu cuerpo, Macarena. Y yo me ofrezco a darle zumba a ese cuerpo tuyo. Tienes que aprovechar los momentos que la vida te pone delante, momentos que no volverán a repetirse. ¿Tú sabes lo complicado que es encontrar una buena pareja sexual? Es como buscar una aguja en un pajar. Y tú y yo lo somos: compatibles al ciento veinte por ciento. Quizá no lo entiendas, porque sólo has estado con Javi y ahora conmigo, pero es complicadísimo que la primera vez que te acuestas con alguien ambos lleguéis al orgasmo a la vez. Y tú y yo lo hicimos a la primera, y después de una borrachera, así que merecemos puntos extra. Y, además, las mujeres habláis mucho del

tamaño de los hombres, pero lo cierto es que el tamaño es cosa de dos. Tenéis la vagina de distinto tamaño: más ancha, más estrecha, más larga, menos... y encontrar el pene que le vaya a medida es un auténtico milagro. Y no sé tú, pero yo diría que tú y yo hemos encontrado las medidas exactas en el otro.

»El otro día te dije que el sexo no era así de bueno con todo el mundo, y lo decía en serio. Somos compatibles en la cama, Nuria, no malgastemos esta oportunidad.

—¿Y si se complica?

—Complicarse, ¿cómo?—demandó, y lo vi tragar saliva, lo que me hizo sospechar que a él también le preocupaba aquello.

—¿Y si alguien se entera?

—Ah, que lo que a ti te preocupa es que alguien se entere.

—Claro, si mi madre se entera de esto... Y a mis amigas también les daría para hablar durante días.

—Si tus amigas hablan, será porque te tienen envidia. Y no tienen por qué enterarse. Nadie tiene por qué saberlo. Seremos muy discretos.

—Sólo con venir aquí ya puedes haber dado que hablar.

—Nadie me ha visto.

—Mi hermana y mi madre viven justo abajo, y sólo tenemos una vecina más, que es mayor y sólo recibe las visitas de sus hijos. Cualquiera que te haya visto parado en el portal habrá pensado «¿y éste a quién va a ver en ese edificio?».

—Qué gente más aburrida tienes por vecinos.

—Créeme.

—¿Y no puedes simplemente tener un amigo?

—Un amigo como tú, no.

—¿Qué me pasa?

—Pues que estás todo buenorro, tienes mala fama y encima has llegado a mi vida poco después de terminar mi antigua relación.

—Gracias por lo de buenorro, ¿y a qué te refieres con lo de mala fama?

—A que te has acostado con la mitad de la población femenina de esta ciudad.

—Hala, qué exagerada. ¿Eso dicen de mí?

—Quizá con lo de la mitad de la población me he pasado un poco —admití—, pero que yo sepa nunca has tenido novia oficial y se te ha visto con muchas chicas. Cualquiera con dos dedos de frente y que te conozca a ti pensará mal al vernos juntos.

—Piensa mal y acertarás —murmuró él el refrán.

—Efectivamente. Así que esto tiene que acabar.

—Pero es que el sexo es tan bueno...

—Lo sé... —Suspiré.

—Es un tren que sólo pasa una vez por nuestras vidas.

—Tampoco será para tanto, seguro que ya has encontrado a otra chica que tenga el tamaño adecuado de... ya sabes, para ti.

—¿De vagina? ¿Por qué te cuesta decir ciertas palabras? Lo he notado también con follar. Te cuesta decirlo en voz alta.

—Suenan mal.

—Pues a mí me sonó a música celestial cuando me dijiste «fóllame» en el bar. Y sólo con oírte hablar de vagina me pongo duro. Y ya si hablamos de *blowjobs*...

Se llevó la mano a la entrepierna, donde su miembro empezaba a hacerse visible. Se lo recolocó, pero creo que lo único que logró fue empeorar su situación.

—¿Por qué no lo hacemos al menos una última vez? —me propuso, y la mirada de deseo que me lanzó se me clavó en las entrañas.

—No creo que...

—Si alguien me ha visto entrar en tu casa, ya me ha visto. Y llevo bastante rato aquí con lo del inglés, así que ya da igual que salga ahora o que lo haga dentro de media hora. Y si van a hablar, mejor que al menos disfrutemos de lo que nos acusan.

Mi cuerpo temblaba de anticipación y la voz de mi cabeza que llevaba diciéndome «no» toda la semana parecía haber sucumbido al hechizo de Manu. Su mirada, su forma de hablar, su visible deseo, su mera presencia, eran para mí como un canto de sirena, atrayente y enloquecedor.

Una caricia en la mejilla me desadormeció y por un segundo, sólo por un segundo, pensé que era Javi el que me despertaba de aquella forma. No obstante, antes de terminar de abrir los ojos ya había recordado que no estábamos juntos y terminé de espabilarme con un movimiento brusco que asustó a Manu.

—Y eso que he intentado despertarte con suavidad. —Me sonrió.

Me tapé rápidamente con la sábana, pues hasta entonces ésta sólo me cubría hasta la cintura, y lo miré, intentando aclararme. Estábamos en mi dormitorio y su presencia allí me parecía totalmente fuera de lugar, aunque un vistazo a la cama me bastó para recordar que la noche anterior no había pensado que Manu no pegase allí.

—Me voy a marchar ya —explicó al ver que seguía un poco adormilada y sin intención de decir nada—. Son las cuatro de la mañana, así hay menos probabilidades de que alguien me vea.

Asentí con la cabeza, conforme.

—Y ahora sigue durmiendo, sé dónde está la salida.

Se despidió de mí con un beso en los labios que no me pareció conveniente, igual que su presencia en mi habitación.

—¿Vendrás el martes a zumba? —quiso saber antes de salir por la puerta.

De nuevo, no dije nada y me limité a asentir con la cabeza.

Esta vez sí se marchó y yo al fin dejé caer la cabeza sobre la almohada.

La noche había dado para mucho. Para demasiado creo, pues Manu había conseguido convencerme no sólo de que volviera a sus clases, sino también de que tenía que darle una oportunidad a lo nuestro. Aunque realmente no había nada nuestro si se entiende *nuestro* por una relación estable. Su propuesta había sido mucho más sugerente y perturbadora: «Juega conmigo mientras esperas al hombre que quieres, a tu príncipe azul».

Con aquella frase me había dejado claro que pensaba lo mismo que yo: que como pareja no pegábamos ni con cola. Él no albergaba ningún sentimiento amoroso hacia mí, sólo deseo sexual. Decía que éramos perfectos en la cama, y lo cierto es que no podía negarlo después de la noche que habíamos pasado.

Me sorprendió un ramalazo de deseo al recordar todas las posturas en la que

lo habíamos hecho sobre aquel colchón, pero el mayor calentón me lo provocó evocar su lengua sobre mi vagina, practicándome sexo oral. Nunca había llegado de esa forma, sólo me servía de juego preliminar, pero la pericia de Manu con la lengua y los dedos me había llevado a una espiral de placer en la que me olvidé de la vergüenza que me provocaba tener su cara entre mis piernas y un orgasmo devastador acabó recorriéndome entera. Y cuando digo *entera*, me refiero a que lo sentí hasta en la punta de los dedos de los pies e incluso en la raíz del cabello.

Antes buscaba los orgasmos, ahora me sorprendían. Y era alucinante.

Tenía a Manu por un dios del sexo, y lo que más me pasmaba era que él pensaba que yo también era buena en la cama. Eso o les decía a todas con las que estaba que eran compatibles al ciento veinte por ciento. Quizá yo sólo era una tonta más que se dejaba embaucar por sus zalamerías.

Aunque lo cierto era que me costaba imaginar que todas sus noches fueran como la que acabábamos de pasar. ¿Cómo sacaría entonces energía para sus clases? Yo estaba agotada y probablemente me saldrían agujetas hasta en los lugares más insospechados.

«Juega conmigo mientras esperas al hombre que quieres.» Su propuesta seguía resonando en mi cabeza.

¿Podría hacerlo?

Yo no era así... pero, como él bien había dicho, no era así porque ni tan siquiera había tenido la oportunidad de serlo. Además, ¿qué significaba exactamente «ser así»? No iba a hacerlo con desconocidos, no iba a hacerlo con muchos hombres como una cualquiera... Sólo iba a jugar un poco, a tomar un poco de aire fresco antes de volver a comprometerme con una relación seria. ¿A quién hacía daño con eso? A nadie.

Además, él se había mostrado de acuerdo en mantener en secreto nuestra relación.

Me giré en la cama y un suave aroma llamó mi atención. Hundí la nariz en la almohada e inspiré. Olía a nosotros, a lo que habíamos hecho, a lujuria. Debía estar más que satisfecha después de la noche que habíamos pasado, pero no era así. El deseo y la necesidad resurgieron en mí y me puse boca abajo, llevando la mano a mi sexo. Me masturbé, embriagada por los recuerdos y el olor a ambos.

Como me había ocurrido antes, con Manu allí, no me di cuenta de que me quedaba dormida, pero debí de hacerlo, pues el móvil me despertó de pronto. Eran las ocho de la mañana y la que llamaba era mi hermana.

—Dime.

—¿Podrías bajar a sustituirme?

—¿Y mamá?

A mi madre le encantaba madrugar, lo llevaba en su reloj biológico, así que la mayoría de los días (aunque no siempre) era ella la encargada del turno de las siete.

—Baja y te cuento.

—Pero ¿está bien? ¿Ha pasado algo?

—Pasar, ha pasado algo, pero mamá está bien, no te preocupes. Arréglate y baja, que te preparo el desayuno.

Me llevó diez minutos ducharme, vestirme, maquillarme y peinarme, y, para cuando entré en el hotel, mi hermana ya me esperaba en la cafetería con un café y una tostada con tomate lista. Había un par de clientes en una mesa cercana, aunque sabía por experiencia que la mitad de nuestros huéspedes ya se habrían marchado. Gran parte de nuestra clientela eran personas de negocios y a las siete y media muchos de ellos ya estaban desayunando para empezar su trabajo a las ocho. De ahí que el turno de la noche y la mañana compartiesen horario entre las siete y las ocho.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han entrado a robar en casa de la señora Dolores.

—¿Qué dices? —Dejé la tostada a un lado y tragué a toda prisa para poder hablar sin escupir trozos de pan y tomate—. ¿Cuándo?

—Esta noche, de madrugada. La han drogado con un gas y no se ha enterado de nada hasta que se ha despertado esta mañana y ha visto que tenía toda la casa desvalijada.

—¿Tú has oído algo?

—Nada de nada. Si no llega a ser porque mamá me ha avisado de que había un coche de policía en la puerta, no me entero hasta que salgo.

—¿Y mamá?

—Con la señora Dolores. Me ha dicho que sería un momento, pero ya son las ocho y yo tengo que marcharme en breve, así que por eso te he llamado.

—¿Hasta qué hora puedes quedarte?

Miró su reloj de muñeca.

—Nueve menos cuarto.

—Pues voy a cruzar un momento a casa de doña Dolores a ver si me entero de algo más y en seguida estoy aquí para sustituirte.

—¡Infórmate de todo para poder contármelo después!

Me bebí el café a toda velocidad y devoré la tostada, llenándome de tal forma los carrillos que mi hermana se rio. Crucé la calle y toqué con los nudillos en la puerta de la casa que había unos portales más allá, la de la señora Dolores, que había sido nuestra vecina toda la vida. Como estaba entreabierto, me decidí a entrar y avancé por el recibidor hacia las voces que oía en el salón. Apenas alcancé la puerta, un policía local se me colocó delante.

—Lo siento, señorita, no puede estar aquí.

—Ay, Nuria. —Se oyó la voz de doña Dolores, y tanto el guardia como yo nos giramos hacia ella—. Ven aquí, bonita, ven.

La mujer, de setenta y tres años, estaba sentada en el sofá del salón, con mi madre a su lado. Me tendió las manos y yo se las cogí. Me preocupé al notarlas heladas.

—¿Está bien, Dolores?

—Ay, no, hija mía, no. Mira cómo lo han dejado todo. Qué susto, qué susto.

Miré a mi alrededor a la vez que me sentaba junto a ella, en el lado contrario al que ocupaba mi madre. Podía ver que faltaban varios cuadros en las paredes y otros estaban movidos. Había varias sillas por el suelo y una vitrina rota. No quise ni imaginarme cómo estaría el resto de la casa.

—Incluso tuvieron tiempo de tomarse un vino en la cocina —lloró la mujer—. Y se comieron el jamón ibérico que tenía en el frigo.

Me estremecí al pensar en un ladrón paseándose a sus anchas por mi casa, tan confiado que incluso destapaba una botella de vino y buscaba en la nevera a ver qué podía picar.

Escuché en silencio cómo el policía que estaba sentado frente a la señora Dolores le hacía muchas preguntas para averiguar el valor de lo que se habían llevado. De lo demás (cómo habían entrado, a qué hora, cómo eran y cuántos, etc.), poco podía decirles, pues ella simplemente se había ido a la cama a su hora de siempre y se había despertado al día siguiente con la casa patas arriba. El agente le preguntó por las personas que tenían acceso a la vivienda, que sabían la ubicación de las joyas, el valor de los cuadros...

—Todo el mundo sabe que tengo cuadros importantes. Mi marido, que en paz descansa, era un gran coleccionista de arte. Era el propietario de la galería que había antes en esta misma calle. Sobre las joyas y el dinero, nadie lo sabía, pero... tenían que saberlo, ¿verdad? ¿Cómo iban a encontrar, si no, el dinero del congelador?

—Lo cierto es que mucha gente guarda dinero y joyas en el congelador,

señora —comentó el policía.

—¿En serio?

—Me temo que sí. Y los ladrones tuvieron mucho tiempo para buscar, así que... En cualquier caso, si se acordase de alguien que pudiera saber dónde estaban las joyas, nos llama y lo investigaremos. Por ahora vamos a dejar que la científica siga trabajando para sacar huellas, ¿de acuerdo?

Me despedí de mi madre, de la señora Dolores y de los policías al recordar que le había prometido a mi hermana volver antes de menos cuarto y, cuando salía, oí a dos guardias hablando. Al parecer, no era el primer robo que se producía con ese modus operandi en la zona.

Le conté a Lena todo lo que sabía y después ocupé su puesto, pues preveía que mi madre no volvería hasta bastante después. Sobre las diez, cuando ya todos los huéspedes se habían marchado salvo una pareja que había decidido dormir hasta el mediodía, me asomé a la puerta. Continuaba habiendo varios coches de policía en la calle, por lo que debían de continuar trabajando en casa de la señora Dolores.

Regresé a la recepción y, desde mi móvil, llamé a Manu.

—¿Ya requieres mis servicios? —interrogó él nada más descolgar—. ¿No te quedaste satisfecha anoche? La verdad es que yo tampoco...

—Manu —lo corté—, te llamo por algo importante.

—Dime.

En aquella ocasión, su tono de voz resultó totalmente distinto.

—Ayer... bueno, hoy cuando has salido de madrugada de mi casa, ¿había alguien en la calle?

—Sí, ¿por qué? ¡No me digas que te han dicho algo! Pero si me esperé en tu portal un buen rato hasta que no hubo moros en la costa.

Su tono volvía a tener aquel toque guasón, así que decidí explicarle lo que había pasado.

—Han robado en la casa de una vecina. La han dormido con gas y, después de pasearse tranquilamente por la vivienda e incluso picar cosas de la nevera, le han quitado cuadros, joyas y bastantes cosas de valor. ¿Qué viste?

—Pues... Cuando fui a salir, vi una furgoneta parada en medio de la calle, sin las luces de emergencia puestas ni nada, así que me extrañó un poco. Me asomé y vislumbré que el conductor estaba dentro, por lo que aguardé en tu portal, pensando que estaba esperando a alguien y que se iría pronto. A los diez minutos o así, que yo ya estaba desesperado, salieron otros cuatro hombres de una casa,

montaron varias cajas en la furgoneta y se fueron.

—¿Les viste las caras?

—Ufff... no, no creo que pudiera reconocerlos. Estaba oscuro y ellos, un poco lejos. Pero de la furgoneta sí sé el modelo.

—Tienes que llamar a la policía, decirles que te has enterado de lo del robo y que crees haber visto algo.

—¿Y cómo explico por qué estaba allí?

—Diles la verdad, que venías de estar con una chica.

—¿Estás segura de que quieres que les cuente eso? Seguramente me preguntarán desde dónde los vi y tendré que explicarles que desde el portal de tu casa.

—Mierda.

—Tampoco creo que les importe mucho quién vive o deja de vivir en el edificio desde el que los vi.

—Pero quizá quieran hablar también conmigo...

Me estremecí al pensar que la policía se presentaría en mi casa o, peor aún, en el hotel, para verificar la historia de Manu. Tendría que admitir que había estado en mi piso hasta esa hora y, si eso ocurría, era muy probable que mi madre se enterase.

—Mira, tengo varios amigos en la policía local —intervino Manu—. Hablaré con ellos y les pediré discreción. Como me conocen, probablemente no tenga ni que decirles desde dónde vi lo que vi.

—¿Seguro?

—Eso o nos hacemos los locos y no contamos nada.

Pensé en la señora Dolores, en lo afectada que estaba y en el tremendo susto que se había llevado.

—No; hazlo, por favor.

—¿Por favor? Estupendo. Lo habría hecho también a cambio de nada, porque soy un buen ciudadano, pero me guardo este favor para más adelante.

—«Por favor» es una forma de hablar.

Él no me hizo caso y siguió a lo suyo.

—¿Quizá me lo pueda cobrar este fin de semana?

Me sacó una sonrisa.

—Tú habla con tus amigos de la policía y después me dices cuándo quieres cobrarte el favor.

Aquella tarde, en el curso de defensa personal, me esforcé al máximo. El recuerdo del robo en casa de doña Dolores me hacía tomarme las llaves y los ataques mucho más en serio. Lo cierto es que no tenía mucho sentido, pues a la anciana la habían dormido con un gas y, en casos así, de poco servía saber soltarte de un estrangulamiento o quitarte de encima a alguien, pero la sensación de indefensión que el robo nos había causado no sólo me afectaba a mí. Mi hermana también hacía las llaves con más energía de la cuenta y, aunque yo no me quejé, Míriam sí que protestó en varias ocasiones.

—Pero, bueno, ¿qué os habéis tomado las dos? Vais a hacer que salga arrastrándome de aquí —dijo, frotándose la zona donde Lena la había golpeado. Después me miró y añadió—: Además, no sé por qué sigo viniendo a esto, si tú has roto tu parte del trato.

—¿Qué trato?

—Tú ibas a zumba, yo venía a lo de defensa personal. ¡Y tú ya no vas!

—Que yo recuerde, hablamos de la *masterclass*, no de las clases normales. Además, he pensado en darle otra oportunidad la semana que viene.

—Ya, claro.

—Que sí.

—Pero si ayer me dijiste que no era lo tuyo, que se te daba fatal.

—Y se me sigue dando fatal, pero me he recordado que no soy de las que se rinden tan fácilmente.

—Esto es por Manu.

Mientras hablaba con Míriam, Lena y yo seguíamos con la práctica de clase. Justo un segundo después de que Míriam soltase aquello, yo debería haber parado un golpe que mi hermana me lanzaba, pero el comentario me distrajo y, de la torta que me metió Lena, casi me caigo al suelo. Sí que estaba agresiva, sí, y además se había tomado al pie de la letra lo que el instructor nos había dicho de que lo hiciéramos todo lo más real posible.

—¿Estás bien? —preguntó Míriam, todavía sin creerse lo que había pasado.

—¿¡Por qué no me has parado!?! —me gritó a su vez mi hermana.

—Encima de que me pegas, no me grites.

—¿Te he hecho daño? —interrogó, más calmada.

No pude responderle, pues de pronto llegó el instructor y la agarró por detrás por sorpresa. Mi hermana no reaccionó al momento, pese a que ése era el objetivo del instructor, que interiorizáramos los movimientos y nos salieran solos. Por suerte, cuando al fin Lena comprendió lo que estaba ocurriendo, no tardó en librarse de él. Después nos tocó el turno a Míriam y a mí, pero, como ya estábamos alerta, pudimos deshacernos de él rápidamente.

Recé porque Míriam y Lena se olvidasen del tema que habíamos estado hablando hasta entonces, pero sólo lo hicieron a medias. No volvieron a mencionar el golpe, pero Míriam sí que insistió.

—Lo de que vuelvas a zumba es por Manu, ¿a que sí? A mí también me vuelve loca.

—Pufff, Manu no es mi tipo para nada —solté.

—¿No? Pues el mío, sí. La de cosas que le haría... —Se rio, y movió arriba y abajo las cejas en un movimiento muy cómico—. Pero no me refería a eso. No tiene que ser tu tipo para que te guste como monitor, y a mí, como instructor, me encanta. ¿Te has dado cuenta de que muchas, en las clases, empezamos con cara seria, pensando en lo que nos ha pasado ese día y en todo lo que nos queda todavía por hacer, y a mitad de la sesión ya estamos sonriendo como si fuéramos las personas más felices del mundo? Sus clases son un chute de buen rollo. Y eso a ti te viene genial en estos momentos. Bueno, a ti y a cualquiera.

Asentí con la cabeza y aquello consiguió que cambiásemos de tema sin continuar hablando de Manu. No obstante, lo cierto era que no me había percatado de la energía y del buen rollo que Míriam decía que había en las clases. A ver, sí, había buen ambiente, eso era innegable, pero yo muchas de las sonrisas y gestos que había visto en las sesiones de zumba los había asociado con que todas estaban locas por Manu. Y no precisamente en el sentido platónico de la palabra.

Y hablando de Manu, no había vuelto a saber de él desde que habíamos hablado por la mañana sobre lo del robo, así que, al terminar la clase de defensa personal, le escribí un mensaje para que me contase si al final había hablado con sus amigos policías o no.

No me contestó hasta la medianoche, cuando yo estaba cerrando las puertas del hotel tras la entrada del último huésped. Al ver que me ponía en línea en la aplicación, dejó de escribir y al poco mi teléfono comenzó a sonar. Era él.

—Dime.

—¿Te pilló en buen momento? —preguntó.

—Sí, acabo de quedarme sola en el hotel.

—¿Has cerrado ya las puertas?

—Sí, ¿por qué?

Me giré hacia el acceso, pensando en que quizá estaría cerca, pero entonces dijo:

—Sería conveniente que reforzarais la seguridad del establecimiento. ¿Tenéis alarma?

—Sí.

—¿Y cámaras?

—Sí, ¿por qué?

—Mis amigos de la policía me han contado que ya se han producido más de quince robos como el de tu vecina en la región. Aquí ha sido el primero, pero probablemente no sea el último. De hecho, salvo que los pillen antes, seguro que volverán a robar cerca. Van alternando ciudades para despistar y que la policía baje la guardia, pero nos volverá a tocar.

Yo nunca había sido una persona miedica; aun así, sus palabras me hicieron mirar a mi alrededor con cierta inseguridad. Todavía recordaba las manos frías de la señora Dolores y su casa patas arriba.

—¿Qué más te han explicado tus amigos?

—No mucho. Al parecer se han llevado un buen pellizco en joyas y cuadros de la casa de tu vecina.

—Sí, eso parece. ¿Y qué te han dicho de lo que les has contado?

—Que la descripción del vehículo seguro que les resulta muy útil. No he tenido que decirles desde dónde los vi.

—Mejor.

Nos quedamos un buen rato en silencio. Tanto, que yo ya estaba a punto de decir un «bueno, adiós», cuando él añadió:

—¿Qué haces?

—Ya te he dicho que estoy en el hotel.

—¿Qué llevas puesto?

—¡Sí, claro!

—¿Qué pasa? —Se rio en mi oreja—. ¿¿No llevas nada??

—Pues claro que voy vestida. Estoy trabajando.

—Si quieres que me acerque, podríamos solucionar en un santiamén el problema de que vayas vestida.

—Claro, aquí en el hotel, ¿no?

—¿Qué mejor lugar que un hotel para lo que quiero hacerte?

—Un lugar donde no esté trabajando.

—Trabajando, trabajando... —me hizo burla—. Seguro que ahora, en cuanto cuelgues, te metes en la cama de una habitación y no te despierta ni un tren pasándote por encima.

—Pues es verdad que pensaba echarme en el sofá cama que tenemos aquí, pero duermo con un ojo abierto, como los delfines, que duermen por hemisferios de su cerebro.

—¿Cómo has dicho que duermen los delfines?

—Por hemisferios. Duermen sólo una mitad de su cerebro y cierran el ojo opuesto, y después el lado contrario.

—Anda ya.

—Búscalo en Google.

Lo oí teclear y al poco decir:

—Qué fuerte.

—¿Cómo que no estás de fiesta? —pregunté.

—¿Qué te hace pensar que no estoy de fiesta?

—Te he oído teclear y no creo que te vayas por ahí con un ordenador.

—Me has pillado. Llevo en casa desde que he vuelto de hablar con mi amigo. Se me han ocurrido varios pasos y mezclas y tenía que ver cómo quedaban, pero creo que he perdido un poco la noción del tiempo. De hecho, creo que debería cenar, ¿qué hora es?

—Las doce y cuarto —contesté tras mirar mi reloj de muñeca.

—¡Joder! Qué rápido pasa el tiempo.

—Y tanto. Cuelgo para dejarte cenar. Gracias por hablar con la policía.

—Hablando de eso... si esta noche trabajas, ¿eso quiere decir que mañana no?

—No, ¿por qué?

—¿No, que no quiere decir eso, o no, que no trabajas?

—Mañana noche libro —aclaré. Su galimatías verbal me había liado hasta a mí.

—Genial, pues me gustaría cobrarme mi favor.

—¿Al final no lo has hecho por ser un buen samaritano?

—No.

—¿Y qué planeas? —interrogué en voz baja, sintiendo que me excitaba.

Aunque el susurro no se debía a mi creciente lívido, sino que acompañó a la mirada que lancé a mi alrededor para asegurarme de que seguía sola.

—Es una sorpresa.

—Miedo me das. Y aún no me fío mucho de ti.

—Mujer, yo nunca te haría nada... bueno, te haría de todo, pero nada malo. Tengo que recogerte en mi coche, pero supongo que no quieres que pase por tu casa ni por el hotel.

—No.

—Pues entonces te tocará andar un poco.

Me dio el nombre de una calle y me pidió que fuese andando, pues me recogería allí.

—¿Nuria? —añadió, y me sorprendió su tono.

—¿Sí?

—¿Tienes una falda ancha?

Tragué saliva.

—Sí, ¿por qué?

—Póntela mañana por la noche.

Y colgó.

Manu llegaba tarde y yo iba a matarlo. Me encontraba en una calle solitaria por la que sólo pasaban coches, con una falda ancha y más nervios que en mi primer día en la universidad. Me había pasado todo el día dudando de si hacerle caso y ponerme la falda o no. Al final, había decidido darle el gusto, aunque aquél no fue el único dilema del día. Justo antes de salir de mi casa me había entrado el miedo y me había preguntado qué narices hacía yo yendo a un encuentro furtivo con Manu. De nuevo, había tenido que mentirle a Míriam sobre mi fin de semana para así no salir con ella y poder ir, no a una cita, sino a un encuentro sexual con mi amante. Porque Manu ya podía considerarse mi amante, ¿verdad?

Lo dicho, que estuve a punto de no presentarme, pero al final ahí estaba, en esa calle solitaria y bajándome cada poco rato la falda, incómoda y arrepintiéndome de haber llegado a la hora justa. Tendría que haber aparecido media hora después y así Manu me hubiese esperado a mí y no al revés.

Cuando un coche se acercó por la calzada, le di la espalda y me concentré en mi móvil, para intentar pasar desapercibida, pero no fue el caso. Por suerte, se trataba de Manu, que bajó la ventanilla. Como una tonta, sonreí aliviada al verlo y empecé a caminar hacia él, que de pronto me soltó:

—¿A cuánto la hora, monada?

La pregunta me dejó helada y frené mis pasos. Me sentí sucia y me invadieron los remordimientos y una sensación de asco hacia mí misma.

—Vete a la mierda —le espeté y me di media vuelta.

—Pero ¿adónde vas?

Como según él era una prostituta, me tomé la libertad de girarme y enseñarle el dedo corazón. Nunca había hecho una peineta y lo cierto es que me sentó de maravilla. Me tomé otra licencia, ser malhablada.

—Que te jodan.

Oí que él emitía una protesta y oí avanzar el coche, pero yo ya me había vuelto de nuevo y seguía con mi camino. No volví a mirarlo y continué dando enérgicos pasos, alejándome de él. Tampoco me giré cuando percibí unos pasos acercándose a mí a toda velocidad, pero me preparé.

—No quiero volver a verte —le dije en voz alta, sin mirarlo.

Él no me hizo caso y me agarró por el hombro, como yo había esperado, así que hice lo que el monitor de defensa personal me había enseñado y roté mi brazo hacia atrás, de tal forma que, en tan sólo un segundo, la que lo agarraba del brazo era yo. Lo tenía a mi merced, con cara de dolor y suplicando que lo soltase. Lo hice, liberándolo con un empujón.

—Joder, ¿desde cuándo sabes artes marciales? —planteó frotándose el brazo.

—Desde que estoy en un curso para que tíos como tú no puedan agarrarme del brazo y obligarme a estar en sitios donde no quiero estar.

Y dicho aquello, me giré y seguí andando.

Él no se rindió y volvió a acercarse a mí, pero en aquella ocasión no me tocó, sólo me adelantó y se puso frente a mí, caminando hacia atrás.

—Mal asunto que una mujer con un pronto como el tuyo aprenda a hacer esas cosas.

—Pues yo creo que es lo mejor que he hecho en mi vida.

—Siento si te ha sentado mal lo que he dicho, era sólo una broma —dijo él tras lanzar una mirada rápida hacia atrás y asegurarse de que no iba a chocarse con nada.

—Me has llamado *puta*.

—No es verdad. Bueno quizá sí, pero no era mi intención decirlo con ese significado.

—¿Y con qué significado lo has dicho exactamente?

—Era sólo una broma entre amigos, Nuria. Lo siento.

—Me da igual que lo sientas.

—Pero, mujer, perdóname. Si sabes que soy un imbécil que no piensa antes de hablar... un tonto, un cazurro, un burro, un idiota, un zopenco, un bocachancla, un simple, un atontado, un borrego, un *pasmao*, un... un...

—¡Imbécil! —lo ayudé.

—Creo que ya lo había dicho, pero acepto la repetición. ¿Y quieres pararte, que me va a dar flato y todo? Podrías ir a los Juegos Olímpicos en la modalidad de los quinientos metros lisos.

Me detuve, decidida a terminar de una vez por todas con aquello, pues no parecía que fuera a rendirse.

—¿Qué quieres? —interrogué con agresividad.

—Pues mi primera intención era que parases, así que gracias. —Tomó aire, como si de verdad hubiera hecho un gran esfuerzo físico—. Y ya que preguntas

qué quiero, me gustaría que volviésemos hasta donde he dejado el coche abierto y mal aparcado, y nos montásemos a hablar tranquilamente, que ahora mismo estamos dando el espectáculo.

Miré a mi alrededor, preocupada, pero la calle estaba desierta.

—No tenemos nada de qué hablar, así que tú vuelve al coche y yo me voy a mi casa. Cada uno por su lado.

—¿Otra vez estamos igual?

—Igual, ¿de qué?

—Contigo incapaz de mirarme a los ojos y fingiendo que entre nosotros no hay nada.

Me obligué a mirarlo a los ojos.

—Es que entre tú y yo ya no hay nada.

—Mujer, perdóname. Ha sido un chiste de mal gusto y lo siento. No volveré a repetirlo. Mira, te dejo mi brazo otro poco para que me lo retuerzas, si así te quedas más a gusto.

Me tendió el brazo y yo se lo aparté a un lado.

—Sabes que no me siento del todo cómoda con el tipo de relación que tenemos y vas y me sueltas eso —lo regañé, todavía molesta, aunque mi enfado comenzaba a perder fuerza.

—Lo siento, de verdad. —E inclinándose hasta encontrar mis ojos, añadió—: ¿Me crees cuando te digo que lo siento?

—Sí —suspiré.

—¿Podemos volver a mi coche? Como pase la policía, me pondrá una multa. Y como pase un listo, se lo llevará, que lo he dejado con las llaves puestas.

—No voy a acostarme contigo esta noche.

—Lo merezco por bocachancla. Vamos.

Lo seguí, todavía reticente y molesta, y nos montamos en el vehículo. Condujo en silencio durante casi un minuto.

—¿Te llevo a tu casa o me dejas seguir con parte de la cita?

—No voy a acostarme contigo hoy —repetí.

—Vale, me tomaré eso como que no estás segura de querer volver a casa.

—Me lo estoy pensando.

—Pues entonces mejor actúo y no te dejo pensar.

Volvió a quedarse callado y condujo hasta salir del municipio en dirección al monte. Cogió varios caminos de asfalto donde con dificultad se podía conducir en ambos sentidos y después pasó a un camino de tierra repleto de baches.

—Que sepas que, como intentes algo, me han enseñado a dejarte K.O. de un solo golpe.

Me miró con sorpresa.

—¿Qué he hecho ahora?

—Llevarme por un camino oscuro y dejado de la mano de Dios.

—Ah... —Se echó a reír—. No te preocupes por eso, en seguida llegamos a nuestro destino. Y verás como no es tan desagradable como parece.

Condujo durante varios minutos más hasta que anunció que habíamos llegado y se dirigió con el coche hacia un precipicio.

—Pero, ¡¿qué haces?! —le grité al ver que, en lugar de tomar la curva, íbamos directos al vacío.

—Mujer, aparcar aquí. Todavía no se ha inventado el coche volador.

Detuvo el vehículo a menos de un metro del borde y apagó el motor.

—¿Qué hacemos aquí? —quise saber, mirando a mi alrededor.

—Disfrutar de las vistas —contestó a la vez que apagaba también las luces.

Me fijé entonces en que delante de nosotros, a nuestros pies, se encontraba nuestra ciudad y las luces de casas y farolas dibujaban una constelación caótica y artificial.

Lo miré sin comprender muy bien nuestra presencia allí.

—Es como en las películas —dijo al darse cuenta de que lo observaba—. El mirador al que van todos los adolescentes.

Al principio no entendí su razonamiento y, cuando al fin creí entender por dónde iba, mis ojos fueron achinándose.

—¿Te refieres a ese típico descampado en una colina con vistas a la ciudad al que van los adolescentes de las películas norteamericanas para tener sexo en el coche?

—Efectivamente.

—¿Y por qué me has traído aquí, si te he dicho que no vamos a acostarnos?

—Porque mi plan inicial era traerte aquí, y era esto, dar vueltas en coche como dos tontos, o llevarte a tu casa, así que...

Me miró y, al ver que yo no iba a decir nada, sonrió y buscó algo en la parte de atrás del coche.

—He traído para picar —anunció—. Dulce o salado, ¿qué prefieres?

—¿Has traído cosas para comer?

—Eso he dicho. ¿Dulce o salado? —insistió, enseñándome una bolsa de patatas fritas y otra con conguitos.

—Dulce.

—Buena elección.

Dejó detrás las patatas, echó hacia atrás su asiento para poder estirar las piernas, y recostó un poco el respaldo para estar más cómodo. Abrió la bolsa de conguitos y me la ofreció, pero yo seguía mirándolo fijamente.

—¿Qué?

—¿Qué hacemos aquí? —planteé.

Él suspiró y después se llevó una bolita de cacahuete y chocolate a la boca.

—Me dijiste que nunca lo habías hecho en un coche y quería enseñarte todo lo que te habías perdido. Yo guardo muy buenos recuerdos de cuando me traía chicas aquí.

Miré a mi alrededor con nuevos ojos.

—¿Éste era tu picadero de adolescente?

—Adolescente, adolescente... a partir de los dieciocho.

—Es verdad, que antes sólo se puede tener moto. ¿Y por qué este sitio?

—Porque me parece bonito. Ya te he dicho que me parece de película.

—¿Y cuántas chicas han caído aquí?

—No llevo la cuenta.

—¿No? Eso quiere decir que son muchas.

—No tantas. —Se rio—. Y, aunque parezcas pensar lo contrario, no llevo un marcador ni nada por el estilo.

—Y te ha parecido romántico traerme aquí.

—¿Romántico? —interrogó—. ¿Quieres que sea romántico contigo?

—No —me apresuré a contestar—, pero algo te habrá hecho traerme aquí.

Se encogió de hombros.

—Simplemente que me gusta este lugar y, como te he dicho, quería enseñarte las virtudes del sexo en el coche.

—¿Y ninguna chica se ha cabreado contigo por traerla aquí?

—¿Por qué iban a cabrearse?

—Traerlas a un sitio al que traes a otras... a mí no me haría mucha gracia.

—Casi todas las chicas con las que estoy son menos... —buscó la palabra— *delicadas* que tú.

—¿Delicada?

—Les da igual con quién haya estado o dejado de estar.

—Oye, que a mí me da igual con quién hayas estado, pero si me trajeras aquí y me dijeras «mira qué bonito, éste es mi picadero particular, ¿te gusta?», pues

me cortarías el rollo. Una mujer quiere sentirse única y especial.

—Por eso nunca he dicho que he estado aquí con otras, aunque supongo que muchas lo darían por supuesto. Es como tú, no me has dicho que en tu cama lo has hecho también con Javi, pero lo sobreentiendo y no pasa nada.

Su comentario me hizo echarme hacia atrás y debí poner cara rara, porque él añadió:

—He sido un bocachancla otra vez, ¿cierto?

—No, no pasa nada —contesté, aunque no pude mirarlo a la cara y me dediqué a estirarme la falda.

Él guardó silencio durante un buen rato y yo lo imité. Me tendió la bolsa con los conguitos y ahuequé las manos para que me echara un puñado.

—¿Cómo llevas lo de Javi? —demandó de pronto.

—Bien, ya he pasado página.

—¿De verdad o es lo que le dices a todo el mundo?

—De verdad. Sigo dolida, pero ya no volvería con él ni borracha. Además, si no lo hubiera superado, no estaría contigo.

—¿Ah, pero es que estás conmigo?

—No. Sí. Tú ya me entiendes. Si siguiera enamorada de él, no podría haberme acostado contigo.

—Tampoco es que estés muy contenta de haberte acostado conmigo.

—Hombre, vas llamándome fulana por ahí.

—Ha sido sólo una broma que me ha salido sin pensar; lo siento, no volverá a pasar. Y en mi defensa diré que hay mujeres a las que les pone eso.

—¿El qué?

—Que las traten como putas.

—Pues a mí no me pone nada de nada. Bueno, sí, me pone de muy mala leche.

—Ya lo he visto. ¿Más conguitos?

—Sí. ¿Siempre traes a tus citas cosas para picar?

—Me hacía ganar puntos. Como bien has dicho, a las chicas les gusta sentirse especiales, y echar un pinchito en la parte de atrás del coche y después cada uno a su casa es muy frío. Si quería repetir, tenía que darles a entender que también podíamos pasar tiempo juntos sin tener que acostarnos.

—Ya veo. Así que, si la chica te gustaba, después de un... ¿pinchito lo has llamado?, la invitabas a algo, y si no querías volver a quedar, le dabas la patada.

—Yo nunca le he dado la patada a nadie. Siempre he sido todo un caballero.

—Seguro que le habrás dado la patada a alguien.

—Nunca.

—Imposible.

—Es verdad. Sólo he dejado a una chica una vez, y se lo tomó tan mal, con llantos, súplicas e incluso amenazas y acoso, que decidí que no volvería a hacerlo nunca más. Si quiero dejar a alguien, hago que esa persona me deje a mí. Así las rupturas son más fáciles para ambas partes.

—¿Y cómo haces que te dejen?

—Comportándome como un capullo —aclaró encogiéndose de hombros.

—¿Y cómo se hace eso? ¿Pones cuernos?

—No, mujer. Eso no mejora las rupturas, las hace más dramáticas todavía. Pero no te voy a contar mis secretos.

—¿Por qué? ¿No quieres que me dé cuenta cuando me lo hagas a mí?

—A ti no necesitaré hacértelo.

—Ah, ¿no?

—No, tú me darás la patada mucho antes de lo que a mí me gustaría —dijo, y lo miré con sorpresa. Me guiñó un ojo, lo que contrastó con el tono serio que había empleado—. Tu príncipe azul seguro que aparece pronto y, entonces, harás un «si te he visto, no me acuerdo». De todas formas —agregó con tono divertido—, si quisiese hacer que me dejases, sería facilísimo.

—¿Sí?

—Ya lo creo: con un «¿a cuánto cobras la hora, monada?», me bastaría.

No pude evitar reírme a la vez que negaba con la cabeza.

Nos volvimos a quedar en silencio, contemplando el paisaje. Lo cierto es que resultaba bonito. Entonces me giré hacia la parte de atrás del vehículo.

—¿Qué miras? —se interesó él.

—Intento imaginarme cómo se puede hacer algo en un sitio tan pequeño.

—¿Pequeño? Mi primer coche sí que era pequeño. Éste es una mansión en comparación.

—Pues a mí me sigue pareciendo una caja de cerillas. No hay espacio para nada.

—Hombre, no hay nada como una cama, pero aquí también se pueden practicar muchas posturas interesantes. Y a las chicas os resultan muy prácticos los respaldos y los reposacabezas para poner los pies en posturas que, según tengo entendido, os dan mucho placer.

Miré la parte de atrás y después, muy seria, interrogué:

—Tú has salido con contorsionistas, ¿verdad?

Se echó a reír.

—Cuando quieras, te lo demuestro.

Lo miré, preguntándome si era una propuesta, pero él volvía a estar concentrado en las vistas. Volví a mirar la parte de atrás y a él de refilón. Me mordí el labio. Me daba vergüenza admitirlo, pero me apetecía hacerlo. Pese a que hacía apenas una hora, tenía ganas de matarlo y había jurado y perjurado que esa noche no lo haríamos, aun cuando decía la verdad al afirmar que la idea de un picadero para mí era antimorbo total... resultaba que me habían entrado ganas.

Si es que últimamente no me reconocía a mí misma.

Y Manu, tan pancho, mirando el paisaje, como si mis pensamientos tórridos no fueran con él.

Decidí ser sutil.

—Me he puesto la falda que me pediste.

—Ya lo he visto, te queda muy bien.

—¿Y por qué querías que me la pusiera? —insistí.

—Porque con falda no necesitas desnudarte para hacerlo en el coche, basta con quitarte las bragas. Y eso, en un espacio tan reducido, se agradece. Además, me da mucho morbo hacerlo con ropa.

—¿Sí? —inquirí, sintiendo que me calentaba yo también al imaginarme la escena.

—Sí. Pero en otra ocasión será. —Y soltó un sonoro suspiro.

Me quedé callada, mirándolo, y, al cabo de medio minuto, volvió a suspirar de forma exagerada y me miró por el rabillo del ojo.

—Tú también quieres hacerlo, ¿verdad? —pregunté.

—¿Yo? No. Me has dicho que hoy no habría sexo y ya estoy mentalizado de que no lo habrá. Necesitaría un estímulo muy fuerte para despertar mi lado salvaje.

—Un estímulo muy fuerte —repetí.

—Sí. Las mujeres no nos entendéis, pero, cuando nuestro amigo ha decidido dormir la siesta —dijo señalando hacia abajo—, cuesta muchísimo hacerlo cambiar de opinión. Pero mucho mucho.

—¿Y qué clase de estímulo necesitarías?

—¿Ahora mismo, y tal y como me la has dejado, más pequeñita que un cacahuete porque me has retorcido el brazo y me has gritado? Pues... por

ejemplo, que me dijeras que debajo de la falda no llevas bragas.

Tragué saliva, pues la mirada que me lanzó al decir aquello era capaz de encender fuegos.

—Pero una mujer tan decente como tú, seguro que no se habrá atrevido a salir de casa sin nada debajo.

Sus palabras, sus ojos, su tono, me derretían por dentro.

Me miró desafiante, invitándome a jugar, a arriesgarme.

Me hice la valiente y tiré de la manilla de la puerta. Salí al exterior y me puse de pie junto al coche, sobre el terreno irregular. Metí mis manos bajo la falda y me bajé las bragas. Con ellas en la mano, miré a Manu, que me observaba fijamente desde su puesto en el asiento del piloto. Le lancé mi ropa interior a la cara y, con una risita, me dirigí a la parte de atrás.

No tardó ni medio segundo en seguirme.

En la parte de atrás del coche estaba más oscuro todavía que delante y sus frías manos me encontraron por sorpresa. Me atrajo hacia él, besándome de aquel modo en el que sólo él lo hacía, con un ansia que cada día me sorprendía. Estábamos de rodillas sobre el asiento y noté su mano en mis piernas. Me enderecé un poco, sabiendo que el camino que seguirían sus dedos sería ascendente, pero entonces me di un cabezazo contra el techo.

—Au.

Oí su risa, que se fundió con mi aliento cuando cazó de nuevo mi boca, agarrándome el rostro.

En cuanto volví a olvidarme de dónde estaba, me enderecé otra vez para aliviar la tensión de mis piernas y, de nuevo, ¡golpe contra el techo!

—Esto es diminuto —protesté.

—La verdad es que sí, lo recordaba todo más fácil.

—¿Tan mala memoria tienes?

—Es que hacía mucho que no venía por aquí —contestó a la vez que me desabrochaba los botones de la camisa.

—¿Ah, sí? Por cómo hablabas del tema, pensaba que seguías trayendo aquí a chicas cada semana.

—Qué va, hace mucho que no vengo.

—¿Así que todo esto es porque te has puesto nostálgico?

—Tú me pusiste nostálgico al decirme que nunca lo habías hecho en un coche. Ven aquí.

Se sentó en el asiento y me invitó a montarme encima de él. Al ir sin bragas, el roce de sus vaqueros contra mi sensible piel me puso a mil. Él echó el culo hacia delante para que mi sexo cayese justo sobre su bragueta.

—Me cago en... —protestó.

—¿Qué pasa?

—Ya sé por qué esto me parece tan pequeño. Hemos echado los asientos hacia atrás y con las prisas los hemos dejado así. Voy a hacer un agujero en el respaldo con mis rodillas.

—Pues ahora te aguantas —contesté, balanceando mis caderas sobre su

erección.

—Vamos a sufrir los dos la falta de espacio.

—Yo ahora mismo no sufro nada de nada.

Y callé su protesta con un beso voraz, uno de los suyos.

Durante varios minutos, nos restregamos y magreamos como dos adolescentes. Sus manos estaban en mi trasero y mi espalda; su boca y aliento, sobre mi cuello y mis labios.

—Levántate un poco —me pidió, y como no le hice caso, volvió a insistir—. Nuria, levántate un poco.

Protesté y me separé de él. Solté un taco cuando volví a chocarme con el maldito techo.

—¿Qué haces?

El sonido de la cremallera de su pantalón fue la respuesta que mi cuerpo necesitaba y sentí cómo mi vagina se humedecía. Me llevé los dedos a mi sexo, subiéndome la falda, y me acaricié en círculos mientras él se sacaba el preservativo de un bolsillo.

—¿Te tocas? —interrogó con voz ronca.

—No.

—¿No? Yo diría que sí.

—Está demasiado oscuro, no sabes lo que ves.

De pronto una de sus manos tocó mi muslo y ascendió rápidamente hasta encontrar mi centro y acompañar mis dedos en su movimiento.

—¿Tampoco sé lo que toco?

—Tampoco.

Me cogió la mano y la apartó de mi sexo. Se la llevó a la boca y lamió mis dedos, dejándome atónita y muy excitada.

—¿Tampoco sé lo que saboreo?

—Ta-tampoco —tartamudeé.

Entonces guio mi mano hasta su miembro y la movió arriba y abajo, deslizando nuestras manos juntas por su cálida, dura y suave piel.

—Y tú, ¿sabes lo que tocas?

En aquella ocasión no contesté y, a la vez que con una mano me enseñaba cómo masturbarlo, con la otra buscó mi sexo y me devolvió las caricias. Cuando creyó que había aprendido la fuerza y el ritmo con que le gustaba, o tal vez cuando consideró que mi mano no huiría de su miembro en cuanto la liberase, me soltó y buscó mi cabeza. Me acercó a él para unir nuestros jadeos con un

beso.

La situación se estaba poniendo peligrosa, podía notarlo. Sentía mi excitación creciente con sus caricias, cada vez más arriesgadas en mi sexo, pero es que también podía sentir su excitación. Lo notaba en la dureza de su pene, en la tensión de su cuerpo, en su respiración.

—¿Vamos a terminar así? —pregunté.

—No. No. —Apartó su mano de mí y yo también lo solté—. Joder, casi me olvido.

—¿De qué?

—De que esto era sólo un preliminar. Espera que me ponga el preservativo. ¿Dónde lo he dejado?

Tuvo que palpar los asientos durante varios segundos para dar con el paquete. Lo abrió y se puso uno.

—Ven, pero de espaldas.

—¿De espaldas?

—Sí, a horcajadas sobre mí, pero dándome la espalda.

—El techo —protesté al probar la postura.

—Aguanta un momento.

Y no fui capaz de objetar nada, porque su pene encontró mi entrada y fue deslizándose dentro de mí poco a poco, abriéndose camino y llenándome. Cuando llegó al fondo, solté todo el aire que había estado conteniendo de forma inconsciente.

—Estás enorme —dije, pues la notaba más grande que nunca.

—Me la pones enorme —me susurró al oído, y me estremecí—. Ahora échate hacia delante, apóyate entre los dos asientos.

Le hice caso y él movió mis piernas hasta que mis rodillas acabaron clavadas sobre la tapicería.

—Muévete —me pidió—. No, arriba y abajo no, como si bailases. Un movimiento sexy de cadera.

Sus manos me subieron la falda hasta poder agarrar mi cintura y me enseñaron cómo quería que me moviera.

—Así, báilame —dijo—. Baila conmigo dentro. Así, suave. Ya lo tienes. Joder.

Vaya si lo tenía. Ese vaivén de caderas que tan cachonda me había puesto cuando se lo había visto hacer por primera vez a Manu, me estaba llevando en ese instante al mismísimo cielo. Y era yo la que lo hacía, guiada por sus expertas

manos y sus dotes de maestro.

—Estoy cerca, no pares —me gruñó.

¿Parar? Lo que hice fue acelerar todavía más el movimiento, a la vez que con una mano me acariciaba el sexo. Al notar que sus dedos se clavaban en mi carne y que sus caderas se movían también, llevadas por la locura, mi excitación creció aún más. Y eso que ya creía que era imposible. Perdí por completo la compostura y tengo un vago recuerdo de sacudirme como si tuviera convulsiones y de gritar como nunca antes.

Cuando ambos nos corrimos, Manu tiró de mí y me recostó contra él.

—Dios, es mejor de lo que recordaba —me dijo, también falto de aliento.

La semana siguiente me llevé el susto de mi vida.

Cuando era joven, solía llevar el control de mi menstruación, anotando en un calendario los días en que me venía. Cuando empecé a tomar la píldora, me olvidé del tema, pues siempre me venía el mismo día y no le vi sentido. Tras dejarlo con Javi y dejar de tomar la píldora, no volví a mi rutina de controlar los días de mi ciclo. Ni siquiera se me ocurrió, y, por culpa de eso, en ese instante me dedicaba a hacer operaciones mentales para intentar saber cuándo me había bajado la regla por última vez. Ni los de la NASA hacían cálculos tan complicados.

No había caído en que hacía casi un mes que no me venía la regla hasta que, mientras estaba en el baño, vi la caja de tampones olvidada. Se me cortó el chorro del susto.

Hice memoria; me había venido poco después de dejarlo con Javi, y varias veces desde entonces. Pero ¿cuándo había sido la última? Intenté buscar algún punto de referencia, algo relacionado con la menstruación. Tras un buen rato devanándome los sesos, di con algo. El día de la *masterclass* me había alegrado de no tener que ponerme tampones porque no sabía si con tantos botes no acabaría por perder algo. Y me había alegrado porque hasta el día anterior había estado con el periodo.

Sabiendo eso, ya sólo tenía que hacer números y... No, no, me había equivocado seguro. Volví a calcularlo y de nuevo me dio que llevaba semana y media de retraso. ¡La madre que me parió!

—No, no, nada de parir —solté, levantándome de golpe de la taza y subiéndome las bragas y el pantalón de pijama a toda prisa.

Llegué corriendo a mi habitación y comencé a vestirme con celeridad. Tenía que ir a una farmacia y comprarme un test de embarazo, ¡pero ya!

Sin embargo, todavía iba sin camiseta cuando una idea cruzó mi mente y cogí mi móvil para hacer una búsqueda. Como me temía, las pruebas no eran fiables hasta pasados los quince días de concepción. En caso de estar embarazada, ¿cuándo habría sucedido? Si me compraba un test no podría fiarme

del resultado, pues tal vez diese un falso negativo.

—Tranquilízate, Nuria —me dije en voz alta—. Es posible que no estés embarazada.

Era verdad. Antes de empezar a tomar la píldora, tenía una regla un poco irregular. Si estaba calmada, me venía cuando correspondía, pero si tenía exámenes, viajes o cualquier cosa que me alterase...

Y aquellas últimas semanas habían sido un auténtico descontrol para mi cuerpo. Por un lado estaba la emoción, la excitación y el deseo que me provocaba Manu, y por otro los nervios y la ansiedad que generaba en mí nuestra relación secreta. Todo un cóctel molotov para mi periodo. Seguro que la regla me vendría cuando menos me lo esperase. Sólo tenía que tranquilizarme.

Pero ¿cómo iba a hacerlo pensando en que quizá estaba preñada? ¡Y de Manu!

No estaba embarazada. ¿Cómo iba a estarlo? ¡Siempre habíamos usado protección! Sabía que los preservativos no eran cien por cien fiables, que ningún método lo es salvo la abstinencia, pero sí que tienen un índice muy alto de eficacia. Realicé una nueva búsqueda en mi móvil y me asusté cuando Google me respondió que la efectividad estaba entre el ochenta y cinco y el noventa y siete por ciento. ¿Cómo que un ochenta y cinco por ciento? ¡Yo pensaba que eran efectivos al noventa y nueve por ciento!

Empecé a hiperventilar. De cada cien veces que se practicaba sexo, ¿quince acababan en embarazo? Pero ¿qué estadísticas de mierda eran ésas?

Conseguí calmarme al recordar la historia que contaba mi madre de cuánto le había costado tenernos a mi hermana y a mí. No se había quedado a la primera, ni a la segunda. De hecho, pasaron meses hasta que logró quedar encinta. Decían que yo me parecía mucho a mi madre, así que...

Un poco más sosegada, me metí a leer un artículo sobre la efectividad del preservativo masculino y sentí que me relajaba, pues parecía una fuente fiable y, a diferencia de Google, afirmaba que el condón era efectivo en un noventa y ocho por ciento de las ocasiones y el dos por ciento restante era por un mal uso: tenerlos caducados, emplearlos primero en el sexo oral y morder sin querer la goma, usar lubricantes que no fueran a base de agua, guardar el preservativo en un sitio con calor, poner el condón mal y que quedasen arrugas...

No creía que a Manu le diera tiempo a que le caducasen los condones, no habíamos necesitado geles lubricantes y no le había practicado sexo oral, así que esas tres posibilidades estaban descartadas. ¿Eso significaba que sólo tenía un

uno por ciento de posibilidades de estar preñada?

Alguien llamó a mi timbre de forma insistente y el sonido me sobresaltó. Antes de ir a abrir, cerré la ventana de la búsqueda y eliminé todas las pruebas de lo que había estado haciendo, pues no sería la primera vez que Míriam, Lena o incluso mi madre me cogían el móvil para mirar algo. Y quien llamaba a mi puerta debía de ser una de las tres. O tal vez fuese Manu, que había desoído mi petición de que no se acercase por mi casa por si alguien lo veía.

Me puse nerviosa ante la idea de que fuese él. No pensaba decirle nada sobre mi retraso, pero ¿y si me notaba algo? Yo no era buena mintiendo.

Por suerte, al abrir me encontré con Lena.

—¡Tengo trabajo! —gritó hasta dejarme sorda.

Se echó a mis brazos y la abracé. Me olvidé de mi preocupación mientras mi hermana daba saltitos.

—¡Qué bien! ¿Dónde?

—Hoy mismo me ha llamado Rocío; me ha pedido que vuelva con ellos y, en lugar de la media jornada que tenía antes, me quieren a jornada completa, ¡y con contrato indefinido!

—Eso es genial, Lena, ¡cómo me alegro!

—Tendré un mes de vacaciones y el salario está muy pero que muy bien. ¡Y no tendré que hacer más guardias en el hotel!

—Ah, pero ya sabes lo que pasa: si no trabajas en el hotel, me lo quedo yo. Todo para mí, te quito de la herencia —bromeé.

—Ya hemos hablado de eso, yo seré socia capitalista.

—No, yo no voy a trabajar para que tú te lleves parte de los beneficios sin mover ni un dedo.

—Pues nada, ve ahorrando. Tú te quedas con el hotel y yo con las tres casas, así que, si quieres seguir viviendo aquí, tendrás que comprarme tu parte.

—Bueno, bueno, quizá lo de tenerte como socia capitalista no estaría tan mal...

Volvió a abrazarme, más que feliz, y yo me alegré sinceramente por ella, pues, a diferencia de mí, que había estudiado ADE con vistas a dirigir el hotel, el sueño de mi hermana era ser enfermera y cuidar de la gente.

—¿Se lo has dicho ya a mamá?

—No, vamos a decírselo juntas. Por cierto, ¿qué haces en sujetador?

Me miré el pecho; no me acordaba de que me había quedado a medio vestir. Volví a sentir un nudo en el estómago al recordar que me había puesto la ropa a

toda velocidad con la idea de ir a la farmacia a por un Predictor.

—Me has pillado vistiéndome —mentí.

—Pues venga, ponte una camisa y los zapatos, que mamá se va a poner supercontenta cuando le diga que Dorothy tenía razón. ¡Y ya van dos!

Los resultados de las pruebas de mi madre habían llegado limpios, así que, sí, con el trabajo de mi hermana ya era la segunda predicción de Dorothy que se cumplía. Me acordé de la güija, de que se había posicionado casi sobre la eme de Manu... pero la bruja no había dicho nada de un bebé.

¡Falsa alarma! ¡Falsa alarma!

Me llevé tal susto al imaginarme embarazada que mi cuerpo reaccionó como cuando solía ponerme nerviosa con los exámenes y esa misma noche me bajó la regla. Estábamos en un restaurante, celebrando que Lena había conseguido trabajo indefinido en lo suyo, y mi hermana y yo habíamos ido juntas al baño. Grité de alegría al ver una mancha rojiza en mis bragas y Lena, que estaba lavándose las manos fuera, preguntó preocupada:

—¿Qué pasa?

—Nada, que acabo de ver una cosa asquerosa.

—Sonaba a grito de alegría.

—Pues era de asco.

—Con lo limpio que está el resto del baño... ¿qué has encontrado?

—No quieres saberlo.

Salí y, feliz, la abracé.

—No te estarás limpiando en mí, ¿verdad?

—Claro que no, tonta. Es sólo que estoy muy contenta porque tengas trabajo.

—Qué bien, porque te veía un poco seria hasta ahora. ¿Estás preocupada por todo el trabajo extra que te tocará sin mí?

—Qué va.

Y no mentía. A Alba iba a darle una alegría cuando al día siguiente le dijese que volvía a trabajar a jornada completa en el hotel, y seguro que nos las apañábamos bien sin Lena.

Sin embargo, mi madre aprovechó la cena para informarnos de algunos cambios que había estado planeando para el establecimiento, cambios importantes.

—Ahora que Elena ha conseguido trabajo como enfermera, creo que es hora de que tú también ocupes el puesto que te corresponde.

La miré sin entender muy bien a qué se refería.

—Me gustaría tomarme las cosas con más calma, no tengo necesidad de trabajar tanto. De hecho, con los alquileres de los bajos me da de sobra para

vivir.

Además del hotel y nuestras casas, mi madre tenía a su nombre cinco bajos comerciales de los que tenía alquilados cuatro. Por su ubicación y sus dimensiones, decir que le daban de sobra para vivir era quedarse corto.

—Así que he decidido apartarme del hotel, ahora queda a tu cargo. Sé que lo dejo en buenas manos, porque estás más que preparada. Mejor preparada que yo. Eso sí, tengo algunas condiciones.

—¿Cuáles? —pregunté sin poder creerme todavía lo que mi madre estaba diciendo.

—Me gustaría seguir encargándome del turno de la mañana. No todas las horas, pero ya estoy acostumbrada a levantarme temprano y no sé qué haría a las seis de la mañana si no es prepararme para ir a trabajar.

—Por mí, fantástico. ¿Qué más?

—Quiero que el turno de noche lo haga un hombre.

—¿Un hombre?

—Sí; tal y como está la cosa, no me gusta que se encargue una mujer de ese turno. Un hombre impondrá más y disuadirá a mucha gente de intentar algo malo.

—Nunca ha pasado nada.

—A Dolores tampoco le habían robado nunca, y mírala ahora, sin poder pegar ojo del susto que tiene metido en el cuerpo.

—Me gustan los turnos de noche —repliqué—; me permiten trabajar en las cuentas y hacer otras cosas del hotel antes de acostarme.

—Quiero que contrates a un hombre.

La miré con atención. Parecía que en aquel punto no iba a dar su brazo a torcer, así que acepté.

—Aunque tendrá días libres —dije—, y no pienso contratar a otro hombre para ellos. Sus días libres, los haré yo.

—Bueno —cedió mi madre.

—¿Algo más?

—Por ahora, no, pero me reservo la posibilidad de añadir cosas nuevas.

—Vale.

—¿Vale? —intervino Lena—. Yo, de ti, tendría cuidado. Ahora mismo le has dado el derecho a seguir mandando en la sombra. Deberías ponerle una fecha límite... no sé, un mes o algo así, para que dentro de un año no pueda decirte que no le gusta el nuevo programa informático de reservas que has hecho y te

obligue a cambiarlo.

—Cómo eres, Elena —protestó mi madre.

—Tranquila, mamá, siempre podrás decirme cosas sobre el hotel —la tranquilicé, y me gané una sonrisa por su parte. Después le susurré a mi hermana —: Y yo ya haré lo que me dé la gana.

Lena se partió de la risa y cogió su copa.

—Brindo por eso.

—Por nosotras, que hoy todo han sido buenas noticias.

—Por mis hijas —brindó mi madre a su vez.

—Por nuestra familia.

Durante los siguientes tres meses, mi vida cambió por completo y lo cierto es que me sentí más feliz que nunca. En el trabajo me sentía realizada, pues había tomado las riendas del hotel y era yo la que tomaba todas las decisiones. Estaba como pez en el agua negociando con proveedores; apostando fuerte por un nuevo diseño adaptado a móviles de nuestra página web; hablando en estrecha relación con la oficina de turismo... En mi vida privada también era feliz. Puesto que habíamos aumentado la plantilla con Alba y Juan era el encargado de las noches, mis horarios se habían regularizado bastante y podía planificar mis días con suficiente antelación, disfrutando de muchas tardes y noches para pasarlas con Míriam y Lena. Incluso veía más a mi madre, y en este caso con tiempo de calidad, pues podíamos permitirnos comer y cenar juntas muchos días. Y con mi vida sentimental, más contenta no podía estar. Seguía con mi aventura con Manu y disfrutaba de todo lo bueno de una relación sin sufrir nada de lo malo. Tenía sexo cuando quería y a la vez mucho tiempo libre para dedicarlo a los míos y a mi trabajo. Muchas risas y ningún llanto. Charlas interminables y ninguna pelea.

Casi podría haberme acostumbrado y seguir así toda mi vida, si no fuera por el pequeño detalle de que seguíamos llevando nuestra relación en secreto.

Una relación prohibida, «¡qué morbo!», pensaréis, pero lo cierto es que a veces resulta un coñazo. No podíamos vernos siempre que queríamos, pues él, por ejemplo, no podía venir a mi casa a mediodía. Tenía que esperar a última hora de la noche y entonces escabullirse dentro de mi portal. Y eso cuando me relajé un poco, pues antes no lo dejaba ir a mi casa y era yo la que iba a la suya, también de noche.

Y después estaba lo de tener que fingir que no había nada entre nosotros. En clase de zumba procuraba tratarme como a una más, pero poco a poco fue complicándose. Durante el baile todo iba bien, nadie se daba cuenta de que yo me lo bebía con la mirada, ni sospechaban nada cuando él se acercaba a mí para explicarme algunos pasos, me chocaba las manos o incluso se sentaba en mis rodillas cuando estábamos haciendo sentadillas. Eso solía hacerlo con sus alumnas en un gesto de confianza, así que nadie lo veía raro. Lo peor venía después, cuando entablábamos conversación junto con el resto de los alumnos y

se nos escapaban cosas. Me sucedía, sobre todo, cuando estábamos hablando Míriam, Manu y yo; me relajaba y de vez en cuando decía algo que no debería haber dicho, como cuando Manu anunció que en unos meses se iría al cruce de zumba y que estaba aprendiendo inglés para poder hablar con soltura con compañeros de todos los rincones del mundo.

—Sí, pero no se le da muy bien —solté yo, riéndome, y al ver la mirada que me lanzaron los dos, Míriam de incompreensión y Manu de sorpresa, me apresuré a decir—, ¿o ha mejorado tu inglés desde que íbamos al colegio?

—Un poco, tengo una buena maestra.

—¿Quién te da clases? —quiso saber Míriam.

En esa ocasión fui yo la que miré a Manu con cara de «a ver cómo sales de ésta ahora».

—Una chica que vive aquí.

—¿Cómo se llama? —insistió mi amiga—. Quizá la conozca, porque yo también soy profesora de inglés.

—No creo, es extranjera y se dedica a esto en sus ratos libres. Se llama Venus, como la diosa del amor.

—Venus —repitió Míriam—, pues entonces ni idea, porque no conozco a nadie que se llame de esa forma. Me acordaría de algo así.

—¿Venus? —le pregunté a Manu horas después cuando me abrió la puerta de su casa.

—La diosa del amor.

—Eso ya lo he oído, igual que he notado la mirada que me has lanzado mientras lo decías.

—¡Has sido tú la que ha empezado con el tema de las insinuaciones! —se carcajeó él.

—¿Qué insinuaciones ni qué leches? ¡Lo del inglés se me ha escapado!

—Bueno, yo creo que Míriam no se ha dado cuenta de nada.

—Menos mal, aunque mira que decir que tu profesora se llama Venus.

—Mi profe privada experta en inglés y en sexo. Dos por uno.

Me besó y me arrastró hasta su habitación.

—Por lo que veo, hoy vamos a empezar por la parte divertida —dije con los brazos levantados para que me quitara la camiseta.

—Para ti las dos partes son divertidas. ¡Lo que te ríes con mi pronunciación!

—Es verdad, aunque también me pone triste, porque, cada vez que pronuncias una palabra nueva, muere un gatito.

—Calla y desnúdame, que la que se va a morir eres tú, pero del gusto.

Y tenía razón... cada vez que estaba con él, moría un poquito de puro placer. Llevábamos jugando desde hacía casi cuatro meses y no me cansaba de él. De hecho, creo que en ese momento verlo bailar me excitaba más todavía que la primera vez que lo había visto (y ya es decir), pero es que entonces sólo podía imaginarme lo que ese cuerpo fibroso y bien marcado podía hacer conmigo. Ya no necesitaba echar mano de mi creatividad, sino que lo sabía de primerísima mano. Y si hay casos en los que la realidad supera la ficción, mi sexo con Manu era uno de ellos.

—No contestes —le pedí cuando sonó su teléfono.

Sabía, por el reguero de besos que había dejado en mi abdomen, que me esperaba una sesión de sexo oral, y sería toda una lástima que se desconcentrara.

—Tengo que hacerlo, es el número de la teleasistencia de mi abuela —me aclaró, dando un rápido salto de la cama.

—¿Cómo lo sabes?

—Le he puesto un tono especial.

Me di cuenta entonces de que tenía razón. Cuando su móvil sonaba, solía ser con una canción de las que ponía en sus clases, por lo que era sonar su teléfono y entrarte unas ganas irrefrenables de bailar. En ese instante, en cambio, sonaba una estridente canción que urgía a contestar cuanto antes para que se terminaran los pitidos.

Mantuvo una escueta conversación con quien estuviera al otro lado y, cuando colgó, me anunció:

—Tengo que ir a casa de mi abuela.

—¿Qué ha ocurrido? —me interesé sentándome en la cama.

—No lo sé muy bien. ¿Quieres quedarte aquí mientras yo voy y vuelvo?

—No, mejor me marcho a casa y así tú vas más tranquilo.

—Pero no has traído coche y es muy tarde. Te acerco en un momento.

—Pero tu abuela...

—Serán sólo unos minutos, vivís cerca.

—De acuerdo —acepté, pues no me apetecía nada volver andando a mi casa; ya había pasado bastante frío en el camino de ida. Cuando ya nos encontrábamos en su coche, interrogué—: ¿Qué suele pasarle a tu abuela para que pulse el botón de la teleasistencia?

—Hasta ahora han sido sólo caídas y, por suerte, no han sido graves... pero esta vez no han sabido decirme qué le ha ocurrido, es extraño.

Al darme cuenta de que estaba preocupado, me sentí culpable por robarle tiempo y propuse:

—¿Por qué no te acompaño a casa de tu abuela? Si vive por mi zona, seguro que te costará encontrar aparcamiento. Podría quedarme en el coche, dando vueltas si no hay dónde dejarlo.

—¿De verdad?

—Sí, claro.

—Muchísimas gracias.

Él se bajó frente al portal de su abuela y yo ocupé el puesto del piloto. Lo vi salir corriendo y me quedé dentro del coche hasta que vino otro vehículo y, como la calle era estrecha y de un solo sentido, me tocó moverlo. Por suerte, dos calles más allá encontré una plaza de aparcamiento y metí sin mucha dificultad el coche de Manu. Lo informé por WhatsApp de que había estacionado y casi cinco minutos después me llamó.

—Nuria, lo siento muchísimo, pero voy a tener que quedarme aquí un buen rato. Llévate mi coche si quieres, yo volveré andando.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, no te preocupes.

—¿Seguro?

—Sí, sí. Tú vete tranquila.

Pero lo cierto era que no me quedaba tranquila. Sabía que la abuela de Manu era muy importante para él, y que no quisiera decirme qué había ocurrido no me tranquilizaba mucho. Vale que yo no era nadie para que tuviera que explicarme qué le había pasado, pero aun así... Si hubiera sido una simple caída, habría sido sencillamente ir y venir. No me gustaba la idea de dejarlo allí solo. Tras cuatro meses nos habíamos convertido en amigos, o al menos yo lo sentía así, y me sabía fatal dejarlo allí solo.

—¿Qué te parece si subo y te ayudo?

—No te molestes.

—No es molestia, quiero hacerlo. Te noto preocupado y me preocupo yo también.

—Si así te quedas más tranquila... —dijo, y noté un poco más de alegría en su voz.

Fui hasta el portal donde lo había visto entrar. La puerta me esperaba abierta y también la del primero, donde Manu me había dicho que vivía su abuela. Al entrar vi una luz encendida al fondo del pasillo y me dirigí hacia ella. Me asomé

a la puerta y vi una escena que me conmovió: la abuela de Manu estaba sentada en la cama, tomándose un vaso de leche, y su nieto estaba arrodillado frente a ella, acariciándole la mano que tenía libre.

—¿Ya? —preguntó cuando la anciana dejó el vaso de leche.

—Sí; muchas gracias, cariño. ¿Dónde está tu abuelo?

—Ahora viene, usted acuéstese tranquila.

La mujer levantó las sábanas, dispuesta a meterse debajo de ellas, pero entonces me vio y se detuvo.

—Y ésa, ¿quién es?

Manu se giró hacia mí y yo di un paso al frente, entrando en la habitación.

—Es mi amiga Nuria.

—Qué guapa.

—Muchas gracias. —Le sonreí.

—Mi nieto me habla mucho de ti —dijo de pronto, para mi sorpresa.

—Abuela, ¿por qué no se tumba ya?

—Sí, sí, me habla mucho de ti. «Abuela, qué guapa que es; mire, abuela, qué lista; quiero que sea mi novia, abuela.» Siempre está así.

Miré a Manu, pero él no me miraba, sino que sus ojos estaban fijos en ella, que en aquel momento le sonreía y le pellizcaba una mejilla como sólo las abuelas hacen.

—Qué guapo que es mi niño. Sólo le falta ser más estudioso. Como tu profesora me diga que has vuelto a suspender...

Contuve el aliento al comprender qué estaba ocurriendo.

—No se preocupe, abuela; este año las aprobaré todas, se lo prometo.

—Más te vale.

La anciana le dio un beso y después se metió en la cama, donde Manu la arropó.

—Buenas noches, abuela.

Me encogió el corazón ver cómo le daba un beso en la frente, pero se me encogió todavía más cuando, al girarse hacia mí, vi que tenía los ojos húmedos.

Me lanzó una mirada fugaz y pasó por mi lado.

—Vamos, sal que apague la luz.

No cerró la puerta por si ella volvía a despertarse y necesitaba ayuda, pero la dejamos dormir tranquila y fuimos hasta la cocina. Él seguía sin mirarme ni decir nada, sólo se acercó al fregadero y empezó a lavar el vaso que su abuela había usado para beberse la leche. Se tomó mucho más tiempo del necesario para

limpiarlo y, una vez lo hubo colocado sobre el escurridor, no se giró hacia mí, sino que se quedó allí, dándome la espalda.

—¿Estás bien?

—Cuando he llegado me la he encontrado a oscuras, desorientada y muy asustada en medio del salón. No sabía dónde estaba ni dónde se encontraban los interruptores. Dice que se ha levantado para ir al baño, pero que se ha perdido a medio camino. Se ha meado encima.

Se le quebró la voz con la última frase y a mí se me rompió el corazón. Fui hasta él y lo abracé. Me devolvió el abrazo con tanta fuerza que me dolió la espalda.

—Lo siento —dijo después de un rato, a la vez que se apartaba de mí y se limpiaba las lágrimas.

—No pasa nada. —Le sonreí y le limpié con cariño algunos restos de agasal que le quedaban en las mejillas—. Quieres mucho a tu abuela.

—Me he criado con ella. Mi madre trabajaba muchísimo cuando yo era un niño, tenía unos turnos horribles. Incluso se iba a Francia a la vendimia. Y yo me quedaba con mi abuela, siempre con ella. Y ahora está perdiendo la cabeza.

—Quizá sea sólo que hoy está desorientada.

—Es la segunda vez que le pasa. No lo de levantarse a oscuras, sino lo de preguntarme por mi abuelo.

—¿Murió?

—Hace diez años, y ella ahora me pregunta que dónde está y que cuánto le queda para volver. Y hoy también lo de las clases... ¿Qué edad se pensaba que tenía? ¿Siete, diez, quince años? Desde luego, no treinta y dos como tengo. Y lo raro es que me miraba a la cara cuando me lo decía; no es que se haya olvidado de mí, sino que me confundía con un crío.

—Hay muchos tipos de demencia.

Me arrepentí de la palabra que había usado en cuando la solté, pero más todavía cuando vi la mirada de dolor que me lanzó Manu.

—Lo siento mucho —dije a la vez que volvía a abrazarlo.

—Voy a quedarme a dormir aquí —me comunicó cuando lo solté—. Si quieres irte, puedes llevarte mi coche.

—Estamos cerca de mi casa, puedo dar un paseo, serán sólo unos minutos. Pero por ahora puedo quedarme un rato contigo, si quieres.

—Sí, por favor.

—Vale, ¿vamos al salón?

En el salón, nos sentamos juntos en el sofá. Como él parecía tener la mente un poco espesa, fui yo la que sacó tema de conversación.

—La casa de tu madre no pilla en la zona del colegio, ¿ibas a nuestra escuela porque está cerca de casa de tu abuela?

—Sí, muchos días, cuando mi madre empezaba a trabajar a las seis de la mañana, me quedaba en casa de mi abuela para que ella me llevara al cole. Y también era ella la que solía recogerme al salir. Ahora le tocará a mi madre venirse a vivir con mi abuela, porque ella no quiere mudarse con mi madre. A mi hermana tampoco le hace mucha ilusión dejar la casa, pero le va a tocar aguantarse. Eso, o que vuele del nido. Y si no, pues me vendré yo a vivir aquí.

—¿Tienes una hermana?

—Sí; nos llevamos diez años, quizá por eso no te suene.

—Ah, no, sí, sí que me acuerdo. Me acuerdo de ti llevándola a veces al colegio cogida de la mano.

—Sí. —Manu sonrió—. Ésa es.

—Así que tu abuela te insistía en que estudiases. —Cambié de tema tras un momento de silencio—. Tendrías que haberle hecho caso, las abuelas son muy sabias.

—Era muy pesada con los estudios. Soñaba con que algún nieto suyo fuese a la universidad. Por suerte, mi hermana le ha dado el gusto.

—Tú le has prometido que vas a aprobar este curso. —Sonreí.

—No le he mentado. No he llegado a la universidad como ella soñaba, pero sí he acabado todos los estudios obligatorios e incluso el bachillerato.

—¿Has terminado bachillerato? —interrogué confundida, pues, hasta donde yo sabía, se había descolgado en la ESO.

—Sí, me lo saqué a distancia. Lo necesitaba para las oposiciones de policía.

—Espera, espera, espera. Me he perdido. ¿Quieres ser policía?

—Me presenté a las últimas oposiciones de policía local, pero suspendí. Y que conste que no fue por no estudiar, lo que pasa es que me faltó tiempo. Me enteré con muy poco tiempo de margen.

—¡Pues tienes que volver a intentarlo!

—Bah, no, ya tengo un buen trabajo.

—Pero no puedes ser instructor de zumba toda la vida.

—¿Y policía sí?

—Claro que sí, serás funcionario. Hasta los sesenta y cinco años, o sesenta y siete si deciden subir la edad de jubilación, te tocará perseguir a ladrones con tu

bastón y tu pelo blanco. ¡No, espera! Si te haces policía, te tocará perseguir a los ladrones con todo eso y con tu panza gorda de policía.

Conseguí que su risa se reflejara en sus ojos.

—Si ser policía implica que me salga panza, mejor me quedo como estoy.

—Es verdad, que sería malo para ligar.

Manu se puso en pie y tiró del asiento del sofá, que se deslizó hacia fuera, doblando su espacio. Me pidió que me pusiera de pie e hizo lo mismo con mi lado. Después se tumbó y me invitó a unirme a él. Titubeé sólo un instante antes de echarme a su lado y que él me acogiera entre sus brazos.

—Hablando de ligar —dije—, ¿de qué chica hablaba tu abuela?

—Pues no te lo vas a creer, pero...

—Pero ha hecho un popurrí de todas las chicas con las que has ligado: la lista, la guapa, la que te gustaba tanto como para que fuese tu novia...

—No. —Se rio—. No te lo vas a creer porque mi abuela, ahí, ha estado muy avispada y ha reconocido tu nombre.

Como mi espalda estaba encajada en su pecho, giré el cuello para mirarle la cara e intentar ver la guasa en su rostro. Y sí que sonreía, pero no parecía estar hablando en broma.

—¿Cómo?

—Solía estar coladito por ti.

—¿Qué?

—No, no te gires —protestó cuando empecé a voltearme hacia él—. Esto sería mucho menos bochornoso para mí si no me mirases a la cara.

—¿No puedo mirarte? Si no te veo la cara, no te creeré. ¿Hablas en serio?

Le costó confesarlo, pues ya estábamos cara a cara, pero al final dijo:

—Sí, señorita Nuria; me gustabas y quería que fueras mi novia, pero no puedes culparme de nada porque era un crío.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¡Te lo dije en varias ocasiones!

—¡Mentira!

—Al menos lo dije una vez y me granjeé un empujón que me dejó una brecha en la barbilla —recordó, pasándose la mano por la zona de la herida.

—¡Venga, hombre! Eso fue cuando hiciste llorar a Luis.

—Mira que ser la novia de Flubber y no mía —soltó Manu, y sacudió la cabeza con tanta rapidez que su piel pareció de gelatina, meneándose hacia un lado y hacia otro.

Emití una carcajada y me tapé la boca rápidamente con miedo de haber despertado a su abuela. Ambos escuchamos durante unos segundos y captamos un ronquido que nos hizo sonreír.

—Una pena, pero creo que mi abuela no está en condiciones de ver cómo su querido nieto al menos consigue hacer reír a la chica de la que tan enamorado estaba.

—Tan enamorado no estarías.

—Tuve mis momentos.

Nos miramos a los ojos en un gesto muy íntimo en aquel reducido espacio. Acercó la mano a mi rostro y, con delicadeza, me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, acariciándome con suavidad.

—Me alegro de que ahora seamos amigos —dijo.

No sabía si simplemente quería que supiera que estaba contento con nuestra relación o si su auténtica intención era recordarme que ahora éramos amigos y no sentía nada romántico por mí.

—Yo también —contesté simplemente.

—Y ahora, ¿puedes girarte?

—¿Te sigue dando vergüenza que te mire a la cara?

—No, pero aprovecharemos mucho mejor el espacio haciendo la cucharita.

—Me sonrió.

Miriam quería que ese verano nos fuéramos juntas a Nueva York. Aún quedaban meses para las vacaciones, pero, en cuanto la idea se le cruzó por la mente, no pudo quitársela de la cabeza y cada vez que nos veíamos me freía a información sobre las cosas que podríamos hacer y ver en la Gran Manzana. Una tarde me llamó de urgencia para decirme que había encontrado dos pasajes tirados de precio y que iba a reservarlos.

—Pero ¿para cuándo?

—Julio.

—¿Qué días?

—¿Qué más da, si ahora eres una jefaza y puedes cogerte las vacaciones cuando quieras?

Yo era una jefaza y ella una funcionaria que tenía las mismas vacaciones que sus alumnos, por lo que julio y agosto los tenía libres. Lo que no me dijo la tiparraca fue que, para que la ida y la vuelta nos salieran bien de precio, había cogido dos vuelos con quince días de diferencia.

—¡Dos semanas en Nueva York! —exclamé.

—Con lo que nos ahorramos en los vuelos, pagamos el alojamiento —me aclaró para intentar calmarme—, y así podemos ver muchas más cosas. He pensado que podríamos ir a ver Washington, y también acercarnos a las cataratas del Niágara, que están en el estado de Nueva York.

—¿Tú sabes cómo de grande es el estado de Nueva York?

—Creo que son un par de horas en coche. ¿No te parece emocionante conducir por Estados Unidos? Porque vas a conducir tú el coche de alquiler, ¿verdad? Ya lo he mirado y, si te quieres dar un capricho, hasta podemos alquilar un Hummer.

—Miriam, son seis horas y media de coche.

—¡Exagerada!

—Que estoy delante del ordenador y lo acabo de buscar en Google Maps. Seiscientos cincuenta y ocho kilómetros, seis horas y media de coche.

—La hostia.

—También hay vuelos directos de una hora y veinte —comenté.

—¡Pues voy a mirarlos ya mismo!

Y me colgó. Estaba tan emocionada con aquel viaje que no había nada que la frenase ni la desanimara. Y lo cierto es que a mí nuestra aventura a Nueva York también me hacía mucha ilusión, aunque a veces el entusiasmo de mi amiga me desbordase.

Como ya sabía cuándo íbamos a volar y cuántos días íbamos a estar fuera, miré el calendario con más detenimiento. Tendría que ver en qué fechas querían mis empleados cogerse vacaciones.

Me quedé mirando el mes de agosto y se me ocurrió que quizá a Manu le gustaría hacer una escapada ese mes. No hacía falta que fuesen muchos días, con una semana sería suficiente. Podríamos ir a Ibiza, o quizá mejor a alguna de las Islas Canarias. Un lugar tranquilo donde no tendríamos que ocultar nuestra relación, donde podríamos dar rienda suelta a nuestro deseo a cualquier hora. Lo haríamos en la playa, de día. Y quizá durante un baño en la piscina, con las estrellas como testigo.

Aprovechando que no había huéspedes a los que atender, busqué en Internet hoteles en las Canarias. Al poco, supe lo que quería. No el hotel exacto, pero sí que, de hacer el viaje, elegiría una casa privada con piscina y jacuzzi, rodeada de paisaje volcánico y a poca distancia de la playa... como mucho a un par de minutos en coche y, si podía estar a un paseo andando de distancia, mejor.

Me sentí un poco como Míriam, planificándolo todo sin tener en cuenta a la otra parte, pero estaba segura de que Manu aceptaría salvo que tuviera otros planes. Él se apuntaba a un bombardeo.

La puerta del hotel se abrió y apareció mi hermana.

—¿Dónde tienes los periódicos? —preguntó a modo de saludo.

Le señalé la zona de sofás que había frente a la recepción; sobre una de las mesas bajas había un puñado de periódicos que el último huésped había estado leyendo hasta hacía un cuarto de hora.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras la veía ojear los artículos.

Posó el periódico abierto delante de mí.

—¿Te has enterado? Los ladrones que entraron a robar en la casa de la señora Dolores han vuelto a atacar aquí.

Leí la noticia por encima. El mismo modus operandi y, de nuevo, una furgoneta blanca involucrada... aunque para mi hermana aquello era nuevo, pues ella no sabía lo que Manu le había contado a la policía.

—Qué miedo, ¿y la policía no hace nada?

—¿Has leído esto de aquí? —Señaló con el dedo un párrafo—. ¡Los ladrones estuvieron jugando con el niño de la familia! El crío tiene cuatro años y les dijo a sus padres que sus nuevos amigos se habían portado mal y habían roto muchas cosas.

Me estremecí. Aquella banda cada vez se volvía más descarada.

—¿Podrá describirlos?

—¡Nuria, por favor! Que tiene cuatro años. Si quieren les hace un dibujo.

Empezó a reírse al imaginarse el retrato que haría el pequeño y cerró el periódico.

—Quizá podríamos ir a ver a Dorothy.

—¿La vidente? ¿Para qué? —demandé.

—Para que nos diga si nos van a robar. ¿Tú sabes la de joyas que guarda mamá en casa? Y lo peor es que no se las pone nunca, no sé para qué las tiene.

—Son cosas que le regaló papá, y la abuela.

—El otro día me volvió loca. Se puso a decir que, si los ladrones de la señora Dolores habían encontrado las joyas en el congelador, seguro que buscarían en la caja que tiene encima de su coqueta. Creo que hasta ahora pensaba que, como la caja no tenía pinta de joyero, las joyas estaban seguras ahí...

—¿Y por eso te volvió loca?

—¡No! Me volvió loca porque me hizo buscar en Internet dónde suelen mirar los ladrones.

—¿Y qué has descubierto?

—Que la policía tenía razón al decir que el frigorífico no es un lugar seguro. La verdad es que yo nunca lo habría imaginado. Lo único que he escondido yo en el congelador han sido unas llaves, y se me cayeron ahí por error. No las encontré hasta un mes después, cuando fui a hacerme la pizza que había congelado.

—¿Y algún sitio más que sea evidente?

—Sí, debajo del colchón, en los cajones del dormitorio, en las cajas de galletas de la cocina... ¿Por qué? ¿Tú también tienes joyas que esconder?

—No, pero el saber no ocupa lugar.

Su teléfono comenzó a sonar y Lena resopló al ver el número.

—Es el de la caja fuerte, que ya está aquí.

—¿Qué le pasa a la caja fuerte y por qué te llaman a ti en lugar de a mí?

—No la caja fuerte del hotel, sino la que mamá ha decidido instalar en casa.

—¿Cómo?

—¡Ya te he dicho que me volvió loca! Luego te lo cuento todo.

Se marchó a atender al hombre y me dejó allí sola y con mal cuerpo. Volví a abrir el periódico y leí con más detenimiento la noticia. Lo cierto es que no era de extrañar que mi madre se hubiera puesto paranoica, yo también estaba preocupada, al igual que otra mucha gente en la localidad. Estábamos acostumbrados a pequeños hurtos y cosas así, pero no a una banda organizada que dormía a la gente, arrasaba con todo lo que pillaba y, además, tenía la sangre fría de sentarse a tomar jamón y a jugar con un niño durante el robo.

Como había acordado con mi madre, Juan siempre hacía el turno de noche, pero un día a la semana, el que él prefería (solían ser los sábados), libraba y yo era la encargada de custodiar la recepción.

Aquel sábado ya había cerrado la puerta del hotel, pero todavía esperaba a una pareja. No los había visto aún, pues entraban ese día, pero al menos habían avisado en su reserva de que llegarían tarde. Sospechaba que se trataba de una pareja de amantes de la localidad, porque iban a registrarse casi a medianoche y la reserva se había hecho a nombre de Bruno Mars.

Y no, aquel nombre no me había hecho ninguna ilusión, sólo me había provocado fruncir ligeramente el ceño cuando vi la reserva. Tenía claro que no iba a tener el honor de alojar en mi hotel al cantante jamaicano, sino que alguien había usado un *nick* para hacer la reserva.

No era algo raro, la verdad, y a mí, mientras pagasen por adelantado, me daba exactamente igual. La mayor parte de mi clientela está formada por hombres de negocios que necesitan un lugar donde alojarse mientras están fuera. También tengo extranjeros que deciden hacer turismo por la zona, aunque éstos suelen aparecer en unas épocas muy concretas del año. También hay, de forma ocasional, artistas: músicos y actores de teatro principalmente que, tras una actuación en la región, buscan un alojamiento tranquilo y de nivel. ¡He conocido a prácticamente todo el reparto de «Aquí no hay quien viva»! Y después, el menor porcentaje de mi clientela lo forma la gente de por aquí, y con ésta puedo hacer dos grupos: las parejas formales que deciden celebrar algo importante (cumpleaños, aniversarios de bodas) de una forma diferente y tranquila, y las parejas no formales que vienen de extranjeris al hotel a pasarlo bien.

Todo apuntaba a que el Bruno Mars de esa noche tenía en mente una noche tórrida con su pareja. Y no, no es que, desde hacía unos meses, tuviera la mente predispuesta a pensar sucio, era pura estadística.

Tocaron al timbre y, al contestar al interfono, me contestó una voz masculina que me sonó, pero no supe identificar.

—Bruno Mars —dijo simplemente.

Fui a abrir preparando una agradable sonrisa y lista para no mostrar sorpresa

ni aunque los que aparecieran al otro lado fueran la alcaldesa y su amante fontanero. A nadie le gusta sentirse juzgado y mi trabajo al frente del hotel requería máxima discreción.

De nada me sirvió mi preparación mental cuando, al abrir, me encontré cara a cara con Manu.

—¿Qué haces tú aquí?

—He reservado una habitación —anunció a la vez que me enseñaba un pequeño macuto que llevaba en la mano.

—No.

—Sí, a nombre de Bruno Mars.

—Digo que no te vas a alojar aquí.

—¿Cómo que no? ¿Te reservas el derecho de admisión y no dejas entrar a hombres que no lleven ropa interior? Creo que un tanga cuenta como ropa interior.

No pude evitar mirar hacia abajo con los ojos como platos ante la mención del tanga, pero llevaba puestos los pantalones.

—Sé lo que te propones y no.

—Oh, sabes lo que me propongo —dijo con una seductora sonrisa—. ¿Y qué es?

—Que vaya contigo a la habitación, y no puede ser, porque estoy trabajando. Además, ¡podrían pillarnos!

—¿Quién? Hoy estás tú sola, ¿no?

—Hay cámaras.

—Bah, no creo que reviséis las grabaciones salvo que pase algo. Además, no me propongo llevarte conmigo a la habitación.

—¿Ah, no?

—No. Quiero pasar una placentera noche en una acogedora habitación con jacuzzi.

—Pediste el *kit* romántico con fresas y champán.

—¿Lo has conseguido?

—Claro que sí, pero ya te digo que no puedes alojarte aquí.

—Venga, mujer, lo único que quiero es celebrar mi cumpleaños de una forma diferente.

Aquello sí logró bajar mis defensas.

—¿Es tu cumpleaños?

—Sí.

—Mentira.

—Que sí. Desde medianoche tengo treinta y tres tacos.

—¿En serio?

—¡Que sí! ¿Quieres que te saque mi carné de identidad?

—No, no. ¡Felicidades!

Le di dos besos, sintiéndome mal por no haber sabido que era su cumpleaños.

—¿Puedo, entonces, usar mi autorregalo o no? —interrogó tras rematar los dos besos con un pico en la boca que, por la forma juguetona en que lo hizo, me arrancó irremediamente una sonrisa.

—Como me estés mintiendo...

—¡Que no, mujer! Mira.

Se sacó de un bolsillo la cartera y me enseñó el DNI. Efectivamente, cumplía años.

Lo dejé entrar y, tras cerrar la puerta, me dirigí a la recepción, donde me coloqué detrás del ordenador para ver su reserva.

—Así que Bruno Mars.

—Un nombre chulo, ¿eh? ¡Oh! Espero no haberte desilusionado. ¿Pensabas que de verdad iba a venir el gran Bruno Mars?

—No, ya me olía yo algo como esto, pero podrías haber reservado con tu propio nombre.

—Claro, y me habrías cancelado la reserva.

—¡Y encima la hiciste hace dos días! —exclamé.

—Hombre, por si acaso me quedaba sin habitación. Soy un hombre precavido. Además, quería jacuzzi sí o sí.

Me dedicó su sonrisa más sexy y durante un segundo me quedé mirándolo embobada. Desde el momento en que le había franqueado el acceso al hotel, sabía cómo acabaría la noche. Mi resistencia tenía un límite y últimamente, en todo lo que tenía que ver con Manu, era un límite bastante bajo. Sólo era capaz de resistirme a él uno o dos intentos, quizá un par de minutos. Después, parecía como si su propuesta se hubiera convertido en una semilla en mi cabeza, que crecía y se expandía rápidamente, haciéndome desear lo que en un primer momento me había parecido una locura. Manu era muy mala influencia.

Así que, sí, sabía que acabaría haciendo una visita a su habitación, y, puesto que era su cumpleaños, decidí ser buena.

—Bueno, pues, señor Bruno Mars, si me sigue, le enseñaré dónde está su

suite.

—No, no —negó él, quitándome las llaves de la mano—, ya te he dicho que no quiero llevarte conmigo a la habitación. —Miró el llaverito y leyó el número—. Habitación trescientos nueve. Como no creo que tengáis trescientas nueve habitaciones aquí, apostaré a que es la habitación nueve de la tercera planta. ¿Correcto?

—Correcto —asentí y después, todavía sorprendida porque me hubiera rechazado, añadí—: ¿Seguro que no quieres que vaya a asegurarme de que todo está bien?

—¿Mirarás debajo de la cama a ver si hay un monstruo? —bromeó—. No hace falta; tu jefa es amiga mía y sé que es muy estricta y profesional, así que seguro que todo está perfecto. Buenas noches.

Y me dejó allí, con dos palmos de narices. ¡Y el muy caradura tuvo la desfachatez de sonreírme mientras se cerraban las puertas del ascensor!

Esperé cinco minutos a ver si llamaba a recepción. Estaba convencida de que lo haría, pues tenía claro que era uno de sus juegucitos, pero los trescientos segundos pasaron sin noticias suyas y al final decidí telefonarlo yo.

—¿Sí, dígame?

—¿Todo bien?

—¿Quién es? —demandó él.

Intuí por su tono que se lo estaba pasando genial a mi costa, así que me aclaré la garganta y contesté, siguiéndole el juego:

—Señor Bruno Mars, lo llamo de recepción. Quería asegurarme de que todo está a su gusto.

—Oh, qué detalle por su parte. Sí, la habitación es fantástica. Y las fresas están de muerte. ¿Cómo ha conseguido unas fresas tan buenas en esta época del año?

—Es un secreto; mi jefa, su amiga, me mataría si se lo dijera.

—Oh, qué pena. Bueno, gracias por su preocupación, pero por ahora todo estupendo. Voy a encender el jacuzzi; si tuviese problemas para hacerlo funcionar, la llamaría.

Y me colgó, dejándome allí frustrada. Me mordí el labio.

Sabía a qué estaba jugando, quería que subiera de forma voluntaria. Tentarme y tentarme hasta que no pudiera resistirme más. Y es que saberlo desnudo en el jacuzzi resultaba una tentación demasiado grande como para resistirla durante mucho tiempo. ¡Y ya se había comido las fresas! Qué pena, me

habría gustado compartirlas con él.

Aunque antes había dicho que iba a ser buena, decidí hacerme la dura y torturarlo un poco con mi tardanza. Aproveché para ponerlo todo en orden en la recepción y apagar las luces del hotel. Activé la alarma, me aseguré de que las cámaras estaban funcionando y desvié las llamadas de la centralita al teléfono inalámbrico. Para terminar, coloqué un teléfono sobre el mostrador y lo acompañé con la nota que solíamos usar y que pedía a los clientes que, en caso de que no nos encontrasen en el mostrador, marcasen el uno.

Una vez hecho todo eso, me senté a esperar. Llevaba contados los minutos que habían pasado y, tras mucho debatirme, decidí tomarme otros cinco minutos a ver si él movía ficha. Y lo hizo, pero no de la forma en que esperaba.

La centralita sonó y yo le di al botón de contestar con una sonrisa.

—¿Sí, dígame?

—¡Socorro! El jacuzzi está escupiendo agua y está todo inundado. ¡Tienes que subir ya!

Me puse de pie de un salto y corrí escaleras arriba. Era más rápido así que en ascensor, pero lo malo es que llegué resollando a la tercera planta. No me detuve a tomar aire y me dirigí a la habitación trescientos nueve, donde me encontré la puerta abierta. Entré a toda prisa, pero en la habitación todo estaba en orden. Me dirigí al cuarto de baño a la vez que llamaba a Manu y al llegar...

Al llegar me detuve en seco al verlo todo en perfecto orden y a él metido en el jacuzzi con una copa de champán en la mano y con una sonrisa en la boca.

—Tú eres tonto y no lo sabes —le solté.

—Yo sí que lo sé. ¿Es que tú aún no te habías dado cuenta?

—Casi me mato subiendo las escaleras a todo correr.

—Si no, no habrías venido.

—Sabes que sí.

Salí del baño y en aquella ocasión fue él el sorprendido.

—¡Nuria! —exclamó—. No te vayas, mujer. Que te hago hueco en el jacuzzi.

Cerré la puerta y lo oí soltar una maldición y un «maldita cabezota».

—¿Decías? —inquirí asomándome al baño.

La sonrisa volvió a aparecer en su rostro al verme.

—¿No te habías ido?

—Sólo a cerrar la puerta, no querrías que la dejase abierta. ¿O es que has invitado a otra? U otro.

—No, cerrada está bien. ¿Te hago hueco?

—Por supuesto.

Me desvestí con lentitud, no sólo por ponerle los dientes largos, sino también porque dejé mi ropa bien doblada sobre la encimera de mármol. Tendría que volver a ponérmela en seguida.

—Es mi cumpleaños, no me tortures más y ven —me pidió al pensar que me hacía la remolona.

—Necesito una goma del pelo, no puedo mojármelo.

—Pues yo, de eso, no gasto.

—Un boli bastará.

—Tampoco gasto de eso.

—Sobre el escritorio debe de haber uno —pensé en voz alta.

Salí a la habitación y, efectivamente, había un bolígrafo esperándome sobre el escritorio. Lo cogí y lo usé a modo de pincho para el pelo. Regresé al baño y, al ver a Manu mirándome desde el jacuzzi, fui consciente de cómo había cambiado nuestra relación. La primera vez que estuvimos juntos, no fui capaz de levantarme desnuda de su cama. En ese momento me paseaba tan tranquila por una habitación de hotel y me encantaba que me mirase porque sabía que le encantaba lo que veía. Me sentía preciosa y muy deseable a través de sus ojos.

—¿Vienes o tengo que salir a buscarte?

Metí un pie en la bañera de hidromasaje e hice una mueca.

—Está fría.

—Normal, si has tardado un millón de años. Espera que lo vacíe y echo un poco de agua caliente.

—¿Qué? No, esto mantiene el agua caliente. ¿Dónde está el termostato? Ah, aquí. A ver...

Manejé el control de la bañera de hidromasaje y no tardamos en notar cómo el agua de los chorros comenzaba a calentarse.

—Ohhh, qué maravilla. No sabía que podían hacer eso.

—¿Nunca has estado en un jacuzzi?

—La verdad es que no. A diferencia de alguien que yo me sé, no tengo uno a mi disposición cada vez que quiero.

—No te creas, ¿eh?, yo sólo lo habré usado un par de veces.

—Pues mal hecho; si yo pudiera, lo usaría todos los días.

Cerró los ojos y sonreí mientras admiraba su bonito rostro. Estaba apoyada en el lado contrario de la bañera y nuestras piernas se tocaban. De hecho, mis

piernas y las suyas quedaban junto a las caderas del otro, en una posición íntima con la que me sentía muy cómoda. Tras asegurarme de que el teléfono estaba a mi alcance, cerré los ojos y también me relajé, notando los chorros de la bañera masajéandome en los lugares perfectos.

Al rato abrí un ojo y contemplé a Manu, que me observaba a su vez, con una sonrisita.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Y por qué sonríes?

—Sólo me estaba dando una palmadita mental por mi buena elección de regalo de cumpleaños.

—¿Sí?

—Sí.

—Por ahora no está siendo nada del otro mundo.

—¿Alguna propuesta para subir el nivel?

Me levanté del jacuzzi y me senté sobre él.

—Jooooder —exclamó.

—¿Te gusta mi idea?

—Sí, sí, pero también me ha gustado dónde me ha dado uno de los chorros.

A ver... ohhhh.

Pensé que le estaría dando en algún punto sensible de la espalda, que siempre suele dar mucho gusto, pero de pronto noté cómo su pene creía por momentos y sospeché que el chorro le estaba dando en otro lado.

—¿Tu amigo se pone contento por mí o por el chorro?

—Una mezcla de los dos. —Se rio y buscó mi boca mientras que su mano se hundió en el agua para guiar su pene hasta mi entrada.

Su miembro se deslizó dentro de mí con una facilidad pasmosa y jadeé a la vez que él me mordisqueaba un pezón para después mimarlo con su lengua. Volví a subir y bajar, disfrutando de la placentera sensación de estrechez, y después moví las caderas como si fuese una amazona a lomos de un caballo. El movimiento causó olas en la bañera que casi rozaron el borde. Volví a repetir el movimiento y eché la cabeza hacia atrás, arqueando el cuerpo y ofreciéndole el manjar que para él eran mis pechos.

Él se deslizó un poco, hundiéndose más en el agua, y un chorro me dio justo en el monte de Venus.

—¡Oh!

—¿Qué?

—Un chorro.

Me sonrió, entendiéndome a la perfección.

—¿Te da?

—No, ha sido sólo un momento.

Retrocedió un poco y yo exclamé:

—¡Ahí! Madre mía, qué gustazo.

—Sólo faltaría que me diera a mí también.

—¿Dónde te gusta que te dé?

—Pues...

La forma vergonzosa en que me miró me hizo pensar lo peor.

—¡No me digas que en el ano!

—¡No!

—Entonces, ¿dónde?

—En los huevos.

—¿Y de eso te avergüenzas? ¿Desde cuándo?

—Desde que me junto contigo y me he vuelto un finolis. ¿Qué haces?

—Los chorros pueden orientarse. ¿Éste te pilla cerca?

—La verdad es que no, me estás enfocando la rodi... ¡ahí!

—¿Eso es un sí?

No me respondió. Soltó un gruñido, me agarró por las caderas y comenzó a moverme sobre él con desenfreno. Ajusté mi propio chorro, pues nos habíamos movido un poco y ya no me daba, y, en cuanto tuve el agua a presión masajeándome el lugar adecuado, me uní a su locura.

El agua, en olas, saltaba por el borde del jacuzzi, pero no me importaba. En menos de medio minuto estaba al borde del orgasmo.

—Espera, espera, espera —me urgió él—. ¡El preservativo!

Me detuve al instante, aunque todo mi cuerpo me gritaba que no lo hiciera. ¿Cómo se nos podía haber olvidado? Y él al menos se había acordado, pero a mí ni se me había pasado por la cabeza algo tan vital.

—¿Dónde los tienes?

—En mi bolsa, en la habitación.

—¿¡Cómo los dejas tan lejos!?

—¡No he caído!

—Mierda.

—¿Qué hacemos? ¿Vas por ellos o terminamos fuera?

Mi vagina tenía espasmos, me suplicaba que siguiera. Si iba a la habitación y revisaba la bolsa de Manu hasta dar con ellos, probablemente dejaría pasar un orgasmo que prometía ser demoledor.

—Hagámoslo sin —propuse, y no me reconocí a mí misma detrás de esa afirmación.

—¿Seguro?

—Hace poco que se me ha ido la regla, es casi imposible que me quede embarazada.

—¿Seguro?

—Sí. No. Yo qué sé. Sí, sí. Venga, sí. Sí.

Lo besé con necesidad y volví a cabalgarlo con tanta ansia que apenas tardé un minuto en correrme.

—¿Qué haces poniéndote la ropa?

—Tengo que volver a la recepción.

—Ni hablar.

Manu se acercó a mí y me envolvió con la esponjosa toalla con la que se estaba secando. Me besó el cuello.

—Tengo que asegurarme de que todo está bien.

—No voy a dejar que te vayas.

Le rodeé el cuello con los brazos y pasé las manos por su fuerte espalda. Él me agarró por los muslos y me subió a la encimera del baño.

—¡Ay! Está fría.

—Para bajarte el calentón —dijo a la vez que se hacía hueco entre mis piernas.

—De eso ya te has encargado tú. —Me reí.

—Oh, te equivocas. Yo no apago fuegos, los enciendo.

Siguió besándome en la boca y durante casi un minuto me olvidé de todo, pero, cuando al fin dejó de castigarme con sus besos, dije:

—Puedo sobornarte para que me dejes ir.

—No hay nada que pague eso.

—Puedo traer más fresas, y prometo que volveré pronto. Sólo será una vuelta al hotel, para asegurarme de que todo está bien y no hay ningún huésped despierto.

Con reticencia, se apartó de mi cuello.

—¿Más fresas?

—Sí.

—¿Tienes un huerto secreto o algo así?

—No, pero me guardé unas pocas para mí.

—Qué pillina. ¿Y volverás pronto?

—Antes de que te des cuenta.

—Eso lo dudo, pero, si sólo vas a hacer esta escapada, supongo que podré soportarlo.

—Sólo esta escapada —prometí—. Salvo que me llamen.

—De acuerdo.

Me bajó de la encimera y me vestí mientras él vaciaba el jacuzzi y después se dirigía hacia el dormitorio. Había dejado la toalla a un lado, ya seco, y no pude evitar comérmelo con la mirada. No con el deseo que normalmente me dominaba cuando estaba con él, sino de un modo admirador y soñador. Manu tenía un cuerpazo, musculado, pero sin exagerar; trabajado, cuidado. Si con ropa ya pensabas que estaba bueno, sin ella mejoraba todavía más.

—Vuelvo en seguida —dije asomándome a la habitación—. ¿Qué haces comiendo fresas?

—Has dicho que ibas a traer más, ¿no?

—Sí, pero... ¿no te las habías comido ya?

—No, había guardado dos para ti.

Fui hasta la cama, donde estaba tumbado, y me senté junto a él.

—¿Me das? —interrogué.

—Hombre, si me lo pides con esa carita...

Me dio de comer la fresa y yo la mordí con los ojos fijos en los suyos. Fue sorprendentemente morboso. La explosión de sabor en mis papilas gustativas me hizo cerrar los ojos de placer y, al notar que un poco de jugo se me deslizaba por la barbilla, fui a capturarlo con los dedos, pero Manu detuvo mi mano y me lamió los restos de fresa. Me dejó hiperventilando y deseando que me besara, pero volvió a echarse hacia atrás y soltó:

—Más te vale volver pronto.

Por un segundo, me planteé no irme. Total, si no me habían llamado era porque nadie me necesitaba. Al final, tuve que reunir toda mi fuerza de voluntad para lograr salir de la habitación.

Recorrí los pasillos de punta a punta en mi regreso a la recepción, escuchando a ver si se oía la tele de algún huésped, o algún tipo de ruido que pudiera indicarme que seguía habiendo gente despierta, pero todo parecía estar tranquilo. Lo cierto era que Manu había elegido el mejor día posible para su aventura, pues los sábados solían ser tranquilos. En otros hoteles ocurría lo contrario, pero, como nuestra clientela principal eran hombres de negocios, los sábados y domingos solían ser nuestros días más plácidos, salvo en fechas señaladas.

Al llegar a la recepción me aseguré de que todo siguiera en orden y después entré en nuestra salita privada. En la nevera había un bol con tres fresas que me había guardado para mí, como solía hacer cada vez que me tocaba comprar

algunas para un *kit* romántico. Un capricho al año no hace daño. Además, busqué en una estantería y cogí una caja de bombones, que era el sustituto de las fresas cuando nos resultaba imposible encontrar la fruta.

Y sin demorarme mucho, volví a subir a la tercera planta, donde él me abrió envuelto en un albornoz.

—Qué eficiente el servicio de habitaciones. Incluso roba de la despensa de la dueña si es necesario —dijo cogiéndome el cuenco con las fresas.

—La satisfacción del cliente ante todo. —Sonreí—. Y como regalo de cumpleaños...

—¡Bombones! Muchas gracias. Aunque algo me dice que esto es un poco autorregalo, pues seguro que coges alguno.

—O todos, si no eres rápido. —Me reí.

Entré en la habitación y él, a mi espalda, me preguntó:

—¿Esto también es un regalo de cumpleaños?

—¿El qué?

Se señaló el albornoz.

—¡No! Ni se te ocurra llevártelo, ¿eh?

—Y si me lo llevo, ¿qué harás? ¿Ir a buscarlo a mi casa? Entonces me lo llevo seguro.

—Como mañana no esté aquí...

—¿Qué?

—Si me obligas a ser mala, haré un cargo en tu tarjeta con el importe correspondiente más un recargo por ladrón.

—Y yo le diré al banco que lo rechace.

Me crucé de brazos, altanera.

—Pues daré orden de que no vuelvas a pisar una habitación de este hotel.

—Qué pena, Bruno Mars no podrá alojarse aquí en sus vacaciones de este verano... Porque obviamente la próxima vez que me registre lo haré como Bon Jovi o Michel Jackson o...

Él tenía la partida ganada. Lo cierto es que los hoteles estábamos bastante indefensos frente a los hurtos que se cometían en las habitaciones. A nosotros nos habían quitado varias cosas, desde las típicas toallas hasta el mando de la tele e incluso un macetero del jardín, pero no solíamos hacer nada. Sólo habíamos denunciado una vez, y fue cuando un huésped nos robó una lámpara y, al arrancarla de la pared, dejó un horrible agujero.

—Como te lo llesves, me cabrearé —lo amenacé, en serio.

—¿Y me pondrás morritos? ¿Esos morritos tan sexis que sueles poner?

—No te pondré morritos, te cogeré de esos huevos tan sensibles que tienes y te los retorceré.

Manu se cubrió el paquete por encima del albornoz.

—Ya no me hace gracia este juego.

Me reí de su expresión y me dejé caer en la cama de espaldas.

—¿Qué quieres hacer? —planteé.

—Qué pregunta más tonta.

—¿Ya? —me sorprendí—. Si no hará ni media hora que lo hemos hecho.

—Lo que no sé es por qué sigues con ropa. Me has prometido no volver a salir corriendo.

—Salvo si me llaman —especifiqué.

—Sí, pero no van a llamarte, así que ropa fuera.

Lo cierto era que quedarme desnuda era buena idea, pues en ese momento estaba llenando de arrugas mi ropa de trabajo. Me puse de pie y me quité la camisa y el pantalón. Gracias al espejo que había sobre el escritorio, pude ver que Manu me miraba fijamente y me quité la ropa interior con parsimonia. Aposta, le regalé un primer plano de mi trasero cuando me saqué las bragas por los tobillos. Me devolvió una sonrisa lobuna a través del espejo.

Me acerqué a él, que estaba sentado en el borde de la cama, y le coloqué mis bragas en la cabeza, cegándolo. Verlo con esa pinta me causó risa y él se rio también e intentó quitárselas, pero se lo impedí y lo empujé para que se tumbara. Diligente, no sólo se echó sobre el colchón, sino que reptó hacia atrás por la cama hasta quedar acostado. Parecía que le gustaba la idea de no ver nada y estar a mi merced.

Cogí el cuenco con las fresas y la caja de bombones y las coloqué a su lado. Luego deshice el nudo de su albornoz y lo destapé, haciendo que asomara su tentador cuerpo. Me senté a horcajadas sobre su barriga.

—Más abajo quizá encuentres una sorpresa —me dijo, con sus dientes blanquísimos asomando entre sus labios.

—Tu sorpresa ya me saluda dándome toquecitos en el culo —contesté, consciente de que su pene me acariciaba las nalgas—, pero estoy segura de que puede esperar.

—¿A qué?

No contesté y, en lugar de eso, llevé un dedo a su boca, que se abrió para mí al momento. Metí un dedo y su lengua me rozó. Sus labios se cerraron en torno a

mí y succionó. Sentí que me humedecía al imaginarme que algo así, pero cien veces mejor, era lo que los hombres sentían con una felación.

Saqué mi dedo y cogí una fresa del cuenco. La llevé a su boca y le di un toquecito en los labios, que volvieron a abrirse. Aparté un poco la fresa y, cuando él ya no se lo esperaba, volví a darle otro golpecito. En aquella ocasión, su boca fue a la caza de la fresa y, alzando la cabeza, le hincó el diente, llevándose consigo la mitad.

—Menos mal que no era mi dedo.

—Tu dedo no huele ni sabe a fresa.

—¿No? ¿Y a qué sabe?

—Tócate y dámelo a probar.

—¿Cómo?

En aquella ocasión fue todavía más explícito, y eso que su petición anterior ya me había dejado toda loca.

—Métete un dedo en la vagina y después métemelo en la boca.

—¿Te pone eso?

—¿A ti no?

Lo cierto era que sí. Nunca lo habría pensado, pero en ese momento estaba cachondísima con una cosa tan tonta como ésa.

Me incorporé sobre mis rodillas y busqué mi abertura con los dedos.

—Tócate un poco antes —me pidió.

—Ya estoy húmeda.

Su respuesta fue una sonrisa de satisfacción al darse cuenta de cómo me tenía con prácticamente nada. Su mano encontró el camino hasta su pene y comenzó a acariciárselo.

Llevé los dos dedos que había hundido en mí hasta su boca y él los lamió con tanta fruición que se me escapó un gemido. Volví a imaginarme cómo sería ser un hombre y recibir una mamada, que unos prietos labios se deslizaran por tu sensible carne, que una boca te engullera.

Miré la mano de Manu, que se masajeaba el miembro. En todos los meses que llevábamos juntos, nunca le había practicado sexo oral. Él a mí sí, bastantes veces, pero yo nunca había querido devolverle el favor y él tampoco me lo había pedido. Las felaciones no eran mi pasión, la verdad. Sabía que a los hombres les gustaban mucho, pero ni con Javi me había animado a hacerlo con frecuencia, sólo en momentos especiales, como premio o regalo.

Aunque con Javi era diferente. Él tampoco es que fuera muy dado a darme

placer a mí. Si él no me practicaba sexo oral, ¿por qué iba a dárselo yo?

Con Manu era totalmente distinto y hasta ese instante me había comportado como una pareja egoísta, recibiendo con gusto, pero nunca dando.

Su cumpleaños era un buen momento para cambiar eso, ¿no?

Me aparté de encima de él y Manu fue a quitarse la tela de los ojos, pero se lo impedí.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A ningún lado.

Mi mano tomó el relevo a la suya sobre su miembro y aquello ya le hizo soltar un gemido de placer y aprobación. No quería ni imaginarme lo que haría cuando se diera cuenta de cuáles eran mis intenciones reales. O sí, lo cierto es que sí quería saberlo. De hecho, deseaba oír cómo mi boca lo hacía jadear y respirar a toda velocidad.

Me metí el pene en la boca y noté cómo todo su cuerpo se ponía tenso. El gemido que esperaba no tuvo lugar; en cambio, se oyó cómo inhalaba bruscamente por la sorpresa. Deslicé mis labios por su cálida extensión, de forma premeditadamente lenta, y, cuando me llenó toda la boca, retrocedí y repetí el movimiento un par de veces. Después, sustituí mi boca por mi mano y, mientras, mi lengua jugó con su punta.

—Joder —dijo, agarrando las sábanas en un puño.

—¿Te gusta?

—Uffff.

—¿Eso es un sí?

—Creo que me va a reventar, así que imagínate.

Y lo cierto es que la tenía enorme y con varias venas marcadas. Volví a metérmela entera en la boca, o al menos todo lo que dio de sí mi boca, y noté su mano en mi cabeza, aunque no marcándome el ritmo ni nada parecido, sino acariciándome. Su otra mano buscó mi sexo y yo me moví para facilitar que sus dedos me acariciaran.

—Sí que estás húmeda, sí —dijo, deslizando sin problemas un dedo en mi interior.

Probó con dos mientras que usaba el dedo gordo para rozarme el clítoris. Gemí.

—No gimas o me corro.

Pero no detuvo sus movimientos y, cuando volvió a tocarme de esa forma, gemí de nuevo.

—Joder —protestó, pero siguió atormentándome con sus dedos y yo continué gimiendo—. Acelera y aprieta más fuerte.

Le hice caso, estrechando el cerco en torno a su miembro y subiendo y bajando por toda su extensión más rápido. Sus dedos tampoco se quedaron atrás y me penetraron con más celeridad a la vez que su pulgar apretaba más, justo en mi entrada. El orgasmo me llegó entre gemidos que parecían de alguien que estuviera siendo asesinado y me saqué su pene de la boca.

—No, no —dijo con voz torturada a la vez que con la mano que hasta entonces me había estado acariciando la cabeza me obligaba a bajar otra vez.

Atravesó mis labios justo a tiempo para no correrse en mi cara y ambos nos quedamos allí, temblando sobre la cama.

Me quedé dormida sin querer y me despertó el teléfono inalámbrico.

Manu y yo estábamos tumbados, desnudos, sobre la cama y él me abrazaba por detrás.

—¿Qué es eso? —preguntó con voz soñolienta.

—El teléfono. ¿Qué hora es? ¡Madre mía, las siete!

Me puse de pie de un salto, sobresaltándolo. Descolgué el teléfono e interrogué:

—¿Sí, dígame?

—¿Dónde estás?

Era mi madre.

—Estoy... estoy... revisando el *router*, un cliente me ha avisado de que no hay Internet.

—¿Otra vez? El informático me dijo que no volvería a ocurrir.

—No te preocupes, lo tengo controlado. Me explicó cómo solucionarlo si volvía a pasar. Bajo en seguida, tú vigila mientras la recepción.

Colgué y a toda velocidad fui hasta mi ropa, que estaba doblada sobre el escritorio.

—¿Quién era?

—Mi madre, ya ha empezado su turno.

—Pobre madre, ¿hasta los domingos le haces levantarse a estas horas?

—Es cosa suya, que siempre quiere hacer el turno de mañana. De hecho, hoy debería haber venido más tarde, y ya ves... ¿Y cómo vas a salir tú ahora?

—¿Yo? Yo planeo quedarme aquí lo máximo que pueda —afirmó, desperezándose como un gato en la cama.

—Pero entonces te va a atender ella para la salida.

—¿Y cuál era tu plan? ¿Qué me escabullera antes de que ella llegase? Ni hablar. He pagado la habitación hasta las doce y pienso aprovecharla. ¿Subís el desayuno a la habitación?

—Si lo pides, sí. ¿Vas a pedirlo?

—Probablemente.

—Pues entonces me voy a ir a mi casa y sobre las diez volveré. No pidas

nada hasta que te escriba diciéndote que estoy en el hotel, ¿eh?

—¿Tienes miedo de que tu madre me envenene con la comida o algo por el estilo?

—Si se entera de esto, de lo nuestro...

—No lo hará, tranquila. No creo que lo hiciera ni aunque fuese ella la que me trajese el desayuno, pero, aun así, te prometo que no pediré nada hasta que me des el visto bueno.

—Gracias.

Ya vestida, me dirigí al cuarto de baño para asegurarme de que mi aspecto era presentable. Por suerte, del susto se me había quitado la cara de recién levantada y mi madre no sospecharía nada. Me hice una coleta, me aseguré de que no había nada delatador en mi cara y me despedí de Manu.

—¿No te despides con un beso?

—Nunca nos despedimos con un beso.

—Ya sabes cómo nos despedimos.

—Tengo prisa.

—Venga, dame el gusto.

Suspiré y fui hasta el borde de la cama, desde donde lo miré a los ojos durante unos largos segundos. Era un pequeño ritual que él había instaurado a raíz de que, tras nuestros primeros encuentros, yo no pudiera sostenerle la mirada. Normalmente siempre era él quien lo hacía, el que lo buscaba, así que en aquella ocasión me premió con un beso por haberlo hecho yo antes, aunque fuese bajo su petición. Me sonrió de forma adorable con carita de sueño y dijo:

—Lo que te pida, lo subes por dos y así desayunas conmigo.

—Anda, duérmete.

En el espejo del ascensor volví a asegurarme de que todo en mi aspecto estaba bien, y menos mal, pues encontré algo que no debía mostrar delante de mi madre. Aquella sonrisa tan radiante, que asomaba pese a los nervios, no pegaba nada con mi versión matutina de buenos días y mi madre lo notaría al vuelo. Para cuando salí del ascensor, creo que había conseguido parecer menos feliz.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó mi madre nada más verme.

—Qué ha pasado, ¿de qué?

—Con Internet.

—Ah, nada, ya está arreglado. He reiniciado y listo.

—Si sigue fallando, tendrás que llamar a la compañía.

—Mamá, que el último fallo que dio fue hace seis meses, tampoco es para

tanto. ¿Y qué haces tú aquí tan temprano? Hoy es domingo, podrías haber venido más tarde.

—Ya sabes que mi despertador biológico no entiende de días de la semana. ¿Qué tal la noche?

—¿La noche? —repetí, preocupada por si me había pillado.

—¿Algún problema?

—No, todo tranquilo hasta que un huésped me ha avisado hace un rato de que no había Internet.

—¿Ves? Hay gente más madrugadora que yo.

Le sonreí y, queriendo irme cuanto antes, dije:

—Bueno, pues si ya estás tú aquí, me voy a casa a descansar un poco y a ducharme. Probablemente venga en unas horas para asegurarme de que todo está bien.

—No te preocupes, si Internet vuelve a fallar, te llamo. Y ya sabes que Alba estará aquí a mediodía.

—Me pasaré de todas formas. Como ya no suelo encargarme de las noches, ahora me cuesta dormirme siendo de día.

Ante aquello, mi madre no protestó. Entendía lo que era que la gente te mirara raro por tener unos ciclos de sueño un poco diferentes.

Volví al hotel sobre las diez y media habiendo dormido tres reparadoras horas y con un *look* distinto. Mi madre me informó de que la mitad de los huéspedes se habían marchado ya.

—¿Qué tenemos, una parejita en el hotel? —me preguntó de pronto.

—¿Cómo dices?

—He estado mirando las habitaciones que quedan. ¿Bruno Mars no es el cantante ese que tanto le gusta a tu hermana?

—Ehhhh, sí, sí. —Pensé a toda velocidad en cómo salir de aquello—. Yo también me di cuenta y pensé mal, pero lo cierto es que vino un chico solo.

—¿Un chico solo a la *suite*?

—Sí, era su cumpleaños. —Decidí preparar a mi madre para cuando viera salir a Manu—. De hecho, lo conozco. Y quizá tú también te acuerdes de él. Es Manu, compañero mío del colegio.

—¿Manu de Manuel? Ahora mismo no caigo. ¿Cómo se apellida?

—Oliver Esparza.

Chascó la lengua y me temí que fuese en gesto de desaprobación.

—Ya sé quién es. Su abuela vive en el barrio, ¿no? Sí, su marido tenía un

quiosco donde ahora está el estanco.

Me miró buscando confirmación, pero yo no tenía ni idea, así que me encogí de hombros y ella continuó.

—Sus abuelos eran muy trabajadores. Él tenía el quiosco y ella limpiaba en casas, planchaba ropa... Gente honrada y trabajadora.

Me alegré de que sólo se le ocurrieran cosas buenas de la familia de Manu, aunque me estaba adelantando a los acontecimientos, pues aún no había terminado.

—La hija, la madre de tu amigo, ya es harina de otro costal. Creo que se llama María, como yo, y en cuanto levantó dos palmos del suelo, se volvió una descarada. Se quedó embarazada con quince o dieciséis años y tuvo a tu amigo. Nunca se supo quién era el padre. Bueno, supongo que ella sí lo sabría, pero los demás nunca nos enteramos y mira que se armó un buen revuelo, porque, además, una vez tuvo al niño, se desentendió de él. Decía que tenía que trabajar para conseguir dinero para mantenerlo... pero lo que hizo fue endosarle el problema a su madre y huir bien lejos. Recuerdo que era su abuela la que iba a llevarlo y recogerlo casi siempre al colegio.

Tragué saliva. No me estaba gustando enterarme así de la historia de Manu. Él me había contado que estaba muy unido a su abuela porque prácticamente toda su infancia la había pasado con ella porque su madre trabajaba mucho, pero se había dejado fuera los detalles más escabrosos.

—Por suerte, creo que su madre acabó reformándose. Se casó, tuvo una niña y ya asentó un poco la cabeza. ¿Qué es de tu amigo?

—Pues no sé mucho de él, la verdad —mentí, sintiéndome mal por ello.

—¿A qué se dedica?

—Creo que a bailar.

—¡Madre mía! Otro cabeza loca como su madre.

—Me han dicho que lo hace muy bien —lo defendí—. No es bailarín, sino profesor de un tipo de baile que se da en los gimnasios.

—Un artista muerto de hambre. Espero que no tenga hijos.

—No, no se ha casado.

—No se necesita estar casado para tener hijos, pero tampoco me extraña que no se haya casado: siendo hijo de quien es...

—¿Y eso qué más dará?

—Su madre, una fresca, y su padre, un donjuán del tres al cuarto, asaltacunas y huidizo.

—Cómo te gusta despellejar a la gente, mamá —protesté, sinceramente molesta por cómo mi madre estaba juzgando a Manu sin tan siquiera conocerlo.

—Lo recuerdo del colegio. Se portaba mal contigo y te hacía llorar, ¿no era él?

—Cosas de críos.

—¿Y has dicho que se ha alojado solo? ¿Estás segura?

—Pues a no ser que haya metido a alguien por la ventana... Mamá, que es broma. ¿Cómo va a meter a alguien por la ventana si está en el tercer piso?

—Es que me parece muy raro.

—Habrá venido a relajarse. Un autorregalo por su cumpleaños. —Puso cara rara, así que añadí—: Cosas más raras hemos visto.

—Desde luego, pero me sigue pareciendo extraño.

No debí sacarle el tema a mi madre, pues, cuando Manu llamó a recepción para pedir el desayuno, se empeñó en ser ella la que se lo subiera y no hubo manera de convencerla de lo contrario.

En cuanto la perdí de vista, llamé a Manu, que no tardó en descolgarme.

—¿Qué quieres saber, si tomo el café con una o dos cucharadas de azúcar?

—¡Mi madre sube a tu habitación!

—¿No ibas a subirme tú el desayuno?

—Se ha empeñado en subirlo ella; creo que va a intentar entrar por todos los medios en la habitación. No se ha tragado que hayas pasado la noche solo.

—¿Y qué hago?

—Yo qué sé —exclamé nerviosa—. Vístete y adecuenta un poco la habitación. Y si hay algún condón a la vista...

—Anoche no usamos —me recordó.

—¡Pues cualquier cosa que pueda hacerla sospechar que has estado con alguien!

—Mierda, mierda.

Lo oí pelearse con la habitación y al poco:

—¡Ya está aquí! ¿Se teletransporta o qué?

Me colgó y yo me quedé en la recepción comiéndome las uñas (metafóricamente hablando, por suerte, pues me las había pintado hacía tan sólo dos días). Atendí a una pareja de turistas que quería hacer el *check-out* y esperé y esperé y seguí esperando. Pero ¿qué narices hacía mi madre en la habitación de Manu? Me sentí tentada de llamarlo, pero no me atreví por si mi madre veía mi nombre en su teléfono. Yo a él lo tenía como Manuel Turismo para despistar a

cualquiera que viese su número en mi agenda. Trataba con mucha gente de la concejalía de Turismo y ni mi madre ni Lena ni Míriam se extrañarían al ver un contacto así en mi móvil. Él, en cambio, me tenía como Nuria.

Después de lo que me pareció una eternidad, mi madre reapareció en el vestíbulo.

—¿Y bien?

—Estaba solo en la habitación, pero yo creo que oculta algo, porque me ha abierto muy alterado.

—Igual es que antes de que llamaras estaba bailando. —Me reí nerviosa.

—Tenía la cama muy deshecha.

—A lo mejor se mueve mucho al dormir.

—Puede ser, no sé. Por cierto, le he regalado un albornoz.

—¿Y eso?

—Me ha abierto con él puesto y, mientras le dejaba las cosas en la mesa, ha empezado a decirme que era muy suave y cómodo, y como me has dicho que era su cumpleaños... ¿Te parece mal?

—No, sólo me sorprende.

—Total —mi madre se encogió de hombros—, seguro que iba a echárselo a la maleta de todas formas.

Ese fin de semana teníamos una boda por todo lo alto y Míriam estaba entusiasmada. Decía que éstas eran el lugar perfecto para ligar y que, si nos mostrábamos receptivas, probablemente podríamos salir ambas emparejadas del gran evento.

Yo no estaba tan contenta con la boda. De hecho, ojalá pudiera no acudir, pero iba a ser imposible. Había cometido el error de decirle a Míriam que no quería ir y por ello me mantenía bajo vigilancia extrema por si hacía cualquier cosa que pudiera conseguirme una excusa para librarme de la ceremonia: animar a Alba a que se tomase un día de asuntos propios justo ese sábado, romperme una pierna, comer pescado en mal estado... Bah, estoy exagerando. Pero desde que había descubierto que a mí el plan de la boda no me apetecía nada de nada, no hacía otra cosa que intentar animarme.

—Vamos a ligar un montón. Vamos a salir de la iglesia con un maromo a cada lado, ya verás.

—En la iglesia no se liga, se escucha la misa.

—Pero se pueden intercambiar miraditas. Nos sentaremos por detrás y les echaremos el ojo a todos los hombres de la sala, a ver cuál nos gusta más.

—No sabía que te gustasen las nucas.

—¿Cómo dices?

—Las nucas. Vamos a elegir hombre desde la parte de atrás de la iglesia, ¿no? Pues lo único que vamos a ver son nucas.

—Pues nos sentamos delante.

—Delante no vamos a ver nada. En la iglesia está muy mal visto mirar hacia atrás.

—Pues nos ponemos de pie y fingimos estar echando fotos o algo así para poder mirar hacia atrás.

—Para que te acaben encasquetando una cámara para todo el festejo nupcial, quita, quita.

—Por favor, Nuria, a todo le pones pegas —protestó Míriam—. Además, no lo entiendo, ¿no te apetece conocer a alguien?

—La verdad es que no.

—¿Y cómo lo haces?

—¿El qué?

—No estar subiéndote por las paredes por la falta de sexo. No me mires así, somos humanas y tenemos necesidades. Y si no de sexo, al menos sí de cariño. ¿No te apetece que te mimen?

—¿Ah, pero que los maromos de los que hablas nos van a mimar?

—Hombre, a lo mejor acaban siendo el amor de nuestras vidas. Ya sabes lo que dicen de que, de una boda, sale otra.

—Lo que me faltaba.

—Ya, yo tampoco quiero casarme, pero no me negarás que te sentaría de maravilla que un hombre se interesase en ti. Miradita por aquí, insinuación por allá; roce casual por aquí, sonrisa por allá, y vendrás más contenta que unas castañuelas.

—¿Y no podríamos ir simplemente a pasárnoslo bien tú y yo? A hablar con viejos amigos, a bailar, a aprovechar la barra libre.

—Mujer, eso se da por supuesto.

—Pues ya está.

—Pero es que, como te veo tan poco animada con la boda...

—Es que... con ésta ya van a ser tres amigas casadas.

—¿Y?

—Nada.

—¿Nada? ¿Seguro?

Suspiré.

—En las bodas de Sara y Rebeca, Javi y yo hablamos de cómo queríamos que fuese la nuestra. Bueno, hablé sobre todo yo, él sólo hacía algún que otro comentario. Entonces no me preocupó, porque supuse que, como era un hombre, pues lo de planificar un enlace no iba mucho con él, pero, sabiendo lo que sé ahora, supongo que no estaba muy entusiasmado porque ya tenía claro que no íbamos a pasar por el altar.

Solté otro suspiro y ella se sentó a mi lado y me abrazó.

—¿Así que por eso las bodas te ponen triste?

—Supongo. Me da por pensar en lo que podría haber tenido y no tengo.

—¿Y echas de menos una vida de casada con Javi?

—No —contesté sinceramente—, no con Javi, sabiendo cómo es. Pero hace tan sólo un año lo tenía todo clarísimo, y ahora... Temo el momento en el que a nuestras amigas les dé por tener hijos y empiecen a preguntar «y tú, ¿para

cuándo?».

—Pues lo cierto es que ya están tardando, así que ve preparándote porque, en cuanto una se quede embarazada, el resto irá detrás. Es como si se abriera la veda. Y como ya has dicho, hay tres casadas, así que los churumbeles deben de estar al caer.

—Quería tener tres hijos.

—¿Cómo dices?

—Mi familia ideal con Javi: tres niños y un perro.

—Bueno, mujer, si es lo que quieres, una familia numerosa con perro incluido, la tendrás, pero con otro. La única persona imprescindible en tu cuento de hadas eres tú, al resto de personajes puedes cambiarlos por completo a tu antojo: el rostro, el carácter, las aficiones —bajó la voz y se cubrió la boca con una mano—, el tamaño del pene...

Me reí.

—No sé, Míriam. En este momento soy feliz así, tal y como estoy ahora mismo, con el trabajo, con mi familia, contigo, con... —dejé las palabras en el aire, pues no podía decir «Manu». Por suerte, Míriam no se dio cuenta de la omisión—. Quizá ya no quiera ese cuento de hadas.

—A lo mejor ahora eres de gatos —bromeó, y después, poniéndose más seria, me planteó—: Entonces, ¿te has cerrado al amor?

—No, supongo que no. Si llega...

Volví a dejar las palabras suspendidas en el aire. Lo cierto era que ya tendría que tocar el amor bien fuerte a mi puerta como para que decidiera dejar lo que tenía con Manu. Todo había empezado como un entretenimiento, es verdad; un «jugando espero al hombre que yo quiero», pero nuestra relación era lo más cómodo del mundo. Me aportaba casi todo lo bueno del amor, sin lo malo de las relaciones. Cupido tendría que darme de lleno para que me decidiera a dar el salto.

—Igual llega en la boda —dijo Míriam.

—Igual. O igual todos los invitados están emparejados menos tú y yo y nos toca liarnos entre nosotras.

—¡Toma ya! No, si ya sabía yo que la falta de sexo tenía que estar pasándote factura.

Me reí y después pregunté:

—¿Y si somos las únicas solteras de la fiesta?

—¿Cómo vamos a ser las únicas?

—Creo que todas nuestras amigas llevan a sus novios o maridos.

—Pero también están los amigos del novio.

—¿Y si también están emparejados?

—Pues digo yo que habrá más invitados.

—Sí, los tíos y tíos abuelos de los novios. Y en toda familia que se precie hay un viejo o una vieja solterona en la que podremos vernos reflejadas.

—¡Madre mía! Derrochas positividad. Recuérdame que no te vea el día antes de la boda, porque me vas a hundir la moral.

Pero lo cierto es que sí nos vimos el día antes de la ceremonia, porque fuimos a que nos hicieran las uñas juntas y la acompañé a la tienda a recoger el vestido que se iba a poner al día siguiente y al que habían tenido que hacerle un par de arreglos. Al día siguiente, además, fuimos juntas a la peluquería para que nos peinasen y nos maquillasen, aunque después cada una se fue a su casa a vestirse.

Volvimos a vernos ya en la iglesia. Como yo llegué después que ella, le mandé un wasap para que me dijera en qué banco se había sentado y con sus indicaciones me resultó fácil localizar las plumas de su tocado. Estaba sentada en mitad de la iglesia y no estaba sola: un hombre de traje la acompañaba.

—No, si ésta al final sale de la iglesia con un hombre en cada brazo como se proponía.

Pero cuando me acerqué más a ellos, el corazón me dio un vuelco al darme cuenta de que quien estaba sentado a su lado era Manu. Justo en ese momento, Míriam se giró y me vio. Sacudió la mano, por si todavía no la había visto, y su acompañante también se giró hacia mí. Nuestras miradas se encontraron y Manu sonrió. Su mirada se iluminó y a mí me temblaron las piernas.

—Hola, Míriam —saludé—. Qué sorpresa, Manu. Me alegro de verte.

—Igualmente.

Se levantó y nos dimos dos besos.

—Ven, siéntate aquí al lado de Míriam —dijo, y hábilmente consiguió que me sentase entre los dos—. No sabía que vendrías a la boda, aunque debería habérmelo imaginado.

—Es verdad —intervino Míriam, asomándose a mi lado—; hasta que lo he visto aquí, no he recordado que los tres fuisteis compañeros de clase.

—Sí. Además, Clara estuvo hasta hace poco yendo a mis clases de zumba, pero, con su nuevo trabajo, el horario le viene fatal. Y tú, ¿de qué la conoces?

—Clara es prima segunda mía. Nuria y yo nos conocimos a través de ella. —

Hizo una pausa y añadió—: ¿Y qué, has preparado algún baile sorpresa para los novios?

Y yo ahí en medio sin decir nada, como si estuviera viendo un partido de tenis: cabeza para un lado, cabeza para el otro.

—No, qué va. Hoy vengo de relax.

—Pero bailarás, ¿no? ¡Yo quiero bailar contigo!

—Eso está hecho. —Manu sonrió, encantador, y entonces me miró a mí—. ¿Tú también quieres un baile conmigo, Nuria?

—Claro, ¿por qué no?

El novio ya estaba junto al altar, podíamos verlo bastante bien desde donde estábamos. La mayor parte de los invitados también estaban ya allí y conocía a muchísimos de ellos, por lo que nos saludábamos con entusiasmo. Manu aprovechó que Míriam estaba dándole dos besos a alguien para acercarse a mi oído y susurrar:

—El vestido te queda de muerte.

—A ti también te queda de lujo el traje. Vas muy elegante.

Se pegó un poco más a mí.

—¿Y sexy?

—También.

—Del uno al diez, ¿qué ganas tienes de arrancarme la ropa?

—Pórtate bien, Manu.

Tuvo que distanciarse un poco porque Míriam había vuelto a sentarse, pero volvió al ataque en cuanto se levantó ésta una vez más para saludar a una prima.

—Ya sabes que yo siempre soy muy bueno.

—En la cama, porque fuera de ella eres muy malo.

Me aparté un poco de él, pero me siguió por el banco. Volví a echarme unos centímetros hacía el lado y él me imitó. Me moví un poco más... y Míriam se sentó en mi pierna cuando, sin mirar, fue a colocarse en su sitio.

—Uy, perdón —dijo.

Manu y yo le hicimos hueco rápidamente.

Por suerte, Manu no tuvo oportunidad de volver a insinuarse, pues comenzó a sonar la marcha nupcial que anunciaba la llegada de la novia y todos nos pusimos en pie para verla avanzar por el pasillo. Llevaba un vestido blanco muy bonito e iba cogida del brazo de su padre, que estaba visiblemente emocionado. Clara, en cambio, iba sonriendo y miraba hacia ambos lados del pasillo, saludando a todos, radiante.

La misa, por suerte, no se hizo muy larga. El cura fue comedido en sus palabras y bastante ameno y, antes de lo que me esperaba, llegó el momento del sacramento, aunque antes del «sí, quiero» crucial, los novios decidieron intercambiar unas palabras. Eran unos votos personalizados en los que se declaraban su amor. Las palabras me emocionaron, pero fue la cara del novio la que me hizo llorar. Miraba a su casi esposa con tal adoración e ilusión que se me encogió el corazón. ¿Alguien me miraría así alguna vez?

De pronto noté que Manu entrelazaba su mano con la mía. Bajé la vista hacia el banco, pero había cubierto nuestras manos con su chaqueta para que nadie pudiera ver el gesto.

—¿Estás llorando? —me preguntó.

—Es precioso lo que han dicho —dije limpiándome las lágrimas con la mano que tenía libre.

Él me miró fijamente y yo no le devolví el gesto, sino que clavé mi vista al frente. Al notar que no apartaba la mirada de mí, susurré:

—Deja de mirarme o la gente se dará cuenta.

Miró hacia atrás disimuladamente y no debió de ver a nadie que nos prestara atención, pues con la mano que tenía libre cazó una lágrima fugitiva que había llegado hasta mi mandíbula. Su caricia, que secó el camino húmedo que había dejado la gota de aguasal, hizo que sufriera un escalofrío.

Volvió a mirar al frente y yo hice otro tanto. Nuestras manos seguían entrelazadas bajo su chaqueta.

En cuanto abrieron la barra libre, mogollón de gente empezó a hacer cola para conseguir su copa, así que no es de extrañar que, para cuando los novios hicieron el baile inaugural, muchos de sus amigos y también bastantes de sus tíos estuvieran más felices de la cuenta.

La comida había sido estupenda. El sitio en el que se celebraba el banquete era muy elegante y el servicio había sido magnífico. Habíamos empezado con un cóctel antes de entrar al salón, mientras esperábamos a que los novios se hicieran las fotos. Después, en la mesa, se habían sucedido varios entrantes dignos de un restaurante de renombre y tras eso había habido gambas para dar y regalar. Manu, que se había sentado a mi lado, había hecho una montaña de cáscaras que incluso el camarero, bastante gracioso, había alabado a la vez que le daba más y más.

Cuando había mirado las listas de las mesas, el nombre de Manu estaba en la mesa de al lado, que también era de amigos de la novia. No obstante, cuando Míriam y yo llegamos a nuestras sillas, él ya estaba allí.

—¡Qué bien que te hayan puesto con nosotras! —exclamó Míriam, y me clavó el codo en el costado a la vez que exclamaba—: ¡Y tú decías que no íbamos a pasarlo bien!

No respondí y, en lugar de eso, cuando me senté, le susurré a Manu:

—No te tocaba en nuestra mesa.

—Magia potagia.

—¿A quién le has quitado el sitio?

—A nadie.

No fue hasta que cotilleé lo que hablaban dos camareros que había cerca de nosotros que comprendí que Manu había puesto un plato y una silla de más en nuestra mesa.

—Tu jugada está volviendo locos a los camareros.

—Sobrevivirán, pero es que me habían colocado en la misma mesa que Lucía y su novio Carlos. No los aguanto. Aquí estoy mejor acompañado —me guiñó un ojo y, de pronto, planteó—, ¿a que sí, Míriam?

—¿Qué?

Mi amiga estaba sentada a mi lado y sospeché que había visto el gesto de Manu y por eso él la había metido en la conversación, como si que le guiñase un ojo a una chica fuera lo más normal del mundo.

—Que en esta mesa estoy muy bien acompañado.

—¡De maravilla! Quién nos los iba a decir, ¿eh, Nuria? ¡Y tú que no querías venir!

—¿No querías venir?

—No estaba de humor para bodas —contestó Míriam por mí.

Odiaba cuando hacía eso, ella o cualquier persona. Mi madre también solía ser aficionada a hablar de mí como si yo no estuviera delante.

—¿Y eso?

—Es su primera boda soltera.

—Míriam —protesté.

—¿Qué? Así seguro que Manu te cuida bien. ¿Me la vas a cuidar bien, Manu?

—De maravilla. Tú déjala en mis manos.

Di un respingo cuando su mano, acompañando sus palabras, se posó en mi muslo bajo la mesa.

Pero lo cierto fue que Manu se comportó bastante bien durante la comida y no intentó meterme mano a escondidas ni nada por el estilo. Supongo que las gambas, el jamón, el queso curado, las delicias de aguacate y el sinfín de platos que pasaron por nuestra mesa lo tentaron más que yo.

Tras la comida llegó la tarta y, poco después, se abrió la barra libre y los novios inauguraron la pista de baile. Antes de animarnos a bailar, Míriam y yo hicimos cola para pedir algo de beber. Había perdido de vista a Manu poco antes del baile de los novios y me lo imaginaba en la pista dándolo todo. Sin embargo, apenas le había dado un sorbo a la bebida que acababan de servirme cuando apareció a mi lado y me pidió bailar.

—Ahora cuando me termine la copa.

—Tiene que ser ya —insistió tirando de mí.

—Pero mi bebida...

—Toma, Míriam, cuídasela. —Manu me quitó el vaso y se lo tendió a mi amiga, que lo aceptó encantada.

—¡A bailaaarrrrr! —nos animó.

—¿Por qué tanta prisa? —le pregunté a Manu, aunque no contestó y me llevó hasta el centro de la pista de baile, donde estaba sonando una canción

agarrada.

Me sujetó entre sus brazos, pegándonos; iba a protestar porque se acercase tanto a mí delante de tanta gente, cuando me di cuenta de que miraba hacia los lados como si buscara a alguien.

—¿Qué ocurre?

—Creo que alguien le ha dado demasiado al vino durante la comida.

—¡Pero si casi no he bebido!

—Tú no, Julieta. ¡Me ha arrancado varios botones de la camisa! —Se separó un poco de mí, se apartó la corbata y pude ver que le faltaban al menos un par de botones—. ¡Y porque una mujer mayor llevaba un alfiler en el bolso y he podido cerrarme la camisa más o menos!

—Pero ¿qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? Que se ha encerrado conmigo en el baño y ha intentado arrancarme la ropa, eso ha pasado.

Sentí unos repentinos celos que se me clavaron en el pecho como un puñal. Intenté controlarme e indagué:

—Pero ¿tú qué le has dicho para que se encerrara contigo en el baño?

—¿Yo? Nada.

—¿Has ligado con ella en la iglesia o durante la comida? —interrogué, de nuevo sintiendo los celos directamente en mi pecho.

—Que no.

—¿Le has guiñado un ojo o algo así? Hay muchas cosas que tú haces de forma natural y que la mayoría de las mujeres se tomarían como muestra de interés.

—Salvo que tenga un tic, hoy sólo recuerdo haberte guiñado un ojo a ti.

—¿Y sonreído?

—¿Yo qué sé si le he sonreído? Supongo, si nos hemos cruzado. La gente normal sonríe cuando se encuentra con otra persona.

—Me refiero a una sonrisa de las tuyas.

—No. A ver, le he dado dos besos cuando la he visto en la iglesia, pero no creo que haya podido tomárselos como una invitación a que me siguiera hasta el baño y me arrancara la ropa. Si dar dos besos se puede interpretar así, me parece que hoy no salgo vivo de aquí, porque habré besado a más de la mitad de las invitadas. Para mí, eso se llama educación, no insinuación.

—¿Y te ha dicho algo?

—Que estaba cachonda. Peor que tú cuando me pediste en el bar que te

follara.

Me molestó que recordase eso en ese preciso instante, pero él continuó, ajeno a mi malestar.

—Tú, al menos, no intentaste desnudarme a la fuerza, pero la loca esta... madre mía, si hasta había atrancado la puerta del baño.

—¿Y a ella también le has dicho que no porque va borracha y eres un caballero?

—Le he dicho que no porque no quiero nada con ella.

—¿Y eso? Qué raro en ti. Si se te ha puesto en bandeja.

Eran los celos los que hablaban por mí, en un tono agresivo e inquisitivo.

Estaba celosa, aunque Manu no había hecho nada y aun cuando sabía que no tenía derecho a sentir celos por lo que hiciera o dejara de hacer. No quería sentirme así, no quería comportarme de esa forma, pero no podía evitarlo.

Nos miramos fijamente durante varios segundos. Seguíamos bailando, aunque de forma torpe y sin ir al compás de la música. Yo lo miraba de forma desafiante, molesta y cabreada; él no sé cómo me miraba. Lo cierto es que no supe interpretar su expresión. Sólo sé que al final dijo:

—Ya te he dicho que hoy vengo de relax.

Y volvió a pegarme a él como correspondía a aquel baile, pero supe que era una maniobra para que dejáramos de mirarnos. Aproveché lo que quedaba de canción para intentar tranquilizarme.

Mi reacción había sido ridícula y exagerada, y me había dejado en evidencia. Y lo peor era que no sólo me había dejado al descubierto ante Manu, sino también ante mí misma. Mis celos me habían sorprendido. ¿Acaso no tenía claro que lo nuestro no era una relación seria, que sólo estábamos jugando? Si seguro que Manu se había visto con otras durante los meses que habíamos estado juntos. Segurísimo, vamos. Entonces, ¿por qué había tenido una reacción tan visceral ante la evidencia de que Manu no sólo era un objeto de deseo para mí? ¿Por qué me había agujoneado el pecho imaginármelo en el baño, con las manos de Julieta arrancándole la ropa? No debía sentir esas cosas. Manu y yo no éramos pareja ni quería que lo fuéramos. Yo no estaba enamorada de él. Los celos estaban totalmente fuera de lugar.

De pronto, al pensar en Julieta, mi cerebro hizo una conexión de ideas y encontró una forma de huir del complicado problema que mi corazón le había planteado. Interpretar mis sentimientos en ese momento era muy difícil, así que mi mente optó por dedicarse a solucionar un problema más evidente.

Cuando la canción finalizó, me separé de Manu y me alejé.

—Nuria —me llamó.

—Nos vemos ahora —contesté, sin darle oportunidad de que me retuviera con cualquier excusa.

Me paseé por el salón, donde la gente charlaba animada, bebía, reía y bailaba. Al llegar junto a Míriam, que hablaba con un par de chicos bastante guapos, le cogí mi vaso de la mano y pregunté:

—¿Has visto a Julieta?

—¿A Julieta? Mmm... creo que no, ¿por qué?

—No, por nada, ahora vuelvo.

Seguí buscando a mi víctima por la sala y acabé dando con ella junto a la barra, que en ese instante se encontraba bastante más despejada que cuando había comenzado la barra libre.

—¡Julieta! —exclamé a la vez que me ponía a su lado—. ¿Cómo estás?

A diferencia de Manu, yo no había tenido oportunidad de saludarla antes, pues en la iglesia sólo la había visto de lejos.

—¡Nuria! ¡Qué alegría verte! —Nos dimos dos besos—. Pues muy bien. Qué bonita la boda, ¿eh? Y la fiesta está siendo genial.

—Sí, muy divertida. ¿Qué vas a tomar?

—Un daiquiri.

—¡Oh, qué exótico! Ponme a mí otro, por favor —le pedí al camarero.

Durante varios minutos nos pusimos al día y comentamos varias cosas de la ceremonia mientras bebíamos de nuestras copas... pero yo había ido a su encuentro por algo y no era precisamente por la charla intrascendente.

—He visto lo que ha pasado antes en el baño.

—¿Cómo? —Se hizo la sorprendida.

—Con Manu.

Su nombre me quemó en el pecho y sentí de nuevo las garras de los celos, pero me dije que era por lo que venía a continuación.

—No ha pasado nada —le restó importancia ella, riéndose.

Yo también me reí. De hecho, fingía estar un poco más feliz por la bebida de lo que realmente estaba para que se le soltase la lengua.

—Ya, bueno, seguro que cae, no te preocupes. ¡Quizá ha ido a buscar condones! —Mi risa me sonó más falsa que una moneda de tres euros—. Lo que quería saber es... quizá te suene raro, pero... ¿con Javi también te lo montaste en una boda o fue en otro sitio?

Se atragantó con el sorbo de daiquiri y me miró con cara de sorpresa.

—¿Có-cómo dices?

—Venga, mujer, si lo sé todo, no te preocupes. Javi me contó que se acostó contigo.

—No.

—Tranquila, no pasa nada. —Le di un golpecito en el hombro—. Ya lo he superado. ¿También fue en una boda o cuando coincidíais en el bar sin mí? Siento curiosidad.

—Yo...

—Aquí, en confidencia, ¿qué nota le pondrías? Yo, ahora que he visto más mundo, no le pondría ni un seis.

—¿En serio... en serio Javi te ha dicho que se acostó conmigo?

—Sí, contigo y con una camarera y con la chica esta del bar que se llamaba Lola y... uff, la lista es interminable. No te molesta, ¿no? El que no fueses la única. Si no me molesta a mí, menos debe importarte a ti. —Me reí y le di otro sorbo a mi copa.

—No, claro que no. Si lo nuestro fue... ya ves, una gilipollez.

La tenía, acababa de confesarlo. ¿Verdad? Decidí presionar un poco más para estar segura y, con mi mejor actuación de complicidad, interrogué:

—¿Una gilipollez de seis o de nueve?

—¡Qué va! De tres como mucho.

—¿Por qué, no llegasteis a... ya sabes?

—Sí, sí, pero... ¡espero que contigo fuera mejor, porque vamos! —Se rio, mucho más relajada y confiada.

Mi máscara se resquebrajó un poco, pero la mantuve en su sitio unos segundos más.

—¿Y dónde fue?

—Pues fíjate qué casualidad, fue en la boda de Sara, hará un año aproximadamente.

Mi actuación no aguantó más y perdí la sonrisa y el buen rollo. La miré con desprecio.

—Eres una zorra.

Y le lancé encima lo que me quedaba de bebida.

Tras la boda, Manu y yo decidimos fingir que no había ocurrido nada. Yo no quería pensar en los celos que había sentido, pues, si les dedicaba siquiera un segundo, les estaría dando importancia, y no la tenían. No significaban nada. Por su parte, él se quedó tranquilo cuando le expliqué que no me había enfrentado a Julieta por él, sino por lo que la muy guarra había hecho con Javi cuando aún estábamos juntos.

Todo seguía como siempre y una noche fui con él al gimnasio. Quería probar varias canciones nuevas directamente sobre la pista; normalmente podía montar las coreografías en su casa, sin mucho espacio, pero, cuando tenía dudas sobre cómo encajaban algunos pasos, le pedía permiso a su amigo del gimnasio y ensayaba allí, donde podía verse desde varios ángulos gracias a los espejos. Así que aquella noche tuve el privilegio de ver en primicia los pasos que en tan sólo unos días intentaríamos imitar en clase.

—No, no, dale para atrás.

Yo tenía el móvil de Manu en la mano, con el reproductor de música a la vista, y, cuando me lo indicaba, retrocedía unos pocos segundos en la canción para que pudiera probar una idea mejor. En muchos casos, yo no notaba qué había cambiado en los pasos, pero él parecía satisfecho con las correcciones.

—Así queda mejor, ¿no te parece?

Asentí con la cabeza, aunque para mí sus primeras versiones también habían sido buenas.

—¿Te apetece probar conmigo? Así veo si a la gente le costará o no.

—Yo no te sirvo para eso, a mí me cuesta seguro. Sabes que siempre me lleva varios días, si no semanas, pillar los pasos y aprendérmelos.

—Has mejorado desde que empezaste, ahora ya prevés muchos de mis movimientos.

—Porque usas los mismos pasos una y otra vez, sólo que los combinas de forma distinta. Aun así, cuando pones una canción nueva... ¡puf!

—Todo el mundo se pierde.

—La chica esta que se pone siempre detrás de ti, la que se sube al escenario contigo...

—Sí, Blanca.

—Pues ella lo pilla todo al vuelo.

—Pero es que Blanca lo lleva en la sangre.

Manu se sentó delante de mí en el suelo.

—El otro día os oí a Míriam y a ti hablando sobre un viaje a Nueva York — dijo.

—Sí, está loca buscando cosas.

—¿Cuándo os vais?

—Ya tenemos los billetes de avión para julio.

—¿Y cuánto tiempo pasaréis allí?

—Quince días. ¿Por qué?

—No, es sólo que... estaba pensando que tal vez...

Lo noté nervioso y aprovechó para secarse la frente y el cuello con la toalla y así disimular un poco.

—Que tal vez podríamos hacer algo tú y yo este verano. Alguna escapada, no sé. Si te apetece y estás libre, claro.

—¡Yo también había pensado en eso!

—¿En serio?

—¡Sí! —exclamé, feliz de que él hubiera tenido la misma idea—. Se me ocurrió que podríamos reservar una casa en las Canarias. He estado mirando y me gustaría Lanzarote. Hay muchísimas casas aisladas, rodeadas de paisaje volcánico, con piscina privada e incluso jacuzzi. ¡Sería ideal para nosotros! ¿Qué? —interrogué al darme cuenta de que me miraba en silencio—. Es sólo una idea, si prefieres algo más cerca o quizá más animado...

—No, no, me encanta tu idea. A ver, enseñame esas casas que has mirado.

Se posicionó rápidamente a mi lado, con la espalda en el espejo, y me animó a buscar en su móvil con una sonrisa.

Pero era irremediable que las cosas se torcieran. Por mucho que hubiera querido engañarme, los celos que había sentido en la boda eran síntomas claros de que estaba cayendo en la enfermedad del amor y más pronto que tarde la situación iba a estallarme en la cara.

Y, como suele pasar, resultó ser más pronto que tarde.

Míriam, Lena y yo fuimos juntas a ver una peli. El cine de nuestra localidad sólo tenía una sala y no era muy grande, aunque proyectaba estrenos. Sólo había que tener suerte para que, de todas las películas que se lanzaban cada semana, la que escogiesen los dueños fuese precisamente la que tú querías ver. En aquella

ocasión lo había sido: una película con sabor a infancia que las tres deseábamos ver, pues era la primera versión cinematográfica de una serie que seguíamos con entusiasmo cuando éramos sólo unas crías. De hecho, recuerdo haber tenido hasta pósteres de aquella serie en la que unos adolescentes adquirían poderes sobrenaturales y luchaban contra criaturas de otro planeta. La sala estaba bastante animada, por lo que la nostalgia no sólo debía de habernos afectado a nosotras.

—¿Queréis palomitas? —pregunté tras dejar mi chaqueta en el asiento.

—Habíamos dicho que no.

—Pues me ha entrado antojo y voy a ir a por unas, ¿queréis o no?

—Bueeeeno, si insistes.

—Eso, eso —secundó Míriam a mi hermana—. Nosotras haremos un esfuerzo.

—Ahora vuelvo.

Salí al pasillo y ascendí por la escalera. La sala todavía estaba iluminada, porque habíamos llegado casi cinco minutos antes. Salvo que hubiese mucha gente en la tienda, llegaría con nuestro suministro de palomitas a tiempo de ver los tráileres.

Sin embargo, entre los rostros que ya ocupaban las butacas, uno llamó mi atención. Manu también estaba en el cine y se estaba riendo de lo lindo. Mi corazón se aceleró y aleteó al verlo tan feliz y tan guapo. Una sonrisa asomó a mi rostro... y de pronto me di cuenta de que no estaba solo. Sentí que me moría al ver que quien le hacía compañía era una chica. Y no una chica cualquiera, no. La que estaba sentada a su lado, la que hacía que estuviera tan feliz, la que había dicho o hecho algo graciosísimo, no era otra que Blanca, esa que siempre se ponía en primera fila en clase de zumba, la que se subía con él a los escenarios, la que se quedaba muchos días después de clase para ensayar algunos movimientos.

Decir que sentí celos es quedarse corto. Lo que había sentido en la boda habían sido celos, lo que sentí en ese momento fue una cuchillada directa al corazón, una sensación de traición profunda y dolorosa.

Durante todo aquel tiempo, durante todos aquellos meses, ¿Manu había estado jugando a dos bandas? Y eso que yo supiera ahora, quizá había sido a tres, a cuatro, a veinte. ¿Con cuántas chicas habría estado a la vez que conmigo?

No me sentía engañada, en ningún momento le había pedido exclusividad. De hecho, lo escogí precisamente por su fama de donjuán, porque podría usarlo

sin sentirme culpable. Pero de pensar vagamente que podía seguir viéndose con otras a tener la prueba delante de mis ojos había una gran diferencia.

Además, no se estaban dando un revolcón por un arrebató de lujuria, no. Estaban teniendo una cita. La típica cita de cine, palomitas y, quizá, cena después. Y él estaba tan feliz con ella...

Verlo sonreír de esa forma con otra me hacía trizas el corazón.

Por la impresión, me había quedado parada en medio de la escalera y eso debió de hacerme destacar entre el resto de personas, pues de pronto Manu se dio cuenta de mi presencia y me saludó con una mano.

Ni tan siquiera se sintió pillado in fraganti, los remordimientos no tenían cabida en él. Me saludó tan feliz en medio de su cita.

No fui capaz de devolverle el gesto. Se me empañaron los ojos y sentí un nudo en la garganta que hizo que tragar saliva fuera misión imposible. Quería salir de allí, dejar de verlo. Y eso hice: sin saludarlo ni nada, seguí andando escaleras arriba y salí fuera de la sala. Desorientada, caminé sin saber muy bien a dónde iba. Mi mente en esos momentos era un torbellino caótico y mis ojos amenazaban con convertirse en las cataratas del Niágara.

Joder, joder, joder.

—¡Nuria! —oí mi nombre en la lejanía.

No me giré porque sabía que era él. Mis ojos buscaron a la desesperada una escapatoria y la encontraron en un cartel que marcaba unos aseos. Me metí en el baño de mujeres y me encerré dentro, o al menos lo intenté, pues el demonio que mi hermana decía que vivía en mí me poseyó y eché el pestillo con tanta fuerza que me quedé con él en la mano. Lo estuve mirando durante unos segundos, sin poder creerme que lo hubiera arrancado, y después lo lancé con ira al suelo a la vez que gritaba. El sonido que escapó de mi garganta fue liberador, así que volví a gritar, con rabia, con energía. Alguien había dejado un rollo de papel de váter sobre la encimera del lavamanos y lo estampé con todas mis fuerzas contra la pared, donde rebotó y luego cayó al suelo. Rodó hasta mis pies, desenrollándose y dejando un camino blanco de papel. Le pegué una patada. Quería atizarle a alguien, sacar la furia que llevaba dentro... y golpeé la puerta de uno de los retretes con la mano. Lo hice con la palma abierta y no con el puño cerrado, menos mal, pero aun así me pasé de fuerte y el dolor que sentí me anegó los ojos de lágrimas, logrando al fin calmar mi mal genio.

Me senté en la taza del váter, algo que jamás habría hecho estando en mi sano juicio, y empecé a llorar.

¿Por qué? ¿Por qué había tenido que enamorarme de él? Manu no era para mí, era sólo un entretenimiento. Él no me quería, sólo me deseaba. Y yo tampoco quería quererlo. No era el hombre que yo buscaba. En la vida real no podíamos ser pareja. No duraríamos ni dos semanas.

¿Por qué había sido tan estúpida de alargar tanto aquello? Era irremediable que después de tantos meses acabara encaprichándome de él... porque sí, eso era, un encaprichamiento, un enamoramiento. No era amor. Lo había tenido tantos días, semanas y meses para mí sola (o al menos yo había tenido esa sensación), que había surgido en mí una sensación de posesión, de que era mío en exclusiva. Y a nadie le gusta que le quiten algo, de ahí mi reacción. No era amor. Eran celos, sí; era una sensación de traición, sí. Pero no era amor. No era amor.

Me lo repetí una y otra vez hasta que conseguí tranquilizarme un poco.

Sólo estaba encaprichada de él, era normal después de tantas noches compartidas. Ahora era sólo cuestión de ser lista y alejarme. Podía hacerlo, porque aquello no era amor. Podría romper nuestra relación y decirle adiós sin mucho drama ni corazones rotos.

Y sí, iba a terminar con lo nuestro porque, aunque no era amor, nuestra relación ya había pasado una línea que para mí era roja, infranqueable. No quería que algo que él hiciera pudiera afectarme de la forma en que lo había hecho verlo con aquella chica.

Manu no debía tener acceso a mi corazón, salvo para aportarle cosas buenas. Por eso había durado tanto con él, porque me daba todo lo bueno de una relación sin aportarme nada de lo malo... y ahora que eso ya no era así, era momento de terminar con ella.

Unos toques en la puerta me sobresaltaron, pero más lo hizo la voz masculina que preguntó:

—Nuria, ¿estás bien? Llevas ahí mucho rato.

¿Se había quedado esperándome en la puerta?

—Sí, estoy bien. Vete a ver la película, debe de haber empezado ya.

—Pero ¿te encuentras bien?

Por suerte, parecía que no me había oído gritar ni llorar.

—Sí, tranquilo, es sólo que algo ha debido de sentarme mal.

—¿Ya estás mejor?

—Sí, nada grave. Vete a ver la película.

—No, te espero.

Supe que no se iba a ir porque estaba preocupado por mí, así que me tomé

unos segundos para reunir valor y templanza, y abrí la puerta.

—Ya estoy. Algo ha debido de sentarme mal.

—¿Estás bien, seguro? —insistió mirándome con fijeza. No se creía que estuviese bien.

—Sí; vamos, que nos perdemos la peli.

Sin darle tiempo a hablar, eché a andar hacia la sala a paso rápido.

—Qué casualidad que los dos hayamos venido a ver la misma película a la misma hora — comentó por sacar tema.

—Sí, qué casualidad.

Me sentí aliviada al cruzar la puerta de la sala, pues las tinieblas me rodearon y Manu ya no pudo seguir hablándome. Sólo me dijo en un susurro «luego nos vemos» cuando nos tocó separarnos, pero yo sabía que luego no íbamos a coincidir. Ya me encargaría yo de eso.

—¿Y las palomitas? —me preguntó Lena cuando me senté a su lado.

¡Mierda, las palomitas!

—No quedaban —mentí.

Cuando una puerta se cierra, otra se abre.

Al día siguiente, mi madre me llamó para que bajara al hotel por la mañana y al llegar me la encontré hablando con Lucas, el habitual del hotel que nos visitaba al menos una vez al mes porque trabajaba en Madrid para una empresa de la localidad. Sí, el huésped simpático que siempre pedía que lo despertásemos nosotras con una llamada en lugar de usar la alarma de su teléfono.

—Buenos días, Lucas; me alegro de volver a verte.

Normalmente, cuando lo veía estaba detrás del mostrador y en una situación así no era protocolario dar dos besos, pero al acercarme a él desde la calle, el contexto debió de parecerle menos profesional, porque se adelantó para recibirme con un par de besos.

—Yo también me alegro.

No sabía muy bien a qué se dedicaba, pero tenía entendido que era comercial o algo así. Su aspecto siempre era correcto, con pantalón y chaqueta. En aquella ocasión iba algo más relajado, con unos vaqueros oscuros, aunque seguía llevando camisa y chaqueta.

—Lucas ha reservado su habitación para cinco días —comentó mi madre desde detrás del mostrador.

—Vaya, así que esta vez nos acompañarás más tiempo. —Sonreí—. Espero que sea por un buen motivo. ¿El ascenso? —interrogué en un momento de lucidez, recordando lo que me había comentado hacía bastantes meses.

—¡Te acuerdas! Qué bien. Pues sí, al final he conseguido el ascenso.

—¡Cómo me alegro!

—Sí, y su nuevo cargo implica vivir aquí.

Miré a mi madre con suspicacia, pues nosotras solíamos ser muy discretas con la información que nos daban los clientes y, si ella estaba interviniendo en aquella conversación, era por algo. Continuó.

—Así que ha reservado la habitación mientras encuentra casa en la ciudad. Ahora mismo iba a ver a su agente inmobiliario, que va a enseñarle varios pisos, y he pensado que podrías acompañarlo.

—¿Yo? —No pude reprimir mi sorpresa.

—Sí, así podrás darle opinión sobre las zonas que le enseñe. Imagínate que se lo lleva a un mal barrio y, como sabe que no es de aquí, le dice que es maravilloso.

—Ya...

¿Desde cuándo nos dedicábamos nosotras a eso? Hubiese entendido que, si Lucas le había preguntado por una agencia inmobiliaria, mi madre le hubiera buscado el teléfono o incluso lo hubiese puesto en contacto con una persona de confianza, pero ¿encomendarme a mí esa tarea?

—Por cierto —dijo de pronto mamá—, Dorothy te manda saludos.

—¿Quién?

—Dorothy —insistió, dándole una entonación especial al nombre.

La miré con la boca abierta durante un segundo y después, recomponiendo mi expresión, me giré hacia Lucas y solté una risita nerviosa.

Lucas. La güija también se había parado encima de la ele, aunque yo no le había dado mucha importancia porque me preocupaba más la eme.

Mire alternativamente a Lucas y a la celestina de mi madre durante unos segundos mientras intentaba asimilar lo que ocurría. ¿Sería cosa del destino que, justo al día siguiente de decidir que iba a cortar mi relación con Manu, apareciese Lucas en mi vida? Bueno, miento, ya había estado allí, pero nunca lo había visto como un pretendiente.

Aunque pretendiente, pretendiente... ¿se suponía que me pretendía? Estaba claro que era mi madre la que estaba detrás de aquella encerrona y Lucas, con toda probabilidad, estaría alucinando con el servicio tan integral que ofrecía el hotel, porque mira que ayudarlo hasta a elegir casa...

Mi madre carraspeó y me tomé sólo unos segundos más para tomar una decisión.

Lucas me caía bien: era agradable, educado, con buena presencia y una bonita sonrisa. Además, según parecía, mi madre le daba el visto bueno, y yo, sinceramente, necesitaba quitarme de la cabeza a Manu, pues había pasado toda la noche dando vueltas en la cama y pensando en él.

—Bueno, pues vamos a ver esas casas.

—La invitarás a comer, ¿verdad, Lucas? —soltó la alcahueta de mi madre.

—Por supuesto.

—Oh, no, no hace falta.

—Hija, si se os hace tarde y os toca comer por ahí, tampoco vas a decir que

no. Es más, tómate la tarde libre, yo hago tu turno. Estaría bien que le enseñases a Lucas la ciudad, ahora que va a vivir aquí.

—Bueno, vayamos por partes —intervino él, al que mi madre también debía de estar agobiando—. Lo primero es ver las casas; el agente inmobiliario me espera en diez minutos.

—Pues marchaos ya y pasadlo bien —nos despidió mi madre—. Cariño, piensa que es uno de esos programas de televisión que tanto te gustan sobre casas y decoración. ¡Será emocionante! Y acuérdate de Dorothy.

Lucas y yo intercambiamos una mirada, él riéndose por el entusiasmo de mi madre y yo con cara de bochorno. Me sentía como uno de esos niños que se avergüenzan cuando alguno de sus padres va a recogerlos al colegio y los hincha a besos.

—Disculpa a mi madre —le dije a Lucas a pocos metros del hotel—, cuando se le mete algo en la cabeza...

—¿Disculparla? Me ha conseguido a la mejor guía local que podía imaginar —contestó con una encantadora sonrisa.

Lucas no había pedido que le buscaran un piso en una zona en concreto, por lo que el agente nos llevó a varios barrios y zonas de la localidad, incluso a un campo. Sus únicos requisitos habían sido que tuviera garaje, que fuera luminoso, que tuviera ascensor en caso de no estar en planta baja y que estuviera amueblado. Durante esa mañana vimos cuatro pisos y a todos les puse alguna pega.

—¿Has dormido alguna vez cerca de una iglesia? ¿No? Yo sí, en casa de mis antiguos suegros, y te llevará bastante acostumbrarte a las campanas. Marcan la hora hasta de noche. Los que están acostumbrados no sabrían vivir sin ellas, pero si eres nuevo...

Respecto a otro, comenté:

—Esta zona se inunda con facilidad.

—Mujer —dijo el agente—, inundarse, inundarse...

—En cuanto caen cuatro gotas, las calles se vuelven una piscina.

—Pero aquí casi no llueve.

—Qué alivio.

En cuanto al tercero, objeté:

—¿Éste no será el piso donde mataron a la pareja rusa?

Ya he comentado que en nuestra localidad a lo único que estábamos acostumbrados era a pequeños robos en casas, redadas de droga y cosas así, pero

de vez en cuando también pasaban cosas graves. Ahora nos sacudía la serie de robos en la que dormían con gas a las víctimas, pero hacía aproximadamente un año habíamos quedado conmocionados con un asesinato en el que una pareja rusa había sido degollada por un ajuste de cuentas.

—Pu-pues... —tartamudeó el agente—, es posible, pero no me negaréis que el piso es maravilloso. Mirad qué vistas desde el balcón. Además, lo que ocurrió fue hace muchísimo tiempo y la casa no tiene la culpa.

—¿Hace cuánto es muchísimo tiempo?

—Años —dijo el agente.

—Un año —lo contradije yo.

—Mariano, Mariano —suspiró Lucas—. Menos mal que me he traído a una amiga, porque de ti no hay quien se fie.

—Años es una forma de hablar —se excusó—. Además, ya sea un año, dos o tres, es mucho tiempo. E insisto: la casa no tiene nada que ver y su historia está limpiísima salvo por ese trágico suceso.

—Normal, si los rusos fueron los primeros dueños, ¿qué historial trágico va a tener?

—¿Cómo sabes que eran los primeros dueños? Tu madre me dijo que eras buena, pero pareces una enciclopedia de la localidad.

—Salió en todos los medios. El hombre asesinado era promotor inmobiliario y el edificio era suyo; él y su pareja fueron los primeros en vivir aquí.

Como al final se nos hizo tarde, Lucas me invitó a comer y, mientras esperábamos a que nos trajeran los platos, no dejó de alabarme.

—Con todos los peros que les has sacado a las casas, seguro que consigo que me haga una buena rebaja en cualquiera de ellas.

—Me alegro de haber sido de utilidad. La verdad es que me lo he pasado bien; como ha dicho mi madre, ha sido como ser la protagonista de uno de esos programas de casas que echan en la tele.

—¿Qué piso te gusta más por ahora?

—No sé, todos tenían algo. Seguirás visitando otros, ¿verdad?

—Sí, pero lo cierto es que el tercero que hemos visto me ha gustado bastante.

—¿El de los rusos? —Sufrí un escalofrío—. No me digas que te gusta.

—Es el mejor con creces. La terraza con vistas es fantástica, y el ventanal... Entiendo que, siendo promotor, el ruso se fuera a vivir ahí.

—Uf, yo no podría vivir en una casa donde sé que ha muerto alguien.

—¿Eres médica?

—No, pero...

—En todos sitios ha muerto alguien. ¿Tú sabes cuántos millones de humanos han muerto a lo largo de la historia? Dudo de que quede un metro cuadrado libre de muertes.

—Pero no es lo mismo una muerte natural que un asesinato. ¡A estos les cortaron la cabeza en la cama que vas a usar!

—Digo yo que la cama la habrán cambiado.

Cogí mi teléfono, donde tenía varios mensajes de Manu que llevaba ignorando desde la noche anterior. Me metí en el buscador y rastreeé en Internet hasta dar con la noticia y, más concretamente, con la imagen que tenía en mente.

—Mira.

Le tendí el móvil, donde se podía ver el escenario del crimen. La cama tenía el mismo cabecero.

—¿Cómo pudieron echar esta foto? Suerte que al menos habían quitado los muertos. —Lucas puso cara de desagrado y me devolvió el teléfono—. Pues nada, cambio la cama en caso de que al final me quede con ese piso.

—Mira el lado bueno.

—¿Cuál?

—A las chicas que llesves, podrás contarles la historia para que tengan miedo y te abracen muy muy fuerte.

Él se rio y se hizo a un lado cuando llegó el camarero con nuestra comida.

Todavía tenía el móvil en la mano y lo noté vibrar. Al mirar a ver qué era, vi que me había llegado un nuevo mensaje de Manu. Apagué la pantalla sin leerlo.

—Tampoco creo que vaya a llevar a muchas chicas a mi casa.

—¿Estás casado?

—Si estuviera casado, no llevaría a ninguna. —Se rio—. Bueno, sí, a mi mujer, pero tú ya me entiendes.

—Entonces, ¿nadie te espera en Madrid?

—No. Si lo hiciera, no habría aceptado el trabajo. O, en todo caso, ella estaría aquí para elegir la casa conmigo.

—También podría elegirla a distancia. Podrías mandarle fotos y vídeos. Las videollamadas han cambiado por completo las relaciones a distancia.

—¿Me has visto echar fotos o hacer vídeos?

—No, y me parece muy mal. No ya para mandárselos a alguien, sino para volver a ver los pisos tú mismo y así decidirte.

—Lo cierto es que ya lo tengo claro.

—El de los rusos no, por favor.

—¿Ni aun cambiando el dormitorio?

—No. Salvo que te bajen mucho el precio.

—Ya veremos.

Él pagó la cuenta y tras el almuerzo nos volvimos a reunir con Mariano, que nos enseñó otros cinco pisos. El mercado debía de estar bastante mal o el agente inmobiliario no era bueno en lo suyo, pues los inmuebles que nos mostró esa tarde no respondían a las necesidades de Lucas. De hecho, la mitad de ellos ni tan siquiera se ajustaban a los requisitos mínimos que había indicado. Uno de ellos no tenía garaje y el hombre lo apañó diciendo que seguro que en las inmediaciones encontraba alguna plaza de parking disponible; a otro le faltaban la mitad de los muebles.

—Es una decoración minimalista —dijo cuando hice notar lo vacío que estaba el apartamento.

—No hay sofá; yo creo que eso, minimalista, no es.

A otro, por la decoración tan antigua que tenía, sólo le faltaba la pareja de ancianos dormitando en el salón.

—¿Y tú no podrías hacerme un precio especial en el hotel? —me preguntó Lucas cuando ya nos batíamos en retirada—. Si me dejas la habitación al mismo precio que un alquiler, me quedo tan a gusto con vosotras.

—No tenemos parking.

—Bueno, según la filosofía de Mariano, seguro que encuentro una plaza cerca.

—¿Qué tal ha ido? —nos preguntó mi madre nada más entrar en el hotel.

Me había escrito una vez mientras estaba fuera y su mensaje había sido «tómate tu tiempo y aprovecha la oportunidad. Dorothy ya lo vio venir». Por suerte, no me había molestado más.

Lucas le desgranó nuestro día, hablándole de cada uno de los apartamentos que habíamos visitado y alabando mis comentarios, que, según él, le permitirían renegociar los precios con el agente inmobiliario. Mi madre estaba encantada con todo lo que oía y al final acabamos yéndonos los tres a cenar a un restaurante próximo.

Cuando regresé a mi casa después de un día entero fuera, y tras oír a mi madre elogiando el carácter de Lucas, su trabajo, su porte y su inteligencia, me senté en mi cama y me permití leer los mensajes de Manu. El primero era de la noche anterior, de poco después de salir del cine, y el último me había llegado

hacía tan sólo una hora.

Qué rápida has sido saliendo del cine; entre tanta gente no hemos podido hablar.

Y unas horas después, ante mi falta de respuesta, había dicho:

Espero que te encuentres bien y que tu silencio no se deba a que estás en Urgencias o pegada a un váter. Buenas noches.

Acompañó ese texto con un icono de una cara verde.

El siguiente wasap había llegado a eso de las once de la mañana.

¿Sigues sin dar señales de vida? No puede ser nada bueno.

Y el siguiente:

¿Hoy te espero en zumba? Si crees que tienes un virus, mejor no vengas, no vaya a ser que te cargues a toda mi clientela.

Y, acompañando el texto, de nuevo la carita verde, otra con mascarilla y una con termómetro.

Y el último mensaje decía:

Me he pasado por tu casa, pero no estás. Míriam no sabe nada de que te estés muriendo, así que supongo que simplemente estás liada. Este finde lo paso en una formación en Madrid y esta madrugada cojo el tren, así que nos vemos ya la semana que viene. Besos.

El wasap que le escribí me llevó muchísimo tiempo redactarlo y todavía más enviárselo:

Hola. Estoy bien, sólo que muy ocupada, siento no haber respondido antes. Creo que ha llegado el momento de que nuestros caminos se separen. Lo he pasado muy bien contigo y te doy las gracias por estos meses, han sido muy divertidos. Espero que lo pases genial en Madrid y que nos veamos por ahí. Un beso.

Poco después de mandar el mensaje, recibí una llamada de Manu. Me tembló todo el cuerpo mientras miraba su nombre (bueno, el alias que le había puesto en mi agenda, Manuel Turismo) y no me vi capaz de hablar con él, así que colgué y apagué el teléfono. Intenté conciliar el sueño durante horas, pero no lo conseguí. Finalmente, a eso de las tres de la mañana, volví a encender mi móvil para ver si me había escrito algo y sí que tenía un wasap suyo.

Me alegro de que estés bien. Como te he dicho, estoy de viaje, pero vuelvo este domingo por la tarde y, si te parece bien, me gustaría quedar para hablar sobre lo que comentas. Que pases buen fin de semana.

No quería hablar con él cara a cara, pero tenía hasta el domingo para inventarme una excusa, así que preferí no contestarle en ese momento. El sábado por la noche o el domingo por la mañana le diría que no podía quedar con él porque estaba muy ocupada. Con un poco de suerte, se daría por enterado y no volvería a molestarme; con menos suerte, tendría que hacer de tripas corazón y quedar con él para decirle que había llegado el momento de poner punto final a nuestra relación.

No volvió a importunarme durante el fin de semana, que pasé dividida entre el hotel y Lucas. Él, pese a llevar trabajando casi cinco años para una empresa local, nunca había hecho turismo por nuestro entorno, por lo que había bastante que enseñarle.

La compañía de Lucas me resultaba muy agradable y nuestros paseos y visitas siempre estaban amenizados por animadas charlas. Sabía que podíamos congeniar como pareja, pero lo cierto es que sentía que mi madre me lo estaba metiendo con calzador y aquello me echaba un poco para atrás. El sábado, de hecho, nos organizó una cena romántica. Y cuando digo *romántica*, me refiero a que era a la luz de las velas y todo.

—¿Se ha ido la luz en el barrio? —inquirió Lucas mientras nos dirigíamos a nuestra mesa.

—No, verás... tengo que contarte algo, así quizá entiendas muchas cosas.

—Soy todo oídos —dijo, y en un caballeroso gesto, me apartó la silla para que me sentara.

—Verás... mi madre tiene la extraña idea de que tú y yo podríamos... llevarnos bien.

—Nos llevamos bien.

—Más que bien —especifiqué, y después mentí—: No sé muy bien qué tiene en la cabeza, pero se pasa el día haciendo de celestina.

Claro que sabía qué cable había cortocircuitado el cerebro de mi madre: un cable llamado Dorothy.

Sin embargo, para mi sorpresa, Lucas contestó:

—La verdad es que quizá sea culpa mía.

—¿Tuya?

—Sí; verás: el otro día le pregunté por ti, porque hacía mucho tiempo que no te veía y...

—No es excusa.

—Quizá también intenté indagar un poco sobre tu vida —añadió un poco avergonzado.

—¿Ah, sí?

—Sí. Hace un tiempo, cuando vine, te noté un poco triste y como después dejé de verte en el hotel... así que el otro día decidí preguntarle a tu madre por ti. Me contó que es que habías tenido problemas sentimentales y que por eso te había visto decaída, y que después habíais hecho varios cambios en el hotel y que ya no te encargabas ni de los turnos de noche ni de los de primera hora de la mañana, que es cuando yo llegaba y salía del hotel normalmente.

—Mi madre, toda una fuente de información. —Me reí, aunque me molestó un poco que hubiera aireado tanto mi vida.

—Lo cierto es que te echaba de menos.

De nuevo las palabras de Lucas me sorprendieron.

—¿A mí?

—Sí. ¿Sabes por qué siempre vengo a vuestro establecimiento?

Negué con la cabeza.

—Antes solía quedarme en otro, una pensión que hay en la otra punta de la ciudad. Me pillaba más cerca de las oficinas de la empresa, así que en teoría me venía mejor... pero una noche me dijeron que estaban llenos porque tenían hospedados a los participantes de una convención de no sé qué y decidí alojarme en vuestro hotel. En esa época el teléfono me daba problemas, así que no me fiaba de poner el despertador y recuerdo que te pedí que me despertases con una llamada. Cuando me atendiste, pensé que eras preciosa, pero fue tu llamada al

día siguiente lo que me dejó completamente alucinado. No sólo me comunicabas que era la hora de levantarme, sino que tu adorable voz me decía el tiempo que hacía y me dedicaba casi un minuto hasta que me espabilaba del todo.

Lo miré sonrojada.

—Siem-siempre... lo-lo hago así —tartamudeé.

—Pues eres la única. Algunas veces me ha despertado tu madre y otras, la chica esta que estaba antes...

—¿Lena?

—Sí, creo que sí. Y daban ganas de lanzarlas lejos, como cuando suena un despertador. Contigo, en cambio... daban ganas de quedarse ahí, escuchándote todo el día.

Nos miramos durante unos largos segundos a la luz de las velas y después dije:

—Así que por ese valor añadido que le doy al servicio de despertador nos elegiste, ¿no? Tendré que destacarlo entre nuestras peculiaridades; a la gente seguro que le gusta, aunque el servicio de despertador no es algo que se siga usando mucho, ahora que están los móviles.

Pero él no estaba dispuesto a que desviase el tema de su objetivo y continuó.

—Desde ese día me estuve fijando en ti, en tu encantadora sonrisa, en tu trato tan amable... en lo guapa que eras —me piropeó con una sonrisa—, pero no me atreví a decirte nada porque me enteré de que tenías pareja.

Asentí con la cabeza sin saber muy bien qué otra cosa podía hacer.

—Supongo que no era el momento adecuado, pero quizá ahora... Voy a empezar a trabajar aquí con un buen puesto y tú estás soltera.

No sé qué vio en mi cara, pero preguntó:

—¿O estás con alguien?

—No, no. Estoy soltera. Lo que pasa es que... necesito que nos tomemos las cosas con calma.

—Por supuesto, apenas si nos conocemos; iremos paso a paso, a ver qué surge. Aunque he de decirte que me gustas mucho, Nuria. Estos días que hemos pasado juntos han sido muy divertidos y agradables, ¿no te parece?

—Sí, yo también me lo he pasado muy bien contigo.

—Bien, me alegra saberlo. Entonces es sólo cuestión de seguir así, a ver dónde nos lleva esto. Por suerte tenemos tiempo; en unos días tengo que volver a Madrid para ultimar algunas cosas de la mudanza, pero luego regresaré y aquí me quedaré para que podamos conocernos mejor.

—Estupendo.

Lucas era un buen hombre y de verdad pretendía tomarse las cosas con tranquilidad. Esa noche, pese a que habíamos acordado que íbamos a empezar a conocernos más, no buscó mi boca, sino que se despidió con dos cariñosos besos en las mejillas.

Sin duda era un firme candidato para ser mi viejo nuevo amor, ese que me haría feliz y crearía conmigo un vínculo fuerte y duradero.

El domingo por la mañana le escribí a Manu para decirle que ese día no podía verlo, que tendríamos que quedar en otra ocasión. Estaba siendo una cobarde y una inmadura, lo sé. Haber cortado con él mediante un mensaje de WhatsApp hablaba bastante mal de mí, aun cuando nuestra relación no había sido formal. En algún momento tendría que darle explicaciones, pero, por mí, cuanto más tarde, mejor.

No obstante, Manu no me dio esa opción. Pese al wasap que le había mandado, se presentó en el hotel todavía cargado con el pequeño macuto que llevaba a sus viajes.

—¿Qué haces aquí?

—Eres una mujer tan ocupada que tendré que robarte los minutos de donde sea —me aclaró con una sonrisa—. Por cierto, el viaje, estupendo. He grabado una canción con Beto, ¡qué pasada!

Beto era Beto Pérez, el colombiano que había creado la zumba. Era su jefe y su ídolo, así que el fin de semana debía de haber sido de lo más emocionante para él.

—Me alegro muchísimo —le dije con sinceridad—. ¿Qué tal es? ¿Tuviste que hablar inglés con él?

—Qué va, todo en español. Y es un tío genial. Aluuucinante. Una positividad, una energía... me ha encantado. Y volveré a coincidir con él en el crucero, ¡qué ganas!

—Eso es fantástico y te lo mereces, de verdad.

—Y sobre lo que me dijiste en el mensaje...

—Aquí no —atajé mirando hacia los lados.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¿En tu casa esta noche?

—No... no lo sé.

—Sólo quiero hablar.

—Quieres convencerme de que cambie de opinión.

—¡Para nada! Sólo quiero asegurarme de que no quieres cortar porque te ha

dado otro ataque de pánico y moralidad de los tuyos.

—Eso ya está más que superado.

—¿Entonces?

—Pues que ha llegado el momento de tomar caminos distintos y ya está. ¿Es que nuestra relación tenía permanencia como los móviles o qué?

—No, claro que no, pero me gustaría hablarlo, ¿vale? Si no quieres que sea en tu casa, en una cafetería o en mi coche o... yo qué sé, donde tú prefieras.

En ese instante entró un grupo de cuatro huéspedes por la puerta y claudiqué.

—De acuerdo. Esta noche en mi casa, a la hora de siempre.

—¿A la hora de siempre? —Enarcó una ceja.

—Porque he quedado para cenar y porque así no te verá nadie.

—Vale, vale.

La cena que tenía era con Lucas, que me llevó a un elegante restaurante de sushi donde hacían auténticas delicias. No obstante, no pude disfrutar la cena como se merecía, pues conforme se acercaba la hora fui poniéndome más y más nerviosa. Me imaginaba a Manu de nuevo en mi piso, donde tantas veces habíamos gozado con nuestros cuerpos, y me echaba a temblar. Tenía miedo de caer en la tentación, de no ser capaz de controlarme, de olvidar momentáneamente por qué quería dejarlo con él.

Cuando Lucas me dejó en mi casa, se despidió de nuevo con dos besos. Lo vi titubear antes de dármelos e intuí que estaba debatiendo si buscar mis labios o mis mejillas. Quizá tendría que haber sido yo la que lo besara en la boca, sólo por probar. A fin de cuentas, le estaba dando una oportunidad a lo nuestro, ¿no? Pero había sido sincera cuando le había dicho que quería que nos tomásemos las cosas con calma. Sus besos todavía no me llamaban.

Manu llegó más puntual que nunca y, como siempre, me avisó al móvil para que le abriera tanto la puerta de abajo como la de mi piso sin necesidad de tocar al interfono ni al timbre. Mantuvimos una conversación intrascendente que apenas si conseguimos hacer durar un minuto completo, el que nos llevó sentarnos en el salón. Le ofrecí si quería algo de beber, pero me dijo que no.

—Entonces —fue directo al grano, incapaz de seguir andándose por las ramas—, ha llegado el momento de que nuestros caminos se separen.

Oírlo de su boca me hizo estremecer. Le había dado cientos de vueltas a aquella frase antes de enviársela; no sabía cómo decirle que habíamos terminado sin sonar demasiado dura. Aun así, sus palabras, mis palabras, me sacudieron por dentro.

—Sí —afirmé tras aclararme la garganta—. Han sido unos meses estupendos, me lo he pasado genial y me has tratado de maravilla. Te lo agradezco muchísimo; sé que normalmente este tipo de relaciones no son así y...

—Así, ¿cómo?

—Siempre has sido muy cariñoso y detallista conmigo. Sé que es tu fuerte, hacer sentir a las chicas especiales, y doy fe de que se te da de fábula, porque yo me he sentido muy bien a tu lado. Lo de despedirnos siempre mirándonos a los ojos, las risas con las clases de inglés, las caricias de después, lo paciente que fuiste al principio con mis dudas, las clases de baile con final feliz... Sé que no sólo hemos tenido sexo y te lo agradezco mucho, porque así he estado mucho más cómoda con la relación.

—Me alegro de que hayas sabido apreciarlo, que te hayas dado cuenta de que lo nuestro es diferente.

—Sí, soy muy consciente de ello y por eso te lo agradezco.

—Esto ha sido cosa de los dos, así que deja de agradecermelo —me pidió, y me pareció que estaba un poco enfadado—. Entonces, si tan bien estamos, ¿por qué quieres que lo dejemos?

—Porque es el momento.

—¿Has conocido a alguien?

Me llevó varios segundos poder contestar y, cuando lo hice, la respuesta me pesó en el pecho.

—Sí.

—¿Sí? —interrogó con incredulidad.

Se lo confirmé con la cabeza.

—¿Quién es?

—No lo conoces.

—Pero... ¿estáis saliendo?

—Nos estamos conociendo.

—Entonces no vais en serio.

—Sí vamos en serio, sólo que vamos poco a poco.

Lo noté confundido y con el cuerpo tenso. Parpadeaba con rapidez y movía las manos sobre sus rodillas con nerviosismo.

—¿Desde... desde cuándo?

—Hace sólo unos días, pero creo que podría ser la persona adecuada.

—Ya... ¿Lo quieres?

—Todavía es pronto.

—¿Eso es un no?

—Todavía es pronto —insistí.

—Entonces aún tengo una oportunidad.

—Una oportunidad, ¿para qué?

Lo tenía sentado delante, pero se colocó a mi lado en el sofá, desde donde podía cogerme las manos.

—Nuria, yo... yo... tengo sentimientos por ti.

—¿Sentimientos?

—Te quiero.

Me puse de pie como si tuviera un resorte en las piernas.

—¿Que tú qué? Eso no es posible.

Me alejé unos pasos y él también se puso de pie para estar a mi altura.

—Lo es. No soy bueno haciendo sentir especiales a las chicas, soy bueno haciéndote sentir especial a ti.

—Me dijiste que lo nuestro sería pasajero, un pasatiempo hasta que yo encontrase a la persona adecuada.

—Es cierto, pero quizá yo sea la persona adecuada.

—No, no lo eres —le espeté—. Quiero que te vayas.

—Nuria, escúchame.

—Que te vayas.

—Pero...

—¿¡Cómo puedes decirme que tú eres la persona adecuada si has estado viéndote con otras todo este tiempo!? ¿¡Cómo puedes decirme que me quieres si hace sólo unos días te vi con otra!? Estás mal de la cabeza, Manu. Vete.

—No he estado con nadie en todos estos meses.

—¡Mentira!

—Te lo juro. Desde que tú y yo lo hicimos por primera vez, no he vuelto a estar con nadie.

—¿Cómo puedes ser tan mentiroso?

—Te lo prometo.

—¡Te vi, Manu, te vi!

A esas alturas, ambos estábamos gritando.

—¿Con quién?

—En el cine, con Blanca, tan felices los dos. Y te quedas muchos días con ella después de clase, para enseñarle los pasos que necesita porque, ¡sorpresa!, también la subes al escenario contigo y...

—¿Blanca? —me interrumpió Manu. Se echó a reír—. ¿Blanca?

—¿Y encima te ríes? ¡Vete a la mierda, Manu! Sal de mi casa, pero ya. No quiero volver a verte.

—¡Blanca es mi hermana!

—¿¡Qué!?

—Es mi hermana pequeña. Te hablé de ella, ¿recuerdas? Me dijiste que te acordabas de que yo la llevaba al colegio de la mano. ¿Y por qué crees que dije que llevaba lo de bailar en la sangre?

—Porque era buena —murmuré.

—Porque era mi hermana.

Me quedé parada mientras asimilaba aquella información. Ahora entendía que él hubiera reaccionado tan normal cuando los pillé riéndose.

—¿Por eso te comportaste así en el cine? —preguntó ante mi mutismo—. ¿Estabas celosa? No tienes por qué estarlo, es mi hermana. Y te juro que desde que estamos juntos no he estado con ninguna otra; ni siquiera podía mirar a otra con deseo.

Se acercó a mí y me cogió la cara para besarme, pero me aparté.

—No.

—Te quiero.

—No —contesté con los ojos llenos de lágrimas—. No eres el hombre que yo quiero.

—Pero tú también sientes cosas por mí. Lo sé.

Volvió a deshacer los pasos que nos separaban y yo retrocedí una vez más.

—No quiero estar contigo, Manu.

—Pero si somos perfectos el uno para el otro. Estos meses han sido la prueba.

—¿La prueba? ¿Crees que una relación de verdad es lo que hemos tenido? ¡Tú no sabes nada de las auténticas parejas!

—¿Ah, no? ¡Pues ilumíname! ¿Qué tiene ese otro con el que has estado viéndote para que él sí pueda ser tu pareja perfecta y yo no?

—¡Tantas cosas!

—¡Pues empieza!

—No sabría ni por dónde hacerlo.

—Por el principio, por el final, ¡me da igual! Dime una, Nuria, una cosa que tenga él y yo no.

—Pues, por ejemplo, un trabajo de verdad.

—¿CÓ...? —La palabra quedó cortada porque soltó una carcajada de incredulidad, aunque su rostro no mostraba ni un ápice de diversión, sino más bien de enfado—. ¿Cómo? ¿En serio? No me lo puedo creer.

—Trabajas bailando porque ni siquiera fuiste capaz de terminar la educación obligatoria.

—He terminado la ESO y me he sacado el bachillerato. ¿Y sabes qué? Que, aunque no lo hubiera hecho, ¿qué más da? Hay gente que vale para estudiar y gente que vale para otras cosas. Yo estoy muy orgulloso de mi trabajo porque hago feliz a la gente. Igual que podría hacerte feliz a ti si no fueras tan estúpida de pensar que un trabajo y el nivel de estudios pueden hacer que seas feliz o no con una persona. ¿Sabes qué? Me voy. Estoy tan cabreado ahora mismo que no puedo seguir hablando contigo. Ya descubrirás por ti misma lo equivocada que estás, que el hombre que realmente quieres no es el hombre que te han enseñado a buscar; que un trabajo no da la felicidad, especialmente si no es el tuyo, sino el de tu pareja, y que, por muchos estudios que tengas, las conversaciones en la intimidad no son más divertidas ni interesantes. Y cuando descubras todo eso y además te des cuenta de que sus besos tampoco te hacen sentir como los míos, y que has renunciado a algo que te hacía feliz por algo que simplemente te hace quedar bien ante los demás, llámame para que pueda decirte «te lo dije».

Salió de mi casa dando un portazo que resonó en todo el edificio, pero especialmente en mi interior. Me resquebrajé por dentro y me eché a llorar.

Las palabras de Manu no me dejaron dormir en toda la noche. Me pesaban por dentro, me reconcomían. Me había dicho que me quería, que quería que tuviéramos otro tipo de relación, que no había estado con nadie más desde que empezamos. ¿Sería todo verdad o sólo era una estrategia para mantenerme a su lado? Supongo que sí albergaba sentimientos hacia mí, sino no tendría sentido que quisiese seguir a mi lado... pero ¿de verdad sería amor o sólo encaprichamiento? ¿Y de verdad no habría estado con nadie más en todo ese tiempo? ¿Por qué, si yo no se lo había pedido? Había dicho que era incapaz de mirar a otra con deseo... ¿Lo creía?

¿Y qué más daba si lo creía o no? Yo no lo quería en mi vida. Tal y como le había dicho, no era el hombre que yo buscaba. Yo... yo... ¿qué buscaba?

La forma en que me había mirado, sus palabras después de que le dijera que Lucas al menos tenía un buen trabajo, me hacían sentirme la persona más superficial del mundo. ¿En serio lo único que buscaba en un hombre era que tuviera estudios, trabajo y cierta posición social? No, no era lo único. También debía hacerme feliz y debíamos llevarnos bien, congeniar. Y con Lucas tenía eso, ¿no? Las mejores parejas son las que también son amigas, y Lucas y yo habíamos demostrado que podíamos serlo... aunque más todavía lo habíamos demostrado Manu y yo durante aquellos meses.

Él podía hacerme reír, aunque el día hubiese sido una mierda; él siempre conseguía que esperase con ganas el momento en que volviésemos a vernos; él se preocupaba por mí; él me buscaba; él quería pasar tiempo conmigo.

Pero no podíamos estar juntos. Él era un donjuán. O lo había sido, porque decía que no había estado con otras desde que empezamos, ¿sería cierto? Era más fidelidad de la que Javi me había profesado, y Manu lo había hecho de forma voluntaria.

Él se dedicaba a bailar... pero tenía razón, ¿qué más me daba a mí su trabajo? Yo ya tenía el mío y a lo que él se dedicase debía darme igual siempre que no fuese un asesino, un ladrón o un gandul. Con su profesión hacía felices a las personas, me hacía feliz a mí cada vez que iba a una de sus clases y acababa sonriendo y dando botes como una loca. Incluso hacía feliz a Míriam, que había

conseguido aguantar más de medio año con un mismo *hobby*. Manu obraba milagros.

Él tenía una familia cuestionable. No se sabía quién era su padre, su madre prácticamente lo había abandonado durante años hasta que después sentó la cabeza y regresó... pero era innegable que Manu quería a su abuela y, ahora que sabía que Blanca era su hermana, también sabía que la quería a ella. Podía tener una historia familiar un poco gris, pero tenía familia y la quería. Y aunque no fuese así, yo no iba a salir con su familia, sino con él.

Él...

Y así una y otra vez a lo largo de toda la noche. Una lista de motivos por los que no era el hombre adecuado para mí, y resultaba que todos eran tan frágiles que, con sólo un pequeño cambio en mi forma de mirarlos, dejaban de ser problemas.

Porque el único problema insalvable era que él se enamoraba de todas y de ninguna. Lo único que no podría solucionar sería que no me quisiese para otra cosa que no fuera el sexo. Pero me había dicho que me quería...

¿Y yo? ¿Lo quería a él? En el baño del cine me había repetido un millón de veces que no, pues era la única forma de hacer que la traición que sentía en mi pecho dejara de matarme, pero mis celos, mi rabia, mi desasosiego, sólo tenían sentido si lo quería.

¿Lo quería?

No pegué ojo hasta que el sol comenzó a entrar a través de la ventana de mi habitación y entonces, como suele ocurrir, fue cuando me entró sueño. Aun así, sólo logré sumergirme en un duermevela del que me sacó el sonido de la puerta de mi piso al abrirse. Me levanté rápidamente, pues todo el mundo solía llamar antes de entrar, y, al asomarme al pasillo, vi que se trataba de mi hermana.

—¿Qué haces aquí, no deberías estar trabajando?

—Hoy voy a entrar más tarde y se me ha ocurrido que podríamos desayunar juntas. ¡He preparado masa de crepes! ¿Lo tienes todo donde siempre?

Su entusiasmo me resultó chocante en comparación con mi estado de ánimo, que estaba por los suelos. La seguí hasta la cocina, donde se había puesto a buscar en los armarios la sartén que le gustaba.

—¿Desde cuándo haces tú crepes un lunes por la mañana? Es más, ¿desde cuándo haces tú crepes?

—Desde que mamá me dijo que no me preparaba más porque me pasé todo un mes desayunando esto todos los días... ¿Y qué pasa? He pensado que

podíamos empezar el día tranquilamente las dos. Seguro que te sienta bien. También he traído chocolate que he hecho con la Thermomix de mamá. Tú siéntate, que en un plisplás lo tendré todo hecho.

—¿Por qué dices lo de que me sentará bien?

—Pues... por lo de anoche.

—¿Lo de anoche? —contuve la respiración.

—Os oímos —confesó sin mirarme mientras encendía el fuego.

Colocó la sartén sobre el fogón, le echó unas gotas de aceite y después se giró con timidez hacia mí.

—¿Nos oísteis?

—A Manu y a ti.

—¿Tú y quién más?

—Mamá.

Tragué saliva y tuve que sentarme en una silla.

—¿Qué ha dicho ella?

—A mí, nada.

—¿Cómo que a ti?

—Pilló a Manu en la escalera.

—¡No!

—Al oír el portazo, salió y él bajaba bastante cabreado por las escaleras, así que se encontraron.

—¿Y?

—No mucho.

—¡Lena, por Dios, dime qué pasó!

Mi hermana apagó el fuego sin llegar a haber echado ni una sola gota de masa.

—Mamá... —Le costaba hablar—. Mamá le dijo que te dejara en paz.

—¿Sólo eso?

—No. Le preguntó que quién se creía que era para estar contigo. «No eres nadie, no le llegas ni a la suela de los zapatos a mi hija, ¡no tienes derecho ni a mirarla!», le espetó. Me sentí mal hasta yo.

Me costaba respirar. Parpadeé para controlar las lágrimas.

—Voy... voy a ducharme —conseguí balbucir a la vez que me ponía de pie.

—¿Estás bien?

—Sí, estupendamente.

—Nuria...

Me detuve en la puerta, de espaldas a mi hermana, que esperó a que me decidiese a hablar.

—Es un buen tío, no se merecía que mamá le dijese eso. Ni tampoco lo que le dije yo. Él... él...

Me eché a llorar y Lena rápidamente me abrazó.

—Tranquila, no pasa nada, seguro que puedes arreglarlo.

—Pero es que yo... no sé... no sé qué siento... Estoy confundida. Y él me ha dicho que me quiere, y que... y que...

—Tranquila.

Me apreté fuerte y aguanté mi tormenta de llanto, mocos y balbuceos. Volví a estar como al principio de esta historia, hecha un desastre por dentro y por fuera. Cuando finalmente conseguí tranquilizarme y le conté con más calma la historia, mi hermana me escuchó con paciencia. Con los datos, podía ser clara: cuándo habíamos empezado, cuándo nos veíamos, cuándo había tomado yo la decisión de terminar la relación... pero hablar de sentimientos era ya más difícil, porque estaba hecha un lío.

—No sé qué siento, no sé qué hacer. Lo último que me esperaba era que Manu me dijera que me quería, que quería una relación seria conmigo.

—Y por Lucas, ¿qué sientes?

—No sé... nos estamos conociendo. Él me dijo que le gustaba desde hacía tiempo y que, ahora que iba a vivir aquí y yo estaba soltera, pues podíamos darnos una oportunidad... Es muy majo y muy buena persona.

—Pero ¿qué sientes por él?

—¡No lo sé!

—Cuando lo besas, ¿qué sientes?

—No lo sé, no nos hemos besado todavía.

—¿No? Pero si lleváis unos días que parecéis siameses.

—No ha surgido, no sé. Le pedí que nos tomásemos las cosas con calma y me está haciendo caso.

—Pues quizá deberías besarlo y ver qué sientes. Si no sientes nada, lo eliminas de la ecuación y un problema menos.

—Pero, aunque Lucas no estuviese... ¿de verdad quiero estar con Manu? ¿Puedo fiarme de alguien como él?

—¿Fiarte?

—Siempre está rodeado de chicas y es guapo a rabiar, ¿podría fiarme de él? No podría vivir con la duda de si me es fiel o no; después de lo de Javi, dudaría

de cualquier chico, pero es que de Manu más todavía.

—¿Crees que miente cuando dice que no ha estado con otras?

—No... sí... no sé. Puede ser, pero... ¿ni siquiera al principio? Si de verdad se ha enamorado de mí, es normal que en los últimos meses no haya estado con nadie, pero ¿desde el inicio? ¿Y lo de que ni siquiera es capaz de mirar a otras con deseo? No sé...

—Dorothy dijo que el amor de tu vida sería un nuevo viejo amor, ¡igual Manu lleva enamorado de ti desde el principio! ¡Desde hace años, incluso!

—Me dijo que de pequeño me quería.

—¿Ves?

—¡Pero eso era de pequeño! Y me dijo que se le había pasado. Además, Lucas también puede ser un nuevo viejo amor. Me confesó que se fijó en mí hace mucho tiempo, cuando empezó a venir al hotel, pero no dijo nada porque yo estaba con Javi y, además, él no estaba viviendo aquí.

—Tienes muchos frentes abiertos, tienes que cerrar uno. Yo voto porque decidas si Lucas merece la pena o no.

—Claro que merece la pena.

—Como persona, sí, ya me has dicho que es muy buena persona y tal, pero ¿y cómo pareja? Yo voto porque lo beses y, si no sientes nada, ¡un problema menos! Y así puedes centrarte en qué quieres hacer o no hacer con Manu.

—¿Cómo voy a besarlo para después decirle «ah, no, que resulta que no quiero nada contigo»? Las personas normales saben si quieren a una persona o no sin necesidad de besarla.

—¿Tú sabes si lo quieres?

—Es que es muy pronto para quererlo.

—Pues un beso disipará tus dudas de si podríais tener algo más que una amistad o no. —Vio que iba a protestar y se me adelantó—: ¿Recuerdas cómo fue tu primer beso con Manu?

¿Si lo recordaba? La pregunta era cómo podría olvidarlo.

—Incendiario.

—Pues a ver si Lucas es capaz de hacer saltar al menos una chispita. Si no, yo de ti me quedaría con el hombre que te provoca incendios.

El momento oportuno para besar a Lucas no tardó en llegar, pues esa tarde le cambié el turno a Alba para poder ir con él a ver unas casas más y volvió a invitarme a cenar. La cita no fue como siempre, ni remotamente. Él seguía siendo el mismo, pero yo estaba distraída y triste. Me preguntaba qué estaría haciendo Manu, si se estaría lamiendo las heridas con el cariño de otra mujer, una que le quisiera tal y como era, que no necesitase que su relación fuera un secreto para poder estar con él.

¿Estaría muy cabreado conmigo? Si lo llamaba, ¿me respondería? ¿Querría siquiera hablar conmigo después de lo que le había dicho, de lo que le había dicho mi madre?

Cuando llegó el momento de despedirme de Lucas, supe que era mi oportunidad de besarlo, de descubrir si había que eliminarlo de la ecuación. Lo vi dudar una última vez sobre si lanzarse o no y tomé la decisión por él. Me puse de puntillas y alargué el cuello en busca de su boca. Todo se ralentizó, vi su rostro acercarse a cámara lenta hacia mí, nos íbamos a besar en tres, dos...

Giré la cara en el último segundo y sus labios se encontraron con mi mejilla.

—Lo siento, Lucas.

No necesitaba besarlo para saber que no iba a sentir nada. Con Manu, sólo con mirar sus labios, sentía calor por dentro. Su proximidad me tentaba y la anticipación era dulce y ardiente.

Un beso que no es anhelado no puede provocar la clase de fuegos artificiales que Manu me hacía sentir.

—Lo siento, Lucas —repetí, y me aparté de él—. Creo que podemos ser amigos, pero no estamos predestinados a ser algo más.

—¿Predestinados? No creo en el destino. Sólo necesitamos un poco más de tiempo.

—Yo... no he sido del todo sincera contigo y lo siento mucho.

—¿A qué te refieres?

—Creo que siento algo por otra persona.

—¿Crees? ¿Y todos estos días conmigo qué han sido, una distracción? —planteó dolido.

—No, te juro que no. Quería intentarlo de verdad, pero... no puede ser. Lo siento mucho.

—Podrías haberme dicho que necesitabas más tiempo o algo así... no sé, cualquier cosa para que no me ilusionara.

—Lo sé, lo siento.

Suspiró y lo vi encajar el golpe, intentar procesarlo todo. Al final, con los brazos cruzados sobre el pecho, dijo con una sonrisa tensa:

—Bueno, me quedo con la parte buena.

—¿Cuál?

—Que ahora puedo quedarme con el apartamento de los rusos sin tener que preocuparme de que no quieras vivir conmigo.

Me reí yo también, aliviada por su reacción.

—Gracias por tomártelo tan bien.

—Hombre, bien, bien... Pero ¿cómo quieres que me lo tome? Me da pena y rabia, pero... ¿qué se le va a hacer? Porque no puedo hacerte cambiar de opinión, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Pues entonces ya está. No soy de entrar en guerras perdidas de antemano. Como venganza me llevaré el albornoz del hotel y listo.

—¿Qué obsesión tenéis todos con los albornoces?

Aclararlo todo con Lucas fue un alivio. Sentía un poco de pena, pues sabía que había dejado pasar a un buen hombre, pero, arrepentimiento, ninguno. Esperaba que pudiéramos ser amigos en un futuro.

Al llegar a mi casa, saqué el móvil del bolso y, tras reunir el valor suficiente, llamé a Manu. Esperé todos los tonos hasta que la llamada se cortó sin respuesta. Él no quería hablar conmigo.

Entré en WhatsApp y empecé a escribirle, pero cambié de opinión. Lo que quería decirle no podía decírselo por mensaje. Borré lo que había puesto y decidí volver a llamarlo al día siguiente.

Acumulé otra noche de poco sueño y muchas vueltas en la cama. A primera hora, aunque tampoco demasiado temprano porque sabía que él era más de trasnochar que de madrugar, volví a llamarlo con el mismo resultado: su silencio.

Luego llamé a mi hermana, que en esos instantes se dirigía al trabajo.

—¿Cómo fue, lo besaste?

—No.

—¿No?

—No hizo falta. Me di cuenta antes de hacerlo de que no siento nada por Lucas más allá del cariño y la simpatía.

—¡Bien, pues un problema menos! ¿Y ya sabes qué vas a hacer con Manu?

—Lo he llamado un par de veces para hablar con él, pero no me contesta.

—Bueno, estará dolido, pero tú insiste. Seguro que acaba por cogértelo.

Volví a llamarlo otra vez esa mañana y tampoco recibí respuesta. Empezaba a preocuparme. ¿Y si ya había pasado página? ¿Y si había decidido que no quería estar conmigo? ¿Y si al final lo que sentía por mí no era realmente amor, sino un simple encaprichamiento y en esos días que había tenido para reflexionar se había dado cuenta de ello?

Mi madre no ayudó en nada cuando, mientras yo estaba en mi turno en el hotel, se presentó en la recepción. El día anterior no habíamos hablado, ni tan siquiera nos habíamos visto, pero esa mañana sí que nos habíamos cruzado y no me había ni dirigido la palabra, por lo que sospechaba que no le había hecho mucha gracia enterarse de que tenía una aventura con Manu.

Si se hubiera acercado a mí de buenas, le habría abierto mi corazón y habría compartido con ella mis dudas, mis temores, mis anhelos. Pero, a diferencia de mi hermana, no vino a preocuparse por cómo me encontraba, sino que, cuando finalmente se acercó a mí, fue para desahogarse.

—No me puedo creer que hayas sido tan estúpida como para liarte con alguien como Manu. ¡Y encima has sido tan desvergonzada de traerlo al hotel y desatender tu trabajo! He revisado las cintas de vigilancia. ¡Esa noche estuvo contigo! ¿Cómo has podido ser tan estúpida de dejarte embaucar por alguien como él? Sabes perfectamente que colecciona mujeres, ¡yo no te he educado para que seas una más en su cama! Tú te mereces mucho más.

—Pero... me quiere.

Fue lo único que conseguí contestar, con la guardia baja por su repentino ataque.

—Por Dios, ¿eso te ha dicho? ¿Así consiguió meterte en su cama? Él es incapaz de querer a nadie durante más de unas horas. Y ante cualquier problema, desaparecerá, como su padre. Ya estará con otras, lo habrá estado mientras decía quererte a ti. ¿Cómo has podido dejarte engañar de esta manera? ¡Y encima me has engañado a mí para protegerlo a él! Mentirle a tu propia madre, ¡estoy tan dolida contigo!

Dicho esto, se marchó igual que había venido, sólo que a mí me dejó con unas ganas tremendas de llorar. Miré mi teléfono, donde seguía sin haber ni

rastro de Manu. Una persona normal ya habría respondido a mis llamadas. Si de verdad le importase, me habría escrito, aunque fuese un mensaje para preguntarme qué quería.

¿Y si se había dado cuenta de que no me quería?

El miedo me dejó paralizada durante un día completo. No de forma literal, por supuesto, pero el temor a que Manu no me contestase porque ya se había olvidado de mí hizo que no volviera a llamarlo. Necesitaba que él me devolviese las llamadas para saber que seguía importándole.

Pero no lo hizo, y a cada hora que pasaba, me ponía más y más nerviosa y mis pensamientos se volvían más lúgubres.

Al final, acabé haciendo una llamada, pero no a Manu, sino a Dorothy. Tuve que pedirle el teléfono a mi hermana y, cuando le dije que pensaba ir esa misma noche, se acordó de todos mis antepasados porque ella no podía acompañarme. Me suplicó que aplazase la cita, pero yo no podía aguantar un día más con todas aquellas dudas que me carcomían, así que llamé a la vidente y le pedí una sesión urgente.

A las diez de la noche entraba en su casa y ella me recibía, una vez más, con su atuendo perfectamente normal y su bonita sonrisa.

—Qué sorpresa haber recibido tu llamada, Nuria.

—¿Sorpresa? ¿No deberías haber sabido que te llamaría si ves el futuro?

—No suelo echarme las cartas a mí misma. Me gusta que la vida me sorprenda. —Me sonrió—. Pero, volviendo al tema, digo que me resulta curioso verte aquí porque sé que eres escéptica con estas cosas.

—Desconfío de la gente que dice tener poderes, sí, pero tú... tú has acertado en varias cosas, y la otra vez sabías cosas que no deberías haber sabido. Le pregunté a mi madre si te las había contado ella, y me dijo que no, así que... Además, hoy vengo por algo que tú dijiste en la última sesión.

—Tu nuevo viejo amor.

—Sí. ¿Cómo sabías que tendría que elegir entre dos hombres cuyas iniciales eran ele y eme?

—No lo sabía.

Su sinceridad me descolocó.

—¿No? Pero entonces...

—Ya os dije que la güija no iba a perturbar a los muertos. No buscamos las iniciales de tu amor fuera, sino dentro.

—Dentro, ¿de qué?

—De vosotras.

Fruncí el ceño sin entenderla y ella me sonrió con paciencia.

—Fuisteis vosotras las que movisteis el vaso. Al principio fue directa hacia la jota, así que supongo que una de las tres pensaba que en tu vida hay alguna jota que merece la pena.

—Mi madre, por Javi.

—Después empezó la lucha de voluntades en la güija y acabaron saliendo la eme y la ele.

—Lo hice yo, pero no elegí esas dos letras aposta.

—Tu subconsciente lo hizo. —Me sonrió misteriosa.

—La eme puede, porque ya conocía a Manu, pero ¿y la ele? Elegir la ele de Lucas sí fue magia.

—No, no lo fue. La güija no se posó en la ele de Lucas, sino que vosotras escogisteis a Lucas porque su nombre empezaba por ele. Lo elegisteis como pretendiente porque encajaba en lo que buscabais.

La miré anonadada.

—Pero, entonces, ¿me estás diciendo que todo es mentira, que no tienes poderes?

—No, yo no he dicho eso. Sí veo el futuro, pero también le meto un poco de teatro a las cosas y, curiosamente, en la mentira la gente también encuentra la verdad.

—¿Qué hay de verdad, de verdad auténtica, en lo que nos contaste?

—Que tu hermana iba a encontrar un trabajo, que tu madre estaba sana y que tú ibas a encontrar a alguien que te haría muy feliz.

—¿Y quién es ese alguien?

—¿No lo sabes ya?

—No... no estoy segura.

—¿Quieres que te eche otra vez las cartas?

—Sí, por favor.

Me guio hasta la mesa en la que nos había atendido la vez anterior y volvió a sacar su bonito mazo de cartas. Me las entregó para que las barajara.

—Tómate tu tiempo —me indicó—. Baraja bien si de verdad quieres que vea tu futuro.

Mezclé las cartas durante casi medio minuto, y habría seguido de no ser porque Dorothy me interrumpió.

—Así está bien.

Le devolví el mazo y empezó a sacar naipes. Como en la ocasión anterior, sacó ocho sin decir nada y después las observó con atención.

—¿Qué ves? —interrogué con ansiedad al cabo de casi un minuto.

—Tu futuro no ha cambiado, sigues con ese nuevo viejo amor del que te hablé. Y sigue haciéndote muy feliz. Será una relación muy duradera y sólida.

—¿Y hay algo que no vieras la última vez, algo que pueda decirme quién es?

—No, pero sí que veo más cosas sobre tu futuro.

—¿Qué?

Alzó la mirada de las cartas para contestarme.

—Veo cosas malas y cosas buenas.

—¿Qué ves malo?

—Hay oscuridad en tu futuro. Algo malo va a ocurrirte.

—¿Qué?

—No estoy segura, sólo veo oscuridad. Lo siento.

Me abracé a mí misma, inquieta.

—¿Y lo bueno?

—Estás embarazada.

—¿Qué? No, qué va.

—Veo un bebé.

—No, eso está mal. Eso fue sólo una falsa alarma, pensé que estaba encinta, pero al final me vino la regla.

—Dame las manos.

Con miedo, entrelacé mis manos con las suyas. Cerró los ojos mientras me agarraba fuerte y después sonrió.

—Nuria, estás embarazada. Enhorabuena.

Me acerqué a la primera farmacia que encontré, pero, como era de noche, estaba cerrada y me tocó ir a la que estaba de guardia, que se encontraba en la otra punta de la ciudad. Me alegré de que no fuera la de mi barrio, porque de la vergüenza no habría podido comprarle un Predictor al farmacéutico que llevaba atendiéndome desde que usaba pañales y que, además, tenía una estrecha relación con mi madre.

Tras pagar el artículo, me dirigí a mi casa a toda velocidad. Necesitaba ver con mis propios ojos que lo que había predicho Dorothy era verdad. De hecho, tendría que haberme llevado dos test de embarazo, porque, aunque saliera uno positivo, no terminaría de creérmelo.

A eso de la una de la madrugada, y echa un manojo de nervios, entré en mi piso. Sin embargo, apenas si había dejado el bolso sobre la mesa y cogido la bolsa de la farmacia cuando mi móvil comenzó a sonar. Mi corazón dio un vuelco, convencido de que sería Manu, pero al mirar la pantalla vi que se trataba de Juan, el empleado del turno de noche.

—Dime, Juan.

—Siento si te he despertado, Nuria.

—No, tranquilo, ¿ha pasado algo?

—No, sí, bueno... ¡mi mujer está de parto!

—Pero ¿no le faltaban aún varias semanas?

—Sí, pero los gemelos vienen ya. Necesito ir al hospital.

—Sí, sí, por supuesto. Tú vete ya, que yo bajo ahora mismo. Cierra la puerta al salir y no te preocupes por nada más. ¡Y enhorabuena!

—Gracias, Nuria.

Emocionado, me colgó y yo retrocedí sobre mis pasos. Metí la bolsa de la farmacia en mi bolso, me lo colgué al hombro y bajé al hotel. Aún llegué a tiempo de cruzarme con Juan en la puerta, que salía a toda velocidad, aunque se tomó un segundo para darme un emocionado abrazo.

—¡Mándanos una foto en cuanto los tengas entre tus brazos!

Cuando me quedé sola en el hotel, me pregunté si el bebé que había visto Dorothy en mi futuro serían los gemelos de Juan, pero no lo creía. Ella me había

cogido de las manos y me había dicho claramente que era yo la que estaba encinta.

—Pero no puede ser, si ni siquiera tengo un retraso, y si lo tengo será de sólo unos días —le había dicho.

—La ovulación suele producirse a mitad de mes; para cuando se tiene una falta, ya han pasado al menos quince días.

Me temblaban las manos cuando volví a coger la bolsa con el Predictor y entré en el cuarto de baño para orinar. Por suerte tenía ganas de sobra, así que no tuve que hacer tiempo ni beber litros de agua para hacerme la prueba. Después me tocó esperar el resultado. La espera más larga de mi vida. No dejaba de retorcerme las manos, nerviosa, e iba de un lado para otro mientras aguardaba a que se cumpliera el tiempo y saliera el resultado.

Cuando finalmente miré...

Positivo.

—Ay, Dios mío. Ay, Dios mío.

Creo que estuve así en bucle durante casi un minuto, dando círculos y diciendo «ay, Dios mío». Después, me desplomé en uno de los sillones de la recepción y me quedé allí como en estado de trance.

Estaba embarazada.

Era el único pensamiento claro que conseguía tener. Después esa idea logró elaborarse un poco más: estaba embarazada de Manu.

Aquello consiguió que me pusiera en pie y fuera hasta mi bolso, donde busqué mi móvil. Él seguía sin dar señales de vida, pero el bebé lo cambiaba todo.

Entré en bucle de nuevo, caminando en círculos y con tantas ideas cruzándome la mente que no era capaz de centrarme en ninguna de ellas. Finalmente, me senté en el sofá y lo llamé sin importarme la hora que era.

Recé para que lo cogiera y en aquella ocasión, al cuarto tono, oí su voz, que vino acompañada de una oleada de alivio.

—¿Sí?

—Manu, soy yo.

—Ya lo sé. ¿Qué quieres?

—Te he estado llamando...

—Sí, he visto tus llamadas perdidas; siento no haberte respondido, he estado muy liado.

Tragué saliva. ¿Y si ya no me quería? Pero no, estaba segura de que él era el

amor del que Dorothy había hablado, ese que me haría tan feliz, aunque en esos momentos estuviera destrozando mi corazón.

—Tenemos que hablar.

—Oh, ¿ya es el momento de que te diga «te lo dije»?

—Por favor, Manu.

—¿Cuándo quieres que hablemos?

—¿Podrías venir ahora al hotel?

—No sé, es que estoy trabajando montando la música. Sé que para ti es un trabajo de mierda, pero para mí es importante. Además, me he cansado de ir siempre de noche, como si fuera un ladrón o estuviera haciendo algo malo.

—Por favor, es urgente. Necesito hablar contigo cuanto antes.

Durante unos largos segundos, sólo se oyó silencio al otro lado de la línea.

—Bueno, ahora me paso.

Aliviada, solté el aire que había estado conteniendo.

—Gracias, te espero.

No sabía qué iba a decirle, pero al menos al fin iba a tenerlo delante y podríamos conversar, aclarar lo que sentíamos el uno por el otro, hablar del futuro, de una relación de tres. Me toqué la barriga, incapaz de asimilar todavía que dentro de mí crecía una vida.

Pasó casi una hora y Manu no llegaba. ¿Por qué no estaba allí ya? A lo mejor no pensaba presentarse pese a que me había dicho que lo haría. Quizá ya no sentía nada por mí y no habría forma de volver a estar juntos.

Nerviosa, fui hasta la puerta y desatranqué el portón, asomándome fuera. A aquellas horas, la calle solía estar desierta, pero ese día no era sí. En el portal de enfrente divisé a dos hombres fumando. Les hice un gesto de saludo con la cabeza y miré hacia la derecha, a ver si Manu venía. Todavía no había ni rastro de él y hacía frío fuera, pero, como estaba que no podía parar quieta de los nervios, decidí no volver a entrar, sino esperarlo en la calle.

Miré a los hombres y me di cuenta de que me observaban. Me puse un poco nerviosa porque no los conocía de nada y no sabía qué pintaban a esas horas de la noche fumando en el portal de una casa que no era suya. Miré hacia el hotel; quizá lo mejor sería esperar dentro. Me giré para entrar, pero me quedé parada en mitad de la calle al ver que una furgoneta blanca se acercaba desde el final de la calle. Volví a mirar a los hombres y ellos me miraron a mí, a la furgoneta, y después otra vez a mí. Empecé a respirar más de prisa; los ladrones que habían estado asaltando casas, entre ellas la de mi vecina, solían usar una furgoneta

blanca.

Me apresuré a volver al hotel, pero oí que uno de ellos se movía y miré por encima de mi hombro. Me asusté al ver que se acercaba a mí.

—Oye, disculpa, ¿tienes fuego?

Me relajé ante la pregunta y me giré justo ante la puerta del hotel.

—No; lo siento, no fumo.

Mi negativa no hizo que dejara de acercarse a mí. Al contrario, los últimos metros los recorrió rápidamente y me pegó un empujón. Trastabillé contra el escalón de entrada al hotel y caí de espaldas al suelo del recibidor, entre el portón y la puerta interior de madera y cristal. El desconocido, en lugar de ayudarme a levantarme, me agarró de un brazo y del pelo y me arrastró dentro. Grité y pataleé a la vez que lo agarraba de la mano con la que me cogía el pelo, pero no sirvió de nada. Sentí pánico al recordar que el instructor de defensa personal nos había dicho que debíamos evitar a toda costa que nos tirasen al suelo, pues, una vez que estábamos en esa postura tan vulnerable, resultaba muy difícil escapar. Vi que su acompañante entraba en el hotel detrás de nosotros y cerraba la puerta. Un miedo horrible me inundó y sentí un sudor frío cubriéndome todo el cuerpo. Me retorcí y, agarrándome al hombre, me incorporé lo suficiente como para girarme y darle un mordisco en el brazo, con lo que conseguí que gritara y me soltara.

—Maldita puta.

Aprovechando que me había liberado, me puse de pie rápidamente y corrí hacia el mostrador. Pensé que era mi mejor opción, pues el otro bloqueaba la puerta y en recepción, al menos, tenía objetos contundentes con los que golpearlos y el teléfono a mano. Podría pedir ayuda.

No llegué a alcanzar el mostrador, o sí lo hice, pero no de la forma en que yo quería: el hombre corrió detrás de mí y me pegó un empujón con todas sus fuerzas. Me estampó la cabeza contra la madera del mueble.

No recuerdo nada más. Sólo la oscuridad.

Cuando Manu llegó al hotel, se encontró el portón abierto de par en par. Le resultó extraño, pues era noche cerrada y en una calle tan solitaria no debían tomarse aquellas confianzas, podría ser muy peligroso. Además, sabía de primera mano que Nuria siempre cerraba con llave en cuanto todos los clientes estaban dentro, y antes, mientras esperaban a algún huésped rezagado, el portal siempre estaba cerrado y sólo se abría después de que llamaran al timbre y se identificasen.

Entró y llamó a Nuria por su nombre, aunque en tono bajo para no perturbar el descanso de los huéspedes; siempre le había impresionado aquel majestuoso recibidor.

No hubo respuesta. Cerró el portón principal tras él y se giró hacia la segunda puerta, ésta de cristal y madera, con un diseño antiguo. A través del vidrio le llamó la atención el caos que reinaba en el vestíbulo, con varias sillas del bar caídas y uno de los floreros de la recepción volcado sobre el mostrador. El corazón se le aceleró y se puso alerta.

Al empujar la segunda puerta y entrar definitivamente en el vestíbulo del hotel fue cuando la vio. Estaba tirada en el suelo, boca abajo, al lado del mostrador.

—¡Nuria! —gritó a la vez que corría hasta ella—. ¡Nuria!

Sabía que con caídas y golpes siempre se recomienda no mover al herido por si acaso se agrava la lesión, pero en aquel momento ni lo pensó. Le dio la vuelta y se sintió morir al ver su pálido rostro con una fea brecha en la frente, de la que seguía saliendo sangre y que había formado un pequeño charco sobre las baldosas.

—Nuria, Nuria, despierta.

No hubo respuesta. Estaba blanquísima, casi parecía muerta tanto a la vista como al tacto.

—Nuria, por favor, por favor, despierta —dijo dándole unos golpecitos en las mejillas—. ¡Despierta!

Al ver que no conseguía que abriera los ojos, sacó el teléfono de su bolsillo y llamó al número de Emergencias.

—Necesito ayuda. Una ambulancia urgente. No sé si está viva; por favor, vengan rápido, no consigo que despierte.

Se dio cuenta de que estaba llorando cuando vio una gota caer sobre el rostro de Nuria.

—¿Desde dónde me llama y qué ha ocurrido?

Manu le dio la dirección del hotel y después, con voz entrecortada, contó lo poco que sabía.

—Creo que ha sido un robo, todo está revuelto. Tiene un golpe en la cabeza y no consigo que despierte; por favor, dense prisa. Por favor. Por favor.

—¿Código postal?

Se lo dijo, impaciente. ¡Ya le había dado la dirección! ¿Es que no estaban ya en camino? Pero la señora no había terminado con su interrogatorio, ni mucho menos. Empezó a lanzarle pregunta tras pregunta, y con cada una Manu se ponía más y más nervioso.

—¿Qué edad tiene el paciente? ¿Es hombre o mujer? ¿Ha sido usted testigo de lo que ha sucedido? ¿Alguien lo ha visto? ¿Estaba comiendo o hay restos de comida alrededor? ¿Sabe si está embarazada? ¿Es diabética, sufre del corazón o tiene alergias?

—¡¡Pero queréis mandar la ambulancia ya!!

—No se preocupe, la ayuda está en camino —contestó la voz al otro lado de la línea sin alterarse.

Al principio le hablaba una mujer y en ese instante, un hombre. Manu, confundido y muy nervioso con tanta pregunta, no sabía en qué momento su interlocutor había cambiado.

—¿Puede decirme si está despierta?

—¡Le he dicho que está inconsciente y que no consigo despertarla! —exclamó, muy cabreado.

¿Y si creían que estaba gastando una broma y por eso le estaban haciendo tantas preguntas?

—¿No se ha movido lo más mínimo desde que está usted ahí? Parpadeo, temblores, convulsiones...

—No, no. Nada, parece muerta. Está muy pálida.

—Ha dicho que tiene una herida en la cabeza, ¿sangra mucho?

—Sangra, pero creo que no es mucho. ¿De verdad han mandado ya la ambulancia? Les juro que esto no es una broma, como me estén mareando la perdiz... ¡hostia, ya!

—Sí, señor, tranquilo. Soy el médico de la ambulancia. Vamos en camino. ¿Puede decirme si le encuentra pulso o si nota que respira?

Manu llevó una mano al cuello de Nuria, pero le temblaba tanto que tuvo que tomarse un segundo para apretar el puño e intentar relajarse. Colocó dos dedos sobre su cuello y buscó los latidos del corazón. No los encontró y se sintió como un niño asustado y solo, pero consiguió sobreponerse y siguió buscando en otro punto de su cuello.

Un latido.

¿Se lo había imaginado? Sus dedos trémulos apretaron un poco más... y sí, ahí estaba. Su pulso.

—Está viva —le dijo a la voz del teléfono y después se inclinó sobre el rostro de Nuria, llorando de puro alivio. Le acarició las mejillas—. Despierta, por favor. Venga, despierta. He venido para que hablemos.

No lo hizo en el cuarto de hora que la ambulancia tardó en llegar. Manu esperó muerto de miedo y sin dejar de repetirle que por favor despertara. Sólo podía taponarle la herida de la cabeza con una servilleta de tela que había cogido del bar y esperar, llorando y lleno de impotencia. La besó una y mil veces, pero ella no era Blancanieves, que despertaba con un beso. Aquello no era un cuento, era la vida real, y un maldito robo había puesto en pausa sus vidas.

—Tienes que contarme por qué querías verme. Tienes que despertarte y contármelo. Por favor.

Cuando los sanitarios al fin llegaron, la subieron en una camilla en un visto y no visto y se la llevaron. Él salió corriendo detrás de ellos y quiso montarse en la ambulancia, pero no lo dejaron. Dijeron que debía ir sola, que estaba demasiado alterado como para acompañarla. Manu no quería abandonarla.

—Venga, amigo, deje que se la lleven —le dijo alguien, sujetándolo del brazo—. Cuanto antes llegue, mejor.

Tras unos segundos en los que vio cómo la ambulancia le cerraba las puertas en las narices y se alejaba, se dio cuenta de que la persona que lo había hecho entrar en razón era un policía.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó—. ¿Lo ha visto usted todo?

—No, no. —Manu se limpió las lágrimas con las manos—. Yo he llegado después y la he encontrado. Me llamó hace algo más de una hora y me pidió que viniera. Me estaba esperando, por eso debió de dejar la puerta abierta.

—¿¡Qué ha ocurrido!?! ¿¡Ésa era mi hija!?

Los dos se giraron y vieron que una mujer se dirigía corriendo hacia ellos.

Iba en pijama, con la bata desabrochada.

—¿¿Ésa era mi hija?? —le gritó al policía.

Lena venía corriendo detrás, también recién salida de la cama.

—Manu, ¿qué ha ocurrido?

—Yo... yo... Me llamó y he venido. —Las lágrimas y las emociones se le estaban atrancando en la garganta, dificultándole mucho hablar—. Al llegar me la he encontrado así, en el suelo. Y no he conseguido que despertase por mucho que la he llamado.

Lena lo abrazó con fuerza, llorando también.

—Tenemos que ir al hospital —dijo su madre.

—Necesitamos que alguna de las dos se quede un momento con nosotros. Y usted también — le indicó a Manu—. Necesitamos que entre y nos diga exactamente lo que ha visto.

—No he visto nada, sólo he entrado y ella... ella...

—Tenemos cámaras de seguridad —anunció Lena—. Lo habrán grabado todo. ¡Y Juan quizá todavía esté dentro! Por las noches se encarga él de la recepción, mi hermana ni siquiera debería haber estado aquí.

El policía avisó por emisora a sus compañeros de que quizá habría otro herido dentro del hotel y después les habló a ellos.

—De acuerdo, pues entonces sólo necesitamos que una de ustedes se quede con nosotros un momento para indicárnoslo todo o, si no ustedes, alguien que sepa cómo funciona el hotel y las cámaras de seguridad. Usted —de nuevo se dirigió a Manu—, necesito que me dé su teléfono, pero por ahora puede ir al hospital si lo desea.

—Sí, sí.

—Mamá, yo me quedo. Tú ve con Manu al hospital y luego voy yo en cuanto haya localizado a Alba.

—Iré yo sola en mi coche —sentenció con rotundidad la madre.

—El coche lo necesito yo para ir luego. Ve con Manu, por favor.

No parecía gustarle nada tener que compartir coche con él, pero la preocupación por su hija era más grande que su orgullo y su odio, así que aceptó. Manu se dio cuenta de que le temblaban las manos visiblemente.

—Vamos, he aparcado cerca.

—Mamá, avisa en cuanto sepas algo. Yo iré en cuanto pueda.

La madre de Nuria no le dirigió la palabra en todo el trayecto. Ni siquiera se quejó por lo rápido que conducía Manu, dando volantazos en cada giro y

aprovechando que, al ser de madrugada, todos los semáforos estaban en ámbar.

Al llegar a Urgencias, vieron que la sala de espera estaba casi vacía. Esa noche estaba siendo tranquila. Manu aparcó de cualquier manera, ocupando dos plazas de parking, y se bajó a toda velocidad. Aun así, la madre de Nuria fue todavía más rápida, pues se había bajado con el coche todavía en marcha y, para cuando él llegó al mostrador de información, la enfermera ya estaba buscando los datos que le había pedido. Por desgracia, no tenía nada que decirles salvo que, cuando Nuria había llegado, seguía inconsciente y que los médicos la estaban tratando en ese momento.

Pasaron a la sala de espera, donde se sentaron juntos, aunque sin hablarse. La madre de Nuria lo ignoraba por completo y Manu sospechaba que, si él no se hubiera sentado a su lado, ella no lo habría buscado. Confirmó sus sospechas cuando la mujer se levantó para estirar un poco las piernas y, al volver a sentarse, lo hizo en el otro extremo de la sala.

Manu no se molestó, estaba demasiado preocupado por Nuria, y si María le inspiraba algo era pena, pues ni en un momento como aquel era capaz de buscar consuelo en él, que habría estado más que dispuesto a dárselo, ya que él mismo necesitaba su dosis de humanidad.

Pasó una hora sin que salieran a darles ninguna noticia. Lena todavía no había aparecido, pero había llamado varias veces a su madre. Entre otras cosas, la había informado de que Juan, el que se encargaba de las noches, estaba bien y en el hospital, con su mujer dando a luz.

Manu se levantó, sintiendo el cuello, la espalda y el culo doloridos, y se acercó a María.

—Tengo ropa limpia en el maletero del coche si quiere quitarse el pijama — le dijo, pues no le había pasado por alto que cada vez que una persona nueva entraba en la sala de espera ella se arrebujaba más y más en su bata.

María no se dignó ni contestarle; miró hacia otro lado, como si no lo hubiera oído, y Manu se alejó de ella con un suspiro. No se fue muy lejos, por si llamaban por megafonía a los familiares de Nuria. Sabía que, si de la madre dependía, él no se enteraría de nada.

Pasó otra hora antes de que al fin su nombre sonase por los altavoces. Manu se levantó raudo y fue a la puerta de Urgencias, en la que se podía leer «prohibido el paso». María también había acudido a la llamada y esperaba en el otro lado del pasillo.

Salió un médico vestido de verde y ambos se acercaron a él, ávidos de

noticias.

—¿Sois familiares de Nuria?

—Soy su madre.

El médico miró a Manu.

—Soy amigo de Nuria. Yo la encontré —añadió, como si aquello le diera más valor.

—Sólo familiares, lo siento.

E hizo que María se metiera con él en la zona restringida de Urgencias, dejándolo allí como un pasmarote, como un perro, como un don nadie. A él, que sentía que su corazón en ese instante estaba en una de esas camillas de Urgencias, con la vida pendiendo de un hilo.

Los minutos que le llevó a la madre de Nuria salir de Urgencias se le hicieron eternos. ¿Qué le estaría diciendo? ¿Se habría despertado ya Nuria? ¿Habría preguntado por él? ¿Estaría asustada por lo que había pasado? ¿Cuándo podían pasar a verla?

El corazón se le resquebrajó cuando vio salir a María llorando.

No, no, imposible.

—¿Qué ha pasado?

Ella no contestó y, como si fuera un convoy imparable, salió a toda velocidad de Urgencias.

—¿¡Qué ha pasado!?! —le gritó, persiguiéndola.

María se derrumbó unos pasos más allá y tuvo que sujetarse al respaldo de un banco para no caerse.

—¿Está...? —Manu fue incapaz de terminar la frase.

A ella le llevó varios segundos contestar y cuando lo hizo, tenía la voz rota.

—Está viva.

Manu soltó de golpe todo el aire que sus pulmones habían retenido. Quiso pegarle a la madre de Nuria. ¿Por qué narices había tardado tanto tiempo en responder? Durante unos segundos había creído que... que...

—Está viva —repitió María—, pero en coma.

María no dejaba que Manu entrara a ver a Nuria. Había hablado con el guardia de seguridad que había en la puerta de Urgencias y Manu no sabía qué le habría dicho la mujer, pero, cada vez que había intentado colarse, el vigilante lo había mirado de malos modos. Lena había intentado razonar con su madre, pero todo lo que consiguió fue un «él no es nadie para entrar a verla. Nosotras tenemos más derecho».

Sólo las dejaban entrar cinco minutos cada dos o tres horas, y debían hacerlo de una en una. Manu habría entendido perfectamente que primero tuvieran que ir ellas, pero es que María estaba empeñada en no dejar que entrara en ningún momento. Si por ella hubiera sido, lo habrían echado del hospital, pero, por suerte para Manu, no tenía aquel poder y, por desgracia para María, Manu era más cabezón que nadie. Al darse cuenta de que no pensaba dejarlo pasar, le había dicho muy serio «no me voy a ir de aquí hasta verla» y pensaba cumplir su palabra. Había pasado toda la noche allí, entre la sala de espera, la máquina de refrescos y los bancos del exterior.

—Vete a casa —le pidió Lena ya a media mañana—. No vas a poder verla.

—Me da igual. Si tu madre no me deja entrar, no me iré hasta que haya algún cambio en Nuria. No ha habido ningún cambio, ¿verdad?

Lena negó con la cabeza, apesadumbrada.

—Todo igual. —Después, para darle ánimos, añadió—: Mi madre tiene que dejarte pasar en algún momento. Ahora mismo está muy nerviosa, pero ya se calmará y entrará en razón.

Él no contestó, pues tenía sus dudas de que aquel milagro fuese a obrarse.

—¿Por qué fuiste al hotel?

—Tu hermana me llamó, quería hablar conmigo.

—¿En mitad de la noche?

Manu se encogió de hombros y la voz se le rompió al decir:

—Supongo que quería decirme algo importante.

Lena le puso la mano en el hombro y se lo apretó.

—Te lo dirá cuando despierte.

—Elena, ven aquí. Es tu turno.

La llamada de su madre hizo que ambos se enderezaran, aunque sólo Lena se puso en pie. Manu la vio hablando unos minutos con María y después desaparecer en la sala de Urgencias.

Casi media hora después, volvió a acercarse a él.

—Yo me voy a casa a comer algo y a prepararle a mi madre algo de comer. ¿Me llevas y así mi madre se queda el coche?

Manu la miró largamente y después negó con la cabeza.

—No. Ya te he dicho que no me voy a mover de aquí. Si tu madre necesita un coche por cualquier motivo, le dejo el mío.

—Bueno —aceptó ella—, pero no os matéis en mi ausencia.

Manu no podía prometerle nada, pues cada minuto que pasaba sentía más rabia y odio hacia María. Era consciente de que, gracias a Elena, sabía lo mismo que ellas sobre el estado de Nuria, pero el hecho de que la madre quisiese mantenerlo al margen lo enfurecía y a cada segundo que pasaba se sentía más frustrado.

Por suerte, Míriam también estaba de su parte. La primera vez que llegó a Urgencias, se sorprendió al verlo allí, pero Manu le explicó que había sido él quien la había encontrado y con eso se quedó tranquila. Fue Lena la encargada de decirle que Manu no sólo estaba allí por ser quien la había encontrado, sino que eran sus sentimientos los que lo retenían junto a su hermana. Le contó la relación que tenían y, cuando Míriam volvió a ver a Manu, lo abrazó con fuerza y lo consoló como antes había hecho con Elena y María, como si fuese un familiar, como si fuese la pareja de Nuria. Manu se lo agradeció de corazón.

La segunda noche que pasaron en Urgencias, Lena consiguió que su madre se fuese a dormir a casa mientras ella hacía guardia. Sorprendentemente, no le costó mucho convencerla, pese a que había previsto toda una guerra hasta conseguir que se fuese a casa a descansar.

Y todo tenía un porqué. No se lo había dicho a su hija, pero había algo que tenía que hacer en el hotel y no podía delegarlo.

Cuando llegó a la hospedería, se encontró con Alba, que atendía la recepción.

—¿Cómo está? —se interesó nada más verla llegar.

—Estable; sigue igual, en cualquier momento despertará.

Era lo que se repetía una y otra vez para no perder el juicio. Y era cierto, pues los médicos le habían dicho que en cualquier instante podía despertar. La parte de que quizá tardaría semanas en hacerlo o incluso que no lo haría nunca,

prefería olvidarla.

—Me alegro.

—¿Has visto el bolso de Nuria por aquí?

—Sí, Lena lo cogió y se llevó el móvil; todo lo demás lo tengo aquí mismo.

Abrió uno de los armarios que se escondían detrás de la recepción, camuflados con la pared, y sacó el bolso de la joven. Se lo tendió a su jefa.

—Voy a sentarme un momento y después me iré a casa. Sigue con lo que estuvieses haciendo.

María fue hasta los cómodos sofás que había en la recepción y se acomodó en uno de ellos. Miró a Alba y, cuando se aseguró de que la chica ya no le prestaba mucha atención, abrió el bolso.

No cotilleó el interior, sino que fue directamente a la cartera, donde buscó un tique de compra. Su hija solía guardarlos allí junto con el dinero del cambio. Sus dedos temblorosos no encontraron nada, pero después lo pensó mejor y siguió mirando, esta vez dentro del bolso, por si Nuria había dejado caer ahí el recibo en lugar de guardarlo. Sintió que le faltaba el aliento cuando dio con lo que buscaba: una bolsa de farmacia y, dentro, un tique de compra de un Predictor.

Sufrió un acceso de llanto que intentó controlar rápidamente, pues no era el lugar adecuado para dejar salir sus emociones. Le llevó varios minutos recuperar la compostura.

El médico se lo había dicho la primera vez que habló con él después de la hospitalización: Nuria estaba embarazada. El bebé estaba bien, creciendo dentro de su madre, mientras ésta dormía esperando el momento adecuado para despertar. Y lo haría en breve, María estaba segura.

Cuando consiguió serenarse lo suficiente, volvió a la recepción y le pidió a Alba que le diese un número de teléfono, el de Lucas. En cuanto la recepcionista lo hubo localizado, se despidió con un «buenas noches» y subió a casa. Allí, en la soledad de su hogar, marcó el teléfono del que ella había considerado el mejor pretendiente para su hija. Un buen hombre, a la altura de Nuria, no como el amante que ésta se había buscado. Por culpa de Manu la habían atacado, por su manía de verse a escondidas como si fuesen delincuentes. Y es que eso era su relación, algo que no debería haber sucedido, algo fuera de lo explicable, de lo bien visto, de lo razonable, de lo comprensible. ¿Qué futuro pensaba su hija que podían tener ellos dos? Ninguno.

Marcó el teléfono de Lucas tras pensárselo unos segundos, pues era demasiado tarde para una llamada de cortesía. Aun así, finalmente llamó.

—¿Sí, dígame?

—Lucas, soy María, del hotel. Te llamaba porque...

—Cómo siento lo de Nuria.

—Lo sabes.

—Sí, tu hija Elena me avisó. Encontró mi teléfono en el móvil de Nuria y me contó lo que había pasado. ¿Cómo está?

—Igual, sigue durmiendo. En cualquier momento despertará. ¿Cuándo te avisó mi hija?

—Me llamó esta mañana. De verdad que lo siento mucho.

—¿Vas a venir a verla? Sé que con tu trabajo es difícil, pero seguro que a Nuria le hará ilusión encontrarte a su lado cuando despierte. Quizá oír tu voz...

—María, lo siento, pensé que Nuria no te lo habría contado. Al final lo nuestro no funcionó. Pero sí, cuando vuelva por allí en unos días, me pasaré sin falta.

—¿Cuándo...? ¿Cuándo os visteis por última vez?

—Hará cuatro días o así, antes de que yo me volviera a Madrid para terminar la mudanza.

Con el móvil pegado todavía a la oreja, volvió a buscar el tique de compra y comprobó que la fecha en la que su hija había comprado el Predictor era el día del ataque.

—¿Mi hija te llamó hace dos noches?

—No, ¿por qué?

—¿Ella y tú...?

—Ella y yo ¿qué?

María no contestó en seguida, removiéndose inquieta.

—Tengo que hacerte una pregunta, pero me resulta muy incómodo. Si fueran otras circunstancias, no te la formularía, pero, ya que he de preguntarte, te pido que me contestes con sinceridad.

—Por supuesto, pregunta lo que quieras.

La voz de Lucas sonaba muy seria.

—¿Mi hija y tú mantuvisteis relaciones... íntimas?

Un silencio tenso siguió a la pregunta. Después, se oyó un carraspeo y Lucas contestó:

—No, no hicimos nada. ¿Por qué?

—No importa, olvídalo.

—Si Nuria espera un hijo, puedo jurarte que no es mío.

María suspiró y se hundió un poco más en el sillón. Se sentía muy cansada y mayor.

—Hacíais tan buena pareja... Me hubiera encantado tenerte como yerno.

—Las cosas no siempre salen como queremos.

—Pero eras el hombre perfecto para mi hija. Tienes todo lo que ella busca.

—¿Lo que ella busca o lo que buscas tú?

María no contestó a la pregunta. En lugar de eso, cuando consiguió encontrar la voz, dijo:

—Pensé que tú también creías que era la mujer perfecta para ti.

—Cuando sólo conoces a una persona superficialmente es muy fácil creer que es perfecta para ti, que tiene todo lo que anhelas. Nuria es estupenda, María, pero no estábamos hechos el uno para el otro, lo descubrimos al poco de conocernos. Yo habría seguido insistiendo, hay asperezas que se pueden limar en las relaciones para que las piezas encajen, pero Nuria buscaba otra cosa. Y si me dices que está embarazada, será porque ya había encontrado a la persona adecuada.

—Pero él, él... ¡él no es nadie!

—Mujer, alguien será. O, si no, Nuria será la próxima Virgen María.

—Es un cabeza loca, un vive la vida, no tiene un trabajo serio, siempre va en ropa de deporte, no terminó los estudios, su familia es vergonzosa... ¿Qué futuro le espera a mi hija con alguien así?

—¿Uno feliz?

—Pero...

—Tu hija ya tiene un futuro prometedor con vuestro hotel, no necesita a un hombre que le mejore la posición económica, ni que la haga parecer de mejor clase social. Eso ya lo tiene todo ella solita, porque se lo ha trabajado y porque tú la has ayudado a conseguirlo. Nuria no necesita un caballero de brillante armadura, necesita un auténtico compañero de viaje que esté con ella en las buenas y en las malas, que la haga olvidarse de lo malo de la vida cuando llegue por la noche a casa, que la haga feliz. ¿O acaso no quieres que tu hija sea feliz?

María fue incapaz de contestar, pues estaba llorando. Al final, consiguió decir:

—Definitivamente, me habrías gustado para yerno.

Lucas soltó una carcajada y, después de dos días sin un gesto de alegría, María también esbozó una leve sonrisa.

Aquella noche no pegó ojo. Sabía que, si no se tomaba la medicación para

dormir, no podría conciliar el sueño, pero a la vez le daba miedo tomarse algo y después no oír el teléfono por estar en un profundo sueño o no poder conducir por no encontrarse del todo despejada. Así que se limitó a tumbarse en la cama para que su cuerpo descansase un poco y dejar pasar las horas.

Para ahuyentar los miedos, se concentró en dos ideas: que su hija iba a despertar pronto y que iba a ser abuela.

Manu no se había movido del hospital salvo en una ocasión en la que se fue a casa para ducharse y cambiarse de ropa. Su hermana Blanca o su madre le traían la comida y el resto del tiempo estaba en la sala de espera. Cuando lo vencía el sueño, se metía en el coche bien abrigado y con las ventanillas bajadas por si por megafonía sonaba el nombre de Nuria. Aunque dudaba de que volviese a sonar, pues, pese a que la joven seguía en Urgencias, no procedían con ella como con el resto de pacientes. Lena y María sabían que el médico de turno salía a hablarles dos veces al día: una por la mañana, para contarles cómo había pasado la noche, y otra por la noche, para decirles qué tal había ido el día. La mantenían en observación las veinticuatro horas y Lena le había comentado que, si todo seguía igual, pronto la subirían a planta. Lo había dicho como si fueran buenas noticias, pero Manu las veía como noticias aterradoras, pues, si la trasladaban todavía en coma a una habitación, significaría que podría estar así muchísimo tiempo.

Cuando la madre de Nuria se fue a dormir a casa, él se sintió tentado de hacer lo mismo. Sabía que, si Lena estaba al mando de la situación, lo informaría de cualquier cambio. No obstante, al final Míriam se presentó en el hospital y acabaron los tres montando una pequeña fiesta en la puerta de Urgencias. La invitada de honor, por supuesto, era Nuria, que era la protagonista de todas las historias que se contaron.

Por un segundo, Manu pensó si no era precisamente eso lo que se hacía en los entierros: recordar al difunto. Pero no, se dijo que lo que hacían era enviarle energía positiva a Nuria, hacerle saber cuánto la echaban de menos, cuánto la necesitaban con ellos para crear más recuerdos y anécdotas que recordar en momentos tristes como aquel.

—Pero ¿desde cuándo estabais juntos? —preguntó Míriam, alucinada.

Manu no volvió a insistir en que no sabía si seguían juntos o no. Ya se lo había dicho antes y tanto Lena como Míriam lo habían ignorado.

—Desde poco después de la *masterclass*.

—¡No me lo puedo creer! ¿Y cómo no nos hemos dado cuenta? —Míriam miró a Lena, que se encogió de hombros—. ¡Pero si salía con nosotras y, cuando no, estaba trabajando!

—Cuando salía con vosotras, nos veíamos después. Y no siempre estaba trabajando.

—Claro, sería una excusa. Con eso de que ahora se encargaba de todo en el hotel, tenía la justificación perfecta para necesitar más tiempo para ella.

Miriam y Lena parecían dar por supuesto que lo que Nuria quería decirle la madrugada que sucedió todo era que quería volver con él, y Manu quería creerlas con todo su corazón.

Al final salió el sol y seguían allí los tres, hablando.

Cuando se acercaba la hora a la que normalmente les permitían entrar a ver a Nuria por primera vez, Lena fue a hablar con la mujer del mostrador y después volvió a toda velocidad, lo que hizo que ambos la miraran con nerviosismo. ¿Habría algún cambio?

—Manu, ven, puedes entrar a verla.

—¿Ha... ha despertado?

—No. —Lena perdió la sonrisa, pero, cuando habló, su voz tenía un toque alegre—. Nos dejan entrar a verla antes de tiempo. Aprovecha que mi madre no está.

—¿Se... seguro? —Aquello le hacía casi tanta ilusión como la idea de que despertase. Casi.

—Sí, venga. Aprovecha.

Era lo que más deseaba desde hacía varios días y cruzó las puertas de Urgencias con emoción, pero después, en el largo y silencioso pasillo, el miedo lo inundó. Se obligó a dar un paso después de otro, acercándose a la sala en la que le habían dicho que estaba Nuria. Tenía miedo de verla y a la vez se moría de ganas. Era una sensación extraña que ralentizó sus pasos, haciéndolo avanzar con lentitud. Se sentía pesado y mareado, torpe.

Cuando finalmente la vio, una mezcla de alivio y horror lo asoló. Estaba en una cama como dormida, sólo que ella jamás dormía boca arriba ni llevaba un sistema respiratorio.

Lena le había explicado que Nuria era capaz de respirar por sí misma, pero que los médicos la habían entubado porque había casos en los que las personas en coma perdían esa acción refleja y no podían arriesgarse a que su situación empeorase de pronto y no tuviera respiración asistida.

Se acercó a ella sin poder apartar la mirada, hipnotizado. No sabía qué decir, ni tan siquiera si tenía que decir algo. Al llegar junto a la cama, buscó su mano, pequeña y delicada. Estaba fría, lo que lo impulsó a cogerla entre las suyas e

intentar calentársela.

Las palabras entonces brotaron solas, junto a las lágrimas.

—Qué siesta más larga te estás echando, ¿eh, amiga? —Le acarició con los pulgares la suave piel de la mano—. Nos tienes a todos muy preocupados: Lena, Míriam, tu madre... a mí... A los cabrones que te hicieron esto todavía no los han pillado, pero saben quiénes son. Parece ser que se trata de los mismos que entraron en la casa de tu vecina, los de la furgoneta blanca, y como vuestras cámaras los grabaron, ahora van a poder encontrarlos. Al menos ha salido algo bueno de todo esto.

La miró, como si esperase una respuesta. Y lo cierto es que la esperaba; un gesto, incluso el más mínimo movimiento, le valdría.

—Ahora estaría muy bien que hicieras como en las películas y te despertaras. Tu príncipe está aquí.

De nuevo esperó.

—Ya supuse que no funcionaría. No soy tu príncipe azul, ¿verdad? Eso ya lo sabíamos los dos. Pero si despiertas y me das la oportunidad de serlo, te prometo que lo seré. Voy a apuntarme a las oposiciones de policía, como tú querías. Seré policía para ti. Pero, si no te despiertas, no voy a tener tiempo para estudiar, porque voy a tener que estar aquí todo el rato, soportando a la bruja de tu madre y preocupándome por ti. Así que, si de verdad quieres que llegue a formar parte de los cuerpos de seguridad del Estado, más vale que despiertes.

Hizo una pequeña pausa.

—¿Tampoco eso te convence? Pues voy a ponerme serio, y si no te despiertas pondré en todas y cada una de mis clases la canción de *Picky*, así que tú sabrás...

Sus energías para seguir manteniendo un tono alegre se esfumaron y se inclinó sobre ella, agarrándole con fuerza la mano.

—Sé que tenías algo que decirme y puede que eso no sea motivo suficiente para despertar, pero quiero que sepas que yo también tengo que decirte algo muy importante, porque te he estado engañando todo este tiempo.

* * *

Cuando María llegó al hospital faltaba poco para la hora en que les permitirían pasar a ver a Nuria. No obstante, al entrar y ver la cara de su hija Elena, se temió lo peor.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Nuria... Nuria...?

—No, no, está bien —dijo Lena—. Sólo me ha sorprendido verte aquí tan

pronto.

María la miró con desconfianza. Observó también a Míriam; su cara también le hacía sospechar que algo pasaba, aunque sabía que Lena no le ocultaría nada sobre el estado de Nuria.

Buscó a Manu con la mirada y no lo encontró.

—¿Dónde está?

—¿Quién? —se hizo la sueca Lena.

—¡Manu!

—Se ha ido a descansar.

Le bastó mirar por la ventana para ver su coche aparcado donde siempre.

—¿Está con Nuria? ¿Lo has dejado entrar? —interrogó, aunque ya se dirigía hacia la puerta de Urgencias.

—¡Tiene derecho a verla, mamá! Se lo ha ganado.

Puesto que María no contestó, Elena continuó, siguiéndola:

—Si tú no quieres que entre, yo le cedo mi turno. No puedes negarte a eso.

Su madre la ignoró y se adentró en la zona de «prohibido el paso».

Llegó junto a la puerta de la sala donde estaba su hija justo a tiempo para ver a Manu inclinado sobre la cama, con la mano de Nuria entre las suyas.

—... que decirte algo muy importante, porque te he estado engañando todo este tiempo.

María se quedó en la puerta, atenta a lo que él iba a contar. Manu le daba la espalda, por lo que no podía verla ni intuir su presencia. Lo oyó seguir hablando.

—Todo este tiempo he sido un poco cabrón, porque me callé algo muy importante, algo que probablemente debería haberte contado, pero sabía que, si te lo decía, sólo conseguiría que salieses huyendo. Nuria, todo este tiempo he estado intentando que te enamorasas de mí. Desde que te vi en mi clase he estado intentando que me dieras una oportunidad. Me escudé en el sexo porque sabía que eso era lo que querías de mí en ese momento, lo único que aceptarías, pero yo quería enamorarte, que te engancharas a mí sin darte cuenta, como si fuese una droga, para que después no pudieras rechazarme. Sé que no soy digno de ti, Nuria, lo he sabido siempre, pero nunca me ha importado, porque siempre te he amado y el amor no atiende a razones. Me enamoré de ti en el colegio, con los vestidos repipis que te ponía tu madre, tus coletas, tu mal genio y tu sonrisa mellada, y ya entonces pasabas de mí. En el instituto no podía quitarte los ojos de encima y, en cambio, tú me odiabas... Qué cruel destino el mío: la única chica que no puedo sacarme de la cabeza es la chica que no me aguanta. Aunque

supongo que me lo gané, porque hice muchas cosas estúpidas para intentar llamar tu atención. Y Javi... cabrón con suerte. Empezó a mirarte con otros ojos cuando le confesé que me gustabas. Ya entonces le gustaba quitar chicas. Y a él le dijiste que sí, él si te gustaba. Tuve que alejarme de él, por su traición y también porque te veía feliz. Me alegraba que fueras feliz, pero, a la vez, no aguantaba veros juntos. Yo quería ser él. Y tantos años después reapareces en mi vida, sin Javi. Intenté no ilusionarme, y más con la forma tan violenta en que volvimos a encontrarnos, pero... siempre tienes el mismo efecto en mí: hacerme perder la razón. Sé que no debo, pero a la vez no puedo evitarlo. Quería estar en tu vida y no como mero espectador. Quería enamorarte, ser la persona que te hiciera feliz, ser la persona a la que miraras de forma especial, en la que pensases cuando mirases al futuro, ser tu pasado. Porque, Nuria, yo te quiero, siempre te he querido, y tú siempre has sido mi pasado, mi presente y mi futuro. Así que despierta, por favor. Incluso si no me quieres, si sólo querías hablar conmigo para decirme que todo había terminado definitivamente, despierta. Yo, con que estés bien y feliz, estoy contento.

Se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla, que era lo más cerca que podía llegar a estar de sus labios.

En las películas, ése es el momento en el que la princesa se despierta, al recibir un beso de amor verdadero.

Pero aquello era la realidad, no un cuento de hadas, y Nuria no despertó.

Manu se echó a llorar de forma desconsolada.

—Todo esto es culpa mía, lo siento. Debí ir más rápido al hotel. Debí haberte devuelto la primera llamada que me hiciste, pero me pudo el orgullo. Quería que te esforzases un poco más, que vinieses a buscarme como siempre había hecho yo... Lo... lo siento tanto.

Una semana después de la hospitalización de Nuria, todo seguía igual, así que Manu tuvo que aceptar que el mundo real lo esperaba. Volvió a sus clases, aunque era el único momento en el que se separaba del hospital. Tras dar la primera sesión, sus alumnas le preguntaron si se encontraba bien. Él no había dicho nada de Nuria, pero se lo notaron. Apenas si era capaz de sonreír en las clases, ni los ojos le brillaron tras media hora de ritmos latinos. Manu no tenía chispa, era uno más, dando clases en las que se movían de forma mecánica.

Cuando por los altavoces comenzó a sonar *Picky*, se apresuró a cortarla, incapaz de oírla sabiendo que había dejado a Nuria en el hospital. Pasó la canción y volvió al frente del aula con los ojos húmedos.

Volvía al hospital justo antes de que le tocara a él entrar a ver a Nuria. El corazón de María se había ablandado con el paso de los días y ahora lo dejaba entrar a verla una vez al día. Los cinco minutos más importantes de cada jornada.

También aproximadamente una semana después del incidente, el móvil de Manu sonó mientras estaba en la sala de espera del hospital. Era un amigo suyo, el que estaba en la policía local, y lo llamaba para informarlo en primicia de que habían dado con la banda que asaltaba las casas. Los habían pillado a todos en un registro y habían conseguido pruebas suficientes como para que pasaran unos cuantos años en la cárcel.

—¿Están también los dos que...?

—Sí.

Su amigo sabía que el caso de Nuria le tocaba de cerca, porque lo había estado llamando todos los días desde el suceso, ávido de saber que se estaba haciendo justicia.

Tras recibir la noticia, se acercó a María. Seguía sin hablarle, pero al menos, cuando él le hablaba a ella, parecía escucharlo, y ya no guardaba tanto las distancias. La verdad es que parecía agotada.

—Me ha llamado un amigo de la policía: han detenido a la banda, incluidos los dos que entraron en el hotel.

María parpadeó, como confundida. Después asintió.

—Gracias.

Al día siguiente, otra vez en clase, el teléfono de Manu sonó. Siempre lo ponía en modo avión para que no lo interrumpieran en su horario laboral, pero desde que Nuria estaba en el hospital no podía permitirse ese lujo.

Sin dejar de bailar, se acercó al móvil y miró a ver de quién se trataba por si podía ignorar la llamada. Sintió que el corazón comenzaba a galoparle en el pecho cuando leyó el nombre de Nuria en la pantalla.

Descolgó rápidamente, tapándose la otra oreja con la mano para poder oír pese a la música que atronaba por los altavoces.

—¿Nuria?

—No, soy María. Tienes que venir.

—¿Qué... qué ha pasado? ¿Ha despertado?

—Ven, por favor.

Que la madre de Nuria le pidiese por favor que fuese lo impactó tanto que ni siquiera se despidió de sus alumnas, que intentaban seguir bailando con los pasos que se sabían de la coreografía. Salió corriendo y las dejó allí, intercambiando miradas, confundidas.

Cuando llegó al hospital, se le iba a salir el corazón por la boca. María no estaba en la sala de espera, así que fue a preguntar, pero el guardia de seguridad que estaba apostado en la puerta, y que a esas alturas ya lo tenía más que visto, le hizo un gesto.

—Pasa, te están esperando.

La primera vez que había entrado a ver a Nuria, sus pasos le pesaban, pero en ese momento voló por el pasillo hasta la habitación de siempre. Llegó a la puerta convencido de que iba a ver a Nuria despierta y, cuando al llegar se la encontró en la cama, dormida, se le cayó el alma a los pies. Que María lo hubiera llamado de forma tan urgente sólo podía significar otra cosa.

—Manu —dijo María al verlo.

Estaba sentada al lado de su hija y se puso en pie. En aquellos días había envejecido años, igual que él.

—Manu —repitió su nombre y, para sorpresa del recién llegado, se acercó a él y lo abrazó.

—¿Qué... qué ocurre, María?

—Los médicos han notado cambios en ella, está a punto de ocurrir algo.

—¿Qué?

—No lo sé... no lo saben. Me han dicho que tal vez despierte hoy mismo...

pero también que me despida de ella por si acaso.

Se echó a llorar entre sus brazos y Manu la abrazó fuerte, sintiendo que era la única forma de no romperse él también en pedazos.

—Yo sé que va a despertar. Va a despertar.

Había llamado a Dorothy para que previera el futuro de su hija, pero la bruja no podía predecir lo que le ocurriría a una persona que no tenía delante. Lo único que había podido decirle era que su hija había ido a verla poco antes de lo ocurrido y que había visto oscuridad en su futuro, pero también felicidad. Tenía que tener fe.

Y la tenía, pero los médicos habían querido prepararla para lo peor y, después de tantos días, su optimismo y fe ciega ya comenzaba a flaquear. ¿Y si...?

No, no podía pensar en eso.

Se sentaron cada uno a un lado de Nuria. Las visitas de sólo cinco minutos se habían terminado. Al poco llegó Elena, tan acelerada como Manu, y su madre le contó lo mismo.

—Pero ¿qué han notado los médicos?

—No sé, no he entendido nada de lo que me han dicho después de que me comentaran que quizá debía despedirme de ella.

Lena fue a buscar al médico para hablar con él y volvió tan confundida e impactada como su madre. Manu prefirió no preguntarle, por si le habían repetido que debían prepararse para lo peor.

Pasó la tarde y cayó la noche sin que ellos apreciaran ningún cambio en ella. Todo parecía igual que siempre. Habían conseguido dos butacones y Lena y María dormitaban en ellos mientras Manu estaba al lado de la cama, en una silla. Se frotó los ojos; estaba bastante cansado y le dolía todo el cuerpo, pero nadie podría moverlo de allí.

Sacó el móvil de su bolsa y buscó los auriculares de música. Se acercó más a Nuria y le colocó uno de los cascos en la oreja.

—He encontrado varias canciones que podrían gustarte y que me sirven para el estiramiento —le contó en un susurro—. Ya sabes que la música que a ti te gusta no vale para las clases, pero a partir de ahora los estiramientos los haré con canciones aburridas de las tuyas. Bueno, con las aburridas no, con las que sean pasables. Mira, escucha ésta.

Escucharon un par de canciones, cada uno con un auricular, y, cuando saltó la tercera, Manu estuvo a punto de quitarla, pero se detuvo y la dejó sonar.

—Esta canción la escuché en bucle después de nuestra discusión —le confesó—. Nunca me han gustado las canciones tristes, pero describía tan bien lo que sentía...

Se llevó la mano de Nuria a la cara y la posó en su mejilla. Cerró los ojos para escuchar la melodía y de pronto, a mitad de canción, notó que ella lo acariciaba.

Apartó la mano de Nuria de su mejilla y se la quedó mirando con fijeza. ¿Se había imaginado el movimiento? La mente podía ser muy cruel. Se le humedecieron los ojos al darse cuenta de que sí, que había sido su imaginación.

Y de pronto el dedo de ella volvió a moverse.

—¿Nuria? —llamó mirándola a la cara—. ¿Nuria?

María y Lena abrieron los ojos rápidamente.

—Nuria, ¿me oyes?

—¿Qué ha pasado?

—Ha movido un dedo. Nuria, Nuria, ¿me oyes?

—Llama a un médico, Elena —ordenó María, y su hija salió corriendo—. Cariño, ¿nos oyes?

De pronto, los párpados de Nuria temblaron y se abrieron tan sólo un milímetro, lo suficiente como para llenar de júbilo tanto a Manu como a María.

—Cariño —se echó a llorar María mientras le acariciaba la cara—, estás despierta.

Con esfuerzo y torpeza, Nuria se llevó una mano a la boca, donde su madre la detuvo antes de que llegara a tocar los tubos.

—Tranquila, te los quitarán en seguida; no te preocupes de nada, tú estate tranquila. Has tenido un accidente, pero ya estás bien.

Nuria miró a Manu y volvió a mover la mano, escapando del agarre de su madre. En aquella ocasión se llevó los dedos al estómago a la vez que los miraba a ambos con una expresión de miedo.

—Está bien; el bebé está bien, tranquila —dijo María, entrelazando sus dedos sobre los de su hija sobre el vientre de ésta—. El bebé está bien.

Una lágrima escapó de los ojos de Nuria.

—¿Qué bebé? —interrogó Manu, completamente desconcertado.

María le cogió la mano y la posó sobre el vientre de Nuria. Llorando y sonriendo a la vez, dijo:

—Vuestro bebé.

Epílogo

—Te parecerá normal pegar estos saltos con ocho meses de embarazo —dijo su madre, mirándola horrorizada.

—Así Rosa nos sale marchosa —se rio Nuria a la vez que se tocaba la abultada barriga—, ¿verdad que sí, hija?

Habían decidido que se llamase como la abuela de Manu en cuanto supieron que iba a ser una niña.

—Y haberte ido de viaje con esa barriga.

—Mamá, cuando me fui de viaje tenía menos panza, que estaba sólo de cuatro meses. ¿Y cómo iba a perderme el crucero de zumba con lo que le costó a Manu conseguirme plaza? ¿Y qué pasa, no te ha gustado la canción?

Estábamos intentando que mi madre descubriera exactamente a qué se dedicaba su yerno, pues hasta entonces sabía que bailaba, pero nunca había ido a una de sus clases. Lena al final había caído también en el vicio de la zumba, así que habíamos hecho frente común hasta lograr arrastrarla al gimnasio para una sesión privada. Haberla llevado a una clase auténtica habría sido más espectacular, pues lo más motivador de la zumba era el ambiente que se creaba, pero mi madre habría sido incapaz de seguir la clase y se habría sentido mal, así que habíamos conseguido para ella una sesión privada en la que sólo estábamos Manu, Míriam, Lena, mi madre y yo. Bueno, y Rosa, pero ella todavía no contaba.

—¿Cómo va a gustarme con tanto grito y tanta repetición? Me ha puesto la cabeza loca.

—Te dije que tendría que haber sido una clase de zumba *gold* —intervino Manu.

—¿Y eso qué es?

—La clase que da para mayores en el hogar del jubilado.

—¡Ah, no! Yo no soy una persona mayor.

—No he querido decir eso —se apresuró a decir Manu, pues mi madre lo había mirado con cara asesina, como si la hubiera llamado *vieja*—, pero ahí pongo canciones que son más de tu estilo.

—Sí, de tu época, ya sabes —pinchó Lena, e intercambió una mirada

conmigo, muerta de la risa.

—Pon otra canción, que os voy a dar yo época —se picó mamá—. Si mi nieta puede bailar incluso antes de nacer, su abuela más.

Y sin duda su nieta tenía muchas ganas de bailar, puesto que a media canción tuve que dejar de moverme y me llevó una mano a la barriga.

—¿Estás bien? —interrogó Manu acercándose a mí rápidamente.

—Sí, es sólo que me ha dado una pata... ay, no. No estoy bien, creo que he roto aguas.

—¿Qué?

—Eso o me estoy meando y no puedo controlarlo.

—¡Te dije que no podías pegar tantos saltos! —gritó mi madre, nerviosa.

—¡Con las ganas que tenías tú de conocerla, debería haberme pasado todo el día saltando a la comba! Me he dejado todas las cosas del bebé en casa —le comenté a Manu—. Hay que ir a por ellas.

—Primero vamos al hospital y luego me encargo de que las cosas estén listas para cuando hayas daaaaaa...

—Ahhhhhh.

Él gritaba por la fuerza con que lo agarraba del brazo y yo, por una contracción.

—¡La madre que la parió! —protesté cuando la contracción cesó.

—Diría que ésa vas a ser tú —se rio Lena—. Voy a por el coche y os espero en la puerta.

—¡Pues me cago en el padre que la engendró!

—Oye, que ése soy yo.

—Sí, y creo que durante unas horas voy a odiarte mucho.

—Mientras sólo sea durante unas horas...

—Nunca aguanto más tiempo cabreada contigo.

—Será por mi sonrisa o por mi *sex-appeal*.

—Cuando te tuve a ti, el parto duró veintiséis horas, así que a lo mejor hoy bates un récord de estar enfadada.

Manu y yo nos giramos hacia mi madre.

—Gracias, mamá; saber que voy a estar todo un día de parto es justo lo que necesitaba oír.

—Tranquila, cariño, yo estaré a tu lado todo el rato —me tranquilizó Manu, rodeándome con un brazo para ayudarme a andar—. Puedes amputarme el brazo si quieres.

—Eso sí es amor —se burló Míriam, que avanzaba detrás con las bolsas de deporte de todos.

Referencias de las canciones

Picky, Copyright: ©© 2015 Capitol Latin, interpretada por Joey Montana.
(N. de la e.)

Biografía



Shirin Klaus es el seudónimo de la escritora Alba Navalón. Estudió Traducción e Interpretación en Murcia, donde vive, y es autora de las novelas *Follamigos* (2013), *Luces, cámaras, corazón* (2014), *Las reglas de mi ex* (2014), *Corten, repetimos: ¿quieres casarte conmigo?* (2015), *Con corazón* (2015), *Quiérete, quíereme* (2016), *No está el horno para cruasanes* (2016) y *Cuando tú y yo rompimos* (2017).

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

www.albanavalon.es